



GIFT OF

J.C.Cebrian.

Form 16-20M-8-12-13



Accession

77510✓

Class

868V236<sup>7</sup>



SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY



3 1223 03703 7307

INTERNATIONAL CENTER







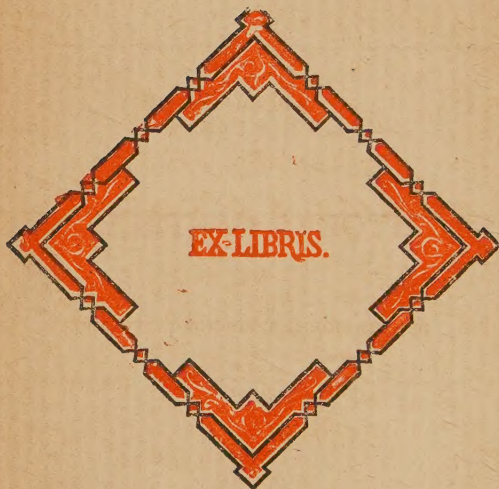
COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

---

CRÍTICOS



OBRAS

DE

DON JUAN VALERA

VII

DISERTACIONES Y JUICIOS LITERARIOS



## TIRADAS ESPECIALES

---

50 ejemplares en papel de hilo, del.....	1 al 50.
10       »       en papel China, del.....	1 al X.

COLECCIÓN  
de  
ESCRITORES CASTELLANOS

# DISERTACIONES

Y

## JUICIOS LITERARIOS

POR

DON JUAN VALERA



MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

*Impresor de Cámara de S. M.*

Don Evaristo, 8

1890

CRÍTICOS

SPANISH 868 V236

v.7

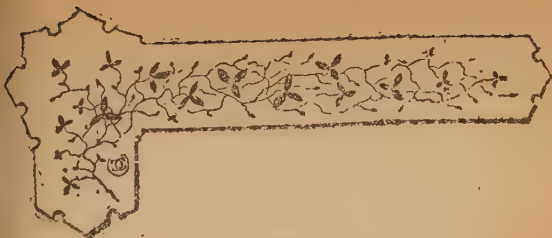
Valera, Juan, 1824-1905.

Obras de Don Juan  
Valera.

1885-1890.

3 1223 03703 7307





## PRÓLOGO <sup>(1)</sup>.

**H**ARTO bien noto yo que en nuestros días se escribe demasiado. Los papeles y los libros nos van á ahogar si no acude en sazón un Omar novísimo que les pegue fuego. Pero sobre estas consideraciones, que me llevarían á dejar que mis artículos y discursos académicos se quemasen, se perdiesen ó quedasen confundidos entre el inmenso fárrago de periódicos y revistas, viene á ponerse aquel entrañable amor con que todos miramos á nuestros hijos, y aquel deseo natural que tenemos de que vivan del mejor modo y por el más largo tiempo que sea posible.

Esto me indujo, en 1864, á coleccionar en dos tomos lo menos malo que hasta entonces había yo escrito en prosa; y esto me induce

(1) De la edición hecha en Madrid en 1873.

ahora á dar á la estampa este tomo de *Disertaciones y juicios literarios*.

Nada de lo coleccionado allí entra en esta colección. Todo es nuevo.

Sobre su valer, sobre si merece ó no que se reúna en un libro, no soy yo juez, ni debo siquiera ser abogado: que el público decida.

Sólo diré, para disculparme, que, no por ser corto un trabajo, debe ser menos estimado. Tal vez hay obrillas en esta colección que son lo mejor que yo he escrito en mi vida, y desde luego lo es, en mi sentir, mi discurso sobre el *Quijote*. Él solo, anotándole como fácilmente pudiera hacerse, formaría un tomo de lectura. Prefiero, no obstante, que cada lector le anote por sí, á fin de que el discurso no pierda el mérito de espontáneo y conciso.

Otras obrillas del tomo, por lo mismo que son breves, creo que se leerán sin fatiga, y algo entretendrán, aun cuando enseñen poco.

El público está, desde hace algún tiempo, muy benévolo conmigo, y esto me alienta á darle en conjunto lo que ya en pequeñas dosis y en distintas ocasiones y lugares le he dado con algún aplauso de su parte.

Esperemos que no silbe ó desdeñe ahora reunido lo que tuvo la bondad de aplaudir por separado.



## SOBRE EL QUIJOTE

Y SOBRE LAS DIFERENTES MANERAS DE  
COMENTARLE Y JUZGARLE <sup>(1)</sup>.

**S**EÑORES: Designado yo, algunos meses há, para leer, en este año, la disertación de costumbre en la Junta pública con que esta Real Academia solemniza el aniversario de su fundación, elegí desde luego un asunto, importante siempre, pero que en el día, más que nunca, llama á sí la atención de todos los españoles amantes de las letras. Por desgracia, no pequeños cuidados, disgustos y enfermedades han impedido que yo le consagre el diligente esmero que fuera menester para salir en él airoso, porque son muchas las dificultades que ofrece, y no es la menor la de evitar quien le elija la nota de presumido y temerario.

Elegí, señores, el *Quijote* para materia ó argu-

(1) Discurso leído ante la Real Academia Española, en Junta pública, el 25 de septiembre de 1864.



mento de mi discurso. Y como nadie podrá imaginar, por mala ó menguada opinión que tenga de mis alcances literarios, que yo había de contentarme con ir á segar ó espigar en mies ajena, y como desde el segundo tercio del siglo XVIII han sido tantos los que sobre Cervantes y sus obras han escrito, acaso dé yo á sospechar que, ya que no los copie, escriba para tildarlos de que se equivocaron, para hacer la censura de sus opiniones y para poner la mía por cima de la de todos. Entendido así mi propósito, habría algún derecho para creerle nacido de altivez y petulancia, y me predispondría mal con quienes me escuchan y con otras personas discretas cuya benevolencia anhele captarme.

Me veo, pues, en la precisión de pedir disculpa por haber elegido tan difícil asunto, llevado y enamorado de su atractivo poderoso, y de explicar además en qué forma voy á hablar de él. Porque siendo, como lo es, discutible, bien puedo decir, con los miramientos debidos, lo que se me alcanza, sin ofender ni vejar en lo más mínimo á los que lo contrario pensaron y dijeron. Acaso sean de ellos, y no mías, la discreción y la crítica atinada. Mas aunque así sea, todavía no se me ha de negar que podrá ser útil lo que yo dijere, porque presentaré las cosas bajo otro aspecto y las veré á otra luz, sirviendo todo para cuando una inteligencia más alta y más clara venga á dirimir la contienda y á determinar la significación y la importancia del libro extraordinario que coloca á Miguel de Cervantes Saavedra entre los ingenios de primer orden.

Ha habido y hay aún, en tierras extranjeras y dentro de España misma, críticos adustos y poco sensibles á la belleza poética, que no estiman á Cervantes en lo que vale, y que más ó menos encubiertamente le censuran y rebajan. Poca fuerza tienen sus ataques, y mil veces han sido ya rechazados. Tarea inútil sería reproducirlos aquí del todo y rechazarlos de nuevo. Importa, no obstante, hablar de algunos, aunque sea en resumen, porque sirve para aclarar la idea que sobre Cervantes y su obra inmortal debe tenerse, y porque han nacido, por espíritu de contradicción, de las desatinadas alabanzas que á Cervantes se han prodigado.

Se ha de tener en cuenta que, en el último siglo, se cifraba todo el valor de una obra literaria en el atildamiento, en la corrección escrupulosa, en la regularidad y simetría de las partes y en el primor de la estructura, subordinando la poesía á un fin extraño, á un propósito subalterno, á una lección moral, á la demostración de una tesis. Todo poema, cualesquiera que fuesen sus dimensiones, sus formas y su género, venía á quedar reducido á un apólogo ó á una parábola. Considerado el *Quijote* de esta suerte, y de esta suerte elogiado, provocaba á la censura y se prestaba á ella. Pueriles y mezquinas eran, en verdad, las razones del detractor; pero no solían ser mucho más valederas y firmes las de quien encomiaba.

Por dicha, con la exagerada admiración y séquito del pseudo-clasicismo francés, no se cegaron nuestros literatos hasta negar todo valer á

los autores españoles del siglo xvii; y si bien con Calderón, Lope, Moreto y casi todos los demás dramáticos fueron consecuentes, censurándolos y disimulando mal que los estimaban en poco, con Cervantes no lo fueron, por donde, sin advertir méritos que realmente tiene, le atribuyeron otros que nunca tuvo, ni quiso ni soñó tener en la vida. El último extremo del delirio á que se llegó sobre este punto, en el siglo pasado, fué el de D. Blas Nasarre, quien, para admirarse á su salvo de las comedias de Cervantes escritas contra todas las reglas, sin las cuales, según él y los de su escuela, no se puede escribir una comedia sufrible, supuso que Cervantes había escrito mal las suyas adrede para burlarse de las otras. Del mismo modo, refieren de Hermosilla sus detractores que compuso varios romances bajos y vulgares, á fin de probar que no cabe el estilo sublime en dicha forma de poesía.

Por este orden, aunque no sea tan patente lo absurdo, son no pocas de las razones en que se fundaban muchos críticos del siglo pasado, y aun de principios del presente, para encomiar á Cervantes, conforme á los estrechos preceptos de la escuela que seguían.

Ensalzado Cervantes hasta las nubes en todas las naciones de Europa, y singularmente en Inglaterra y Francia, ya miradas entonces, y no sin motivo, como al frente de la civilización del mundo, se avivó el fervor de nuestros literatos, y no pudieron menos de reconocer en el autor del *Quijote* á uno de los pocos seres privilegiados que,



valiéndonos de un neologismo expresivo y elegante, designamos hoy con el nombre de *genios*. La injusta crueldad con que las referidas naciones denigraban todo lo demás de España, daba mayor precio y fuerza al panegírico de Cervantes, haciendo de él una excepción rarísima: el Píndaro de esta Beocia. Como se negaba que hubiésemos tenido filósofos, sabios y grandes humanistas, y al propio tiempo se afirmaba que Cervantes era un *genio*, muchos críticos españoles, que con harta humildad creían la primera afirmación, quisieron subsanarnos del daño deduciendo de la segunda que en Cervantes estaban compendiadas todas las ciencias, todas las humanidades y toda la filosofía. Por otra parte, la magia del *Quijote* concurría y conspiraba á que pasase su autor por un varón extraordinario, y yo creo que no hubo *clasicista* español de aquella época, y sea esto dicho para honra de todos, que, por mucho que se admirase de su Boileau, de su Corneille y de su Racine, no pudiese al manco de Lepanto por cima de estos tres escritores, sin hallarle igual, á no ser en Homero. Tasado tan alto Cervantes, por fuerza tuvieron los críticos que dar razón de la tasa, fundándola en algo que se midiese por las reglas de su escuela y que cuadrase y se ajustase con toda exactitud al ideal de perfección que ellos del escritor habían formado. Hicieron, pues, de Cervantes un terrible erudito, un reverendo moralizador, un purista escrupuloso, un atildado hablista, un siervo de las reglas, y un ídolo, en suma, adecuado á la religión que ellos profesaban y á quien pudiesen rendir

culto y hasta adoración, sin abjurar de sus creencias ni pasar por apóstatas.

Contra este Cervantes desfigurado y disfrazado; contra este Cervantes, cuyo valer se ponía en aquello de que tal vez carece, se levantaron algunos críticos más consecuentes ó más sinceros de la misma escuela. Contra algunos encomiadores harto hiperbólicos que llaman á Cervantes, como Mor de Fuentes, *el ilustrador del género humano*, por fuerza había de levantarse la reacción. Se comprende que Orfeo, Lino, Eumolpo, Homero, Hesiodo, Valmiki ú otro gran poeta de la infancia de las sociedades y de la primera edad del mundo, pueda ser llamado así. Toda la filosofía, toda la moral, toda la ciencia de entonces cabían en verso. El poeta era el hierofante de la humanidad. Pero en el siglo xvii, en el siglo de Newton, de Copérnico, de Descartes y de Leibnitz, después que los eruditos habían resucitado toda la ciencia antigua, acrecentándola y mejorándola los sabios; cuando en España habíamos tenido profundos teólogos, publicistas, filósofos y jurisconsultos, y había llegado el pueblo á un grado eminente de civilización propia y de castiza cultura, llamar á Cervantes *el ilustrador del género humano* porque escribió un admirable libro de entretenimiento, es una hipérbole que raya en lo monstruoso. Esta hipérbole y la manía subsiguiente de ver en Cervantes un sutilísimo psicólogo, un refinado político y hasta un médico consumado, excusa la prolijidad severa con que le censuran algunos, y Clemencín entre ellos. Odio-

so é impertinente me parecería el comentario de Clemencín á no ser por las consideraciones apuntadas.

Por cierto que el prolijo comentador, con su buen juicio, con su amor á la gloria de la patria, y con su facultad crítica, perspicaz y sensible á la hermosura, no pudo menos de pasmarse y enamorarse de la del *Quijote*; pero le despedaza, como las Bacantes á Orfeo. Las incorrecciones y distracciones, las faltas de gramática, los barbarismos, las citas equivocadas, fruto de una lectura vaga y somera, todo esto, sacado desapiadadamente á la vergüenza por Clemencín, forma la mayor parte del comentario.

Pero, prescindiendo de la manera que tuvieron los clasicistas de estimar el *Quijote*, y colocándose en un punto más elevado, se rechaza en seguida la crítica del erudito Clemencín por harto minuciosa. Es lo mismo que ponerse á considerar la Venus de Milo con un vidrio de aumento, deploando las asperezas y sinuosidades del mármol, y prefiriendo el barniz, la lisura y el pulimento de una muñequita de porcelana.

Aun dentro del espíritu analítico y gramatical que presidía é inspiraba el comentario de Clemencín, y sin elevarse á más altas esferas, tienen contestación no pocas de sus censuras al *Quijote*.

El que Cervantes llamase laberinto de Perseo al laberinto de Teseo, y Bootes á uno de los caballos del sol, y el que citase por de Virgilio un verso de Horacio, ó por de Horacio un verso de Virgilio, son errores que no importan de modo alguno en

un libro donde no se trata de enseñar mitología ni literatura latina. Cervantes además dejaba correr libremente la pluma, escribía obras de imaginación y no disertaciones académicas, y no había su fantasía de abatir el vuelo, ni él había de pararse en lo mejor de su entusiasmo para consultar sus autores, si los tenía, y ver si la cita iba ó no equivocada.

Sobre las faltas de gramática de Cervantes anda también Clemencín bastante sobrado en la censura é injusto á veces. Las concordancias, por ejemplo, del verbo en singular y el nominativo en plural, ó al contrario, esto es, la falta de concordancia, no es defecto de Cervantes sólo, sino de todos nuestros autores, desde los orígenes de la lengua castellana hasta el día, como lo prueba Irisarri en sus *Cuestiones filológicas*, con textos copiosos. No es ésta falta, por lo tanto, sino modo de ser, elegancia, ó libertad de nuestro idioma.

Clemencín exige á menudo á Cervantes una exactitud tal en los términos, una precisión tan rigurosa y una dialéctica tan severa, que nunca ó rara vez fueron prendas de los poetas inspirados, sino de los filósofos de estilo frío y erizado de fórmulas y de los retores y gramáticos más acompasados y secos. Por otra parte, la lengua castellana y su gramática no estaban entonces tan fijas y sujetas á preceptos como en el día. No negaré yo, sin embargo, que la censura de Clemencín es útil para aprender á escribir bien y para llegar á conocer y á evitar los defectos; pero en cuanto tira á rebajar el mérito de Cervantes tiene escasísimo valor.

Aun dentro de la escuela clásico-francesa, cuyas prescripciones se siguieron en España, aunque exageradas y torcidas, como en Francia misma se torcieron y se exageraron en el siglo XVIII, la corrección es una de las prendas de que menos cuenta se hace para evaluar los escritores. Los buenos críticos franceses del siglo de Luis XIV, y el príncipe de ellos sobre todo, el famoso Boileau, creían, como el ministro de la gran Zenobia, que las faltas son propias de los grandes ingenios, y los que no las tienen son los ingenios rastreros y vulgares, los cuales no se aventuran, ni se remontan, ni se distraen, y caminan siempre por camino trillado, llanísimo y seguro, atendiendo con suma precaución á menudencias de estilo de que prescinde ó de que se olvida un ingenio grande. Porque Homero, añade el maestro de Porfirio, traducido, comentado y aplaudido por Boileau, incurrió en muchos defectos, y Apolonio de Rodas no tiene ninguno, y Arquiloco carecía de orden y de concierto y Eratóstenes no, y Píndaro era incorrecto y Bachílides no lo era, y Ion de Chío componía tragedias infinitamente más conformes á las reglas y más limadas y primorosas que las de Sófocles. Pero, á pesar del atildamiento y pulcritud de Apolonio, de Ion, de Bachílides y de Eratóstenes, y de que jamás cayeron, ni tropezaron siquiera, y de que siempre escribían con suma elegancia y agrado, los otros autores que cité antes son mil veces mejores, con todos sus tropiezos, faltas, extravagancias y caídas. Y este juicio, que dió el ministro de la gran Zenobia, estaba ya, á pesar de



los Zoilos, confirmado por siglos de adoración, y sigue aún firme, á pesar de Voltaire y de Perrault y de otros críticos, consecuentes á la doctrina del *bon sens* y de la pulcritud meticulosa.

Otra clase de censuras de Clemencín, poco atinadas á menudo, suele fundarse en que entiende el texto muy á la letra, y no desentraña la ironía. Así es que tomándole seria y rectamente, toma también ocasión de censurar con una inocencia que viene á hacerse chistosa. Por ejemplo, se dice en el *Quijote* que los milagros de Mahoma son una patraña, y que *de haber tomado Sancho una honrada determinación saca el autor de la historia que debió de ser bien nacido y por lo menos cristiano viejo*: todo lo cual aflige y apura en extremo á Clemencín, y le da á entender que Cervantes incurre en una impropiedad imperdonable, ya que presupone que la historia de D. Quijote está escrita por un mahometano, el cual ni debía dudar de los milagros de su Profeta, ni creer que se necesitase ser cristiano viejo para ser honrado. Esta observación crítica de Clemencín se parece, con perdón sea dicho, á la que hace Sancho Panza al oír al diablo-correo jurar *en Dios y en mi conciencia*. «Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe ser hombre de bien y buen cristiano, porque, á no serlo, no jurara *en Dios y en mi conciencia*. Ahora tengo para mí que aun en el mismo infierno debe haber buena gente.»

La severidad de Clemencín en la exactitud de las citas le lleva también muy lejos. Así, v. gr., cuando prueba que no fué Madásima, sino Grasinda,

la que eligió al maestro Elisabat para confidente y consejero, y tuvo con él ciertos tratos y familiaridades que dieron ocasión al vulgo maldiciente para que dijera lo que dijo, casi ve el lector á Clemencín trabar, por amor á la erudición, una tan graciosa pendencia con Cardenio, como la que sostuvo D. Quijote, á fuer de legítimo caballero andante, defensor de la honestidad y buen nombre de las reinas y damas principales.

Otra clase de comentarios que lleva Clemencín al extremo, es la de ver á cada paso en el *Quijote* remedos, imitaciones ó parodias de los libros de caballerías. Imitarlos y parodiarlos era, sin duda, el propósito de Cervantes; mas no tan asido y sujeto á ellos, que apenas hay, según Clemencín, no se diga ya aventura, pero ni vulgar incidente, por insignificante que nos parezca, que no caiga adrede en el *Quijote* á fin de remedar, parodiar ó recordar otro caso ó varios casos semejantes de uno ó más libros de caballerías. En esto luce Clemencín su extraordinaria erudición en todo, y singularmente en dichos libros, y prueba su diligencia suma en compulsarlos; pero, si á veces nos convence, más á menudo no nos convence de que haya habido imitación. Así, por ejemplo, Sancho comienza á llorar cuando la aventura de los batanes, temiendo perder á su señor y de miedo de quedarse solo. Para un profano nada hay más natural que el lloro de Sancho. No hay para qué imaginar imitación; mas Clemencín cita en seguida, para hallarla y demostrarla, todos los escuderos, enanos, dueñas, doncellas y gigantes, que co-

menzaron á llorar en caso parecido. D. Quijote ata su caballo á un árbol. Cualquiera cree que una acción tan común y tan sin malicia no há menester comento. Clemencín, no obstante, le pone, y nos descubre que D. Quijote imitó en esta ocasión á éste, á aquél y á estotro caballero, que ataron también sus caballos á sendos árboles, como si cuando cualquiera se apea no hiciese por lo general la misma cosa. Por el contrario, D. Quijote no ata su caballo á árbol alguno, sino que le deja libre pastando. Clemencín en seguida amontona citas de los infinitos caballeros que hicieron lo propio; como si fuera peculiar y privativo de los libros de caballerías y acción extraordinaria, digna de ser comentada, el dejar sueltos los caballos ó las acémilas para que coman la hierba ó estén á prado, como dicen y suelen hacer con ellas los arrieros.

En estos casos comunes y ordinarios de la vida no sé con qué fin se ha de buscar imitación, ni siquiera coincidencia. Imito ó coincido con todo el género humano cuando me acuesto para dormir, cuando como ó cuando duermo, si bien en realidad á nadie imito ni con nadie coincido, sino que sigo mi natural condición, lo mismo que las demás criaturas.

No es esto afirmar que Cervantes no imite ó no parodie en muchas ocasiones. Ya he dicho que no era otro su propósito. El *Quijote*, en el sentido más noble y más alto, es sin duda una parodia de los libros de caballerías; pero esta parodia no lo es sólo en el sentido más alto y más noble, sino

que va hecha con amplia libertad, y no ciñéndose ya á este lance, ya al otro de los libros parodiados, sino al espíritu superior que los anima todos. Si algún libro especial sigue Cervantes más que otros es el de *Amadís de Gaula*, por ser el mejor, *único en su arte*, y como arquetipo de todos ellos.

Sigue también é imita á Ariosto, en el *Orlando*, cuya inspiración, ó mejor dicho, cuya propensión es semejante á la suya, aunque en otro grado y por diverso estilo.

Por lo demás, Cervantes es tan sincero en todo, que cuando imita ó remeda casi siempre lo declara, como en la discordia que hubo en la venta, la cual, según el mismo D. Quijote, era un perfecto trasunto de la del campo de Agramante, y como en la penitencia que hizo D. Quijote en Sierra Morena, imitada de la de Beltenebrós en la Peña Pobre. Y al contrario, Cervantes se excusa á menudo chistosamente, y en realidad se alaba, de inventar lances, encantamientos y aventuras jamás imaginados ó soñados en libro alguno de caballerías, suponiendo que, como D. Quijote era caballero novísimo, que resucitaba la antigua institución, no sólo hacía retoñar lo atañadero y perteneciente á ella, sino que inventaba nuevos modos de encantar y usos y costumbres peregrinos.

Me parece que á fin de entender en qué sentido sostengo que el *Quijote* es una parodia, conviene hacerse cargo de que la parodia no se hace por lo común sino de escritos ó acciones que en cierto modo infunden al parodiador un amor y un entusiasmo espontáneos, vehementes, impremedita-

dos y como intuitivos, á los cuales, ó bien la reflexión fría niega su asentimiento, ó bien la parte escéptica de nuestro sér se opone. El objeto de la parodia, si el parodiador es un verdadero poeta, y tal era Cervantes, aparece siempre á sus ojos cual un bello ideal que enamora el alma y arrebatada el entendimiento; pero que no responde, ó por anacrónico, ó por ilógico, á la realidad del mundo, ora en absoluto, ora sólo en un tiempo dado. El ingenio de los españoles no se inclina á la burla ligera como el de los franceses, pero se inclina más á esta parodia profunda. La reacción del escepticismo y del frío y prosáico sentido vulgar es más violenta en nosotros por lo mismo que es en nosotros más violento el amor, y la fe más viva y el entusiasmo más permanente y fervoroso. En ningún pueblo echó tan hondas raíces como en el español el espíritu caballeresco de la Edad Media; en ningún pecho más que en el de Cervantes se infundió y ardió ese espíritu con más poderosa llama: nadie tampoco se burló de él más despiadadamente.

Cervantes parodió en su *Quijote* el espíritu caballeresco, pero confirmándole antes que negándole. No fué ésta su intención, pero fué su inspiración inconsciente, la esencia y el sér de su ingenio; de lo cual no se daba cuenta, por ser él poco crítico, y por vivir en una edad y en una nación donde la crítica literaria y la reflexión sobre estos puntos, si existía, era superficial ó extraviada. Época aquélla de impremeditada inspiración, el único intento claro y determinado que Cervantes



tuvo, fué censurar los libros de caballerías. Melchor Cano, Luis Vives, Alejo de Venegas, Fray Luis de León, Malon de Chaide y otros, los habían ya censurado seriamente. Cervantes quiso acabar con ellos por medio de la burla, y vino á lograrlo. No llevaba Cervantes otro fin, y no se comprende cómo algunos admiradores suyos lo desconozcan, suponiendo propósitos contrarios en el *Quijote*. En mil pasajes de esta obra inmortal se declara, sin la menor ironía, sino franca y abiertamente, que se trata de desterrar los libros de caballerías y de anatematizar su lectura. No debe, pues, dudarse de esto. Se dirá, sí, que yo pongo una contradicción radical entre el intento premeditado del poeta y su inspiración ó instinto semi-divino. A esto respondo que la contradicción es sólo aparente. Para hacerlo ver, explicaré por estilo conciso y como en cifra lo que entiendo por literatura caballeresca.

Es condición del alma humana no contentarse con lo presente, y, como la aspiración con dificultad finge una esperanza adecuada á ella, los hombres suelen siempre fingir en lo pasado, y no en lo porvenir, lo sumo de la hermosura y de la perfección que conciben. Para levantar sobre cimientos sólidos el alcázar de nuestras ilusiones y la meta ó término de nuestro deseo, conviene, si ha de ser en lo porvenir, apelar á lo sobrenatural, ir más allá de este mundo sensible en alas de la fe religiosa. En este mundo, con sólo la imaginación, y no sostenidos por la fe, jamás hemos llegado á fantasear, soñar ó columbrar otra vida mejor en lo

venidero, hasta una época muy reciente, de donde ha nacido una filosofía de la historia optimista y alegre: la doctrina del progreso. Pero antes, y aun hoy para muchos hombres, la edad de oro se pone en lo pasado; y si en lo porvenir se esperó alguna vez ó se espera aún, es por milagro, y como una purificación, como una vuelta, como el renacimiento de un período histórico ya transcurrido. Las naciones ó las razas que tienen una grande y gloriosa vida ó por la acción ó por el pensamiento, y que vienen á decaer, á perder la fuerza política que las unía, y á dejar de vivir de vida propia, son casi siempre las que crean un ideal en que luego el resto de la humanidad se complace. Este ideal aparece, en lo pasado, en el período de mayor esplendor de aquella raza, ó se columbra en lo porvenir merced á una renovación milagrosa y divina del mismo período. El ideal de la Edad Media y toda su poesía de entonces se pueden representar en estas dos direcciones, si bien no convergen en el punto de partida. La religiosa y mística está fundada en el cristianismo; la mundana y caballeresca toma para manifestarse, en su más alto grado de perfección, la historia tradicional ó legendaria de una de las razas poderosas y decaídas de que he hablado: la raza céltica. El ciclo del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda son la creación primordial y más pura del mundo caballeresco. Todas las excelencias que no existían, y cuyo logro se anhelaba, se pusieron allí. Los cantares de los antiguos bardos bretones fueron transfigurados por el cristianismo, y mag-

nificados con todo ensueño y con toda aspiración á mejor vida. Esta poesía popular pasó de la lengua propia á la lengua latina, y, ya en esta lengua universal entre los letrados, recorrió toda la Europa y llegó á divulgarse. Lanzarote del Lago, Merlin, Ginebra, Bibiana, D. Tristán de Leonís y la reina Iseo, con sus amores, encantamientos, profecías y hazañas, fueron cantados en todas partes, y en Alemania, en Italia y en España, se atrevieron á competir con los héroes nacionales, y tal vez á eclipsarlos.

Al mismo tiempo no se borraban de la memoria de los hombres los recuerdos vivos y la admiración entusiasta de la gran civilización helénica. La duración, aunque decaída, del imperio de Constantinopla, y el frecuente trato que conservaron los griegos, á pesar del cisma, con la Europa occidental, merced á las cruzadas y al comercio marítimo de venecianos, pisanos y genoveses, contribuyeron á conservar dichos recuerdos. En ellos puso también la Edad Media el ideal de la caballería, y la guerra troyana y las conquistas de Alejandro, se puede decir, á pesar del anacronismo, que formaron otro ciclo, el cual se extendió y divulgó no menos que las hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda. Si Merlín fué el príncipe de la magia, Aristóteles fué el rey de la ciencia, y Héctor, Aquiles y Alejandro se convirtieron en maravillosos andantes. El libro del falso Calistenes, y tal vez algún otro poema ó crónica griega sobre las conquistas del Macedón, dieron origen en todas las lenguas de Europa, y en algunas de

Asia, á sendos poemas de Alejandro, entre los cuales el que escribió en castellano Lorenzo de Segura fué de los últimos en el orden cronológico.

En fin, la grandeza de la antigua Roma, que había dado sus leyes, su civilización y su idioma á las naciones occidentales de nuestro continente, tampoco podía olvidarse. El sacro romano imperio era el espectro, la sombra de aquella muerta grandeza, y el poder del Padre Santo una más alta manifestación de la providencial preponderancia de Roma, en lo antiguo por medio de las armas, entonces de un modo espiritual. Para ingerir esta grandeza en los cantos épicos populares, no se retrocedió con todo hasta Augusto ó hasta Constantino. El extraordinario renovador del imperio, santificado por el cristianismo, y su reinado y época, fué y fueron el centro y el momento de otro ciclo no menos admirable. Sin duda que á algunos personajes de la antigua Roma, y en particular á Virgilio, los transfiguró también la Edad Media y los pintó á su modo; pero el centro de la epopeya romano-imperial fué Carlomagno. Aquel ciclo, más fecundo que los dos anteriores, más significativo y más rico, se llamó carlovingio, y, como los dos anteriores, no fué sólo nacional, sino que tomó carta de naturaleza en todos los países de Europa.

Al lado de estos tres ciclos, por decirlo así, cosmopolitas, se levantaron las rudas epopeyas meramente nacionales.

La abundancia de lo fantástico, de lo sobrenatural y de lo misterioso con que los poemas caba-

llescos solían estar adornados, se componía de una infinidad de elementos diferentes, fundidos en uno por la maravillosa fuerza de cohesión de la fantasía popular en aquellos siglos, cuando la reflexión no cortaba el vuelo de la fantasía, y cuando, por lo mismo que las nacionalidades no estaban tan marcadas y distintas como en el día, más fácilmente se dejaban influir unas por otras. El cristianismo prestaba su espíritu y daba sér á muchas leyendas, como, por ejemplo, á la del Santo Grial; pero todas las religiones de los paganos, así del Norte de Europa, como de la antigüedad clásica, como de la India y de la Persia, transmitidas por los árabes, concurrían con sus maravillosas visiones á realzar aquellas epopeyas espontáneas. Los sentimientos de pundonor, de lealtad y de amor fiel y rendido á una dama, eran el eje sobre que giraba aquel mundo fantástico. Mas había algo que propendía á quebrantar este eje, disipando como vana sombra, ó haciendo que todo aquel mundo fantástico se perdiese en el vacío. Este defecto era la carencia de finalidad; lo mezquino ó lo vacío del fin, comparado con lo colosal de los medios; consecuencia legítima del caos de las naciones en aquella edad y de su falta de intención práctica para la vida colectiva del género humano. Toda fuerza transcendental, toda aspiración *humanitaria*, estaba entonces en la religión, y se proponía un fin ultramundano. Así es que no tenía la literatura profana un norte, un término, y, no sólo por la rudeza de las lenguas que entonces se formaban, sino también por la



anarquía del pensamiento, reflejo de la anarquía social y política, no pudo crearse un gran poema caballeresco. El gran poema de la Edad Media tuvo que ser religioso, y le realizó Dante. No pudo haber un gran poema profano de interés nacional, porque las nacionalidades, ó no se habían formado aún, ó no se habían comprendido ni tenían conciencia de sí.

Hubo, sin embargo, un pueblo, donde se manifiesta antes, y con toda su fuerza, la conciencia de la vida real colectiva; donde el continuo batallar contra infieles, disputándoles el terreno palmo á palmo, identifica el amor de la religión con el de la patria, la unidad de creencias con la unidad nacional; donde el sol brillante del Mediodía, junto con el afán de guardar la pureza de la fe, disipa todas las visiones heterodoxas de la fantasía popular de la Edad Media, hadas, encantadores y vestiglos, y donde la dureza de la vida y la actividad guerrera no dan vagar ni reposo para fingir sentimientos quintaesenciados y metafísicas amatorias. Este pueblo es el español, y en las primeras, indígenas y originales manifestaciones de su espíritu poético, hay una sobriedad tan rara de lo sobrenatural y fantástico, tal solidez, tanta precisión y firmeza en las figuras y en los caracteres, tan poca exageración y ninguna extravagancia en los amores, y una rectitud tan sana en las demás pasiones y afectos, que forman del todo una poesía naciente, caballeresca también, pero que se opone á la fantástica, libertina y afectada poesía caballeresca de otros países. Sus héroes, sin dejar

de ser extraordinarios é ideales, tienen por raíz exacta la verdad. Hay en ellos algo de macizo, de verdaderamente humano, de real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa. Salvo la ventaja que daba á nuestros poemas primitivos el estar iluminados por la idea cristiana, y salvo la desventaja de estar escritos en una lengua rudísima, sus héroes se parecen á los de Homero por lo reales, por lo determinados y por lo individualizados que están. No se ven envueltos en aquel nimbo misterioso, en aquella vaguedad de los héroes de la Tabla Redonda: todos van á un fin, todos llevan un propósito fijo; no es vano el término de sus proezas, sino que es el triunfo de la civilización católica y de la patria.

Atendidas las observaciones que acabo de hacer, se comprende el entusiasmo de Southey por el poema del Cid, al cual nada halla comparable en todas las literaturas del mundo más que la *Iliada*. Hegel, que es más alta autoridad que Southey, conviene esencialmente en lo propio, si bien son los romances, y no el poema, los que compara á la *Iliada*, y los que pone por cima del poema nacional de Alemania, los *Nibelungen*, y de todos los demás poemas de la Edad Media. Las razones que da Hegel son en substancia las que ya se han dado: la mayor verdad del poema del Cid. El héroe y cuantos le rodean tienen más sér real, más verdad humana; se proponen un fin útil; obran con juicio y concierto; son como Héctor y Aquiles, no como Merlín ó Lanzarote. El Cid legendario no es una figura arrancada de la historia y tras-

trocada por la fantasía: es una figura histórica que la fantasía popular ha ensalzado, sin borrar su individualidad y sin destruir sus proporciones y forma efectiva.

Poco importa que el metro y la estructura del poema del Cid estén imitados de las canciones de gestas. El espíritu es puro, original y castizo en toda la extensión de la palabra. Pero esta poesía pura, original y castiza, hubo de ceder pronto el campo á la imitación de la literatura extranjera. Los trovadores provenzales infundieron en la poesía lírica de España sus discreteos, su metafísica de amor, su escolasticismo cortesano y su *sensiblería* ergotista. Y las historias del rey Arturo y de Carlomagno, y las hadas, y los gigantes, y toda aquella profusión de prodigios supersticiosos, y las doncellas belicosas, trashumantes y andariegas, y los magos y adivinos con sus profecías y encantamientos, todo vino á infiltrarse en nuestros cantos épicos populares.

En el género lírico fué harto perjudicial esta influencia, porque hizo nacer la poesía pedantesca, afectada y fría de los cancioneros. En el género épico no fué tan grave el daño en un principio. Aquellas leyendas peregrinas tenían gran mérito y significación. Eran la historia *mythica*, el origen ideal de lo más hermoso y perfecto que en la Edad Media pudo soñarse. Pero el ingenio de los españoles no se contentó con reproducir bajo otra forma la belleza de aquellas fábulas, y, ya con atraso, respecto al movimiento general del mundo, se propuso superarlas. De aquí nacieron los libros

de caballerías, género de literatura falso y anacrónico hasta lo sumo. Lanzarote, D. Tristán de Leónís y los Doce Pares, aunque no hubiesen tenido fundamento histórico, le tenían tradicional; habían vivido, durante siglos, en la creencia del pueblo, si no habían sido creados por él. Pero en España, sin apoyarnos ni en la tradición ni en la historia, sino lanzándonos atrevidamente en la región de los sueños, extrajimos de nuestra propia fantasía una multitud de héroes disparatados y quiméricos, entre los cuales descuellan los Amadis y los Palmerines y forman dos familias dilatadísimas. El estilo afectado y conceptuoso de estos libros está conforme con lo absurdo de cuanto en ellos se refiere. Era una literatura falsa, sin razón de ser y fuera de sazón.

Ya las naciones de Europa habían llegado á su virilidad; ya era conocida su alta misión de civilizar el mundo. Para este fin, la Providencia, valiéndose de portugueses y españoles, había abierto los nuevos caminos del extremo Oriente, y había dado paso, por las nunca surcadas olas del Atlántico, á nuevos mundos ingentes é inexplorados. Las verdaderas hazañas, las increíbles aventuras, las atrevidas empresas y las inauditas peregrinaciones de los modernos aventureros, debían eclipsar todas las altas caballerías de los siglos pasados, cuya falta de finalidad no podían menos de hacerlas objeto de burla. Era menester que cesase todo aquel vano estruendo, aquella agitación inútil, aquel mal gastado brío y aquella desperdiciada heroicidad.

*Cesse tudo o que a Musa antiga canta,  
Que outro valor mais alto se levanta.*

Casi un siglo antes de que en España se escribiera el *Quijote*, en Italia, país entonces á la cabeza de la civilización, floreció un poeta, cuyo claro entendimiento y cuyos estudios y perspicacia crítica le dieron á conocer una verdad hoy evidente, á saber: que, como dice Juan Bautista Pigna, contemporáneo de dicho poeta y autor de una vida suya, *più vero epico esser non si possa*; esto es, que, en la edad reflexiva del mundo y en el seno de una civilización tan complicada, no es posible escribir con seriedad una verdadera y buena epopeya heróica. Las ciencias, las artes, la filosofía, las miras é intereses de los hombres y sus diversos afanes, no se cifran ya y se resumen en un libro en verso, como en las edades primitivas. No es dable un poema que tenga la significación del *Ramayana*, del *Mahabharata*, de la *Iliada*, ó siquiera de la *Eneida*. El mundo y el poeta, con una superior comprensión de las cosas divinas y humanas, encontraban ya pueriles y sin propósito las leyendas, los cantos y los romances en que la Edad Media se había complacido. Sin embargo, era lástima que aquellas fábulas quedasen sin una forma tan hermosa como merecían, y esparcidas en muchas composiciones aisladas y rudas, de carácter más ó menos popular. Todas ellas, ó la mayor parte, aunque no se prestaban á ser tratadas seriamente, podían formar un artificioso conjunto, un juego maravilloso del ingenio, don-



de, sin destruir sus bellezas, antes mejorándolas por la forma y por cierta unidad, estuviesen templadas y como suavizadas por una alegre y finísima ironía. Tal fué el intento de Messer Ludovico Ariosto. Para realizarle, no contento con seguir las huellas de Boyardo y estudiar las fábulas caballerescas que circulaban en Italia, dicen que se puso á aprender las lenguas francesa y española, en que muchas de estas ficciones muy hábilmente se habían escrito, y tomando de aquí y de allí, por el arte con que las abejas hacen la cera y la miel, que no sólo son dulces y útiles, sino duraderas, compuso el *Orlando*, donde está en hermoso compendio *tutta la romanzeria*, como en el panal el jugo, el almíbar y el aroma de las más generosas flores. No quiso componer una epopeya; no quiso incurrir en este anacronismo. Menos aún quiso escribir un libro de caballerías. Lo que compuso fué el testamento de las leyendas de la Edad Media. Messer Ludovico Ariosto quiso cerrar y cerró dignamente el ciclo carlovingio, agrupando en torno mil otras fábulas y tradiciones, en una obra de carácter singular, donde no acierta el lector á decidir si el poeta canta alguna vez á sus héroes ó si se ríe de ellos siempre.

Después del *Orlando*, siguieron, con todo, componiéndose poemas y novelas caballerescos. Por el estilo irónico ha llegado esta afición hasta nuestros días, dándonos de ello una linda muestra Wieland en su *Oberon*. Con toda formalidad, en Portugal, en Italia y en España, se escribieron cada vez más desatinados. Los linajes de Perión

y de Primaleón no se extinguían y nos daban los Polendos, Florendos, Lisuartes y Esferamundis. Dos ó tres años antes de aparecer la primera parte del *Quijote* había aparecido D. Policisne de Beocia.

Pero la literatura caballeresca debía morir, y de tal suerte se había viciado y corrompido que no bastaba la indulgente ironía de Ariosto. Fué menester la franca y descubierta sátira de Cervantes para acabar con ella, y abrir, como se abrió en el *Quijote*, el camino de la buena novela, que es la epopeya de la moderna civilización, el libro popular de nuestros días. Parándose á considerar en este punto el mérito del *Quijote*, pasma verdaderamente su grandeza. Se le ve colocado entre una literatura que muere y otra que nace, y es de ambas el más acabado y hermoso modelo. Como la última creación del mundo imaginario de la caballería no tiene más rival que el *Orlando*; obras maestras ambas, dice Pictet, de un arte perfectísimo, que dan á ese mismo mundo imaginario que destruyen un puesto muy alto en la historia de la poesía humana. Como novela, aún no tiene rival el *Quijote*, según Federico Schlegel lo prueba con sabios argumentos. Manzoni y Walter Scott distan tanto de Cervantes, cuanto Virgilio, Lucano y todos los épicos heroicos de todas las literaturas del mundo, distan del divino Homero.

Por cuanto queda expuesto se corrobora más que de censurar Cervantes en el *Quijote* un género de literatura falso y anacrónico, no se sigue que tratase de censurar ni que censuró y puso en

ridículo las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad y la castidad en los amores, y otras virtudes que constituían el ideal del caballero, y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus como el suyo. No hay, en mi sentir, acusación más injusta que la de aquéllos que tal delito imputan á Cervantes. D. Quijote, burlado, apaleado, objeto de mofa para los duques y los ganapanes, atormentado en lo más sensible y puro de su alma por la desenvuelta Altisidora, y hasta pisoteado por animales inmundos, es una figura más bella y más simpática que todas las demás de su historia. Para el alma noble que la lea, D. Quijote, más que objeto de escarnio, lo es de amor y de compasión respetuosa. Su locura tiene más de sublime que de ridículo. No sólo cuando no le tocan en su monomanía es D. Quijote discreto, elevado en sus sentimientos y moralmente hermoso, sino que lo es aun en los arranques de su mayor locura. ¿Dónde hay palabras más sentidas, más propias de un héroe, más noblemente melancólicas que las que dice al Caballero de la Blanca Luna, cuando éste le vence y quiere hacerle confesar que Dulcinea del Toboso no es la más hermosa mujer del mundo? «D. Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has

quitado la honra.» Ni del caballero que estas palabras dice, ni de los sentimientos que estas palabras expresan, pudo en manera alguna burlarse Cervantes. Hay en estas palabras algo de más patético y sublime que cuanto se cita de sublime y de patético en la poesía ó en la historia. El *qu'il mourut* de Corneille y el *tout est perdu hors l'honneur* de Francisco I, parecen frases artificiosas, rebuscadas y frías, frases de *parada*, al lado de las frases sencillas y naturales de D. Quijote, que nacen de lo íntimo de su corazón y están en perfecta consonancia con la nobleza de su carácter, nunca desmentida desde el principio hasta el fin de la obra.

Yo no entiendo ni acepto muy á la letra la suposición de que D. Quijote simboliza lo ideal y Sancho lo real. Era Cervantes demasiado poeta para hacer de sus héroes figuras simbólicas ó pálidas alegorías. No era como Molière, que hace en *El Avaro* la personificación de la avaricia y en *El Misántropo* la personificación de la misantropía. Era como Homero y como Shakespeare, y creaba figuras vivas, individuos humanos, determinados y reales, á pesar de su hermosura. Y es tal su virtud creadora, que D. Quijote y Sancho viven más en nuestra mente y en nuestro afecto que los más famosos personajes de la historia. Ambos nos parecen moralmente hermosos, y los amamos y nos complacemos en la realidad de su sér como si fuesen honra de nuestra especie.

La sencilla credulidad de Sancho y su natural deseo de mejorar de fortuna constituyen el ele-

mento cómico de su carácter. Pero un entendimiento claro y elevado no es la sola prenda por donde los hombres se hacen amar y respetar de sus semejantes. La bondad, el candor y la dulzura, inspiran amor y le reclaman. En este sentido Sancho es amable. Con justicia le llama D. Quijote «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero.» La rectitud de su juicio, la mansedumbre de su condición y su cándida buena fe, engendran aquel tesoro de chistes de que tanto nos admiramos, su inocente malicia, la excelencia de sus fallos cuando era gobernador, y la naturalidad ingenua de sus máximas y acciones.

Si Sancho es tan bueno y tan amable, ¿cuánto más no lo es el hidalgo, su amo? ¿Qué corazón hay que de él no se enamore? ¿Quién no siente un íntimo deleite cuando sale bien de alguna peligrosa aventura? ¿Quién no comparte su satisfacción cuando vence los leones? ¿Quién no lamenta su vencimiento en la playa de Barcelona? ¿Quién después no se aflige de su melancolía? ¿Quién, por último, no llora su muerte como la de un sér muy amado?

Altisidora se burla de D. Quijote, y aun tiene la impiedad de añadir á la burla el insulto. Le llama «don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, don vencido y don molido á palos;» pero este mismo insulto y atropello realza más al héroe y califica de frívola y sin entrañas á la burladora: porque ¿cómo no admirarse de la hermosura del alma de D. Quijote, que «campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen

proceder y en la buena crianza? Estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y vehemencia.»

Lo inspirado del *Quijote* es lo que está por cima del intento de Cervantes al escribirle, que es, como repetidas veces él mismo dice, *poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías*. Si se hubiera limitado á realizar este propósito, no sería su libro el mejor entre todos los de entretenimiento; no se diría con verdad del autor y de sus personajes: «¡Oh autor celebérrimo! ¡oh D. Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí, viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.»

Reducido el *Quijote* á una mera sátira literaria, sería algo parecido á *La derrota de los pedantes* de Moratín ó á *Les héros du roman* de Boileau, y, como es inmensamente más grande, se ha de suponer que la sátira literaria es sólo ocasión de la obra maravillosa del poeta. Va éste contra los libros de caballerías, pero está animado del espíritu caballeresco. Su alma es el alma de D. Quijote. D. Quijote es él; no porque material y menudamente figuren las aventuras del hidalgo manchego sus propias desventuradas aventuras, sino porque pone en él la generosidad de su alma, y la pone por tal vigor de estilo, que se nos retrata y aparece.



Merced á la diligencia y buena crítica de los entendidos y laboriosos escritores Mayans y Ciscar, Pellicer, Navarrete, Ríos, Hartzenbusch, Fernández-Guerra, Barrera y otros, bien se puede afirmar que conocemos hoy la noble y trabajada vida del príncipe de nuestros ingenios; pero, aunque nada se conociese de ella, quien leyese el *Quijote* comprendería y amaría la excelencia moral de su autor, que allí ha quedado impresa en signos claros, indelebles y hermosos.

Si se atiende á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y á que escribía el *Quijote* viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira. Por el contrario, sus personajes, hasta los peores, tienen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad resplandecen en este respeto que muestra á toda criatura hecha á imagen y semejanza de Dios. Las mujeres especialmente, según la atinada observación del Sr. Hartzenbusch, «son casi todas en su libro á cual más bella y discreta y merecedora de cariño; y á la que pinta, ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne. Ríense dos mozas cuando D. Quijote las llama doncellas; pero le ayudan luego á quitarse las armas, le sirven la cena, y cuando les pregunta sus nombres no se atreven á mentir, sino que bajando los ojos declaran humildes los apodos que llevan de la Tolosa y la Molinera. La soez Maritornes misma, la cari-

catura del *Quijote* más lastimosa, cuando ve á Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se le paga, y en otra ocasión ofrece oraciones para que se consiga volver á la razón al hidalgo demente.»

Aún nos deleita más, haciéndonos simpatizar con el autor, con sus personajes y con la alteza de nuestro sér según él la concibe, el respeto que la inteligencia y la virtud de D. Quijote infunden en el ánimo de los hombres más rústicos y desalmados. Pastores, ramera, galeotes y bandoleros, todos se dejan fascinar por su ascendiente, todos le veneran, todos oyen con gusto y aun con admiración sus palabras, hasta que, rayando el ingenioso hidalgo en el último extremo de su locura, le tienen que moler á palos, por una fatalidad de la locura misma en que se funda lo cómico de la historia. Mas la significación altamente consoladora y humana que tienen esta necesidad y este poder con que obliga al amor y al entusiasmo cuanto es bello y grande, aunque aparezca bajo una fea y *triste figura* y venga unido á la demencia, luce como en nada en el cándido y repetido pasmo del buen Sancho Panza, al oír los discretos, apacibles y muy á menudo elevados razonamientos de su señor.

Son naturales y chistosísimas la credulidad de Sancho y su esperanza de ser gobernador ó conde; pero no es esto lo que principalmente le lleva á seguir á su amo. No pintó Cervantes en Sancho á un hombre interesado y egoísta. Si su baja condición y su pobreza le hacen codiciar, aun en esto

entra por mucho el amor que tiene á su mujer y á sus hijos, á fin de que la codicia misma esté disculpada y toque por algún lado ó se funde en sentimientos bellos. No: Sancho no sigue á D. Quijote sólo por la ínsula. Mil veces duda de la promesa del gobierno; mil veces se da á sospechar que en aquellas expediciones no granjeará más que manteamientos, coces y puñadas, y pasar malos días y peores noches; pero, lejos de desear, cuando está así desengañado, dejar el servicio de D. Quijote, llora y se compunge, si su amo le despide; dice que su sino es seguirle, que ha comido su pan, que no es de alcurnia desagradecida, y que sobre todo es fiel y leal, y no es posible que pueda apartarle de su amo otro suceso que el de la pala y el azadón. Por último, dan mayor luz de sí la bondad y humildad de Sancho, cuando, durante las grandezas del gobierno, echa de menos la compañía de su señor D. Quijote, y, sobre todo, cuando renuncia y abandona el gobierno mismo, repitiendo con tanta resignación y mansedumbre las palabras de Job, *desnudo nací, desnudo me hallo*, y mostrándose superior á sus indignos y empedernidos burladores, contra los cuales no exhala la menor queja ni guarda el rencor más mínimo. El abrazo y beso de paz que da entonces en la frente á su compañero y amigo, al conllevador de sus trabajos y miserias, arranca lágrimas, y con las lágrimas, risa, por ser un asno el objeto de aquella efusión de ternura.

Ni se diga que Cervantes pinta muy cobarde á Sancho, sino muy pacífico. Con harta bravura

sabe pelear cuando es menester, como lo muestra con el cabrero y en otras ocasiones. Es, sí, tímido de lo sobrenatural, por lo infantil de su inteligencia. Por lo común, Cervantes no halla cómica la cobardía, como ningún vicio enteramente despreciable ú odioso. Es, además, tan grande su sentimiento de la humana dignidad, que, movido por él, rechaza toda protección y amparo de los poderosos á los débiles, y de esto se burla más que de nada, como en la aventura del muchacho Andrés y en otras parecidas. No gusta Cervantes de imaginar caballeros valerosos y de contraponerles lacayos y villanos asustadizos. Antes los iguala á todos, ya que no preste más bríos á la gente menuda. Aquellos pelaires y agujeros que mantearon á Sancho dejaron abierta la puerta de la venta, sin temer la cólera de D. Quijote, y lo mismo hicieran, aunque D. Quijote se hubiera trocado en D. Roldán ó en uno de los nueve de la Fama. En fin, Juan Palomeque el Zurdo, al desechar con desdén la protección que D. Quijote le ofrece, se diría que responde en nombre de la plebe á todos los magnates y paladines: «Yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen.» Y no se funda esto en arrogancia plebeya y en soberbia zafia y villana, sino, como ya he dicho, en el sentimiento de la dignidad del hombre. Cervantes le concilió siempre con aquella profunda gratitud á sus bienhechores, de que ya sacramentado y moribundo dió la muestra más tierna y sublime en su dedicatoria del *Persiles*.

La propiedad de los caracteres y su variedad y multitud son admirables en el *Quijote*. El cura, el barbero, el ama, la sobrina, los duques, el oidor, el cautivo, todos, en suma, hasta los que están en tercero y cuarto término, son personajes vivos, perfectamente caracterizados y diferenciados; pero, fuerza es decirlo, son una galería de imágenes, sin gran enlace entre sí. Confieso mi pecado, si lo es. No acierto á descubrir esa unidad de acción que ve D. Vicente de los Ríos en el *Quijote*. Es más: apenas si hallo en el *Quijote* una verdadera acción en el sentido riguroso. Hay, sí, una serie de aventuras, todas admirablemente ideadas, y enlazadas por el interés vivísimo que inspiran los dos personajes que las van buscando. Pero el desarrollo, el progreso de una fábula bien urdida, en que no haya acontecimiento que no conspire, que no prepare, que no precipite el desenlace, eso no lo veo. La unidad del *Quijote* no está en la acción, está en el pensamiento, y el pensamiento es Don Quijote y Sancho unidos por la locura. Quítense lances, redúzcase el *Quijote* á la mitad ó á un tercio, y la acción quedará lo mismo. Añádanse aventuras, imagínense otros cien capítulos más sobre los que ya tiene el *Quijote*, y tampoco se alterará lo substancial de la fábula. Ésta es una falta del *Quijote* que no debo negar por un exagerado patriotismo; pero es una falta inevitable, dado el asunto. En balde procura Cervantes enmendarla en la segunda parte. Sólo en apariencia lo consigue. El bachiller Sansón Carrasco, vencido al principio por D. Quijote, se decide á sacarle la lo-

cura de los cascos, y le vence, por último, en las playas de Barcelona, obligándole á volverse á su casa. Lo mismo, con todo, importaba que le hubiese vencido antes ó después. Su triunfo no es causa, sino ocasión, á lo más, de que la historia termine. Bien pudo escribirse otra tercera parte en que hiciese el ingenioso hidalgo la vida pastoral y volviese luego á sus caballerías. Si el sanar D. Quijote de su locura es un desenlace; si lo es su muerte, ¿cómo son ambas cosas independientes de la acción, del movimiento de la fábula, y no preparadas por ella? La locura de D. Quijote le aísla, además, y le coloca en un mundo fantástico. Nada de lo que pasa en torno suyo influye en él sino transfigurado por su fantasía. En nada suele él influir sino como mero espectador. Los amores de Dorotea y Luscinda, los de Crisóstomo, la historia del cautivo, las bodas de Camacho, todo es ajeno á D. Quijote. Igual sería ponerlo en el libro que no ponerlo, tratándose sólo de la unidad de acción. Bien hubiera podido Cervantes cambiar los episodios, trocar las aventuras, alterar de mil maneras el orden en que están, barajarlas y revolverlas casi todas: siempre hubiera quedado, en su esencia, el mismo *Quijote*. Repito, con todo, que esto es culpa del asunto y no del poeta, y que, á pesar de esta culpa, es el *Quijote* uno de los libros más bellos que se han escrito, y la primera con una inmensa superioridad entre todas las novelas del mundo.

Cervantes era un gran observador y conocedor del corazón humano. Sin duda, cuanto había vis-

to en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda laya con quienes había tratado, le dieron ocasión y tipos para inventar y formar unos personajes tan verdaderos como los del *Quijote*; pero hay una enorme distancia de creer esto á creer que todo es alusión en dicho libro, y á devanarse los sesos para averiguar á quién alude Cervantes en cada aventura, y contra quién dispara los dardos de su sátira. Si él hubiera tenido la incesante comezón de injuriar á sujetos determinados, lo hubiera hecho de otra suerte, y no trocando una creación poética de subidísimo precio en un ridículo y perpetuo acertijo.

El arriero enamorado de Maritornes era de Arévalo, porque á Cervantes le había jugado alguna mala pasada un arriero de Arévalo. Cervantes llama á Cide Hamete autor arábigo y manchego, porque quiere zaherir á la gente de la Mancha de poco limpia de sangre. El licenciado Alonso Pérez de Alcobendas es Blanco de Paz en anagrama. Dulcinea es una pobre solterona, preciada de hidalga y natural del Toboso, llamada Ana Zarco de Molares. El propio D. Quijote, en quien los mismos que hacen estas interpretaciones confiesan que puso Cervantes lo mejor de su alma, es un cierto D. Alonso Quijada de Salazar, de quien Cervantes quiso burlarse porque se había opuesto á su boda con Doña Catalina Palacios. Sancho Panza, en fin, es Fr. Luis de Aliaga, como si hubiera la menor conexión ni semejanza de caracteres entre ambos personajes.



Las cavilaciones, la erudición prolija y mal empleada, y los argumentos de que se valen para convencer de todo esto, rara vez logran convencerme; y si alguna vez me convencen, no me hacen entender mejor ni estimar en más el mérito del *Quijote*. Yo no estimaría en más ni entendería mejor la hermosura del *Pasmo de Sicilia*, si alguien me probase que el Cristo y la Virgen y otras figuras no eran más que caballeros y damas amigos de Rafael, y los sayones varios enemigos suyos.

Se ve, por otra parte, en esto de buscar alusiones, el afán de que pase Cervantes por un formidable y ponzoñoso satírico, contra lo que él dice:

«Nunca voló la humilde pluma mía  
Por la región satírica, bajeza  
Que á infames premios y desgracias guía.»

Porque si para otro fin se buscasen alusiones, se buscarían en los personajes bellísimos, en que abunda el *Quijote*, y no en los ridículos ó moralmente feos. A nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido, con todo, buscar la realidad del Caballero del Verde gabán, señor tan excelente, que Sancho no puede menos de besarle los pies, diciendo que era el primer santo á la jineta que había visto en su vida. ¿A quién alude Cervantes en las figuras de Cardenio, de Luscinda, de Dorotea y de tantos otros nobles personajes? ¿De dónde saca, en fin, los inocentes, delicados y purísimos amores de D. Luis y Doña Clara, á quienes en pocos rasgos

pinta tan hermosos como Julieta y Romeo y Pablo y Virginia?

La interpretación y la cavilación han ido en pos de lo satírico, y han llegado hasta el punto de que personas dotadas de nada común inteligencia y de poderosa fantasía hayan consumido tiempo, registrado archivos, revuelto códigos y compulsado documentos, para averiguar quiénes eran los carneros que convierte D. Quijote en príncipes y capitanes. Por industria de algún comentador sabemos ya, casi á punto fijo, quiénes eran Alifanfarrón de la Trapobana, Brandabarbarán de Boliche, Micocolembó de Quirocia, Pierres Papín y Pentalpín el del arremangado brazo.

No por eso acierto yo á persuadirme de que estos héroes tuviesen existencia real en la corte de Felipe III. No veo el chiste que puede haber en darles tales nombres. Antes deseo decir al discreto y querido comentador, con quien me pesa no estar conforme, aquello que dijo Sancho á su amo: «Señor, encomiendo al diablo, si hombre, ni gigante, ni caballero, de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; á lo menos, yo no los veo: quizás todo debe ser encantamento.» Quizás no hay más que las ovejas y la fantasía de Don Quijote, que les pone nombres graciosamente eufónicos sin intención alguna.

La razón más grave en contra de estos comentarios es la de que truecan el carácter de Cervantes, generoso, magnánimo y sufrido en las desgracias, por el de un maldiciente mordaz y solapado. Sus elogios, en mi sentir sinceros, aunque

hiperbólicos, se convierten asimismo en baja adulación ó cobarde palinodia. Pongamos por ejemplo el temido Micocolembó, en quien nos quieren hacer creer que está aludido D. Bernardino de Velasco.

Demos esto por probado, y se verá que Cervantes no tiene la menor disculpa en prodigar alabanzas á dicho personaje, por boca de Ricote, para que tengan más fuerza. Llámale grande, prudente, sagaz, justiciero y misericordioso, y declara heroica la resolución de Felipe III, á quien también llama grande, de expulsar á los moriscos, é inaudita su prudencia en confiar su expulsión al tal D. Bernardino.

En todo esto es menester ser muy suspicaz ó muy zahorí para notar la más ligera ironía. Cervantes mismo da en compendio las razones que hubo para la expulsión, y la aprueba por indispensable, y por atrevida y por heroica la celebra y magnifica.

Cervantes era un hombre de su nación y de su época, con todas las nobles calidades de nuestro gran sér, pero con todas las pasiones, preocupaciones y creencias de un español de entonces. Su afectuoso corazón pudo afligirse de que fuesen expulsados aquellos hombres, entre los cuales había algunos cristianos sinceros; mas á la par reconocía que el cuerpo de toda aquella nación estaba *contaminado y podrido*, y que era menester extirparle á fin de que no inficionase y corrompiese todas las partes sanas de la república. Cervantes, protegido y entusiasta encomiador del ilustrísimo

de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, no podía pensar de otra suerte que como aquel arzobispo pensaba, esto es, que, por lo menos, importaba arrojar de España á los moriscos, como el pueblo de Dios exterminó á los cananeos ó los arrojó de la tierra prometida.

Repito, pues, que con esa perenne lluvia de alusiones y de ocultas diatribas contra determinados sujetos de que ven algunos atiborrado el *Quijote*, no sólo se afea el carácter de Cervantes, haciéndole malévolo y vengativo hasta lo sumo, sino que también se le amengua y achica el entendimiento. Yo al menos, con la franqueza que me es propia, tengo que declarar ineptias muchas de esas imaginadas sátiras. Otra cosa es que Cervantes tomase ocasión de algunos sucesos de su tiempo y aun de su propia vida para escribir ciertos lances ó aventuras. Puede que la del cuerpo muerto esté tomada de la traslación de los restos de San Juan de la Cruz. Tal vez la aventura del rebuzno tenga por origen las desavenencias que hubo entre los vecinos del Peral y Villanueva de la Jara, por cuestión de límites. Lo cierto es que esta aventura, así como la batalla entre los barceloneses y los soldados de la flota, que describe el autor en *Las dos doncellas*, y otras muchas ocurrencias y pinturas por el estilo que se leen en todas sus obras, dan clara prueba de la feroz anarquía y espantoso desorden de aquellos buenos tiempos.

No negaré yo que algunas veces la rivalidad de Cervantes con Lope, con Aliaga, aunque indigno, y con otros poetas, le haga lanzar contra ellos dar-

dos satíricos. Por lo común, sin embargo, en la alabanza es en lo que se excede, mostrando más la excelencia de su corazón que la de su juicio en puntos literarios. Y lo que es contra los grandes señores de la corte no había rivalidad alguna que pudiese mover á Cervantes. Quien nunca pasó de simple soldado y de alcaballero, no era posible que viese rivales en aquellos grandes señores, sino Meceñas más ó menos propicios. La ambición y la envidia no estaban entonces tan despiertas como ahora; pues si el favor del soberano sacaba á veces del lodo á validos indignos y necios, éstos no eran tan instables y ni remotamente tan numerosos como los que hoy levantan los partidos; por donde no hay nadie, por ruín y para poco que sea, que no se juzgue en potencia propincua de escalar los primeros puestos, y con el derecho de infamar á los que mal ó bien los ocupan y estorban el logro de su deseo.

Por las razones expuestas, presumo yo que no ofendería Cervantes á las personas favorecidas por sus reyes. Mucho menos me doy á recelar, como hacen otros, que de los reyes mismos se burlaba. Absurdo me parece que sea el *Quijote* una sátira de Carlos V ó de Felipe II. Quien llama grande á Felipe III, y le llama grande candorosamente, por el sumo respeto que inspiraban entonces á los españoles sus reyes, no había de tener baja idea del invicto César y de su prudentísimo hijo. Si Quintana, con todo su filosofismo á la usanza francesa del siglo pasado, todavía hace de Carlos V un sér extraordinario, y si, calificándole de déspota, le

transforma en déspota arrepentido y demagogo de ultra-tumba, á fin de que le adoremos, é identifica su gloria con la de España, ¿cómo Cervantes, que nada tenía de filósofo, había de juzgar con severidad ó había de poner en ridículo los hechos de aquel emperador amado y admirado? Es cierto que la grandeza de los medios que se ponían en juego, y la inconsistencia ó nulidad de lo que resultaba, fijan en el reinado de aquel emperador el principio de la decadencia de la monarquía española; pero Cervantes no podía sospecharlo.

Cervantes, además, no pecaba de lo que se llama *liberal* ahora. Al contrario, en el *Quijote*, y en otras obras suyas, da frecuentes señales de entender del modo más absoluto el poder del príncipe sobre la república. Pudiéranse citar mil ejemplos. Baste, con todo, que cite yo aquí el arbitrio que halla para que no se publiquen malas comedias, á saber: que se nombre un censor, sin cuya aprobación, sello y firma, nadie se atreva á representar comedia alguna. De suerte que, no sólo somete al gobierno las ideas de los escritores, en cuanto pueden tocar en algo á la moral, á la religión ó á la política, sino que le hace árbitro supremo del bueno ó mal gusto en literatura. El despotismo de Carlos V ó de Felipe II no debían, pues, escandalizar á Cervantes.

No se crea, sin embargo, que era servil. En él había un poderoso instinto de libertad y de altivez, y una independendencia de carácter propia entonces y siempre de los españoles, y muy en particular de los que se precian de hidalgos y de ca-

balleros, que son casi todos, hasta los que al mismo tiempo se precian de demócratas. Muéstranse esta altivez y esta independencia en aquellas palabras de D. Quijote, menos de burla y más sentidas de lo que se piensa, en que declara exentos de toda ley á los caballeros andantes: «sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad.» Muéstranse también en aquel desprecio y furor con que trata D. Quijote á los ministros de la justicia, *ladrones en cuadrilla que no cuadrilleros*, y con que se mueve á desafiar á la Santa Hermandad, y á extender el reto á los hermanos de las doce tribus de Israel, á Castor y Polux; á los siete hermanos Macabeos, y á todos los hermanos y hermandades que ha habido en el mundo. Casi siempre que hay algo de valentía ó de travesura en quien se burla de las leyes ó desafía á la autoridad, Cervantes, sin poder remediarlo, se pone de su parte. A los galeotes los disculpa, y si bien la apología está en boca de D. Quijote, no deja de tener fuerza y de estar hecha con calor. «Porque si bien vais castigados por vuestras culpas, dice, podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros de éste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades.» «Me parece duro caso, añade, hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres.» Pero donde más se declara esta propensión de Cervantes es en el entusiasmo que consagra al valiente Roque Guinart, al capitán de bandoleros, de quien se admira, á



quien ensalza sobre un pedestal de gloria, y en quien presenta un dechado de magnanimidad, de discreción, de cortesía y de otras mil prendas hidalgas. Los principales caballeros y damas de Barcelona, los del bando de los Niarros al menos, eran de la misma opinión, y conservaban las relaciones más amistosas con aquel foragido. Faltas son éstas que serían bastantes á que fuese tachada de antisocial una novela de ahora; pero en aquella época y estado social eran indispensables. Todavía, hasta hace poco, han sido en España las historias más celebradas entre el vulgo las que refieren los altos hechos de bandidos, ladrones y guapos como Francisco Esteban.

Asimismo pretenden algunos ver en Cervantes un descreído burlón. Nada, á mi ver, más contrario á la índole de su ingenio. Cervantes era profundamente religioso y aun participaba de la superstición y del fanatismo de su nación y de su época. España había hecho la causa de la religión su propia causa; había identificado su destino con el triunfo de nuestra santa fe; había puesto por base, no sólo á su imperio, sino á sus pretensiones de preponderancia, y de primado, y de soberanía entre todos los pueblos de la tierra, la victoria del catolicismo sobre la incredulidad y la herejía. Ser, pues, incrédulo entre nosotros, á más de renegar de Cristo, era renegar del sér de español y de hidalgo y de fiel vasallo. Este modo de nacionalizar el catolicismo tenía algo de gentílico y más aún de judaico: fué un error que vino á convertir, en España más que en parte alguna, á

la religión en instrumento de la política; pero fué un error sublime que, si bien nos hizo singularmente aborrecedores y aborrecidos del extranjero, y conspiró á nuestra decadencia, colocó á España, durante cerca de dos siglos, á la cabeza del mundo, dándole en el gran drama de la historia un papel tan principal, que nada se entendería si nuestros grandes hechos, pensamientos y miras se sustrajesen por un instante de la escena.

Siendo esto así, como lo es, Cervantes, que en grado eminente representa el genio de España, tuvo que ser y fué eminentemente religioso. En todas sus obras se ven señales de la piedad más acendrada. Cuanto se conoce de su vida concurre á persuadirnos de esta calidad que adornaba su espíritu.

Lo que sí me inclino á creer es que Cervantes discurría poco sobre ciertas materias, como la mayor parte de los españoles que no eran sacerdotes y teólogos de profesión. El Santo Oficio ahogó todo discurso, todo pensamiento sobre lo divino que no fuese una repetición de lo *oficial* y consignado. La filosofía acabó por convertirse en ergotismo frívolo para las aulas, en fría indiferencia para los hombres de mundo, y para algunos políticos y eruditos culteranos en doctrina estóica, más que metafísica, moral, y más que moral, literaria, pues los que la seguían, antes que de la ciencia y altos preceptos de Crisipo, se apasionaban del estilo pomposo y declamatorio de Séneca.

Hay, sin embargo, quien dé por seguro que, sin elevarse á consideraciones transcendentales, Cer-

vantes se burló encubierta y chistosamente, no de la religión; pero sí de abusos y desórdenes introducidos so capa de religión, y de muchos vicios del clero. Llegan, por ejemplo, á imaginar que tiene más malicia de la que se le atribuye aquello de decir D. Quijote á los monjes benitos, aun después de afirmar ellos que lo eran: «Ya os conozco, fementida canalla;» palabras con que Ariosto, con intento franco y deliberado, califica también á todos los frailes, así como profiere infinitas burlas impías, sin que por eso deje Cervantes de llamarle «cristiano poeta.» Se añade que hay también sátira por el estilo en la aventura del cuerpo muerto, en la de los disciplinantes y en el carácter y condición del eclesiástico que vivía con los duques.

Sin duda, Cervantes, sin querer, censuraba los vicios del clero, singularmente sobre cierto punto. El lance que el mismo D. Quijote refiere de los presentados y teólogos que fueron desdeñados por amor del lego que para ciertos negocios y menesteres sabía más filosofía que Aristóteles, y aquellas palabras de una dueña en *La tía fingida*, dando á entender que nadie pagaba mejor que los canónigos algunos artículos de ilícito comercio, no dan la más brillante idea de la que Cervantes tenía sobre las buenas costumbres y virtud del clero. Sin embargo, Cervantes decía esto por ligereza y sin ánimo de ofender á aquella clase, que en general respetaba. Una de las sentencias del licenciado Vidriera, de las cuales parece que hace Cervantes el último extremo de la discreción, es

que «nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *nolite tangere Christos meos.*» Y esto lo dijo el licenciado muy subido en cólera y sólo porque un sujeto tildó de gordo á un fraile. ¿Cuánto más no se hubiera enojado Vidriera con el cuento del lego y los teólogos y con la alta fama de rumbo que entre las Claudias y las Celestinas supone Cervantes que los canónigos gozaban?

Se ha de advertir que ahora la impiedad de muchos hombres y la extremada malicia con que interpretan los dichos de los autores, hacen que vean como una sátira en lo que sólo es efecto de un candor extraordinario, y digámoslo así, de cierta franqueza ó familiaridad con las cosas divinas que había en aquellos tiempos de fe sincera y profunda. Al lado de esta fe había también una relajación en las costumbres y una depravación en la moral que pasman, y que se avenían sin el menor escrúpulo con la devoción más fervorosa. La asociación de ladrones y de pícaros del Sr. Monipodio da dinero para misas y para otros fines piadosos. Rinconete pregunta á un pillo á quien ve por vez primera:— «¿Es vuesa merced por ventura ladrón?» Y el interrogado responde:— «Sí, para servir á Dios y á la buena gente.» Las obras de Cervantes abundan en estos rasgos. Como la mayor parte de los autores de su tiempo, no tenía dificultad ninguna en mezclar los misterios y los dogmas de nuestra religión con farsas indecentes y chistes groseros, y en valerse de ellos para fraguar esas farsas y esos chistes. En su comedia de *Pedro*

*Urdemalas*, cuando éste se finge alma del Purgatorio para robar á una rica viuda, vieja y crédula, hay escenas que parecen expresamente inventadas por el mismo demonio para burlarse de las ánimas benditas. Allí se refieren una junta general y consejo que tienen en el Purgatorio los parientes difuntos de la viuda, las penas que padecen y la determinación que toman de enviar á uno de ellos por diputado á la viuda para que los rescate, todo de una manera tan cómica y ridícula que no puede ser más. Cuando trataba Cervantes por lo serio las cosas divinas, no solía ser más decoroso. Lo inmoral ó sucio de los lances y lo extravagante y absurdo de los milagros lucen no menos en *El rufián dichoso* que en el *San Franco de Sena* de Moreto y en otras más desarregladas y monstruosas *comedias de santos*. Schack pretende que *El rufián dichoso* es una de las comedias más desatinadas que en este género se han escrito. El héroe es como el de casi todas: un desalmado, pendenciero y burlador de mujeres, que, después de hacer cien mil insolencias y crímenes, se arrepiente y hace milagros, es santo y se va al cielo.

En el *Quijote*, por dicha, hay otro gusto más delicado, y junto á la más espontánea inspiración está siempre el recto juicio que la temple y modera. No hay, pues, en el *Quijote* semejantes aberraciones; pero sí hay pasajes que, interpretados hoy, pueden dar lugar á sospechas de las ya mencionadas. Yo, con todo, los creo nacidos al volar de la pluma, sin la menor intención de ofender.

Si el autor pudiese contestar á nuestras preguntas, exento de todo temor al Santo Oficio, creo que no confesaría la intención ofensiva, y aun quedaría absorto de que se la atribuyesen.

Bien persuadido estoy, pues no puede ser más claro, de que el capítulo LXIX de la segunda parte del *Quijote* contiene una parodia del modo de proceder de la Inquisición y de los autos de fe. Pero ni Cervantes cayó en que aquello podía pasar por burla, ni la Inquisición tampoco. Cervantes, si por burla la hubiera tenido, no se hubiera atrevido á publicarla; y si la Inquisición la hubiera tenido por burla, no la hubiera dejado pasar. En las pocas palabras que suprimió en la dicha segunda parte, se ve el cuidado minucioso que ponía en expurgar los libros. Era tal el respeto y el miedo que entonces la Inquisición infundía, que era imposible imaginar que la ponían en ridículo. La burla es sólo contra Sancho y D. Quijote, á quienes, para un asunto de tan poco momento y tan de farsa como la resurrección de Altiidora, los rodean de un aparato imponente, propio de los asuntos más sublimes. La Inquisición no podía darse por ofendida por esto, como el rey no se daba por ofendido de que hubiese reyes en parodia: el Rey que rabió, ó el Rey Perico.

Tal vez pensará alguien que el lado místico y ascético á que entonces propendía, singularmente en nuestra Península, el catolicismo, y que en las cosas de gobierno y razón de Estado iba ya tomando grande inclinación teocrática, repugna-

ba por instinto, y sin que se diese buena cuenta de ello, á una naturaleza tan sana y tan práctica como la de Cervantes. Pero el ideal de mundana perfección que sin duda estaba en su mente, y la conciencia del gran movimiento intelectual de Europa y del destino de esta privilegiada parte del globo de difundir la civilización entre todas las gentes, eran nociones y sentimientos que se avenían y aun se apoyaban en el catolicismo, entendido y sentido por alta manera, y haciéndole nervio, espíritu y origen de esa misma civilización. Así es que, lejos de pensar Cervantes, como el impío Machiavelli, que el cristianismo había enervado el mundo, y dándole como á saco á los tiranos protervos para que hiciesen de él á su talante, ponía en nuestra religión el manantial purísimo de la verdadera valentía, y dotaba al cielo de caballeros andantes, como se ve en el capítulo LVIII de la segunda parte del *Quijote*. Ni está dicho de burla, sino con profundo entusiasmo, al hablar de San Jorge, que era *un caballero de los mejores andantes que tuvo la milicia divina*, y al hablar de Santiago, patrón de España, á caballo, con la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, que *fué de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo*.

Ni siquiera puedo creer que la fantasía de Don Quijote de convertir á San Pablo y á otros santos en caballeros andantes venga allí con propósito de ridiculizar los libros de caballerías á lo divino, como *El caballero Assisio*, *El caballero pere-*



*grino* y otros. Yo entiendo que este misticismo, mezclado á veces con el espíritu caballeresco mundano, y otras veces contrapuesto á ese espíritu, rebajándole y humillándole, estaba en el alma de nuestro gran poeta. La ambición y el amor de gloria la conmovían hondamente. A menudo reniega Cervantes de su pobreza, y de quien la llamó *dádiva santa desagradecida*. Pero también había en su corazón cierto menosprecio del mundo, y cierta ternura mística, fomentada por sus desengaños de las cosas de la tierra y por los desdenes de la fortuna.

En el capítulo VIII de la segunda parte del *Quijote* se descubre á las claras este combate interno de su corazón. El dualismo de su sér, las dos opuestas propensiones se manifiestan en un curioso diálogo entre D. Quijote y Sancho, y sin duda la propensión mística queda triunfante. Don Quijote habla del deseo de gloria, de la ambición, del amor de la patria, como móviles de las grandes acciones. Todas las hazañas, todas las atrevidas empresas dimanar de estos sentimientos que D. Quijote magnifica. Pero Sancho le interrumpe en medio de su peroración, tratando de probar que cualquiera fraile vale más que todos los héroes del mundo, los conquistadores y los andantes caballeros, ya que hay más frailes santos que héroes y príncipes, y vale más resucitar á un muerto, dar salud á un enfermo, ó hacer otro milagro, por pequeño que sea, que desbaratar ejércitos, fracasar armadas, aterrar vestiglos, descabezar gigantes, y avasallar y domeñar naciones enteras.

Aquí tenemos á Cervantes humillando por medio de la religión la soberbia aristocrática de los grandes y poderosos.

Este pensamiento no era fugitivo en su alma, sino permanente, y con frecuencia le repite. El licenciado Vidriera hace también observar que de muchos santos «que había canonizado la Iglesia, ninguno se llamaba el capitán D. Fulano, ni el secretario D. Tal de Tal, ni el conde, ni el marqués, ni el duque, sino Fr. Diego, Fr. Jacinto, etc., todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios.»

Para humillar las vanidades mundanas, Cervantes se valía casi de las mismas razones que el gran Gregorio VII. «¿Qué príncipe ha hecho milagros? ¿Qué rey, qué emperador vale un San Martín ó un San Antonio?» Palabras dictadas por un espíritu nivelador, por un sentimiento católico profundamente democrático. Pero Cervantes amaba la gloria, la vida aventurera, las hazañas, estaba lleno de ardor guerrero, y, en lo que la patria y la religión se avenían y aun prescribían el vivir heroico, él le amaba. Entonces no era el místico desengañado: entonces era el elocuentísimo encomiador de las armas sobre las letras, el héroe de Argel, el caballero andante, el soldado valeroso, *el que más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga*, el que prefiere su manquedad á *no haberse hallado en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.*

Por cualquier faz que se examine el carácter de Cervantes se ve que dista infinito de rebajar el espíritu caballeresco y la verdadera gloria militar, á no ser en nombre de una más alta y más pura gloria. No es el *Quijote*, como pretende Montesquieu, el único libro bueno español que se burla de los otros, la reacción y la mofa contra nuestro espíritu nacional: antes es la síntesis de este espíritu, guerrero y religioso, lleno de un realismo sano, y no por eso menos entusiasta de todo lo bello y grande.

El *Quijote* se burla de los libros de caballerías, porque Cervantes los halla indignos del espíritu que los dictó. Hablando nuestro autor por boca del canónigo, deja ver su idea y nos da en cifra los preceptos del verdadero y excelente libro de caballerías que él soñaba; esto es, de la epopeya en prosa, ó dígase de la novela heroica, donde se han de presentar como en dechado todas las virtudes del caballero perfecto: *cristiano, valiente y comedido*. Este ideal resplandece en la obra inmortal de Cervantes, llenándola, perfumándola é iluminándola toda.

He tratado hasta aquí de varias especies de comentarios que se han hecho ó pueden hacerse del *Quijote*. El asunto es tan extenso que merece un libro. Temo haber callado muchísimo importante, y haber además fatigado á mis oyentes. Mas á pesar de este último temor, diré aún, en brevísimas palabras, algo de otros comentarios que hay, y que llamaré filológicos y filosóficos. Los filológicos me parecen inútiles, si tratan de explicar giros

y vocablos, oscuros por anticuados. El *Quijote* no está escrito en una lengua muerta. Con corto y poco substancial desvío, la lengua de Cervantes es la que hoy se habla. Los grandes autores clásicos fijan la lengua en que escriben.

El comentario filológico puede ser, sin embargo, útil si se reduce á enmiendas y correcciones, por el orden de las que en los clásicos griegos y latinos pusieron los eruditos del renacimiento; si bien conviene tener mucho pulso y prudencia en este negocio para no incurrir en los desmanes que tan graciosamente zahiere Saavedra Fajardo. Hablando de los críticos que corrigen ó enmiendan, los compara á cirujanos ó barberos «que hacen profesión de perfeccionar ó remendar los cuerpos de los autores. A unos pegan narices; á otros ponen cabelleras; á otros dientes, ojos, brazos y piernas postizas; y lo peor es que á muchos les cortan los dedos ó las manos, diciendo que no son aquéllas naturales, y les ponen otras con que todos salen desfigurados de las suyas. Este atrevimiento es tal que aun se adelantan á adivinar conceptos no imaginados, y, mudando las palabras, mudan los sentidos y taracean los libros.» Yo me inclino, en general, al dictamen de Saavedra Fajardo, si bien no menosprecio á estos críticos correctores, cuando hasta el mismo Aristóteles lo fué de Homero, haciendo aquella edición que Alejandro guardaba en la cajita de Darío. El *Quijote*, además, así por descuido de Cervantes como por torpeza de los impresores, estaba plagado de erratas, por lo cual aplaudo sinceramente la edición

corregida que con gran tino ha hecho un docto y entendido compañero nuestro. Las más de sus enmiendas me parecen acertadas, aunque no pocas son bastante atrevidas.

El otro género de comentario, el filosófico, es el que resueltamente no puedo aprobar, si por él se trata de persuadirnos de que un libro tan claro, en el que nada hay que dificultar y que hasta los niños entienden, encierra una doctrina *esotérica*, un logogrifo preñado de sabiduría. Verdad que Homero ha tenido mil comentadores de esta clase, desde Heráclides Póntico y Demócrito Abderita hasta hoy, y Dante cátedras, donde su ciencia se ha leído, y desentrañadores de ella, como Ozanán y el rey Juan de Sajonia; pero según dice un prologuista de *La Divina Comedia*, — «la Minerva griega salió grande y armada del cerebro de Homero, y la Minerva italiana del de Dante,» mientras que la Minerva española estaba ya nacida, crecida y muy granada cuando el *Quijote* apareció. ¿Qué idea, por otra parte, se formaría de esta Minerva quien no la conociese, y llegase á entender que era su cuna una sátira alegre, una obra festiva, un libro de entretenimiento, una novela, en fin? Una novela, y no más, es el *Quijote*, aunque sea la mejor de las novelas. Y los que en otro predicamento la ponen, no logran realzar el mérito del autor, y rebajan el de la civilización española. Antes de Cervantes, y después de Cervantes, hemos tenido filósofos, jurisconsultos, teólogos, naturalistas y sabios en otras muchas ciencias y disciplinas, que han concurrido al pro-

greso científico, al desenvolvimiento de la inteligencia humana.

Cervantes no ha concurrido, no ha descubierto ninguna verdad. Cervantes era poeta, y ha creado la hermosura, que siempre, no menos que la verdad, levanta el espíritu humano, y ejerce un influjo benéfico en la vida de los pueblos y en los adelantos morales.

No hay que hacer un análisis detenido del *Quijote* para probar que carece de profundidades ocultas. Hay mil razones fundamentales que lo demuestran.

Es la primera que ningún crítico español ni extranjero, entre los cuales pongo á Gioberti, á Hegel y á Federico Schlegel, admiradores entusiastas del *Quijote*, ha descubierto ni rastro de esa doctrina *esotérica*; y sería de maravillar y caso único en los anales de la inteligencia humana, que durante más de dos siglos y medio hubiesen estado escondidos en un libro tesoros de sabiduría sin que nadie de ellos se percatase.

La segunda razón es que, dada esa sabiduría, el disimulo de Cervantes no tiene explicación, á no suponer que su espíritu era contrario á la moral, ó á la fe, ó á la política de España en su tiempo, y creo haber probado que no lo era.

Los antecedentes de Cervantes confirman más aún que no hay tales filosofías y sabidurías en el *Quijote*. Tirso, Lope, Calderón y otros muchos poetas de España, habían estudiado más, sabían más y eran más eruditos que Cervantes. Cervantes era (¿y por qué no decirlo?) un *ingenio* casi

*lego*. La edad de la intuición súbita había ya pasado. Y en el período reflexivo de la vida de la humanidad, aunque pueden escribirse poemas que presuman de contener en cifra una teoría completa de las cosas divinas y humanas, estos poemas no suelen estar escritos sino por autores de mal gusto, vanidosos é ignorantes, que no saben lo que es la ciencia y quieren abarcarla, ó bien por autores que á más de poetas son filósofos, como Goethe, y muy versados en todo género de estudios. Cervantes no era ni lo uno ni lo otro: luego por este lado tampoco se concibe cómo pudo poner en el *Quijote* esa sabiduría.

Las advertencias que hace el ingenioso hidalgo á Sancho, cuando éste va á gobernar la ínsula; las doctrinas literarias del canónigo, y otras máximas sobre política, moral y poesía, á no ser por la elegancia, por el chiste ó por la nobleza de los afectos con que se expresan, nunca traspasan los límites del vulgar, aunque recto juicio. El discurso sobre la edad de oro no es más que una declamación brillante y graciosa.

Nada más propio de la epopeya que encerrar dentro de su unidad la idea completa del universo mundo y de sus causas y leyes; pero esto es dable cuando la idea es sólo poética, y aún no está limitada y contradicha por la sabiduría prosáica y metódica, y cuando la metafísica, la moral, la religión y las ciencias naturales se escriben en breves sentencias.

Las atribuídas á Pitágoras en los *versos de oro*, las de los siete sabios, las de otros poetas *gnómi-*



cos y las de *Los trabajos y los días* de Hesiodo, si bien no enlazadas á una acción heroica ni reducidas á unidad, son, como las máximas de Valmiki, de Viasa y de Homero, la legítima sabiduría épica. Pero estas sentencias, aunque se ponen en boca de los antiguos sabios, tienen un carácter eminentemente impersonal; son como la voz de todo un pueblo, y, cuando viene la reflexión y nace el saber prosáico, pierden su condición ilustre y grave, se hacen plebeyas, toman un aspecto algo jocoso y se convierten en *refranes*. Cervantes, comprendiendo intuitivamente esta verdad, que hoy aclara la crítica, hizo de la antigua sabiduría épica, ya emplebeyecida y degradada, uno de los elementos más cómicos y risibles de su profunda parodia, que no lo es sólo de los libros de caballerías, sino de toda epopeya heroica. Épicas son también, como las referidas sentencias, la importancia que se daba y la circunstanciada descripción que se hacía de todo aquello que sirve á los héroes para adorno ó defensa de la persona: un cetro, un bastón, una espada ó un yelmo. Los mismos dioses en las epopeyas antiguas, y en las modernas los magos ó las hadas, fabrican estas armas, alhajas ó muebles, dotándolos de mil virtudes y excelencias. Cervantes se burla de esto, transformando en yelmo de Mambrino una bacía de barbero. Así como los héroes de los antiguos poemas se revisten de armas divinas cuando acometen la más peligrosa y seria aventura, y los dioses ponen en ellos algo de extraordinario, por ejemplo, una horrenda llama que les arde en las sienes, así

D. Quijote, al acometer también su aventura más seria y peligrosa, se pone el casco lleno de requesones y se da á entender que se le ablandan y derriiten los sesos.

Y, sin embargo, á pesar de esta burla de lo épico, Cervantes se muestra siempre enamorado de lo novelesco y lo trágico. Sin hablar del *Persiles*, en el mismo *Quijote* hay caracteres y casos que no vendrían mal en un libro de caballerías. A las mujeres, más que á los hombres, las poetiza á veces Cervantes del mismo modo exagerado y andantesco de que tanto se burla. Dorotea, Ana Félix y Claudia Jerónima son mujeres andantes, y la última de las de rompe y rasga. Las dos doncellas, en la novela de este título, no se limitan á andar de zeca en meca, vestidas de hombres, sino que pelean y dan de cuchilladas como Pentesilea, Bradamante y Clorinda. Cervantes amaba la *romanzería*, y la epopeya histórica y los libros de caballerías, aunque tuviese, por instinto, el sentimiento de que eran anacrónicos.

No era, ni podía ser Europa, como varias naciones del Asia, donde se prolongó por muchos siglos la edad de la epopeya, la edad divina. Durante este largo período, los dioses se humanaban, y compartían las penas, las pasiones y los cuidados de los hombres; la religión y la historia, las creencias y la filosofía, los acontecimientos reales y los sueños, todo estaba mezclado y confundido. Así se explica que un poema fuese el *libro* por excelencia de toda una nación, en el cual iban escribiendo sus ideas las sucesivas generacio-

nes. Así el *Mahabharata*, que tenía en un principio 2.400 *slokas* ó dísticos, llega á contener al cabo sobre 100.000. En él aparece, desde la luz incierta y vaga que esparce la aurora de la civilización indiana, hasta la metafísica sutil del *Bhagavad-Gita*.

En la Europa pagana sucedió lo contrario. Los dioses, como seres efectivos, desaparecieron pronto, quedando como ideas inmortales; pero dieron lugar á Homero para escribir, con un arte que los asiáticos desconocían, la epopeya perfecta y una.

En la Europa cristiana, la fijeza de los dogmas y la gran filosofía de los primeros cinco siglos infundieron una noción más sublime y científica de la divinidad, y no consintieron que ésta pudiese decorosamente servir de máquina para los poemas. A pesar del arte y de la ciencia de Milton y de Klopstock, hay en sus obras mil pasajes que no se pueden sufrir. Cuando con más fe y menos ciencia se ha hecho intervenir á la divinidad en nuestras epopeyas, dramas ó novelas, se ha caído en lo indecoroso. Muchos gentiles pensaban así de sus poetas épicos y del empleo que en las fábulas daban á sus dioses. ¿Cuánto más debemos pensar esto los cristianos? La idea de Chateaubriand de que nuestra religión vale más que la mitología para máquina de un poema, ofende á nuestra religión, lejos de ensalzarla.

Pero dígase lo que se diga de la idea de Chateaubriand, es lo cierto que, aparte *La Divina Comedia*, obra de un género enteramente diverso, no hubo epopeya perfecta en la Edad Media. Des-

de el renacimiento hasta hoy, y aun en lo porvenir, creo con Ariosto que *più vero epico esser non si possa*. Tasso, á fuerza de elegancia, de ternura y de religiosidad, nos ofusca, y casi contradice el fallo. Camöens, por ser hijo de una nación épica en grado elevadísimo, por cantar una empresa nacional y al mismo tiempo de interés común al género humano, pues que abre verdaderamente la historia moderna, y por un sinnúmero de otras circunstancias dichas, á más de su ardiente inspiración y patriotismo, contradice también en apariencia el fallo que se ha dado. En realidad y en el fondo, ni Tasso ni Camöens le contradicen. *La Jerusalén* y *Los Lusíadas*, aunque bellísimos, son igualmente dos poemas artificiales.

Todo esto, repito, que lo sentía Cervantes, aunque no se lo explicaba. Si alguna oculta sabiduría hay en su libro, me parece que es esta sola. Mas, como burlándose de la caballería es él un perfecto caballero, así burlándose de la epopeya escribe en prosa el libro más épico que en la edad moderna se ha escrito, salvo los romances del Cid; *aquel collar de perlas, aquella graciosa corona*, como los llama Hegel, que nos atrevemos á poner al lado de cuanto la antigüedad clásica creó de más hermoso.

Tal es, señores académicos, mi pobre opinión sobre el *Quijote*, y sobre los comentarios y críticas que de él se han escrito.



## LA LIBERTAD EN EL ARTE (1).



SEÑORES: Pocos deberes en mi vida me han sido más gratos y más difíciles á la par que el que voy á cumplir ahora. Temo, por una parte, que la premura del tiempo y la cortedad de mi ingenio no consientan que yo conteste sino con pensamientos pobres y frases vulgares al elegante discurso, rico en erudición y en ideas propias, que acabáis de escuchar con muestras claras de aprobación y deleite; y me alegro, por otra, de ser yo el elegido para dar la bienvenida, en nombre de nuestra Academia, á un sujeto con quien me une, desde hace muchos años, lazo de amistad, anudado y reanudado siempre por aficiones idénticas y por modos de sentir y de pensar muy semejantes en todo aquello que se refiere á las altas teorías del arte y de la ciencia, aun-

(1) Contestación al discurso de recepción del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo en la Real Academia Española, el 3 de noviembre de 1867.

que á veces en los asuntos prácticos le hayan destatado divergencias ó desacuerdos lastimosos.

De esperar es que este lazo se estreche más en el seno de la ilustre Corporación donde vengo á recibir al Sr. Cánovas; y aunque llego muy tarde, y la fama no há menester de mi voz, como, por hallarme ausente, no tuve el placer de concurrir á su elección, me desquito, si no le sirvo, complaciéndome en declarar las razones que hay para considerarla acertada.

Nunca, ni en los momentos en que la política me ha apartado más del Sr. Cánovas, he desconocido, he negado, ó he tratado al menos de amenazar la fuerza de estas razones. Nunca he escatimado al saber y al talento del Sr. Cánovas las alabanzas merecidas. Y siempre, aun cuando yo le mirase como al más acérrimo contrario en las cosas de la política, confiaba en él y le tenía por compañero, amigo y aliado en las literarias, no dudando de que, por amor á estas cosas, había de estimarme, y había de pagar con benevolencia y predilección la justicia con que le apreciaba y le aprecio.

A este buen concepto mutuo contribuía el haber el mismo maestro, á quien el Sr. Cánovas alude, infundido en ambos la afición á ciertos estudios y el aliento para seguirlos. El Sr. Cánovas estaba ligado á él por parentesco muy cercano, y yo por amistad antigua y constante. Los dos mirábamos sus obras como tesoro y dechado donde daban gallarda muestra de sí el primor, la gracia y la riqueza de nuestra lengua nativa (1).

(1) Se alude al Excmo. Sr. D. Serafín Estébanez Calderón.

Criado el Sr. Cánovas en tan buena escuela, y cultivada con esmero por tan hábiles manos la planta fecunda y generosa de su ingenio, no es de extrañar que haya producido frutos en que lo espontáneo y temprano no daña á lo delicado y sabroso. Como de rico y perenne venero, brota la palabra de sus labios ó de su pluma, haciéndole apto en extremo para las lides del Parlamento y de la prensa; pero no la enturbia el ímpetu con que corre, porque el saber le abrió de antemano un limpio y hondo cauce.

En su primera mocedad, cursando las aulas y estudiando con notable aplicación el Derecho, ya se adelantaba el Sr. Cánovas á los más hábiles periodistas. Poco después se distinguió como orador parlamentario, y tomando parte muy principal en nuestras contiendas políticas, vino á ocupar las más altas posiciones y á ser uno de los corifeos y jefes de más nota y séquito entre los muchos que se disputan la gobernación del Estado. No es del caso hablar aquí de sus opiniones sobre este punto, ni menos juzgar su conducta; baste decir lo que está en la conciencia de todos, á saber: que entre los rápidos encumbramientos de ahora, pocos habrá tan justificados como el suyo. Las pasiones y tareas de la política, que distraen y alejan del cultivo de las letras á tantos ingenios, jamás fueron bastantes á entibiar en el alma del Sr. Cánovas el ferviente amor al estudio, á las artes y á la poesía. Nacidas de este amor son sus varias, correctas é inspiradas composiciones en verso; una novela, *La campana de Huesca*, donde



la pureza del lenguaje, la maestría precoz del estilo y la viva lozanía de la imaginación, guiada por un conocimiento nada común de la historia, concurren á trazar un cuadro fiel y animado de nuestra Edad Media, en el momento importantísimo en que Aragón y Cataluña se unen; y algunas obritas históricas que por la claridad, verdad y buena crítica con que en ellas se narran los sucesos, y por el tino con que están juzgados, abrieron, años há, al Sr. Cánovas las puertas de otra Real Academia.

De la fecundidad del ingenio del Sr. Cánovas y de su aplicación, sin duda que aún pudiera esperarse mayor número de escritos, á pesar de lo agitada y afanosa que es la vida pública; pero la poca atención del vulgo de los españoles, y su falta de curiosidad y de interés aun para los escritores que mejor conoce y que más se inclina á reverenciar y á recibir con aplauso, son rémora hasta de las voluntades decididas y de los propósitos firmes.

Este desvío del vulgo, sin embargo, si bien enfría el ardor de producir, no apaga ni aquieta la sed de saber, la cual ha perseverado siempre en el alma de nuestro compañero, moviéndole á buscar y á no desaprovechar las ocasiones de satisfacerla. La más propicia y mejor empleada ha sido su permanencia en Roma durante dos años. Allí, en aquella capital del orbe católico, á la vez que foco de la divina luz y de la sabiduría eterna que ilumina á los hombres en este mundo, centro del buen gusto, patria ó refugio de las nobles artes, cuna de la ciencia profana, y escuela jamás deca-

dente de clásica erudición y de sana filosofía, el Sr. Cánovas ha ensanchado el horizonte de sus ideas, ha depurado su criterio estético, y estudiando los grandes modelos artísticos y literarios de la antigua civilización griega y latina, ha logrado adquirir la firmeza y la rectitud de juicio que avaloran el discurso á que debo contestar, y la copia de conocimientos que en él se cifra y resume.

En mi contestación no me incumbe impugnar nada, porque substancialmente estoy de acuerdo con todo. Mi contestación va, pues, á ser un mero comentario del discurso; pero comentario incompletísimo, porque ni tengo vagar para más, ni el recelo de molestar demasiado vuestra atención consentiría que yo me extendiese, aun cuando le tuviera.

La afirmación capital del Sr. Cánovas no puede ser más atrevida: proclama el arte ilegislable, le da libertad, y en cierto modo tilda los preceptos de inútiles y hasta de nocivos. Los preceptos atajan el paso á la inspiración, y, abatiendo la fantasía, no consienten que vuele y se explaye por los inmensos espacios inexplorados. El Sr. Cánovas se atreve á formular seriamente sentencias que Moratín formulaba por ironía y sarcasmo. Salvo la diferencia en el tono y en la expresión, casi suenan las palabras del Sr. Cánovas como si dijeran, con el autor de *El sí de las niñas*, que por culpa de los preceptistas

Cobra la osada juventud espanto  
Y se malogran furibundos vates;

esto es, que Tirso y Calderón, por ejemplo, se hubieran malogrado, no hubieran escrito jamás *El condenado por desconfiado*, *El burlador de Sevilla*, *La devoción de la Cruz* y *La vida es sueño*, si hubieran pensado sólo

En Baquis, Menedemo y Antifila,

y hubieran empequeñecido sus creaciones, vaciándolas en la turquesa que dejó Terencio.

Entendido esto como debe entenderse, es tan exacto que no puede serlo más. Porque no se niega ni se negará nunca que la parte mecánica, por decirlo así, de cada arte; que lo que no constituye propia y esencialmente el arte, esté sujeto á reglas: lo que se niega es que lo esté el arte mismo. Es evidente que el poeta no puede sustraerse á las reglas de la sintaxis, de la prosodia y de la metrificación, y mucho menos á las del sentido común, la moral, la lógica y la decencia. Á esto no puede sustraerse nadie, sea poeta ó no lo sea. Esto es anterior á toda poesía y á toda prosa. Es evidente, además, que el pintor y el escultor se sujetan á los principios matemáticos de la perspectiva y á los datos empíricos de la anatomía externa, el arquitecto á las leyes de la estática, y el músico á las no menos irrevocables de la armonía. Pero todas estas leyes pesan sobre artes auxiliares, y en cierto modo serviles, sobre una práctica aplicación de la ciencia, mas no sobre el arte mismo, en toda su pureza, el cual está libre y exento de legislación.

En cuanto el arte tiene por objeto la creación

de la belleza, el arte es libre. La belleza es divina é inexplicable. Los filósofos, hace muchos siglos, trabajan en vano por determinar la idea de la belleza. Ahora bien: sobre una idea vaga, confusa; sobre una idea que no se comprende, que se nos manifiesta como por revelación, ¿qué es lo que puede legislarse? Se filosofa, se discurre, se dicen sutilezas, discreciones y profundidades grandísimas acerca de esta idea, y con el intento de explicarla; pero no se dan leyes para producirla. La ciencia, ó mejor dicho, la filosofía segunda, que trata de la belleza, es lo que llaman *Estética*. Cuando trata de las facultades que hay en nuestra alma para crear ó percibir lo bello, se relaciona con la psicología; con la teodicea ó con la ontología, cuando trata de contemplar la belleza como objeto, como modo del Sér, como atributo soberano de la Divinidad; pero siempre la belleza en sí es indefinible.

Hay otras ideas absolutas, que el hombre comprende bien dentro de los límites de su entendimiento; otras ideas absolutas, que el hombre determina y define. No así la de lo bello. Y con todo, de la idea de la justicia no nace propiamente un arte, sino una ciencia, el Derecho; y de la idea de la bondad no nace propiamente un arte, sino una ciencia, la Moral. Ciertó es, además, que hay leyes morales, y cierto que hay leyes justas; pero las ideas de lo bueno y de lo justo son tan claras, tan notorias y tan determinadas, que toda alma humana comprende lo que las contradice y lo que las constituye en su esencia. De aquí los axiomas

imperativos, claros como la luz meridiana, sobre los cuales se levanta con solidez inquebrantable el edificio de la moral y de las leyes. Pero ¿dónde está la idea clara de la belleza? ¿Dónde los axiomas imperativos que emanan de esa idea y que han de ser el fundamento de las reglas artísticas?

Desde Platón hasta Hegel se han afanado inútilmente los filósofos por determinar y definir esta idea. Platón, en el *Grande Hypias*, destruye todas las definiciones que un sofista da de la belleza. Lo bello no es ni lo útil, ni lo agradable, ni lo conveniente, ni lo simétrico, ni lo proporcionado; pero ¿qué es? Sócrates se contenta con burlarse del sofista, y con exclamar que *lo bello es difícil*. Tan poco se ha vencido esta dificultad desde Platón hasta ahora, que Gioberti define la belleza *un no sé qué de inmaterial y de objetivo, que se presenta al espíritu del hombre y le atrae y arrebat*a. De esta definición, que no es definición, se deduce que la obra del artista es revestir de una forma sensible esa idea inmaterial, ese *no sé qué* objetivo y misterioso. ¿Quién podrá dar reglas al artista para que se apodere de ese *no sé qué* y nos le haga perceptible por los sentidos? Del artista se puede decir, por consiguiente, *sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad*. Acaso en su voluntad, en el amor, que es *apetito de belleza*, reside el resorte, la fuerza, el principio del arte, que nos hace buscar lo bello en sí, lo bello ideal, realizándole algo en las bellezas particulares.

El estudio y la observación, y la comparación de estas bellezas particulares, no pueden elevarnos

sino ocasionalmente, excitando nuestro deseo, hasta la belleza ideal. Por el contrario, la comparación y la elección de las bellezas particulares presuponen una idea anterior y como innata de lo bello en sí, la cual sirve de norma y pauta para elegir y para desechar, y aun para fijar y agrupar lo elegido en ajustadas proporciones.

Si Praxiteles, para esculpir su Venus, eligió lo más hermoso de muchas *heteras* griegas, y lo combinó y agrupó, reduciéndolo á cierta unidad armoniosa, así la ley de esta unidad, como la idea preconcebida de la hermosura, que dió fundamento á su elección y á su juicio, estaban en él de antemano. El juicio estético, que cuando va acompañado de la inspiración es el genio, y que se llama buen gusto, cuando no crea, sino que falla y decide sobre lo creado, tiene, pues, por base una noción *a priori* de la belleza. Hasta los que entienden del modo más grosero que el arte es imitación de lo natural, tienen que convenir en esto. ¿Cómo copiar ó distinguir la belleza, si no se concibe previamente lo que es? Resulta, por lo tanto, que para todas las escuelas y sectas es innegable que, sin una noción previa de lo bello, el juicio estético no es posible.

Sin embargo, no bien se afirma esta tesis, la antítesis asalta nuestro espíritu y forma con ella la *antinomía* de Kant. El juicio estético se funda sobre una noción, porque, si no la hubiese, no habría derecho á declarar que tal cosa es fea ó es hermosa, que tal obra de arte es bella ó no lo es; y el juicio estético no se funda sobre noción algu-

na, porque, si la hubiese, se podría determinar cuál es, y no se determina. Dicha noción es un *no sé qué*, una idea transcendental, *inexponible*, un *substractum* obscuro, confuso, inasequible á nuestro entendimiento. Y con todo, sobre esta noción inasequible para el discurso, y concebida por el sentimiento de un modo intuitivo, se fundan el juicio estético y la inspiración del artista.

Todas las definiciones de la belleza sólo sirven para demostrar que la belleza no se puede definir. En todas va incluído el *no sé qué*, si bien no tan francamente como en la de Gioberti. Kant, por ejemplo, dice que la belleza es *la forma de la conveniencia final de un objeto, en cuanto está reconocida en él sin la noción de un fin*. Lo cual significa que lo bello no es lo útil, porque lo útil es lo conveniente á un fin que conocemos, como la enseñanza; ni es lo agradable, porque lo agradable es lo conveniente para agradar, fin también conocido y fuera del objeto bello, y fin relativo, porque lo que agrada á los unos puede no agradar á los otros. Luego hay otro fin, del cual no tenemos noción, y la conveniencia con este fin desconocido es lo bello.

Pictet asegura, y con razón sobrada, que es muy desagradable esta situación en que Kant nos deja; pero no veo que nos hayan sacado de ella sus sucesores. Schelling, Fichte, Hegel, Cousin, Krause, Solger, Vischer y otros mil tratan de despejar la incógnita, y no lo consigue ninguno. Cada cual discurre sobre la belleza en consonancia con su sistema de filosofía fundamental, y como no



concuerdan en los fundamentos, no concuerdan tampoco en lo secundario. Con todo, filósofos y no filósofos, poetas, críticos y aficionados á las artes, aun cuando sean legos, convienen en que hay belleza, y se forman criterio común para reconocerla y juzgarla, pues de otro modo no habría poema, ni pintura, ni estatua que fuesen universalmente declarados bellos, como sin duda los hay. Lo extraño es que este criterio común no se funda en principios comunes, sino en un sentimiento común de los hombres superiores, en el que asienten los demás, viniendo á corroborarse por la aprobación y el acuerdo de muchas generaciones á veces, y viniendo á sustentarse, más que en demostración, en fe ó en creencia. Leopardi, en su admirable tratado titulado *Parini, ó de la gloria*, que cita el Sr. Cánovas, prueba, aunque exagera, esta verdad, y sostiene, contrayéndose á los escritos, que su belleza es gustada y comprendida de pocos hombres.

Se diría que Leopardi glosa la célebre sentencia de Plotino, de que *sólo el que es hermoso entiende de hermosura*. La hermosura no se demuestra, se siente, y sólo el que la crea en sí la siente fuera de sí. Así es que Leopardi dice: «Á menudo me maravillo, pongo por caso, de que Virgilio, ejemplo supremo de perfección para los escritores, haya alcanzado y se mantenga en tanta altura de gloria. Porque, si bien presumo poco de mí mismo, y creo no poder gozar jamás de cada parte de todo su mérito y de todo su magisterio, todavía doy por cierto que el mayor número de sus lectores y

encomiadores no descubre en sus poemas más de una belleza por cada diez ó veinte, que á mí, con el mucho leerle y meditarle, se me muestran al cabo. Por donde yo me llego á persuadir de que la elevada estimación y reverencia hacia los sumos escritores proviene, por lo general, en quien los lee y estudia, más de costumbre ciegamente abrazada, que de juicio propio y de conocer su valer por ninguna manera. Me acuerdo del tiempo de mi juventud, cuando al leer los poemas de Virgilio con plena libertad de juicio, por una parte, y sin cuidarme de la autoridad de los otros, lo cual no es frecuente, y, por otra parte, con impericia propia de aquella edad mía, mas acaso no mayor de la que en muchos lectores es perpetua, me resistía yo á convenir con la sentencia universal, y no descubría en Virgilio mucha mayor hermosura que en los poetas medianos.» Y luego añade: «En suma, yo me pasmo de que el juicio de pocos, aunque recto, haya podido vencer el de infinitos, y producir en la generalidad de las gentes aquella costumbre de estimación, no menos ciega que justa.»

No seré yo quien niegue que la misantropía espantosa de Leopardi encarece demasiado y limita la facultad de juzgar y discernir la belleza artística; pero no dudo tampoco de que esta facultad es menos común de lo que se cree.

Lo cierto es que el criterio con el que se juzga de las obras de arte se funda en el sentimiento más que en los principios. Las reglas, los preceptos sirven, sin duda, para las cosas que son de sentido común, que están por bajo del arte, mas no

para el arte mismo. Cuando Moratín critica, por ejemplo, el *Hamlet*, yo le doy la razón en casi todos los defectos que pone; yo convengo con Moratín; yo no niego los extravíos, las rarezas, las incorrecciones, los errores y hasta los absurdos de Shakespeare. El reconocerlos y confesarlos no exige mucho más que un poco de sentido común; pero la crítica positiva del *Hamlet* no la hizo Moratín. Apenas entrevió una belleza de cada ciento en aquel poema dramático. Casi se puede afirmar, como afirmaba un autor inglés, que el *Hamlet* era para Moratín el *libro de los siete sellos*.

De lo expuesto se deduce que si las reglas no sirven para conocer la belleza substancial, y mucho menos para crearla, sirven para precaver ó condenar esos extravíos y lunares que empañan y turban la belleza; extravíos y lunares que, merced al ingénito y exquisito buen gusto de los griegos, no se advierten jamás en las obras del gran siglo de oro de su literatura, y sí se advierten, por desgracia, en los autores más ilustres de Inglaterra, de España y de otras naciones. Pero estas reglas se limitan sólo á las que dicta el mero sentido común. Cuando van más allá son arbitrarias y están basadas en un empirismo incompleto; quieren encerrar todas las creaciones posibles del ingenio humano en ciertas formas ó moldes ya conocidos y declarados buenos, y todo lo que no sale vaciado de estos moldes, todo lo que no se ajusta á estas medidas, parece bárbaro y monstruoso. Ya se entiende que de estas reglas arbitrarias es de las que el Sr. Cánovas anhela libertar el arte. Con

ellas, y ateniéndose á ellas, si la veneración de los siglos no lo vedase, hubiera condenado el pseudo-clasicismo de Francia aun muchas obras maestras de la musa helénica. Con ellas, y ateniéndose á ellas, condenó Voltaire, que no tenía reparo en sacudir el yugo de la autoridad, no sólo á Milton, sino al mismo Homero, de quien se burla como de un bárbaro groserísimo. Ateniéndose á las reglas, y siguiéndolas con lógica rigurosa, las tragedias de Esquilo son malísimas, peores que las de Montiano y Luyando, y la *Enriqueida* de Voltaire vale indisputablemente más que la *Iliada*. Si esto no se ha declarado sin rebozo, es porque la autoridad de cien generaciones ha impedido que se deduzcan las consecuencias lógicas de las premisas que se habían sentado.

No se crea que la concepción del arte por el primero de los preceptistas, como una imitación de la naturaleza, haya sido el principal fundamento de esta crítica estrecha, externa y negativa. Aristóteles, como el Sr. Cánovas conviene en ello, entendió de un modo más alto la imitación de la naturaleza. La naturaleza era para él, no sólo todo lo existente, sino también todo lo posible; no sólo todo lo real, sino también lo ideal. El universo poético de Aristóteles se extendía mucho más allá del universo visible; tenía por límites lo infinito; por leyes las del entendimiento humano, que le había creado. Ni se puede creer tampoco que, si se conservasen completos los libros de Aristóteles de la *Poética*, y otros en que hubo de tratar de lo bello, no habría dejado este genio maravilloso

rastros de una concepción más sublime y completa de tan obscura idea.

De todos modos, el arte, en la época llamada del Renacimiento, no se contentó, por fortuna, con lo que sabemos de la doctrina aristotélica, ni con la somera interpretación que se le dió después. Á más de los altos pensamientos y sentimientos de la doctrina católica, que entonces ejercían sobre el arte benéfico y sobrehumano influjo, una clara y abundosa corriente de platónica filosofía le penetró todo y le alzó á más puras y sublimes esferas que lo que de la mera imitación de la bella naturaleza hubiera podido esperarse. Ya el Dante concibe una teoría del arte inmensamente superior á la de los preceptistas. La belleza es un elemento ideal, incorruptible, que resplandece en todas las cosas, en unas más, en otras menos, según la capacidad que tienen para guardar este sello divino, según son más ó menos diáfanas para recibir en su seno y transmitir esta luz increada, la cual

*Per sua bontate il suo raggiare aduna,  
Quasi specchiato in nuove sussistenze,  
Eternalmente rimanendosi una.*

Esta belleza una no puede, con todo, fijarse limpia y distintamente en las cosas naturales, porque carecen de la transparencia y tersura que para ello hubieran menester, y porque la pequeñez de ellas no da espacio á la imagen. Por eso el fin del artista en sus creaciones es hacerlas tan tersas y tan grandes espiritualmente, que sean ca-

paces de la imagen de lo bello y de reflejar su brillo, *quasi specchiato*, como en un espejo.

Casi todos los poetas y artistas del Renacimiento siguen más esta doctrina que la de Aristóteles, y ponen el conocimiento de la belleza universal, absoluta, como principio del arte. Miguel Ángel dice que al nacer le fué dada esta belleza, como faro que le guía. «Sólo esta belleza, añade, eleva mis ojos á aquella altura en que se clavan cuando me apercibo á pintar ó á esculpir, y son necios y temerarios los que afirman que proviene de los sentidos la belleza que mueve y levanta hasta los cielos á un entendimiento sano.» Pero quien declaró con más elocuencia esta teoría fué el conde Baltasar Castiglione, amigo, consejero y oráculo de Rafael. «El cuerpo, dice, donde la belleza resplandece no es la fuente de que nace; al contrario, como la belleza es incorpórea, es un rayo divino, pierde mucho de su dignidad al unirse á un objeto corruptible, y es tanto más perfecta cuanto menos de él participa, y sólo es perfectísima cuando de él está separada del todo.» Y así sigue, en las últimas páginas de *El Cortesano*, poniendo en boca del Bembo el más sublime razonamiento sobre la belleza y el amor. Se diría que el amor, *creatore d' ogni pensier buono*, es también fundamento del arte, y su primera y casi su única regla, condición y norma. El magnífico Lorenzo de Médicis no se creyó verdadero y excelente poeta, como sin duda lo fué, hasta que se sintió enamorado, dándonos su enamoramiento como causa de su poesía.

Los poetas y artistas del Renacimiento otorgaban, además, mayor libertad al arte que los del siglo de Luis XIV, y no se ceñían tanto á la imitación de lo antiguo; porque, como dice el ya citado Castiglione, «sería gran miseria fijar un término y no pasar más allá de aquello que hizo el primero que escribió, y desesperar de que tantos y tan nobles ingenios puedan hallar nunca nuevas formas de decir; pero en el día hay ciertos escrúpulosos, los cuales, haciendo como una religión y unos misterios inefables de las letras, espantan á quien los oye, y muchos hombres nobles y letrados cobran tanto miedo, que apenas osan abrir la boca.»

Cobra la osada juventud espanto...

como decía Moratín.

En suma, yo veo en todo el libro primero de *El Cortesano*, donde Castiglione trata del arte, una declarada tendencia á libertarle de la imitación y á abrirle nuevos senderos, por medio de la libertad.

Lo que principalmente tiranizó las imaginaciones, sobre todo en el siglo xviii, y lo que encerró la poesía y las otras artes en carriles trillados y angostos, fueron las reglas sobre lo esencial del arte mismo, fundadas, más que en principios, en una experiencia pobre, inadecuada y exclusiva de modelos determinados. Apenas se concebía entonces que hubiese habido nada bello, ni culto, ni digno de imitación y estudio, sino las producciones de cuatro épocas marcadas en la historia y de cuatro



civilizaciones. Fuera de los siglos de Pericles, de Augusto, de León X y de Luis XIV, estaban las tinieblas palpables. La luz de estos cuatro siglos no se extendía mucho en el tiempo, y mucho menos se extendía en el espacio. El exclusivismo llegaba á veces hasta el extremo de no admitir como estimables sino las obras literarias de griegos, latinos y franceses, en las edades mencionadas. Del famoso siglo de León X, esto es, de la Italia del Renacimiento, se ensalzaban mucho las artes, mas no la literatura. Boileau deja ver el desdén con que la mira:

*Evitons ces excés. Laissons à l'Italie  
De tous ces faux brillans l'éclatante folie.*

Es verdad que añade en seguida:

*Tout doit tendre au bon sens,*

dando así el *bon sens* como fin y término de la poesía. El gran teatro español es designado por Boileau como un espectáculo grosero. De la Edad Media nada conoce. Sabe poco de la literatura inglesa y de la italiana.

Posteriormente Voltaire, con un espíritu más comprensivo, á pesar de sus preocupaciones literarias y antirreligiosas, fué más justo é imparcial. Apreció y dió á conocer la literatura inglesa; dijo de nuestro teatro que era superior al de las otras naciones, y que cuando la tragedia apareció en Francia con algún brillo debió mucho á sus imitaciones de la escena española; y declaró que las novelas, las ficciones ingeniosas y la moral y la

historia se habían cultivado en España con un éxito grande.

No era éste, sin embargo, el modo de sentir general. Desde que empezó, en el reinado de Luis XIV, á predominar el gusto francés, y á ejercer la cultura francesa una presión tiránica sobre todos los demás pueblos de Europa, lo general era menospreciar la literatura castiza y propia como bárbara y grosera, tener por ruda toda poesía popular, y no estimar sino los remedos eruditos y artificiosos de griegos y latinos. La famosa definición de que el arte es la imitación de la naturaleza se vino á entender cada vez de un modo más sensualista, y, sin embargo, nada menos natural que aquella literatura, que imitaba la naturaleza; nada más simétrico, más convencional y más afectado y amanerado. Aun dentro de la escuela sensualista, y entre los sectarios de la imitación de la naturaleza, se levantó Diderot contra lo poco natural de esta imitación; y, en defensa de la naturaleza verdadera, censuró la falsa y cubierta de colorete, que se suponía ser la hermosa. El influjo de Batteux, principal legislador del pseudo-clasicismo, fué, con todo, inmenso y durable en los pueblos europeos.

Este influjo está magistralmente pintado por el Sr. Milá en las siguientes palabras: «A pesar de no pocas y muy venerandas excepciones, el errado concepto que se formó de la naturaleza de la poesía, la preferencia que de ordinario se dió á mostrar artificio y agudeza sobre conmover y entusiasmar, y la extremada y falsa imitación de los

antiguos griegos y romanos, han conducido al arte á un estado general de abandono y postración, hasta que casi en nuestros días se ha dado más valor al sentimiento de lo bello, se ha enriquecido la teoría de la poesía con el atinado estudio y profundo conocimiento de diversas literaturas antiguas y modernas, y se la ha realzado, señalando su natural y primitiva alianza con la alta filosofía.»

Varias son las causas que han concurrido á acabar con esta tiranía, á hacer esta revolución, que el Sr. Milá y el Sr. Cánovas aplauden, y á darnos la libertad, que proclaman y juzgan conveniente.

La primera de estas causas fué, sin duda, la aparición y desenvolvimiento de una nueva disciplina: la estética ó filosofía de lo bello. Desde Plotino, Filostrato y el maestro de la gran Zenobia, en el siglo tercero de la Era cristiana, nadie, sino muy de paso, había filosofado sobre este punto; nadie, mucho menos, había pensado en dilucidarle en un tratado especial. No había más que los preceptistas, que los estéticos rutinarios y prácticos. El fundador de la estética filosófica fué un discípulo de Leibnitz, un espiritualista: Alejandro Baumgarten. Mendelssohn y el gran Lessing le siguieron; el gran Lessing, á quien no pocos de sus más jactanciosos compatriotas ponen al lado de Arminio y de Lutero, como uno de los tres libertadores de la raza germánica del predominio de la raza latina.

Á par de los filósofos, vinieron también por aquel tiempo á reformar y levantar la crítica en

Alemania algunos sabios conocedores de las bellas artes, artistas y poetas, como Herder, Mengs, Winkelmann, Goëthe y Schiller.

Los últimos, así como Lessing, unieron el ejemplo á la teoría.

Este movimiento acabó en Alemania con el pseudo-clasicismo francés, y levantó sobre la doctrina de la imitación la libertad de la fantasía, del genio, de la virtud creadora.

Mientras tanto, las guerras napoleónicas, y el empeño del emperador francés de imponer su yugo á las grandes naciones de Europa, despertaron en muchas de ellas el espíritu nacional y el amor á lo propio y castizo. Coincidió con esto que en parte, por efecto sin duda de haber presenciado los hombres tantas novedades, revoluciones y trastornos, se despertó la facultad de comprender mejor lo pasado, y de concebirle y representarle mejor; algo como una segunda vista histórica. El saber de las cosas que fueron se hizo más general y más profundo, y se falló con más tino y mejor aviso y noticia sobre cada momento de la civilización, sobre las creaciones literarias y artísticas de todos los pueblos y de todas las edades. Confieso que á veces degeneró esta afición á lo nacional, espontáneo y castizo, hasta un extremo vicioso, como si debieran preferirse los aullos de los caribes á las odas de Horacio, y el vito de los gitanos, la *timorodea* de las mozas de Otahiti y el tango de los negros, á la danza magistral, graciosa y mesurada, que compuso Dédalo para solaz y recreo de la rubia Ariadna; pero por lo común fué

muy útil y saludable este conocimiento y juicio sobre todas las literaturas, y este aprecio elevado de las artes de todas las naciones.

Los horrores de la revolución francesa; los extravíos de la incredulidad religiosa, que había venido á fundar un paganismo nuevo, y la grosería del sensualismo y del materialismo, produjeron además una reacción, que se extendió á la literatura. La Edad Media fué lo ideal de la poesía, y el catolicismo su más pura fuente. Los hermanos Schlegel hicieron, movidos de este espíritu, la apoteosis de Calderón, y Chateaubriand compuso, en *El Genio del Cristianismo*, una como arte poética, donde trata de demostrar que hasta para máquina de un poema valen más los seres sobrenaturales de nuestra religión que los dioses y semidioses de la fábula. Esta doctrina llegó también á exagerarse, y en la práctica produjo composiciones en que lo asqueroso, lo repugnante y lo sepulcral daban grima, como, por ejemplo, la *Leonora* de Bürger.

Todas estas novedades sirvieron de elementos para la formación de una nueva escuela literaria y artística, que se llamó el romanticismo, la cual, á vueltas de no pocas extravagancias y exageraciones, nacidas casi siempre del corto saber de algunos sectarios, trajo consigo dos grandes ventajas: un concepto más noble, más espiritualista y más transcendental del arte y de la belleza, y la abrogación de las reglas arbitrarias y convencionales.

No cabe duda que á este movimiento revolucio-

nario debe España una época brillante y fecunda de actividad en letras y artes; época que, si bien muchos creen que terminó ya, me parece que dura todavía, dándole yo igualmente mayor extensión en su origen. No la hago yo nacer con el romanticismo propiamente dicho, sino con el sacudimiento que produjo en España la revolución francesa, y con el gran levantamiento nacional contra Napoleón. Quintana, el más inspirado y sublime de nuestros líricos, después de Fr. Luis de León, abre este período, ensalzando la libertad, la patria y el progreso humano; y en este período brillan, entre otros menores poetas, dos tan eminentes como Espronceda y como el duque de Rivas.

Ya he dicho que el conocimiento y el estudio de todas las literaturas contribuyó mucho á la perfección de las teorías artísticas y á poner en claro que lo bello cabe en todas las formas y puede darse en todos los géneros y maneras. Los griegos y latinos no fueron sólo ya los imitados. Cada pueblo se volvió en busca de inspiración poética, así á las fuentes de su propia y popular literatura, como á otras que antes se habían monospreciado y desconocido. Las leyendas bretonas, los romances, las canciones de gesta, los versos de los trovadores, los sagas escandinavos, la poesía cristiana de los primeros siglos y de los siglos medios, los poemas colosales de la India y de la Persia, los vigorosos raptos líricos de los hebreos y de los árabes, fueron objeto de admiración y de estudio. Hasta los mismos clásicos griegos y latinos, así

como la civilización que retratan y de que nacen, se interpretaron y conocieron mejor que los conocieron é interpretaron quienes los tenían por casi exclusivos modelos de toda belleza. Guillermo Guizot, Maury y Patin, entendieron mejor sus obras que Boileau, Barthelemy y Dacier. En un principio, el cosmopolitismo y el *panfilismo* literarios indujeron á muchos á no apreciar como debían los clásicos griegos y latinos; pero ya se ha disipado este error y queda relegado entre los ignorantes y extravagantes. Todo hombre de buen gusto piensa, en el día, que, salvo las poesías de los libros santos, inspirados por Dios, no hay más perfectos modelos de belleza que los que la musa helénica ofrece, y los que, imitándolos, produjo en Roma el siglo de Augusto. Es más: en la patria del pseudo-clasicismo, en Francia, en el país desde donde se divulgó la doctrina del atildamiento nimio y del remedo servil de las obras de Grecia, y donde la reacción debió ser y fué más fuerte, el vate, que debe considerarse como el generador de la gran poesía lírica moderna de aquel pueblo, y hasta como el jefe de los románticos, es un imitador sabio y discreto de los griegos, y él mismo tenía sangre en sus venas de aquella raza privilegiada y había nacido en aquel suelo inspirador. Hablo de Andrés Chénier, del autor de *La joven cautiva* y de la oda *Á Carlota Corday*. De él dice el más audaz, el más anárquico, el más despreciador de todo freno entre los poetas románticos franceses, que el Pegaso deforme que nos pinta, y que requiere siempre un palafrenero divino,



le tuvo primero en Orfeo, y en Andrés Chénier por último. De esta suerte paga Víctor Hugo espléndido tributo de admiración al imitador de Teócrito, de Catulo, de Tibulo y de Virgilio, y pone bajo su custodia el monstruo indomable, que ha roto los lazos,

*Qu'ont tâché de lui mettre aux ailes  
Despréaux et Quintilien,*

y sobre el cual cabalga el genio y se lanza en los abismos ignorados.

Conforme en todo con el Sr. Cánovas en la creencia de que el arte y la poesía son inmortales, no debo extenderme aquí apoyando su aserto y repitiendo lo que yo mismo he dicho tantas veces en otros escritos. Sólo expondré, en resumen, que no hay nada más falso que el supuesto *positivismo* de nuestra edad; edad en que la cuestión religiosa agita hondamente las conciencias humanas; edad de prodigiosos metafísicos y de egregios poetas.

El arte no puede recelar que ha de morir á manos del saber. La ciencia ha metodizado y reducido á sistema todos los conocimientos; pero más allá queda siempre un infinito desconocido, por donde vuela y campea la imaginación, libre de todo yugo. Hay, por último, pasiones y ensueños y sentimientos, que la ciencia no podrá nunca entibiar, ni borrar, ni secar; y aunque sean las facultades humanas, que sirven para el arte, otras de las que sirven para la ciencia, no están en oposición, y no menguan y decaen las unas al compás

que las otras crecen y se encumbran, sino que sin detrimento se desarrollan todas con el progreso y desarrollo de la civilización y de toda virtud y energía del humano linaje.

Verdad es que la escultura de lo venidero no creará un tipo más ideal de hermosura varonil que el Apolo de Belvedere, ni una mujer más hermosa que la Venus de Milo; ni tal vez la arquitectura imaginará nada más bello que el Parthenon, ni nada más sublime que una catedral gótica; ni tal vez invente la pintura un rostro más divino que el de las vírgenes de Rafael; pero en la música y en la poesía lírica, donde se cifran y compendian todas las celestes aspiraciones de la humanidad, caben sin duda progreso y mejora, conforme nuestras almas se vayan levantando á superiores esferas y descubriendo más vastos horizontes por donde tender la mirada y por donde enderezar la voluntad, sedientas ambas de lo infinito.

Por esto la música y la poesía lírica florecen como nunca en la edad presente. Respecto á la música, es tan clara esta verdad que no hay que demostrarla. Y de la excelencia de la poesía dan testimonio Byron, Moore, Shelley, Tennison, Wordsworth y tantos otros, en Inglaterra; Chénier, Hugo, Lamartine, Musset y Béranger, en Francia; en Alemania, Schiller, Goethe y Heine; y en Italia, Parini, Monti, Foscolo, Leopardi y Manzoni; los cuales se adelantan, en la forma y en la idea, á la mayor parte de los poetas líricos que hubo, en los siglos pasados, en sus respectivos países.

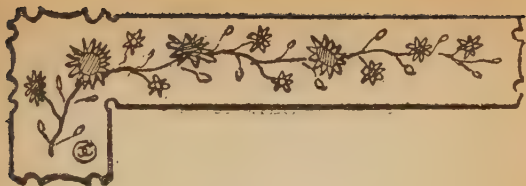
El arte vive, pues, y no acabará nunca mientras

la humanidad no acabe. Lo que hace es romper las formas antiguas para revestir nuevas formas; lo que hace es recobrar su libertad para vivir soñando y adivinando, más allá de donde alcanza la ciencia, las futuras y recónditas verdades ó las bellas y sublimes ilusiones que han de servir á los hombres de guía ó de consuelo.

Y aquí, señores, será bien que yo ponga término á mi desaliñado discurso, sin distraer por más tiempo la atención del recuerdo agradable que el del Sr. Cánovas ha de haber dejado en vuestras almas; el cual discurso creo que bastaría sólo, aunque no hubiese otros motivos, á que os felicitárais, como me felicito yo sinceramente, de tener á su autor por compañero.







## SOBRE LA CIENCIA DEL LENGUAJE<sup>(1)</sup>.

**S** EÑORES: Aun cuando el Sr. Canalejas, mi amigo, á quien en ocasión tan solemne tengo el placer y la honra de contestar en nombre de la Academia, no hubiese dado á la estampa ninguna obra literaria, bastaría el discurso erudito y elegante que acabamos de oír á justificar plenamente y á calificar de acertadísima la determinación que habéis tomado de elegirle para que venga á sentarse entre vosotros. El asunto que ha escogido, el tino y discreción con que ha sabido tratarle, y la mucha copia de doctrina que en el discurso ha atesorado y coordinado, hacen augurar que será un miembro utilísimo en el seno de esta Corporación, y que, desde ahora, contribuirá á su buen nombre y crédito, aumentando el brillo que ya tantos ilustres varones lograron comunicarle. Pero nadie ignora los anteriores mere-

(1) Contestación al discurso del Sr. D. Francisco de Paula Canalejas en su recepción en la Real Academia Española el día 28 de noviembre de 1869.

cimientos del Sr. Canalejas, la envidiable fama de que goza, y el alto puesto que ha llegado á conquistar en la república de las letras. Como filósofo, como orador y como crítico, ha dado claras muestras de su aptitud en trabajos de suma trascendencia, ora explicando en una cátedra, ora publicando libros didácticos de gran valer, por la lucidez del estilo y del método, por la sana filosofía que contienen, y por la profunda y pertinente erudición que los autoriza y adorna.

El *Curso de literatura*, obra capital suya, de que ya van publicados dos gruesos volúmenes, es digna de los mayores elogios. No sólo hay en ella novedad en las teorías y mucha abundancia de noticias peregrinas, si la obra se considera con relación á otras del mismo género escritas en España, sino que todas esas calidades persisten, si comparamos la obra con las más recientes, escritas sobre análogo asunto en tierras extrañas, donde no ha de negarse que el movimiento ascendente de las inteligencias ha adelantado más que en nuestro país por todos los caminos. Me atrevo á decir esto, sin temor de que se me tilde de falta de patriotismo, porque conozco que este discreto y selecto auditorio no entiende, como el vulgo, que para ser patriota es menester adular y engañar ocultando nuestras faltas; antes es más patriota quien las descubre sin recelo, á fin de que se enmienden. Es indudable, sean las que se quieran las causas de nuestro atraso, que le hay con respecto á varias de las naciones de Europa. Esto hace más áspera y difícil la senda del ingenio español, si

pretende elevarse á cierta altura, dilucidando cualquiera punto científico, porque le expone á incurrir en uno de estos dos escollos: ó dar en lo extravagante por prurito de originalidad, ó hacerse eco de lo que ya se ha inventado y discurrido en otros países. El Sr. Canalejas ha conseguido evitar el primero de estos escollos, y del segundo se aparta cuanto es posible. Digo cuanto es posible, porque la ciencia, como todo, sin que me incumba decir aquí si esto es un bien ó un mal, se ha hecho democrática. Si conservase su antiguo aristocrático carácter, los sabios, como en los siglos xvi y xvii, podrían prescindir aun del relativo atraso del público de su nación, y ponerse de un salto al nivel de los sabios de otras naciones para hablar directamente con ellos, tal vez en un idioma común á todos, aunque ignorado del vulgo. Hoy, por el contrario, el deber del escritor es entenderse antes que con nadie con sus compatriotas, adquirir fama entre ellos, y llevar ya consigo la autoridad de su aprobación y de su aplauso, antes de aspirar á una reputación general y europea. Esto impone la obligación de ser claro, de no omitir por sabido lo que ignoran los lectores, y de repetir á menudo, al menos en resumen, lo que ya otros han dicho, para poder decir los propios pensamientos sin que sean ininteligibles ó sin que aparezcan como fundados en el aire sin base ni cimiento. Hace más ardua la tarea el que, salvo pocas ciencias positivas, exactas ó experimentales, en las demás no viene á realizarse el progreso sino en virtud de muy diversas y encontradas opinio-



nes, de todas las cuales conviene estar informado, ó bien para seguir las unas y desechar é impugnar las otras, ó bien para formarse nueva opinión ó nuevo sistema. Esto no obsta para que haya algo de perenne, de demostrado, de no sujeto á opinión en la mayor parte de los nuevos adelantamientos, ya porque en toda ciencia, por especulativa que sea, entra algo de experimental, y en los datos de la experiencia están todos de acuerdo, ya porque del mucho discutir y del perpetuo choque de los opuestos pareceres han brotado puntos luminosos, que sirven de guía á los pensadores, cualquiera que sea el bando á que pertenezcan, la causa que sustenten ó la bandera bajo la cual militen. La incesante discordia en el campo de las ciencias no es de nuestros días; viene de muy antiguo. Por eso Minerva es diosa del saber y diosa de los combates.

Pero es menester confesar que, respetándose hoy mucho menos la autoridad, proclamándose más el libre examen, y teniendo cada cual más apego al propio criterio y menos respeto al ajeno, por eminentes que sean las personas cuyas doctrinas se combaten, la discordia y la confusión aparecen, si no son mayores. En cambio, entre otras ventajas, hay en el día la de que sea la guerra más cortés y suave. Casi nadie se atreve ya á presumir de infalible. Hasta el verbo *disputar* ha venido á desusarse por harto duro, y nos valemos del verbo *discutir*, dándole significación más blanda.

Impregnado el Sr. Canalejas del espíritu moderno, siendo uno de los que con más fe le represen-

tan y con más ardor le difunden en nuestra patria, no puede menos de resplandecer y resplandece en él esta virtud de la tolerancia, la cual no implica carencia de entusiasmo, porque no nace de que se desconfíe ó se dude de la propia opinión, sino de que se respete religiosamente la ajena. El Sr. Canalejas defiende siempre sus doctrinas con ahinco y convicción profunda; mas no se enoja, no se cree injuriado de que le contradigan. De aquí, sin duda, que se haya conservado nuestra amistad, aunque no esté yo muy de acuerdo con él; por lo cual, en vez de convenir hoy en cuanto dice, voy á contradecirle en varios asertos, seguro de que, no sólo creerá que esto es más leal de mi parte, sino que tanto él como los señores académicos y el público lo juzgarán más ameno, ó si se quiere menos cansado que si yo me limitase á comentar lo que dice. Conviene advertir, no obstante, que son más y más transcendentales los puntos en que estoy de acuerdo con el Sr. Canalejas que aquéllos en que disiento de sus doctrinas.

Desde luego me admiro, como él, del extraordinario desenvolvimiento y fecundísima actividad del espíritu humano en este siglo en que vivimos. Muchas causas materiales conspiran á este fin, sin que por ellas tengan que envanecerse las modernas generaciones. Las facultades humanas no han mejorado desde hace tres mil años; pero los hombres de hoy han recogido la rica herencia científica de las generaciones pasadas, y por medio de la imprenta, y con la facilidad de viajar y de comunicarse, esta herencia, en su conjunto, se ha

hecho asequible á todos, pudiendo hoy mejor que nunca conocerse las lenguas, estudiarse las literaturas y divulgarse y transmitirse de un pueblo á otro los descubrimientos y las teorías.

Los frecuentes cambios y trastornos políticos, y las grandes novedades de que Europa ha sido teatro de un siglo acá, han concurrido además á que se avive en los hombres, á costa sin duda de una dolorosa experiencia, el sentido, por decirlo así, de la segunda vista histórica, la facultad de comprender lo pasado; el cual sentido suele aequilatarse y templarse en una crítica severa, nacida de la misma contradicción de opiniones y de sistemas, según los cuales ha querido explicarse la historia.

Por otra parte, aunque no esté en mi ánimo persuadir á nadie de que haya habido adelanto en la filosofía misma, en los principios fundamentales de toda ciencia, y mucho menos de que los que hoy filosofan sean más agudos ó más profundos que los que en otras edades filosofaron, no puedo menos de afirmar que, si la filosofía propende á declarar el por qué y el cómo de las cosas, más garantías hay de que, en igualdad de circunstancias, filosofe, con superior tino que el inexperto, el que conoce mejor las cosas, hasta donde es posible que, inmediatamente por nuestros sentidos, ó mediatamente por la experiencia y testimonio de otros hombres, se adquiera de ellas alguna noticia ó conocimiento.

Todo esto ha servido de vivo estímulo y de incentivo provocante á la curiosidad ó al anhelo de

conocer, que tan arraigado está en el alma humana, y ha hecho que el campo de lo conocido se extienda mucho, y que más allá se descubran y columbren vastísimas é inexploradas regiones y horizontes nuevos. Es más: en cada ciencia particular se han dilatado los términos de lo cultivado y estudiado, por donde los linderos y señales que la separaban y hacían la demarcación, han tenido que borrarse, ó al menos se han hecho confusos. De aquí provienen las íntimas relaciones de unas ciencias con otras, el auxilio y apoyo que se prestan, y la casi imposibilidad de consagrarse á una sola el que en su estudio no se limite á los pormenores empíricos y aspire á elevarse á superiores esferas. Proviene también de aquí que el conocimiento de las medianías, de aquellos hombres que no tienen un valer eminente, es hoy más extenso, más general, pero también más somero que en otras edades. Sea como sea, y prescindiendo del efecto que esto pueda producir en los entendimientos medianos; prescindiendo de las lamentaciones sobre la bajeza, la grosería y los extravíos del vulgo, que profana, vicia y hasta envenena el saber, es evidente que el saber en sí ha ganado y se ha elevado. Casi puede asegurarse que en nuestros días han aparecido ciencias nuevas completas, tanto en el ramo fecundo de las físicas y exactas, como en el de las morales y políticas; y, al llenar estas ciencias los huecos ó vacíos, que separaban entre sí á otras ciencias anteriores y más comprensivas por el asunto, han venido á compenetrarse todas. De aquí que la literatura, ó

si queremos reducirlo más, la filología, ó, más reducido y circunscrito aún, la gramática, hasta suponiendo que la gramática sea el único estudio que por nuestro instituto nos corresponde, interviene hoy en la resolución de altísimos problemas de historia y de filosofía. No debe, pues, tildarse de impertinencia el hablar de filosofía y de historia al hablar del lenguaje y de sus reglas; al hablar, en suma, de gramática.

Nuestro nuevo compañero, el Sr. Canalejas, con delicada sobriedad, y llevado del deseo de no afirmar como verdades las que tal vez no lo sean para algunos de los señores que en esta ocasión le escuchan, y de no exponer teorías que estén en contradicción con otras que aquí pudieran prevalecer, ha apartado de su discurso las hondas cuestiones á que el asunto se presta y que pertenecen á la filosofía de la historia, y aun llegan á ser parte de la misma metafísica. El Sr. Canalejas se ciñe á exponer los resultados evidentes de la experiencia, y rara vez se atreve á deducir de ellos alguna consecuencia teórica. No puede, ni debe, con todo, el Sr. Canalejas prescindir de su modo de ser, y ser otro del que es, al hablar, no como individuo aislado, sino como miembro de una corporación, donde, aunque en la disciplina propia de su instituto todos estén de acuerdo, no lo están, ni hay para qué lo estén, en otros asuntos y facultades. El Sr. Canalejas, repito, no ha podido menos de manifestar el fondo de su espíritu, la base de sus pensamientos; pero esto lo ha hecho sin tratar de imponerlos á nadie, sin ofender las

opiniones ó creencias ajenas, y mucho menos, porque tal desliz no podía recelarse de su sano y recto juicio y de su bien merecida fama, sin incurrir en las exageraciones absurdas, donde incurren los aventureros cuando van en las avanzadas de la ciencia moderna, y á falta de otro mérito anhelan distinguirse por lo raros y extravagantes.

La ciencia del lenguaje es una ciencia muy moderna, como ciencia experimental. La gramática no era antes más que arte, método particular de aprender un idioma determinado, ó bien una filosofía, una disciplina meramente especulativa, llamada gramática general. En el día de hoy, la gramática general ha cedido su puesto á la gramática comparada, la cual es una ciencia de inducción, una doctrina experimental, fundada en el examen detenido de los hechos. La gramática comparada es, pues, una ciencia tan positiva como la química ó la física; pero todas estas ciencias, al elevarse á la investigación de las causas y al formar sistemas que las expliquen, suelen dar origen á las hipótesis más aventuradas.

En estas hipótesis nos puede hacer caer, más que nada, el prurito, la idea preconcebida de hacer triunfar un principio. Los primeros que trataron de filología iban todos movidos de una de estas preconcepciones ó preocupaciones: todos querían derivar cuantos idiomas se hablan en el mundo de un solo lenguaje primitivo, del cual, según ellos, quedaron restos en los otros, después de la confusión de las lenguas y dispersión de las gentes, al pie de la torre de Babel, en las llanuras de Sennaar.

Un impulso patriótico ó un sentimiento religioso excitó entonces á los filólogos; y, mientras unos, como Perron, abogaban por la lengua céltica; Welb, por el chino; Astarloa, Sorreguieta, Erro, Larramendi y el abate Iharce Bidassuet de Aróstegui, sostenían que el vascuence fué la lengua que se habló en el Paraíso, y de la que dimanaban las otras; y Goropius Becanus aseguraba que la lengua primitiva era el holandés; la generalidad de los eruditos daba al hebreo la primacía y la paternidad de todas las lenguas. Justo Lipsio, Vossio y Scaligero tenían por evidente esta filiación. En suma: todos los autores, cristianos ó judíos, no hallaban medio de conciliar la verdad revelada con este estudio, sino dando por supuesto que se habían forzosamente de hallar rastros de un solo idioma primitivo en los que hoy se hablan; mientras que los autores racionalistas juzgaban á su vez que, demostrando la irreductibilidad de las lenguas, la ausencia de esos rastros, se armaban de un argumento irrefutable contra la religión. Aunque con un propósito errado por ambas partes, esto sirvió para estimular los estudios filológicos. El cardenal Wiseman compara dicho período histórico de la lingüística al período de la alquimia, que precedió al de la química ó verdadera ciencia. El lenguaje primitivo era la piedra filosofal (1). La lingüística, la gramática comparada, la etnografía filológica ó la filología comparativa, que todos estos nombres se dan y pueden darse á la nueva

(1) *Discours sur les rapports entre la science et la religion révélée*, prononcés à Rome, par Nicolás Wiseman.

ciencia, no entró en el verdadero período científico hasta que se desechó la citada preocupación; hasta que adversarios y defensores de la verdad revelada conocieron que no era arma ni en pro ni en contra de la religión el que persistiesen ó no los rastros del idioma primitivo en las lenguas hoy conocidas. Bien pudo Dios modificar de repente el habla, sin trocarla del todo, como entiende este misterio de Babel la mayor parte de los comentadores, y producir así dialectos bastante distintos en la pronunciación para que los hombres no se entendieran; pero es evidente que también pudo Dios cambiar radicalmente el habla.

Una vez disipada la susodicha preocupación, la ciencia hizo inmensos progresos. Es una ciencia nueva y además una ciencia cristiana. El influjo del cristianismo en su aparición y en su aumento viene demostrado por Max. Müller (1), por dos razones. Primera: porque los pueblos antiguos, los que se pusieron á la cabeza de la civilización, los indios y los persas en Asia, y los griegos y romanos en Europa, apellidaban siempre bárbaros á los que no hablaban su lengua, y desconocían ó menospreciaban toda otra cultura que no fuese la propia, careciendo de la idea clara y distinta y del sentimiento vivo y profundo de la fraternidad humana que el cristianismo ha creado. La otra razón es que el afán de propagar nuestras creencias, llevándolas hasta los últimos confines del mundo, ha movido á los varones apostólicos y á los heróicos

(1) *La Science du langage, cours professée l'institution royale de la Grande Bretagne*, par Max. Müller.



y perseverantes misioneros á estudiar, aprender y divulgar por Europa el conocimiento de las lenguas más extrañas y bárbaras, escribiendo de ellas gramáticas y vocabularios, y traduciendo en ellas oraciones y catecismos y hasta las mismas Sagradas Escrituras. La gloria de haberse adelantado en esto á todos los pueblos de Europa toca de derecho á los españoles y portugueses, como el propio Max. Müller confiesa y una larga serie de trabajos y una gran copia de documentos atestiguan. Las lenguas americanas, las asiáticas, las africanas, las de las islas del mar Pacífico, empezaron á ser estudiadas y sabidas por españoles y portugueses. Mendoza (1) y Herrada, trayendo los primeros á Europa una colección de xilografías chinescas; Navarrete (2), exponiendo la doctrina de los letrados chinos y conociendo á fondo su idioma; el mismo San Francisco Javier y sus sucesores, evangelizando en la India y estudiando el habla de los brahmanes; Rodríguez, publicando el primero una gramática japonesa, y otros muchos, fueron allegando los inmensos materiales que se requerían para levantar el hermoso y soberbio edificio de la filología comparativa. El primer plan ó proyecto de este edificio bien se puede afirmar que le trazó con mano maestra uno de los genios más universales y creadores que han nacido en las edades modernas: el gran Leibnitz. Él combatió la in-

(1) Fr. Juan González de Mendoza, *Historia de las cosas más notables del gran reino de la China*: Amberes, 1566.

(2) Fr. Domingo Fernández de Navarrete. *Tratados históricos, etc., de la Monarquía de China*: Madrid, 1676.

veterada manía de buscar el lenguaje primitivo; excitó la curiosidad y llamó la atención hacia el estudio de los idiomas; recomendó el método inductivo; dió reglas para la comparación y la etimología; y, verdaderamente, obedeciendo á su genio y cediendo á su influjo, se echaron los cimientos de esta ciencia, al escribirse las dos grandes obras que son como sus piedras angulares: el *Catálogo de las lenguas*, de nuestro compatriota Hervas, y el *Mithridates*, de Adelung. Desde entonces ha sido rápido y fácil el progreso en la clasificación de las lenguas y en su historia, merced á los estudios de multitud de autores, entre quienes descuellan ambos Schlegel, ambos Humboldt, Wilkins, Jones, Wilson, Colebrooke, Grimm, Bopp, Pictet, Pott, Kopitar, Steinthal, Bournouf, Renan y Weber.

Dejando á un lado los difíciles problemas de la ciencia en su conjunto, el nuevo académico sólo ha querido hablar y ha hablado de las lenguas indo-europeas, mejor estudiadas y conocidas, teniéndose ya por verdad demostrada que son como dialectos ó derivaciones de un solo idioma primitivo, raíz de cuantos se hablan por la raza japhética, desde Ceylán hasta Islandia, en el mundo antiguo, y de los que han llevado y esparcido con la civilización los pueblos de Europa por toda la extensión de ambas Américas. El mismo ilustrado Wiseman, que ya hemos citado, conviene con la evidencia de la demostración y en la certidumbre del descubrimiento, asegurando que confirma la verdad revelada. El sanscrito, el zend, el griego,

el latín, el celta, el gótico y el eslavo, con todas las lenguas modernas que se derivan de ellos, provienen de un idioma que hablaba, antes de su dispersión, en la fértil y risueña falda del Paropamisso, la raza de los Arios. El organismo de todas estas lenguas, su sintaxis, las leyes de sus derivaciones y flexiones, todo prueba su afinidad, su hermandad, su procedencia de ese tronco común.

Naturalmente, estos descubrimientos filológicos han incitado á los hombres á reconstruir la historia de las primeras edades, y á fijar la época remotísima, anterior á las sucesivas inmigraciones de los Arios, en el continente europeo, y la época tal vez más remota en que los brahmanes y los pueblos del Irán vivían unidos en la Bactriana y componían los primeros cantos sagrados de los Vedas. Lo incierto, vago y confuso de la cronología indiana, y lo singular de su historia, donde el período mitológico parece que se extiende ilimitadamente, no han permitido hasta ahora, á mi ver, que este problema se resuelva. Pero como el amor á lo maravilloso seduce tanto á los hombres, son más sin duda los que dan á la literatura y á la primogenia civilización védica una antigüedad remotísima que los que se la niegan. El afán de singularizarse, el anhelo de inventar novedades estúpidas, ha hecho que se prolongue la historia de los primeros imperios, sin que las obras admirables de Weber, de Rawlinson y de otros sabios sirvan de desengaño provechoso. Los egiptólogos razonables no comienzan la historia de Egipto más que 2500 años antes de nuestra era vulgar. Aun

así, esta historia tiene una duración inverosímil. Desde Menes á Nectanebo, 1400 años. No duró tanto Roma, ni duraron tanto las monarquías del Asia. La obra magistral de Rawlinson (1) no deja ningún género de duda sobre la soñada antigüedad de dichas monarquías. Pero aunque fuese este punto discutible, aunque se afirmase como verdad, no entiendo que pudiera ir en contra de la revelación. No es artículo de fe la cronología de los comentadores cristianos. Sin embargo, todas esas civilizaciones de centenares de siglos, y esos imperios, anteriores á la edad en que dichos comentadores fijan el diluvio, se van desvaneciendo como niebla á la luz de la crítica. Así las ideas de Bailly y las de Salverte sobre los scitas primitivos, y así las de Dupuis en su *Origen de los cultos* (2). Tal vez los apologistas cristianos de los tiempos venideros refuten del mismo modo, victoriosamente, á los que pretenden probar hoy que la especie humana tiene esa grandísima antigüedad, que suponen demostrada por la filología comparativa, y más aún por cálculos astronómicos y por recientes descubrimientos geológicos sobre la edad de piedra, las poblaciones lacustres y el hombre fósil.

Lo cierto es que no sólo el amor á lo maravilloso induce á los racionalistas á dar tan larga vida á la especie humana, sino asimismo el anhelo de justificar y corroborar, en todo su valer, la doctri-

(1) G. Rawlinson, *The five great monarchies of the ancient eastern World*, etc.: London, 1865.

(2) Wiseman, *Discours*, etc.—Du-Clot, *Vindicias de la Biblia*.

na del progreso. Porque esta doctrina, aceptada por completo y como la entienden, no sólo afirma la mejoría y el desenvolvimiento colectivo de la especie humana, sino el de los individuos; por donde, so pena de contradicción, ha de suponerse una dilatada serie de siglos, á fin de que los hombres fuesen poco á poco inventando el lenguaje, la escritura y todas las primeras artes, y fundasen las sociedades, repúblicas, leyes, instituciones y ciencias; todo lo cual, si hubiera sido inventado rápidamente, ó supondría, sin que de otro modo pudiera explicarse, una intervención divina inmediata, ó bien un instinto, una como inspiración celestial en los primeros hombres: tal fuerza de inventiva y tal virtud creadora, que excederían con mucho á todo lo que hoy produce de más distinguido y sublime la especie humana. En suma: salvo la aglomeración de la herencia científica de los siglos pasados, y lo poco que hemos sabido acrecentarla, se podría deducir que hemos degenerado en vez de mejorarnos, y que ya no hay hombres de aquellos bríos intelectuales y de aquella pujanza inventora de los primeros tiempos. Así como sin suponer infinidad de años y de siglos, ó una fuerza plutónica inmensamente mayor, no se hubieran elevado por cima de las nubes las crestas gigantes del Dhavaladgiri y del Nevado de Sorata, así tampoco, sin suponer una intervención divina ó una capacidad intelectual superior á la de ahora, no hubiera llegado el hombre en pocos siglos á aquel grado de civilización que requieren la fundación de grandes imperios como los de

Egipto, Asiria y Persia, y la invención de lenguajes tan perfectos como el zend, el sanscrito ó el griego.

Los racionalistas, los que pretenden explicarlo todo de un modo natural, debían, pues, movidos por las antedichas consideraciones, y aun antes de que les prestase datos la experiencia, esforzarse en probar, no sólo la antigüedad del globo que habitamos, sino también la de nuestra especie. Dentro de seis mil ú ocho mil años no cabe la historia de la humanidad sin prodigio. De aquí que se esforzasen los racionalistas en prolongar la historia, á fin de explicar por un progreso lento y constante el desarrollo de la civilización. Llevaron además este progreso á todo, y en vez de suponer al hombre creado de repente por un mandato divino, supusieron que provenía del desenvolvimiento de otras especies inferiores, las cuales, desde los grados más bajos de la vida, han ido llegando al grado superior. La teoría absurda de Lamark encontró un hábil campeón en Darwin y fué seguida por muchos. Como los cuadrumanos antropomorfos, aun los más perfectos, el chimpancé ó el gorilla, distan tanto de nuestra especie, imaginaron una intermedia, que ya suponen extinguida, á la cual dieron el nombre de *antropiscos*. De ésta hicieron provenir la raza negra, asegurando que era la primogénita y dándole por lugar de su nacimiento y primera habitación el centro del África. Desde allí suponen que empezó á extenderse por toda la tierra, y adquiriendo luego otras cualidades superiores, se elevó á la dignidad de raza amarilla, y, por

último, como término de la perfección en que vivimos, á la de raza blanca, semítica y japhética ó indo-europea. Afirman además los que estos delirios inventan que los primeros negros, los *antropiscos*, convertidos ya en hombres, á semejanza de otros animales que viven también y emigran congregados, se dispersaron por manadas, antes de haber descubierto ó formado un idioma, valiéndose sólo de gritos ó de interjecciones. De esta suerte, haciendo nacer más tarde los idiomas en diferentes puntos de la tierra, dan razón de su radical diferencia, sin que les concedan nada de común sino lo que tienen de común las facultades humanas de que nacieron (1).

Según esta teoría, los egipcios, pueblo semi-negro ó casi negro, producen la primera civilización; la de los chinos ó de la raza amarilla es la segunda; la semítica, después; y la última y más perfecta de todas las civilizaciones es la indo-europea. La fantasía de los eruditos se ha esforzado en demostrar, en entrever y en describir estas primeras edades, forjando curiosísimas novelas, que de tales pueden calificarse sus libros. Ninguno más singular, hasta por el título, que uno de Saisset. El título es *Dios y su tocayo* (2). Trata de hacer ver en este libro que, estando ya muy avanzados en civilización los chinos y los egipcios, empezó á mostrarse en pequeño número la raza blanca. Adán es su capitán ó caudillo y viene á hacerse tributa-

(1) Bergman, *Resumé d'études d'ontologie générale et de linguistique générale*: París, 1869.

(2) Saisset, *Dieu et son homonyme*.

rio del Celeste Imperio. El Emperador de la China ó Padre Celeste se confunde con Dios en la mente de aquellos incautos. Del nombre propio de aquel Emperador sacan el de Jehová. Una comarca del Tibet, donde Adán y su gente viven, es el Paraíso. El árbol de la ciencia del bien y del mal es un árbol, descubierto allí por Huc y otros viajeros, en cuyas hojas, por un raro capricho de la naturaleza, están grabadas las letras tibetanas, por lo cual se apellida el árbol de las diez mil imágenes. Y por último, alguna traición ó mala obra que Adán hizo al Emperador de la China, y por la cual fué expulsado, es el pecado original.

No se entienda que el libro que citamos es un chiste ó un donaire. Está escrito con toda formalidad. Menos faceto aún, y más erudito é ingenioso es Rodier. Su historia de la India empieza en el año 19.564 antes de la era vulgar; pero la civilización de la India y la de los mismos arios es muy reciente comparada con la de los egipcios. La historia de éstos, aunque algo vaga y obscura, va ya aclarándose en el año 30.778 antes de Jesucristo, en el reinado de Phta. En el de Osiris, muy posterior, la historia es mucho más clara y evidente. Sin embargo, aún tiene Rodier algunos escrúpulos, y halla que el reinado de Osiris frisa un poco en la mitología. El reinado de Orus, que, salvo un defecto insignificante de precisión, coloca el autor en el año 18.790 antes de Cristo, es ya para él una época incuestionablemente histórica. Según estos datos, las primeras emigraciones de los



Arios no pueden fijarse más tarde que unos 26.000 años há (1).

No se crea, con todo, que los que siguen cierto sistema y dan tan larga vida en lo pasado á la especie humana, la suponen ya decadente y agobiada por la vejez. No son como los pueblos antiguos, como los poetas y los historiadores clásicos que, desde Homero hasta nuestra edad, lamentan la decadencia del hombre. Esta idea persistió después del cristianismo. Durante los siglos más tenebrosos de la Edad Media se estuvo anunciando el fin del mundo como muy cercano. La idea de la vejez del mundo se ha perpetuado casi hasta ahora. Feijóo la combate en uno de sus eruditos discursos como error muy difundido. Hoy hemos dado en el extremo contrario. A fin de que la humanidad cumpla sus altos destinos, no sólo se le concede una vida grandísima en lo pasado, sino que se le vaticina mayor en lo venidero. Un autor, cuyo nombre me pesa no recordar, encarece hasta tal punto este pensamiento, que asegura, no ya que la humanidad está aún en la infancia, sino que ni siquiera ha nacido. «La humanidad, dice, considerada en su vida colectiva, no ha nacido aún.» Según los cálculos del autor, la humanidad tardará en nacer unos trece ó catorce mil años. Lo que hay ahora es sólo un germen ó embrión de humanidad. Estamos en un período de incubación lenta de este germen, que dura ya cincuenta ó cuarenta mil años lo menos.

(1) Rodier, *Antiquité des races humaines*, etc: París, 1864.

Fuerza es confesar, por amor á la imparcialidad, que estas locuras no han nacido sólo entre los racionalistas, sino también entre los creyentes. Toda ciencia ó facultad ha tenido y tiene sus orates; pero una de las más peligrosas para los que poseen un cerebro poco firme y un juicio poco sólido y sentado, es esta ciencia de la lingüística. Los racionalistas, á fin de hallar una explicación natural al origen del lenguaje y aun al del hombre mismo, han delirado mucho; pero, dado ya el lenguaje, ven en él un producto natural de la razón y del organismo humanos, y no deliran tanto. Los creyentes están en lo justo, porque se atienen á lo revelado, en punto al origen; pero después, si llegan á imaginar que descubrieron el lenguaje primitivo ó algo que se le aproxime, se pierden sin remedio. Este lenguaje, obra y revelación de Dios mismo, encierra en cada palabra, en cada sílaba, en cada letra, y hasta en cada tilde, tesoros de inexhausta sabiduría. La naturaleza, las leyes de la moral y de la historia, todas las ideas de la humanidad, están en este lenguaje, englobadas y cifradas, así como la humanidad entera estaba en Adán. De aquí nace un arte cabalístico que lo comprende todo; una como virtud teúrgica que para todo sirve. Los nombres en este lenguaje no son signos arbitrarios, no son un vano sonido, sino los verdaderos nombres, que representan la substancia y los accidentes de lo creado. Con este lenguaje, todas las cosas ininteligibles ó difíciles de entender se aclaran. Así es que las etimologías pueden impulsar muy lejos á los eruditos de esta

clase. De querer explicar por medio de un idioma todos los demás, á querer explicar también la política, las costumbres, el arte, la historia y hasta los más hondos misterios de la fe, no hay más que un paso, fácil de dar, pero hartó aventurado, porque es, permítasenos la frase, salvar el Rubicon del sentido común, y trasladarse de súbito al país de las quimeras.

Pocos autores han dado más lamentable y al mismo tiempo más entretenida y graciosa muestra de esto que nuestro compatriota el Sr. Irizar y Moya, en un tratado en cinco tomos, donde procura aclararlo todo por medio de la lengua euscarra y algo de la hebrea, que son las dos que se acercan al lenguaje primitivo y divino; que son un *novum organum*, superior al de Bacon, que él ha descubierto. Las derivaciones atrevidísimas de que se vale recrean y asombran. Agamenón, por ejemplo, es la palabra de Dios, el designio divino que no es dable resistir. Por eso le respetan todos los reyes coligados. Por eso, Agamenón significa *amén*, que viene de las tres letras hebráicas *a*, *m*, *n*, las cuales, leídas como suenan por separado, dicen: *aga-men-num*, de donde el nombre simbólico del personaje de Homero. Henoch, Elías y San Juan Bautista, son el Cancerbero, como lo demuestra nuestro autor por medio de sus etimologías vascongadas. Y así, en suma, lo va demostrando todo (1).

Éstas y otras hipótesis sólo pueden servir de pa-

(1) *De l'eusquère et de ses erderes ou de la langue basque et ses dérivés*, par Irizar y Moya: París, 1841.

satiempo y de burla á los espíritus rectos é incitar á nuevos Lucianos á que escriban en nuestros días libros escépticos y denigradores de la ciencia, como el del portugués Sánchez y el del famoso Cornelio Agripa. Pero las obras sobre lingüística, fundadas, sin preconcepciones ni hipótesis, en la paciente y serena observación de los hechos, mueven nuestra admiración y requieren imperiosamente nuestro convencimiento. De estos sólo, como ya he dicho, trata el Sr. Canalejas en su elegante discurso, concretándose á hablar de las lenguas indo-europeas, que son las más estudiadas. Aun así, es harto extenso el asunto para la brevedad de un discurso académico, por donde creo que el Sr. Canalejas no se propuso otro fin, al escribirle, que el de despertar la afición, para que este género de estudios fuera extendiéndose en nuestro país, y aplicándose al conocimiento de nuestro propio idioma. Menos todavía puedo yo lisonjearme ni prometerme profundidad alguna en esta disertación con que le contesto, en la cual he juzgado conveniente, ampliando más el asunto, dar alguna noticia de lo fantástico y peligroso de la ciencia, para que sirva de aviso y señale los escollos y bajíos, á fin de que los eviten los que en ella se engolfen. Ahora voy á entrar de lleno en la parte firme y segura.

Cualquiera que sea la antigüedad de algunas naciones de África y de Asia, es lo cierto que en Europa no hay vestigio histórico de inmigración anterior á dos mil años antes de Cristo. Antes de dicha época, Europa es un yermo cubierto de

bosques impenetrables. Todos los pueblos que la historia nombra y conoce vinieron posteriormente de Asia. Las más grandes inmigraciones parece que ocurrieron durante un largo período de mil años: del 2000 al 1000 antes de nuestra era. Jacobo Grimm (1), con su vasta erudición, no puede hallar mayor antigüedad. Venían estos pueblos por tierra, de Oriente á Occidente, siguiendo el camino del sol. Venían, sin duda, empujados unos por otros. Así se extendieron hasta los extremos más occidentales de nuestro continente. Los hubo de la raza que designan los etnógrafos con el nombre de turaniense; los hubo tal vez de otras razas; pero la raza superior, la indo-europea, prevaleció al cabo en Europa, así como vino más tarde á ser la dominadora del mundo. Europa está poblada de naciones y tribus de esta raza desde el Oural á las montañas de Cintra, y desde Arcángel hasta el extremo Sur de la Morea. Los pueblos de otras razas más débiles fueron sin duda rechazados por los indo-europeos hacia el extremo boreal. Sólo quedan hoy en el riñón de Europa los finlandeses, los húngaros y los turcos, y en el Occidente los vascos, que no sean pueblos de dicha raza y que no hablen lenguas congeneradas del ario primitivo. Bopp ha levantado un monumento imperecedero (2) á esta fraternidad de las razas y de las lenguas de Europa. La sintaxis de

(1) Grimm, *Geschichte der deutschen Sprache*.—C. VIII, Einwanderung.

(2) Bopp, *Grammaire comparée des langues indo-européennes*, etc.: París, 1866-68.

estas lenguas es en el fondo la misma; la etimología de las palabras es la misma también. La variación consiste en las flexiones, en las derivaciones y en la pronunciación, que cambian las palabras, y las cambiaban más aún cuando las lenguas no eran escritas, sino habladas. Si el inglés no fuese una lengua escrita, tal ha venido á ser su pronunciación, que sería difícil hallar la etimología de uno de sus vocablos, con ser éstos de procedencia germánica, céltica ó latina.

La diversidad de las lenguas dentro de su unidad proviene del cambio de las vocales y de las consonantes unas por otras. Las reglas de estos cambios, en mi sentir, no son claras ni fijas, ni se fundan en razón filosófica. Bopp examina las letras de todos los principales alfabetos; explica el *guna* y el *vridhhi*; pero no explica la razón de las mudanzas. Baste saber que las hay, y que dentro de un mismo idioma se realizan. Así es que ni la raíz de una palabra logra quedar invariable, y con todo no se puede desconocer la raíz. Por ejemplo: en español *a* se trueca en *e* en *caber*, *quepo*; y en *u* en *cupo*; y en *i* en *hacer*, *hizo*. La *o* se trueca en *ue* en *poder*, *puede*; la *e* en *i* en *pedir*, *pido*; y así todas las vocales. Las consonantes, labiales, dentales y guturales, se cambian á cada paso de dulces en medias, de medias en aspiradas; y al contrario. Esto es, que las letras *d*, *t*, *z*, y *b*, *p*, *f*; y *c*, *k*, *g* y *j* se transmutan, al pasar de un idioma á otro, y aun sin pasar, dentro de un idioma mismo. Aun otras letras consonantes se truecan también: la *d* se convierte en *l* y la *l* en *d*;

consta que los latinos dijeron *dacrima* por *lacrima* y *dingua* por *lingua*; la *f* se cambia en *h* y en *g*; la *r* en *l*, como *arbor*, *árbol*, *marmor*, *mármol*; y la *t* en *s*, como en *remito*, *remiso*, *permiso*, *permiso*. Á veces, se eliminan letras y sílabas enteras; á veces, se añaden; á veces, cambian de lugar, como *cocodrilo* por *crocodilo*; *preguntar* por *perguntar*. El digamma eólico, que fué una aspiración señalada regularmente en griego con el espíritu áspero sobre la vocal, viene á convertirse en latín en *f*, en *v* ó en *h*, como *oikos*, *vicus*; *oinos*, *vinum*; ó bien se pierde en griego y aparece en latín y en otras lenguas, como *bioo*, *vivo*; *boes*, *boves*; *oon*, *ovum*; *kao*, *cavo*.

Resulta de todo esto la variedad de las palabras dentro de la unidad. De cada voz de una de nuestras lenguas modernas podemos hallar la voz hermana en cualquiera otra, y, por último, su raíz zend ó sanscrita.

Al que no esté familiarizado con este linaje de estudio, parecerán arbitrarias las etimologías; mas para los que se internan en él, son tan claras y evidentes como para cualquiera persona medianamente ilustrada lo es que *hija* viene de *filia*, *hoja* de *folia*, *obispo* de *episcopos* y *reló* de *horologion*; lo cual es innegable, aunque apenas si queda en ninguna de las palabras españolas antes citadas dos ó tres letras comunes á las palabras griegas ó latinas de que proceden. Á veces el trastorno y cambio de la palabra primitiva es mayor y más arbitrario aún en la derivada; como, por ejemplo, de *cord*, *corazón*, y de *xeirougos*, *cirujano*.

Otra fuente de variedad y de riqueza en las lenguas es lo fecundo de las raíces, de las cuales brotan palabras nuevas por composición ó derivación. Por mera derivación parece como que hay en la raíz una fuerza orgánica y vegetativa capaz de crear de sí misma un enjambre de voces para significar, pasando de un sentido recto á otro figurado y traslaticio, las cosas más discordes y las ideas menos análogas. Max Müller trae un curioso ejemplo de esto en la raíz sanscrita *spac* ó *spec*: de aquí *spicere*, mirar, ver; *espejo*, *espectáculo*, *espectación*, *espía*, *espíar*, *espionaje*, *respetar*, *respetable*, *respeto*, *respecto*, *aspecto*, *especular*, *especulación*, *especulativo*, *inspección*, *inspector*, *especie*, *especificar*, *especies*, *especiero*, *auspicio*, *conspicuo*, etc., etc. Y, trocado por metátesis el *spec* latino en el *skep* griego, *escéptico*, *escepticismo*, *microscopio*, *obispo*, *telescopio*, *caleidoscopio*, *estereoscopio*, y otras muchas voces usadas en castellano, sin contar las que provienen en las demás lenguas de Europa de la misma raíz *spac* ó *spec*.

Esta fecundidad de las raíces hace la riqueza de las lenguas, aun siendo las raíces pocas. Todo el sanscrito y todas las lenguas de Europa, salvo raras palabras tomadas de idiomas semíticos ó de otras familias de lenguas, provienen de mil setecientas veinte raíces que cuentan los gramáticos. Una persona bien educada y que hable de literatura, de artes, de política y ciencias, no empleará quizás más de tres mil ó cuatro mil palabras en su conversación. Un orador elocuente y variado tal



vez no llegue nunca á diez mil. Shakespeare, uno de los poetas más fecundos y ricos por el lenguaje, no emplea más de quince mil palabras en todos sus dramas. Milton no pasa de ocho mil. Todo el Antiguo Testamento está escrito con cinco mil seiscientas cuarenta y dos palabras (1). Pero esto no quita que en algunos diccionarios de lenguas modernas de Europa haya más de cien mil palabras incluídas.

Para formar todas estas palabras hay que contar, no sólo con las raíces, sino con otros elementos, de los que salen las terminaciones ó desinencias, ora tengan estos elementos un valor y un significado propios, ora no le tengan, sino en unión á las raíces. De creer es que, aun cuando no tengan en el día un significado, le tuvieron en un principio y fueron otras tantas palabras. Las terminaciones de los casos en la declinación fueron en un principio preposiciones, adverbios ó pronombres demostrativos; y las desinencias de los verbos fueron sin duda otros verbos auxiliares y pronombres personales.

Juzgando, pues, que toda desinencia, por donde viene á modificarse el valor de una palabra y á convertirse en otra palabra derivada, tuvo un valor por sí en un principio, hay que convenir en que la mayor parte de las lenguas tuvieron en su origen el carácter elemental ó monosilábico de la lengua china; en que después fueron aglutinantes, y en que, por último, vinieron á ser lenguas de fle-

(1) Max Müller, *La science du langage*.

ción. No es esto afirmar que en el orden cronológico sucediese así regularmente en todas las lenguas, sino que éste es el orden dialéctico con que todas han procedido, aunque su desenvolvimiento haya sido instantáneo, como hijo de un instinto poderoso, de una virtud plasmante de la fantasía humana en las primeras edades del mundo. Ello es que las que llaman los gramáticos partes de la oración nacieron lógicamente de la indicada manera, ya surgiesen de súbito, por espontaneidad natural ó por enseñanza y comunicación divina, ya con lentitud se fuesen formando y distinguiendo. Así es que todas las voces pueden reducirse á nombres. Lenguas hay que dan testimonio de esto careciendo aún de muchas partes de la oración. En unas no hay adjetivo; en otras no hay voz pasiva en los verbos; en muchas, el verbo *ser* no se da. La idea abstracta de *ser* parece haber acudido tarde. Las raíces *sta*, *as* y *bu* sanscritas, de donde los verbos *estar*, *ser*, *fué*, significaban en un principio cosas más materiales: *bu* ó *fu*, que parece ser la raíz más antigua, equivale á soplar, alentar, vivir.

Pero explíquese como se quiera el origen de los idiomas y su primordial desenvolvimiento, yo me inclino á creer, y repito, que este modo de proceder es dialéctico y no cronológico; y si fué cronológico y natural, fué por ingenuidad y por inspiración de los primeros hombres, y no por reflexión y discurso. Por reflexión y discurso, hubiera sido menester gran copia de ciencia y de filosofía para atinar con la formación del más imper-

fecto de los lenguajes; y antes parece lo contrario: que el divino artificio de ellos iluminó á los hombres y los condujo á distinguir las ideas, á ordenarlas y á clasificarlas, por donde pudieron pasar de lo particular á lo general, de lo concreto á lo abstracto, y de lo sensible á lo inteligible. Esa misma fuerza del lenguaje hizo que se determinasen y diversificasen las ideas hasta en sus matices más varios y delicados.

Todavía el lenguaje no ha perdido, ni aun en las civilizaciones y razas más adelantadas, aquella virtud generadora de nuevas voces cuando la necesidad lo exige. Raíces nuevas son las que nacen rara vez. Aquellos vocablos cuya etimología no se halla, son casi siempre de una condición plebeya, formados por capricho, y rayando en lo truhanesco y chabacano, verbigracia, en nuestra lengua, *cur-si*, *filfa*, *guasa*, *camelo*. Pero si lo examinásemos con detención, hasta en estos vocablos descubriríamos el origen etimológico. Por el contrario, los neologismos nobles y cultos provienen todos claramente, por derivación ó composición, de una raíz ya creada, no habiendo más regla en esto de producir nuevas voces que el buen gusto, la razón etimológica, las leyes de la eufonía y la necesidad de producirlas. Mucha burla, por ejemplo, se ha hecho del verbo *presupuestar*, que viene de *presupuesto*, que viene de *presuponer*. Esto sólo prueba, ú olvido de las leyes y naturaleza del lenguaje, ó falta de reflexión, pues al cabo no es una ciencia oculta ni un misterio recóndito el que hay en español centenares de verbos formados exacta-

mente, como *presupuestar*, del participio pasivo irregular, ó del supino de otro verbo. Sirvan de muestra: *cantar*, *decantar* y *encantar*; de *cano*, *cantum*; *cursar*, de *curro*, *cursum*; *pensar*, de *pendo*, *pensum*; *pulsar*, *impulsar*, *expulsar*, de *pello*, *pulsum*; *saltar*, *insultar*, *consultar*, *exultar*, de *salio*, *saltum*; y *depositar* y *despropositar*, de *pono*, *positum*. Decía en tono de burla un ilustre poeta, clamando contra este neologismo de *presupuestar*, que por qué no había de decirse *presupuestación*. En efecto, sólo el buen gusto y la no necesidad del vocablo pueden impedir que se diga. Por lo demás, tan legítimamente y por los mismos grados va derivándose *presupuestación* de *presupongo*, que *actuación*, por ejemplo, de *ago*, pasando por *actuado*, *actuar* y *actum*.

Cuando las palabras nuevas se forman con preposiciones ó con esas desinencias que en un tiempo pudieron y debieron tener un significado, pero que ya no le tienen, las palabras son derivadas, y de esta derivación es muy capaz nuestro idioma. Á lo que su índole no se presta sino con suma dificultad es á la composición de dos ó más palabras, nombres ó verbos, lo cual hace tan ricas las lenguas alemana y griega; salvo que en griego hay cierto organismo y flexión en este género de composiciones, mientras que en alemán son siempre una aglutinación inorgánica. Algunas lenguas americanas llegan en esto á tal extremo, que encierran toda una frase en una sola palabra, por lo cual se llaman *holofrásticas* ó *polisintéticas*. En español, no se crea esta clase de palabras sino en

estilo familiar y casi siempre por burla ó donaire, como *pinchauvas*, *papamoscas*, *cascarrabias*, *correveidile*, *carirredondo* y *cariacontecido*. Si hay otras palabras compuestas, se toman ya formadas del latín, y casi todas se emplean sólo en un estilo muy elevado y poético, como *armipotente*, *olivífero* y *altisonante*.

Otra causa de la diversidad de las lenguas hermanas y congeneradas del mismo tronco, es adoptar una raíz diversa para significar el mismo objeto, lo cual no impide que de cada una de las raíces haya derivados en cada una de las lenguas. *Señor*, por ejemplo, viene en español de *senior*, comparativo de *senex*, *anciano*; y, sin embargo, *dominus*, que viene de *dam*, *dom*, *casa*, en sanscrito, latín ó griego, tiene también sus derivados en español, en *dama*, *dueña*, *dueño*, *doña*, *don*, *domicilio*, *dominar*, *dominación*, *dominador*, *doméstico* y *domingo*. *Herr*, que equivale en alemán á *señor*, es como el latín *herus*, que viene de *hera*, *tierra*. En alemán *leche* es *milch*; mas ambas palabras, aunque tan distantes, tienen su analogía en el latín y en el griego. *Leche* en *lac-lactis*, *galacs*, *galactos*. La sílaba *ga* es, sin duda, el nombre sanscrito de la *vaca*. Y *milch* viene de *mulgeo* y *amelgo*, ordeñar.

No menos que por la homogeneidad del vocabulario, se reconoce el parentesco de las lenguas indo-europeas por la semejanza grande de la gramática, como lo demuestra Bopp en la suya. Las declinaciones y las conjugaciones se parecen mucho. Las irregularidades de los verbos y de los ca-

tos en algunos nombres dan asimismo testimonio de la semejanza.

Alguien hallará extraño que se sostenga este parentesco, que se declare evidente esta afinidad, cuando es tan grande la diferencia entre los idiomas hablados; pero más es de extrañar, y aun de maravillar, que las señales del parentesco persistan aún tan claras, después de tantos siglos transcurridos desde la separación de los arios y sus inmigraciones sucesivas en Europa, y después de tantas mudanzas en su manera de ser, en su cultura y en sus creencias.

Esto se debe: primero, á que, como hemos dicho, no se inventan palabras radicalmente nuevas, sino que las nuevas palabras para expresar nuevas ideas, se han ido sacando, ó por composición, ó por derivación de las antiguas palabras y raíces, siendo en esto inagotable el tesoro del idioma. Y segundo, á la virtud extraordinaria que tienen los idiomas indo-europeos de imponerse á otros y de no dejarse imponer. Son como la raza misma, que absorbe, vence y domina, y no se deja absorber ni dominar por elementos extraños. El lenguaje de los arios ha tenido siempre la fuerza de expeler de sí las formas, los modismos y hasta las palabras de otros idiomas, conservando su pureza. Desde el albor de las civilizaciones, desde la primera monarquía de los caldeos, fundada por Nemrod en el centro de Asia, las razas cushita, turaniense, semítica y aria, se mezclan y se unen para formar aquel Estado. En las palabras que el erudito Rawlinson ha podido reunir de la lengua que se hablaba en

aquella monarquía, la monarquía de las cuatro razas, hay palabras semíticas, cushitas, turanienses y arianas, y, sin embargo, la lengua de los arios salió pura de este consorcio para manifestarse en las monarquías de los medos y de los persas.

La historia de la lengua en España demuestra esta vitalidad y persistencia de la de los arios. Tal vez el primer pueblo que inmigró en España fué el vasco, pueblo turaniense, hablando un idioma que no es indo-europeo. Este pueblo, no sólo se extendió por toda la Península, sino que estableció colonias en las grandes islas del Mediterráneo, Sicilia, Córcega y Cerdeña. Los nombres geográficos de montes, ríos, ciudades y villas, lo atestiguan aún, según las etimologías que Guillermo Humboldt declara (1).

Los pueblos semíticos vinieron también á España, desde los tiempos más remotos. Los fenicios fundan colonias y se extienden por gran parte de la Bética; los cartagineses dominan casi todo el país y en él disputan el imperio á Roma; los hebreos se esparcen y se establecen en España desde la época de la cautividad babilónica, y los árabes dominan por último durante siete siglos. Sin embargo, pocos rastros quedan en español, ni en el diccionario ni en la gramática, ni de turanismo ni de semitismo. Las palabras hebráicas y arábicas que en español se conservan, la lengua misma

(1) *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens, vermittelt, der Vasckischen Sprache: Gesammelte Werke. II Band: Berlin, 1841.*

las va lanzando de sí y sustituyéndolas con las correspondientes voces latinas, como *sastre*, en vez de *alfayate*; *espliego*, en vez de *alhucema*; *ginesta*, en vez de *gayumba*; *barbero*, en vez de *alfageme*; *pistacho*, en vez de *alfoncigo*, y *azufre*, en vez de *acrebite*. Las palabras árabigas en uso, llegarán á ser sólo las que tengan un valor histórico, al menos por la procedencia; las que denoten algo propio de los árabes y los nombres geográficos, como *almimbar*, *alminar*, *hurí*, *alfaquí*, *Almadén*, *Alcántara*, *Alcalá*, *Guadalquivir*, *zahorí*, *alcalde* y *jeque*. Con la lengua euscara sucede lo mismo: apenas se encuentran ya palabras euscaras sino en nombres propios de apellidos y lugares, como *Asturias*, de *asta* y *ura*, *peña* y *agua*; é *Iliberi*, de *ili* ó *iri*, *ciudad*, *lugar*, y *beri*, *nuevo*.

Yo, sin embargo, me inclino á creer que la lengua euscara, así como la raza que la hablaba, si bien hubo de extenderse en un principio por toda la Península, y aun por otras regiones, se limitó, mucho antes de la conquista romana, al país donde hoy se habla. Entre los turdetanos y celtíberos debió de prevalecer, más que el céltico, un idioma pelásgico parecido al griego ó al latín; y lo mismo en otras comarcas, por más que el idioma oficial fuese el semítico entre los bástulos y otros pueblos donde dominaron fenicios ó cartagineses. No se comprendería de otro modo la rápida latinización de toda España bajo el dominio de Roma. Además, las medallas é inscripciones y los antiguos alfabetos, casi demuestran que antes de la



conquista romana prevalecían tales idiomas y escrituras (1).

Los recientes descubrimientos del Sr. Góngora no invalidan la teoría, porque los caracteres é inscripciones extraños é ininteligibles que ha publicado son mucho más antiguos, sin duda, y acaso tuviesen su origen en la época primera en que los vascones dominaban toda la Península, aun antes de la venida de los celtas (2). Quién sabe si un día podrán interpretarse estos letreros con el auxilio de la lengua que hoy se habla en Vizcaya, y podrá descubrirse algo de la primitiva civilización, de las creencias, usos y costumbres de los españoles prehistóricos.

Entre tanto, es indudable que, así en la raza como en el idioma, á pesar de las invasiones semíticas, y á pesar de los pueblos primitivos que eran turanienses, el elemento indo-europeo ha prevalecido entre nosotros.

Tal vez algunos oídos escrupulosamente piadosos se escandalicen de la predisposición que muestra el Sr. Canalejas por los arios, y de la inmensa superioridad que sobre los semitas les concede. Sin duda que un pueblo semita fué elegido por Dios para depositario de los dogmas y de las creencias que habían de salvar y de rescatar á la humanidad. Sin duda que este pueblo debía de tener egregias cualidades cuando Dios le llamó á tan alto ministerio. La lengua en que habló Salomón, legisló Moisés, y cantaron David, Isaías y los de-

(1) Velázquez, *Ensayo sobre los alfabetos*, etc.

(2) Góngora, *Antigüedades prehistóricas*, etc.

más Profetas, no debe ser menospreciada; pero el pueblo judío es un pueblo singular, y el Sr. Canalejas habla en general de los semitas; y, por otra parte, aun cuando los judíos y la lengua hebráica fuesen comprendidos en la sentencia del Sr. Canalejas, no se podría tachar esta sentencia de heterodoxa. Más severamente aún que el Sr. Canalejas, y más por bajo, al compararlas con las lenguas indo-europeas, pone el cardenal Wiseman las semíticas. «Estas lenguas sin partículas y sin formas propias para expresar las relaciones de los objetos, endurecidas y yertas por una construcción inflexible, y confinadas por la dependencia de las palabras que vienen de raíces verbales á la idea de acción exterior, no pueden conducir el espíritu á las ideas abstractas.» Hace después un cumplido encomio de las lenguas indo-europeas, y por último añade: «Estas reflexiones nos llevan á considerar el orden observado por Dios en la manifestación de la verdad revelada. Mientras que sus revelaciones debieron ser, más bien que propagadas, conservadas; mientras que sus verdades se referían principalmente á la historia del hombre y á sus deberes más sencillos para con Dios; mientras que su ley consistía más bien en preceptos de observancia exterior que en restricciones interiores, etc.,» la lengua sagrada fué el hebreo. «Pero no bien se realizó un importante cambio en los fundamentos de la revelación divina y en las facultades á que se dirige, cuando se verificó asimismo un cambio correspondiente en la familia á quien su administración y su principal dirección

están confiadas. La religión, destinada hoy para la totalidad del mundo y para todo individuo de la raza humana, exigiendo por lo tanto testimonios más variados, á fin de responder á las necesidades y satisfacer los ardientes deseos de cada tribu, de cada país y de cada siglo; la religión, digo, se puso en manos de otros obreros, cuya más vigorosa energía de pensamiento, cuyo más fogoso impulso de investigación pudiese con más facilidad descubrir y esclarecer sus inagotables bellezas, produciendo así nuevos motivos de convicción y nuevos asuntos de alabanza (1).

Ya se entiende que ni el cardenal Wiseman, ni el Sr. Canalejas, ni quien esto escribe, queremos extremar el menosprecio hacia los judíos, pueblo á quien, aun estimadas las cosas por un modo racionalista, es innegable que debe mucho el género humano, y en cuya alta inteligencia no ha habido degradación ni mudanza hasta ahora. En su misma soberbia, que raya á veces en lo absurdo, hay algo de respetable. Así, por ejemplo, el glorioso poeta y agudo filósofo Jehuda Levita de Toledo, supone en los hombres de su raza prendas naturales, tan superiores á las de otros seres humanos, que por ellas viene á explicar el don de profecía, la comunicación inmediata con Dios, lo que él denomina el *caso divino*; el cual *caso divino* se posó sobre toda la congregación de Israel por naturaleza y nacimiento, sin que apenas sean dignos, ni merecedores, ni capaces de tanto los hombres de

(1) Wiseman, *Discours. Second discours sur l'étude comparative des langues*. Seconde partie, al fin.

otra casta (1). Y en nuestros días, el judío francés Salvador, en uno de sus más interesantes trabajos, pretende demostrar que la Providencia, hallando aún poco ilustrados á los pueblos de la tierra para que aceptasen el judaísmo, suscitó un Profeta, en uno de los lugares más humildes y despreciados de Judea, para predicar una doctrina que sirviese de pasto espiritual y de preparación á los pueblos indo-europeos, hasta que se elevasen á la altura conveniente y pudieran recibir en toda su pureza las doctrinas judáicas (2).

Como ya hemos visto, las lenguas semíticas apenas tienen ni descubren parentesco, ni por el vocabulario ni por la gramática, con las lenguas indo-europeas. El Sr. Canalejas no se para á demostrar este aserto; pero, dada la índole ó condición de su obra, no puede pararse. Además, que lo que en todo caso habría que demostrar sería la semejanza, en lo cual se han esforzado en balde, con más imaginación que juicio, no pocos autores. Hallan algunos la semejanza rastreando etimologías por medio de anagramas. Fúndanse para ello en las diversas maneras de escribir de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, y en las inscripciones, que denominan *boustrophedon*, porque en ellas van y vienen los renglones como el buey cuando ara. Así calculan que al pasar las palabras de una escritura á otra, se han leído al revés, y de aquí su diversidad. Algunas coincidencias vienen

(1) Cuzari, *Libro de grande ciencia*, etc., traducido al español por el Hachan R. Jaacob Abendaña: Amsterdam, 5423-1663.

(2) Salvador, *Jesus-Christ et sa doctrine*: París, 1838.

en apoyo de esta aventurada hipótesis, si ingeniosa, harto poco sólida. Verbigracia, *kid*, en arábigo, significa *regla*, y al revés tenemos *dik*, que es justicia en griego; *sar* es en lengua pérsica la *cabeza*, y el mismo significado tiene en arábigo *ras*, y *rosh* en hebreo (1). Aún pudieran citarse muchas más de estas etimologías, que sólo prueban la paciencia y la imaginación de quien las busca, porque, siendo las letras y las sílabas los elementos de todo idioma, y los órganos de la garganta, del pecho y la boca los medios de pronunciar toda palabra, por fuerza han de parecerse muchas, por extraordinario que sea el número de combinaciones que pueda construirse con todos los signos del alfabeto y con todos los sonidos articulados. Por otra parte, aun sin acudir al anagrama, leídas derechamente hay y debe haber no pocas palabras hebráicas, caldeas, samaritanas ó arábicas, que hayan venido á naturalizarse en nuestras lenguas indo-europeas, ó que hayan pasado de nuestras lenguas á las semíticas. Así, por ejemplo, *tierra* y *diente*. Lo maravilloso sería no hallar jamás analogías de esta clase, habiendo estado en tan íntimo comercio y trato unos pueblos con otros, desde el albor de la historia.

Ya he dicho que el Sr. Canalejas, aunque aspira á dar en su discurso un breve resumen de los más recientes descubrimientos de la filología, y aunque acierta á presentar con notable concisión de estilo y poder de síntesis un cuadro sinóptico de

(1) Welsford, *Mithridates minor: or an Essay on Language*: London, 1848.

la ciencia, tal como es en el día, más se atiende á lo experimental que á aquella parte fundada en especulación y como en atisbos y fuerza de raciocinio, que trata de fundar la filosofía de esta ciencia, desentrañando los orígenes del lenguaje, y procurando explicarle, sin acudir á los asertos de ninguna religión positiva. Con todo, el Sr. Canalejas, en virtud de su creencia, ó mejor dicho de su doctrina del progreso, decide, según ella, por lo menos algunas cuestiones secundarias.

No soy yo de los que niegan el progreso humano, así en el individuo como en las sociedades; pero no le creo tan ordenado y simétrico, tan por igual en todo, que no admita excepciones y distingos en no pocos puntos y momentos. El mismo Sr. Canalejas acepta estas excepciones, y no puede menos de aceptarlas; pero las acepta con más dificultad, más á despecho suyo que yo, y de aquí nace nuestra divergencia en la cuestión que llena casi toda la segunda parte de su discurso: el paralelo entre las lenguas clásicas antiguas, el griego y el latín, y los modernos idiomas. Si bien para el Sr. Canalejas hay ventajas y desventajas que se van compensando, al fin no queda en el fiel la balanza de su juicio, y se inclina á un fallo favorable á los modernos idiomas que llama analíticos. Los antiguos tienen más lozanía, tienen las gracias de la adolescencia; pero los modernos tienen el brío, la robustez, la energía de la edad viril. Los antiguos son mejores para que hable por ellos la imaginación; los modernos para que la razón hable por ellos. Unos eran más adecuados á la poesía;

otros se prestan y adaptan mejor á la filosofía y á la ciencia.

Yo me pongo más resueltamente en favor de las lenguas clásicas y les concedo la primacía en todo. Cuanto depende del instinto, de la fantasía, de la inspiración, es más propio de las edades primeras que de éstas en que vivimos, y más aún si se trata, no de instinto, de inspiración ó de fantasía individual, sino de estas facultades obrando colectivamente, agitando, por decirlo así, la mente y el corazón de las muchedumbres, y haciéndoles producir obras semidivinas, inconcebibles hoy, como la creación del lenguaje.

En corroboración de mi parecer, diré que la poesía lírica, la cual tiene mucho de individual, es hoy, si no superior, igual á la poesía lírica de los mejores tiempos. El poeta aisladamente puede inspirarse, lo mismo ahora que en todos los tiempos, y aun encumbrarse en los presentes, á mayor altura, porque ya el saber le ha hecho trepar paso á paso á una cima excelsa, desde donde se descubren horizontes muy anchos, y desde donde cuesta menos esfuerzo tender las alas del espíritu y alzar el vuelo á esferas superiores, cerniéndose en puntos sublimes, á los cuales los antiguos poetas, alzándose desde más bajo, no pudieron nunciar soñar que se elevarían; pero, aun en la poesía lírica de hoy, noto algo de menos cabal que en la antigua. La de hoy rara vez habla á las muchedumbres sino rebajándose y humillándose hasta ellas y halagando ruines instintos y groseras pasiones. Cuando la poesía lírica es más alta, sue-

le ser meramente subjetiva y mirar al vulgo con soberbio desdén: suele ser un monólogo, no una arenga; no una enseñanza dirigida al pueblo, sino sólo á algunas almas escogidas. Apenas si alguien más que Schiller en el *Canto de la Campana*, Leopardi en la oda á Italia, Quintana en sus versos patrióticos, y Manzoni en sus himnos sagrados, se aparta de esta regla general, y habla, ó mejor dire, canta para el pueblo, y se dirige á la humanidad, ó al menos á la patria, con inspiración y con acento digno y elevado.

Pero en nuestra edad no se da aquella gran poesía donde se requiere la inspiración colectiva: donde no se comprende al poeta aislado; donde el pueblo ha de ser, permítaseme la expresión, no sólo espectador ó auditorio simpático, sino como colaborador del poeta; donde nace la poesía de un consorcio íntimo, de una comunión misteriosa, de una corriente magnética entre el espíritu de un singular poeta y el de todo un pueblo, á fin de que el canto del poeta resuma y cifre por un procedimiento inenarrable toda una civilización con todas sus fases, en la hora dichosa, en la estación vernal de su pristino florecimiento, para que sea fecundo germen de los más ricos, ubérrimos y sazonados frutos ulteriores. Así es que la epopeya no puede ser ahora sino artificial y erudita. Nada parecido á la *Iliada* puede haber ni ha habido en la historia literaria del mundo. Las circunstancias que concurrieron en la creación de aquel poema, ni se dieron antes, ni volvieron á darse después, ni se volverán á dar nunca. Aquel poema divino



fué la rosada luz de la aurora, la primera flor que contenía en sí toda la semilla de la civilización helénica, y por consiguiente, de la civilización europea, en cuanto tiene de más bello y elevado.

Los poemas indios vienen después de libros de teología, de leyes, de filosofía y tal vez hasta de gramática. El Dante escribe su poema, cuando el saber, la erudición y hasta el ergotismo y la pedantería de su edad no cabían en su poema; y le escribe además en una lengua que no tiene la frescura primogenia ni la nitidez virginal del griego, y que es, con todo, más incorrecta, menos rica, menos completa que el griego. En el día no puede haber epopeya: lo que la sustituye es la novela, epopeya casera, sin ideal ó con un ideal enfermizo y quinta-esenciado, en que el poeta no habla á las muchedumbres, ni con brío y entonación profética, ni al aire libre,

Donde no se apoca  
El numen en el pecho,  
Y el aliento fatídico en la boca;

sino que habla desde su estancia, con inspiración en que la crítica reflexiva entra por mucho, y sólo se entiende uno á uno con los lectores, que también aisladamente le leen.

En el teatro mismo, por más esfuerzos que se hagan para elevarle, no hay ni puede haber en el día esa enseñanza, esa escuela de moral, esa institución religiosa del teatro griego. El teatro no puede ser entre nosotros sino poco más que un mero pasatiempo, una diversión culta y honrada.

Á pesar de las excelencias de Shakespeare y Calderón, el culteranismo, las extravagancias y el mal gusto que afean las obras de ambos, el realismo escéptico del uno, y el sentimiento religioso del otro, por demás intransigente y materialista, no consienten que se muestre en ellos aquella virtud profética, aquella enseñanza transcendente de las tragedias de Sófocles y Esquilo. Shakespeare vive en su época y la describe y la comprende; Calderón es un arcaísmo, como la corte en que vivía; en Sófocles y Esquilo rebosa el presagio.

En suma, la virtud plasmante de la fantasía ha decaído en la colectividad, en la sociedad entera, y en aquellas artes que viven más de la inspiración colectiva. El arquitecto de ahora, con más ciencia que el antiguo, podrá poner el Panteón de Agripa sobre el Parthenon; combinar el estilo gótico con el arábigo; remedar los templos egipcios é indianos; edificar un alcázar airoso, gentil y afligranado, como la Alhambra, y construir una catedral gótica, mayor y más perfecta en lo interior que la de Sevilla, y en lo exterior que la de Colonia ó la de Burgos; pero no creará nada nuevo. El escultor se esmerará en balde, y no se aproximará nunca en sus estatuas á la inmaculada hermosura del Apolo de Belvedere, de la Venus de Milo, ó del grupo de Laocoonte. Con el artificio, con el estudio, con el juicio, haremos algo más correcto, más ajustado y ceñido á las reglas, pero inferior por la inspiración y el significado. Esto sucede con más razón aún en el lenguaje.

Un ideólogo, un hábil gramático de nuestros

días, podrá crear un lenguaje, que presuma de universal, hecho á compás, vaciado en el molde de la dialéctica, sin irregularidades ni odiotismos, ó podrá corregir y atildar el suyo y de sus conciudadanos, por tal arte que se preste á expresar con precisión las más vaporosas sutilezas y las más obscuras é inefables profundidades; pero no se hará aceptar por el pueblo, porque su lengua será una cristalización inanimada, y no un organismo fecundo y viviente.

Claro está que los modernos idiomas no se han formado por artificio, sino naturalmente; pero se han formado en época de menos virtud plasman-te en el pueblo. En la historia de los mismos idiomas, en el orden que han seguido sus transformaciones y cambios, creo ver además otra razón en favor de los antiguos, sobre todo del latín y del griego.

Hay un pueblo enérgico, poderoso, absorbente, conquistador, y se extiende por el mundo y difunde por donde quiera su lenguaje. Este lenguaje se altera, se corrompe, se muda al extenderse, ó por derivaciones que nuevas ideas obligan á hacer, ó por cambios de pronunciación, ó por mezcla con idiomas bárbaros. De aquí nacen en cada región, donde el pueblo conquistador se ha establecido, no uno, sino muchos dialectos. Llega un grado de civilización más alto en aquel Estado ó región, y lo mejor de todos los dialectos se amalgama y se funde en uno solo, bajo el influjo in-contrastable de uno ó más grandes poetas, oradores ó legisladores, y surge por selección la lengua

literaria, la lengua general de la nación toda. Es á su vez esta nación civilizadora y absorbente, y esta lengua literaria, al difundirse por el mundo, vuelve á diversificarse y á desmenuzarse en multitud de dialectos, de los cuales salen luego nuevas lenguas literarias á la vez.

De este modo fué el lenguaje de los arios. Los primeros cantos de los Vedas acaso fueron escritos antes de la separación. Se esparcen los arios por el mundo, y llevan su lengua transformándola en sus diversas emigraciones y dando origen á multitud de dialectos. En Grecia, se juntan estos dialectos y nace ó prevalece la lengua literaria general griega. En Italia, contribuyen también diversos dialectos á la formación del latín. Conquistan los romanos diversos países, y el latín se difunde con ellos y se trueca en multitud de dialectos rústicos. Cada nueva nación, por último, aglomera lo más bello de estos dialectos, y forma su idioma literario respectivo. Así el español, el francés y el italiano.

Pero en estas evoluciones análogas y sucesivas, en estas destrucciones y reconstrucciones alternadas, ¿sigue constante, inalterable, sin excepción, la ley del progreso? ¿Van siempre las lenguas de peor á mejor? En suma, y contrayéndonos á las lenguas indo-europeas, ¿son las lenguas de la moderna Europa más ricas, más bellas, más enérgicas, más aptas para expresar lo más sutil y lo más profundo del pensamiento humano? Yo entiendo que no.

La ventaja, el progreso de la civilización, está

en que hoy son muchas más las lenguas literarias que simultáneamente florecen y se desenvuelven en ricas y sincrónicas literaturas y que concurren á la par á los descubrimientos científicos, á la creación de los sistemas filosóficos y á las teorías de que brotan el movimiento religioso y el movimiento político del mundo. En lo antiguo era rara esta simultaneidad. Uno ó dos pueblos fueron los maestros de las gentes, los corifeos y guías de las naciones, los exploradores en la marcha de la humanidad. Mas por esto mismo, el instrumento de que se valieron, el lenguaje, hubo de ser providencialmente más perfecto entre ellos. La ciencia, la literatura, las artes y las leyes de griegos y romanos, crearon un elemento nuevo y fecundo, muy superior á toda obra de los arios del Asia, lo cual fundó desde luego la primacía que aún dura, y tal vez dure siempre, de las razas europeas. De aquella única civilización greco-latina ha brotado la muestra como del tronco las diversas ramas. Natural es, por consiguiente, que las lenguas griega y latina fuesen también únicas y muy superiores á las de ahora.

Si de estas consideraciones generales tuviéramos tiempo de descender á pormenores, su examen confirmaría nuestra opinión. La riqueza de formas, nacida del carácter del latín ó del griego, es indudable que hace más variados, más concisos, más briosos aquellos idiomas. Tener más modos, voces y tiempos en los verbos; más números y casos en los nombres; un participio casi en cada tiempo, así en la voz activa como en la pasiva;

multitud de desinencias en las declinaciones y conjugaciones, y una gran facilidad y flexibilidad para formar armónicamente y con organismo nuevas palabras por medio de las preposiciones y de la unión de nombres diversos, son, en mi sentir, indudables ventajas.

No se puede objetar que los idiomas moderno ganan en precisión y exactitud lo que pierden en abundancia y eurytmia; porque, si bien se considera, ¿qué mayor claridad ha de nacer de que las palabras carezcan de un valor completo y fijo en ellas solas, y en que la posición que ocupan en el discurso tenga que determinar y circunscribir su significado? Entonces no habría lengua más precisa, exacta y clara que el chino, donde una misma palabra puede ser sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio y preposición, según el lugar que ocupa. Proviene este error de confundir la expresión de un concepto, que es sucesiva en el lenguaje, con el concepto mismo, que aparece por completo de una vez en la mente. *Pedro hiere á Juan*, pongo por caso, en otros idiomas modernos, donde ni siquiera se distingue el acusativo con la preposición *á*, sólo puede decirse de un modo: primero, Pedro que hiere; luego el verbo herir, y, por último, la persona herida. Pero ¿qué mayor lógica ni qué mayor claridad hay en esto que en invertir de todos los modos imaginables los términos de la oración, cuando todos y cada uno de por sí tienen su significación concreta, sin que se la dé el lugar que ocupan, sino la desinencia que los determina? El procedimiento dialéctico no es contrario al hi-

perbático, porque la comprensión de un concepto es y debe ser simultánea, aunque sea sucesivo el modo de expresión. En el arte de la pintura, el modo de expresión es simultáneo: *Pedro hiriendo á Juan* se expresa de una vez, como en la realidad se ve y se comprende de una vez.

En el arte de la pintura, una obra se percibe de una vez con todas sus múltiples y variadas bellezas, en todos sus pormenores y en su rico conjunto. Una obra literaria se va comprendiendo y percibiendo á trozos, y así, para abarcarla toda y hacerse cargo del conjunto, es menester el auxilio de la memoria y de la imaginación, y guardar en el alma los trozos fugitivos y los diversos pasajes, y reconstruirlos luego por un trabajo interior, á fin de ver mentalmente el todo. Lo que se afirma de una obra extensa, de un poema, de un drama, de una novela, bien puede también afirmarse de un párrafo, de un período, de una oración la más sencilla.

Proviene de aquí la conveniencia de un orden, tanto en toda una obra cuanto en un solo período; pero este orden, fundado en razones mnemotécnicas, encaminado á herir con más viveza la imaginación con el punto más culminante, lejos de oponerse al hipérbaton, le requiere y solicita, cuando se usa con acierto, colocando en el lugar más conspicuo el pensamiento ó la palabra capital, en torno del cual ó de la cual se agrupan las otras palabras ó los otros pensamientos. Por el contrario, el orden tan celebrado de lógico no es más que un recurso, una convención arbitraria para

remediar la pobreza de los idiomas que han menester que las palabras se pongan en un sitio determinado, á fin de que su significación vaga se aclare, concrete y fije.

El carácter analítico de las lenguas modernas no es, pues, más lógico: es una pobreza. Extremándole, pudiera irse hasta algo parecido al chino, hasta una lengua sin gramática. Por fortuna, observamos lo contrario: observamos que las lenguas, en vez de propender á más descomposición, vuelven á recomponerse. En inglés y en alemán se forman aún los futuros con verbos auxiliares; en nuestras lenguas neo-latinas hemos vuelto á reconstruir estos tiempos, amalgamando los auxiliares con el verbo principal: verbigracia, *he de amar, hía ó había de amar*, se han transformado en *amar-he ó amaré, amar-hía ó amaría*. El griego moderno había perdido muchísimas formas que va ya recuperando. ¿Se dirá por esto que el griego del siglo pasado era más perfecto que el del siglo de Pericles y que ya va degenerando otra vez? Hasta el infinitivo se analizaba por haber caído en desuso. En vez de decir, por ejemplo: *voy á vestirme para ir á comer con Fulano*, había que decir; *voy á que yo me vista, para que yo vaya á que yo coma con Fulano*. ¿Es esto quizás más lógico y más primoroso?

Repito, pues, que indudablemente las lenguas modernas son inferiores á las lenguas clásicas, griega y latina, como quiera que este asunto se considere y estudie. El progreso no es universal y constante ó sin excepción en todo. Pueblos hay



que degeneran, decaen y hasta se hunden; otros que se levantan, crecen y suben hasta el mayor auge. Lo que ocurre en las razas y pueblos, ocurre también en las aptitudes y facultades. Por donde, si en muchas cosas importa ser progresivos, sin olvidarse de la tradición y sin menospreciar lo pasado, en otros asuntos se encamina más hacia la perfección el que es conservador y hasta retrógrado, porque lo menos imperfecto, aunque no con frecuencia, suele hallarse también en el atavismo. Esto último ocurre en la contextura de las lenguas, cuya mejora, cuya belleza y primor suele estar en lo arcáico, y cuya corrupción y ruína suele ser el neologismo de la frase. Pero si esto es así en la contextura de las lenguas, en su forma, en su gramática, lo contrario puede entenderse de la parte léxica, esto es, de la materia, del caudal de voces, donde el neologismo, si está discretamente formado, si se acepta y emplea, no por ignorancia del vocablo propio, sino porque no le hay para expresar bien la idea nueva, no sólo es permitido, sino laudable, útil y conveniente.

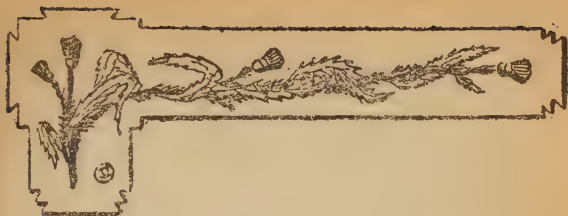
Tengo una verdadera satisfacción y me complazco en creer que al decir esto soy fiel intérprete de los pensamientos de esta Academia, la cual considera que la lengua debe conservar su índole propia y castiza, y no desfigurarse con giros exóticos y ridículas novedades; antes recomienda á los escritores el estudio de nuestros admirables poetas y prosistas de los siglos xvi y xvii, en quienes no puede ver ni ve nada de anticuado. Por el contrario, la Academia aplaude el neologismo en

las voces, cuando las voces son de procedencia y formación legítimas, y expresan, en efecto, una idea nueva, un nuevo matiz ó una nueva faz de una idea antigua.

Los grandes trabajos que esta Academia prepara, prueban su deseo de que los recientes progresos de la filología comparativa influyan como deben en el cultivo de la lengua patria. Uno de estos trabajos es un *Diccionario etimológico*, obra que há tiempo acometió por sí solo un individuo de su seno, á quien la muerte impidió llevar á buen término tan arduo propósito, y obra de la que ya también otro ilustre Académico nos ha trazado, por decirlo así, un excelente bosquejo (1). Para esta empresa no se debe negar que doctísimos filólogos extranjeros nos han allanado el camino escribiendo Diccionarios etimológicos de otras lenguas hermanas, y le han facilitado particularmente, Díez con su *Diccionario* y su *Gramática de las lenguas románicas*, y Engelmann con su *Glosario de palabras españolas y portuguesas que se derivan del árabe*. Asimismo piensa la Academia componer y publicar un *Diccionario de arcaísmos* y un *Diccionario de neologismos*. Para éstas y otras semejantes tareas me atrevo á afirmar que hemos hallado un eficaz auxilio en la activa y despejada inteligencia, en el mucho saber y en el celo laborioso del nuevo Académico, á quien he tenido la honra de contestar en este desaliñado discurso.


(1) Se alude á los Sres. D. Rafael María Baralt y D. Pedro Felipe Monlau.





## DEL INFLUJO DE LA INQUISICION Y DEL FANATISMO RELIGIOSO

EN LA DECADENCIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA (I).

ÑORES: Tengo tal satisfacción en contestar al Sr. Núñez de Arce, que, poniendo á un lado todos mis otros quehaceres y venciendo mi natural desidia, me he apresurado á cumplir, en el término más breve, con el encargo que esta Real Academia me ha confiado.

Correligionario en política del Sr. Núñez de Arce y unido á él desde hace años por lazos de particular amistad, con sus triunfos estoy de enhorabuena. No creo, con todo, que el afecto me ciegue al juzgar los merecimientos del nuevo Académico. Como autor dramático, ha sabido conquistarse envidiable celebridad, y como prosista tiene prendas que todos encomian, resplandeciendo entre ellas

(1) Contestación al discurso del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce en su recepción en la Real Academia Española el día 21 de mayo de 1876.

la energía de su estilo y la claridad y tersura de dicción, con que da mayor valer y realce á lo firme de sus convicciones y á la fijeza y serenidad de sus ideas y propósitos.

Por cima de estas cualidades, expresadas aquí harto á la ligera, sobresale una que por sí sola le hace digno del puesto que viene á ocupar. El señor Núñez de Arce brilla y descuella entre los más notables poetas líricos españoles del siglo presente, durante el cual, no sólo en España, sino en toda Europa, la poesía lírica ha florecido como nunca.

Á más de la elevada inspiración y del brío y nobleza de sentimientos que las poesías del señor Núñez de Arce atesoran, la Academia no puede menos de considerarlas y estimarlas cual precioso dechado de versificación y de lenguaje.

Aunque no pudiera presentar el que va á sentarse entre vosotros títulos tan legítimos y valederos, me parece que bastaría el discurso que acabáis de oír para hacerle merecedor de honra tan señalada.

Con abundancia de datos y razones, que en manera alguna destruyen la amenidad y agrado del escrito, el Sr. Núñez de Arce ha tratado de demostrar, y á mi ver ha demostrado, el influjo que la intolerancia religiosa y la constante y terrible comprensión intelectual, de ella nacida, han ejercido en nuestra gran literatura.

No ya aquí, donde no estoy llamado á contradecirle, pero ni fuera de aquí, impugnaría yo, en lo substancial, discurso tan bien meditado, y cuyos asertos me parecen evidentes.

Mi contestación debiera, pues, limitarse á un elogio de lo dicho y á algunos comentarios, deducciones y notas, que bien se pueden añadir, porque siendo el asunto tan vasto, no hay pluma, por concisa que sea, que acierte á agotarle en una breve disertación; pero, sin que yo contradiga á mi nuevo compañero, no he de negar que su discurso suscita cuestiones y dudas difíciles de resolver, por lo cual, sin que aspire yo á resolverlas, nadie extrañará mi deseo de plantear y de exponer las más importantes.

Yo no trato de invalidar argumentos y deducciones. Yo creo también que el fanatismo ahogó y marchitó antes de tiempo en España la lozanía y el florecimiento de una gran cultura propia y castiza. Tanto fué así que, en los últimos años del siglo xvii y primeros años del xviii, dicha cultura pereció consunta, hechizada y casi sin dejar sucesión directa, á semejanza de la dinastía bajo cuyo cetro había florecido, á par de la grandeza y crédito de aquel imperio vastísimo, dentro de cuyos términos estaba siempre el sol vertiendo su lumbre.

Después de la guerra de sucesión, con la nueva dinastía francesa, España se alivió, se restauró, despertó de su desmayo. Al restaurarse España, brotó en ella nueva cultura; pero, más bien que retoñar del antiguo tronco, arraigado en nuestro suelo, se diría que fué un ingerto exótico lo que reverdeció con el jugo y la savia de lo castizo.

Nuestra admiración de lo extranjero nos hizo imitadores, harto serviles á veces, y llegamos por

último, con humildad lastimosa, á menospreciar lo propio, exagerando nuestras faltas y olvidando ó no reconociendo nuestros aciertos.

Sin duda que el levantamiento nacional contra los franceses, durante las guerras napoleónicas, nos devolvió la conciencia de nuestro gran sér como entidad política, y algo nos dejó columbrar de nuestro valer antiguo por el pensamiento y por la idea; pero este concepto de nuestra pasada civilización quedó confuso. Se fundaba más en la soberbia, en el sentimiento, en el amor propio patriótico que en razones claras. Todavía, aun después de la guerra de la Independencia, los que se jactaban de más ilustrados seguían con poco disimulo desdeñando nuestra literatura y tildándola de bárbara, tasando nuestras artes en mucho menos de su justo precio y negando toda importancia á nuestras ciencias y á nuestra filosofía.

La sumisión, el vasallaje, la obediencia de los españoles á Francia, no tuvo, en lo intelectual, ni Bailén, ni Zaragoza, ni Gerona, ni Dos de mayo en aquella época. Seguimos tan pacatos y tan humildes, que era menester, para que celebrásemos algo nuestro, sin pasar por presuntuosos y ridículamente vanos, que los extranjeros nos diesen el ejemplo, la venia y hasta la noticia.

Sin que decidamos aquí si es calidad buena ó mala, es innegable que el vulgo en España, como en todas las demás naciones, tiene un orgullo instintivo con que siempre se admira á sí propio y se sobrepone al vulgo de otras tierras; pero en las naciones que decaen, la gente ilustrada, los que no

son vulgo ó procuran no confundirse con él, á fuerza de maravillarse de los adelantamientos extraños, y con el prurito de mostrarse á su altura y de aparecer como seres excepcionales entre la multitud ignorante que los rodea, acaban por no estudiar, ni saber, ni aplaudir cuanto en lo castizo hubo de bueno y de glorioso. Hasta cuando, á fin de adular al vulgo, á quien desprecian, se ponen á ensalzar lo castizo, lo hacen por estilo ampuloso, donde se advierte la carencia de fe y la falta de crítica, y donde, más que la pasada gloria, suelen encomiarse los resabios de la perversión que dió al traste con ella.

Tal era nuestro estado hasta pocos años há. Algo nos vamos aliviando de la dolencia, pero no estamos sanos todavía. Y, fuerza es confesarlo, en gran parte somos deudores del alivio á los alemanes. Los alemanes, más que nadie, ensalzando nuestras cosas como merecen, se puede afirmar que han contribuído muchísimo á que volvamos con amor los ojos hacia ellas. Basta citar los nombres de Lessing, Jacobo Grimm, Boehl de Faber, Huber, Federico y Guillermo Schlegel, Rosenkranz, Schulze, Bouterwek, Clarus, Díez, Depping, Tieck, Schack, Fernando Wolf, Jorge Keil, Halm, Manuel Geibel, Pablo Heyse, Leopoldo Schmidt, Dohrn, Hain, Schlüter, Storck, Geiger, Herder, Goethe, Hoffmann, Regis, Fastenrath y el mismo Hegel, para traer á la memoria de los amantes de las letras cuán poderosamente han contribuído á sacarnos de nuestro abatimiento las alabanzas críticas, las traducciones, las bellas edicio-



nes y hasta los comentarios de nuestros clásicos hechos por estos autores.

Nuestro descuido, nuestra postración y nuestra falta de gusto habían sido tan grandes, que hasta el año de 1829 no tuvimos en castellano una mediana historia de nuestra literatura. Antes, salvo el ensayo de Velázquez, sólo hubo estudios parciales como los de Sarmiento y Sánchez, la indigesta mole de los Padres Mohedanos, la apología algo pedantesca de Lampillas, las notas de Martínez de la Rosa al *Arte Poética*, y los juicios de Mendivil, Silvela y Quintana. La historia de nuestra literatura apareció al fin, pero fué traducción de otra, escrita en alemán veinticinco años antes. Bouterwek la había publicado en su lengua y patria en 1804.

Cuando los Sres. D. José Gómez de la Cortina y D. Nicolás Hugalde y Mollinedo publicaron en 1829 dicha traducción, declararon que lo hacían *deseosos de suplir con ella la obra original de que carecíamos*, por el descuido de tan útil estudio, debido á las guerras y trastornos y á *la falta general de buena educación*; ruda franqueza que denota á las claras cuál sería el estado de un pueblo donde dos modestos traductores se atrevían á decir tal impropio como quien dice lo más natural, sabido y confesado.

Desde entonces hasta ahora no han sido menores los trastornos y guerras que hemos tenido, y, sin embargo, ya no se notan ese desdén y ese abandono de nuestras glorias literarias, entre cuyos críticos ilustrados resplandecen Durán, el Marqués

de Pidal, Milá y otros varios que no nombro porque pueden hallarse presentes y no quiero ofender su modestia. Queda, no obstante, en pie todavía este aserto de Durán: *Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro*. Á lo cual bien puede añadirse que lo que es la historia de nuestro teatro escrita por un alemán, por Schack, si bien ha hallado hábil traductor (1), no ha hallado público que la lea, y se ha quedado á medio traducir por desgracia (2).

Á pesar de todo, aunque muchos de nuestros autores siguen siendo más celebrados que leídos, en el día se conocen ya mejor y se estiman con más recto criterio. Nada ha influído tanto en esto como la *Biblioteca de Autores Españoles*, publicada por D. Manuel Rivadeneyra, cuya gloria y merecimientos comparte uno de nuestros compañeros por haber logrado de las Cortes que el Gobierno le concediese su indispensable protección (3). Dicha *Biblioteca*, á más del texto bien enmendado y corregido de los autores, contiene un tesoro de noticias biográficas y bibliográficas y no pocos discursos preliminares y brillantes Introducciones, que bien pueden formar unidos la historia de nuestra literatura, ó al menos una abundante y rica colección de materiales para escribirla. De esto se ha encargado un autor infatigable y diligente, lleno

(1) D. Eduardo Mier.

(2) Años después de escrito y publicado este discurso, la excelente traducción del Sr. Mier se ha completado y dado á la estampa en cinco tomos de esta COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS.

(3) D. Cándido Nocedal.

del espíritu crítico más sano y elevado; pero su trabajo no está terminado aún, faltando en él la época en que se presenta el fenómeno cuyas causas quisiéramos explicar aquí (1).

Lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusión, es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar como en ciencias, letras y artes, es la edad del mayor fervor católico, de la mayor intolerancia religiosa: los siglos xvi y xvii. Pero si queremos circunscribirnos más y señalar el siglo de mayor auge, fecundidad y excelencia de las letras y del idioma patrios, marcar su siglo de oro, me parece que sin que me tilden de arbitrario, por más que se me dispute sobre diez años antes ó después, bien puedo poner este siglo entre los años de 1580 y 1680.

¿Por qué causas se pervirtió, se marchitó y se hundió rápidamente aquel gran florecimiento? Á nadie se le oculta que esta cuestión literaria está enlazada con otra cuestión política. ¿Por qué la grandeza, crédito y poder de la monarquía española cayeron también rápidamente, precediendo á su caída la de las letras?

No es fácil contestar á todo esto, y menos aún en breves palabras. Para filosofar es menester tener un exacto y cumplido conocimiento de aquello sobre que se filosofa, y debemos declarar aquí que hasta la misma historia política de la época á que nos referimos dista mucho aún de estar satis-

(1) D. José Amador de los Ríos.

factoriamente escrita, á pesar de algunos ensayos, tentativas y compendios muy recomendables, entre los cuales se cuenta uno de un ilustre compañero nuestro que merece grande alabanza (1). Las cosas, sin embargo, de aquel período histórico se saben por lo general muy á bulto; y por otra parte, el espíritu de partido que ha tomado dicho período por campo de batalla para discutir sobre cuestiones que, valiéndonos de un término muy en moda en el día, son las más *palpitantes*, nos puede cegar con su pasión y extraviarnos á todos, llevándonos por extremos opuestos á mucha distancia de la verdad.

Recientemente, por ejemplo, ha aparecido toda una escuela, que, en contraposición de aquel abatimiento que nos hacía desdeñar nuestro pasado, le estima en lo que vale y aun quizás exagera algo su valor en lo literario y científico; pero, sobre esta afirmación evidente ó al menos plausible, levanta un cúmulo de aspiraciones y propósitos, á mi ver, poco razonables. Cree que para que renazca aquel florecimiento literario, aquel movimiento intelectual, aquella primacía de España, convendría que volviese la nación al mismo estado político, social y religioso. Es como si los griegos, mirando su postración y su relativa inferioridad en el día presente con respecto á otras naciones de Europa, recordando que eran el primer pueblo del mundo en tiempo de Pericles, y subordinando los altos intereses transcendentales de la religión á conside-

(1) Alude á la obra del Sr. Cánovas del Castillo.

raciones estrechas de interés nacional, volvieran á adorar á Júpiter y á Minerva y renovasen los misterios eleusinos.

No pocos sabios italianos de la época del Renacimiento, resplandeciendo entre ellos el impío Machiavelli, incurrieron en tan extraña manía. Al ver humillada á Italia, hollada y ensangrentada por los extranjeros, y al presentarse vivas en la memoria de ellos las grandezas de Roma, llegaron á aborrecer el cristianismo y á soñar con la religión de Jano bifronte y con las instituciones litúrgicas de Numa y de Tarquino Prisco. Esto, por un lado, es infinitamente mayor disparate que el soñar, siendo español, en que volvamos á la edad de Felipe II, por ejemplo, porque, al fin, de lo que somos ahora á lo que entonces éramos no hay tanta diferencia, ni ha habido cambio en el sér de la civilización general del mundo, ni menos aún en el principio sublime y en la doctrina salvadora que la informan con su espíritu; pero, por otro lado, los españoles que piensan hoy como hemos dicho, tienen menos disculpa que los italianos de entonces, porque entonces se concebía la historia como un eterno volver al mismo punto, y se creía que para restaurar los Estados y las civilizaciones convenía retroceder hacia su origen, mientras que ahora apenas hay quien se atreva á negar y quien no sienta y vea la marcha indeclinable de las cosas humanas en su conjunto hacia un término de perfección, sin duda inasequible en esta vida terrena, pero que las atrae por ley providencial, y, no limitando el libre albedrío en aquello de que debe res-

ponder cada individuo, las lleva por nuevas fases y evoluciones, sin dejarlas nunca volver al punto de que partieron. Así, pues, nos parece menos razonable, bajo este concepto, el que un español de ahora sueñe en que se regeneraría su patria volviéndola á lo que fué en pensamientos y creencias en tiempo de los tres Felipes, que el que Machiavelli soñase en que renacería la antigua preponderancia romana con volver al estado y manera de ser de la edad de Tito Livio.

Por otra parte, aunque diésemos por indiscutible la singular grandeza de nuestro país en los siglos xvi y xvii y la conveniencia de volver á las instituciones, ideas y costumbres de entonces, suponiendo que lo que entonces pudo producir aquella grandeza debe también producirla ahora, aún nos quedaría por demostrar si aquellas instituciones, aquellas ideas y aquellas costumbres fueron la causa de la grandeza, ó si, por el contrario, la grandeza nació de otras causas, y dichas instituciones, ideas y costumbres lo que trajeron consigo fué la corrupción y la rápida decadencia. Éste es verdaderamente el punto controvertible. La distinción que hacemos es muy clara. Se comprende que alguien, enemigo en el día de la intolerancia religiosa y del absolutismo monárquico, ó sostenga que entonces aquello fué bueno y útil en España, ó afirme que al menos no puede ni debe presentarse como causa de nuestra caída política, social y literaria, ya que hubo intolerancia religiosa y absolutismo monárquico en otros países durante el mismo período, y dichos países se

levantaron, mientras que España cayó como en profunda sima.

Fijada así la cuestión, y limitándonos solamente á la literatura, vamos á hacer algunas ligeras observaciones, procurando mostrar la mayor imparcialidad en todo. Para ello conviene sin duda no dejarse arrastrar de la vanidad patriótica; pero conviene también no dejarse seducir por tantos y tantos autores extranjeros, protestantes ó racionalistas los más, que por odio á la religión católica y hasta por envidia póstuma de nuestro poderío de entonces, procuran denigrarlo todo, ponderando nuestros yerros, imputándonos mil maldades y encubriendo no pocas excelencias y glorias. Larga es la lista de los autores que no hablan de España sino para decir injurias crueles. Limitémonos á citar como modelos en este género al americano Draper y al inglés Buckle.

Hasta en los benévolos y aficionados á nuestras cosas se descubre á veces el estrecho espíritu de protestantismo y el aborrecimiento á la civilización católica que perturban su juicio, y los llevan ora á no comprender bien mucho de lo que tuvimos de bueno ó de hermoso, ora á encarecer lo feo y lo horrible.

Á pesar del respeto y gratitud que debemos al americano Jorge Ticknor, autor de la historia literaria de España más completa que se ha escrito hasta ahora, no se ha de negar que peca bastante en el mencionado sentido. Pongamos, como muestra de que no comprendió bien lo bueno y hermoso, el frío, pobre y somero juicio que forma y emi-

te acerca de *Los nombres de Cristo* de Fr. Luis de León. En una parte, no acierta á ver en este libro más que una serie de *largos discursos declamatorios*; en otra parte, juzgándole algo más detenidamente, pone dicho libro como *singular testimonio de la devoción, elocuencia y ciencia teológica de los españoles de aquella época*, con lo cual no se compromete mucho ni en pro ni en contra; añade que hay en dicho libro un sermón (¿y por qué no muchos sermones?) que no cede en mérito á ningún otro en cualquiera lengua, y acaba por considerar el libro como una colección de declamaciones. Infiérese de todo ello que Jorge Ticknor no ha leído el libro, le ha hojeado sólo y no le ha entendido bien, concretándose á estimar, no el fondo, sino la forma, esto es, la prosa rica, castiza y pura, por la cual coloca á Fr. Luis entre los grandes maestros de la elocuencia española.

Para nuestros dramas sagrados y autos, más son las censuras acerbas que las alabanzas de Ticknor. De Tirso ni mienta siquiera *El Condenado por desconfiado* (salvo en nota y al hablar de *La Devoción de la Cruz* de Calderón), concretándose á afirmar que sus dramas á lo divino *compiten en extravagancia con los de los demás autores, aunque no los aventajan, porque era difícil llegar á más*. Con *El Burlador de Sevilla* no se muestra Ticknor más piadoso, por más que el genio de Mozart haya ido *familiarizando á la sociedad culta y elegante*, esto es, á la gente que no vive en España, *con sus sombríos y chocantes horrores*. En suma, Tirso, cuya *Venganza de Tamar*, cuya



*Prudencia en la mujer*, así como otros dramas trágicos y heroicos, ó no conoce ó no recuerda Ticknor, no es más, para este crítico, harto desprovisto del sentido de la poesía, que un poeta cómico, fácil, chistoso, buen versificador y buen hablista, pero indecente, inmoral, chocarrero, deshonesto y extravagante. •

Por los ejemplos citados se puede calcular lo poco que levanta el vuelo el entusiasmo de Ticknor para encomiar á nuestros autores. Traduzcamos y compendemos, para que la frialdad ó el desdén de Ticknor resalte más, algo de lo que dice Schack de Tirso, en las 57 páginas, casi todas de alabanzas, que le dedica: «Si bien tenemos que lamentar la pérdida de muchas obras del fecundo Maestro, aún nos quedan bastantes para que con ellas se conciba agotada la más débil fuerza productiva de muchos famosos poetas y para que nos llene de pasmo la inexhausta inventiva de quien las compuso. La abundancia y variedad de estas obras es tan grande, que es empresa difícilísima el caracterizarlas y clasificarlas. Tirso es un encantador que sabe tomar las más diversas figuras. Apenas creemos que nos apoderamos de su fisonomía, cuando toma otra. El brillo de su poesía forma mil iris y cambiantes, y burla nuestro empeño por reflejarle en el espejo de la crítica. Las mismas faltas del autor, que no pueden negarse, están circundadas y como vestidas de tan deslumbradores destellos poéticos, que es fuerza apoyarse en toda circunspección para no entregarse á una admiración sin límites por sus dramas. El teatro de Tirso

se parece á aquel país de las hadas, que nos pintan los poetas románticos, donde cautivan los sentidos y el corazón del peregrino sonos misteriosos y embriagadores perfumes; donde serpentean mil sendas que ya le llevan por lozanos verjeles, ya por amenos valles, desde abismos que causan vértigo hasta montañas que tocan el cielo, y donde se oye en las grutas la voz burlona de los gnomos y de los duendes, y los silfos se mecén en el aire, y el sol de la poesía, hasta sobre los caminos extraviados, hasta sobre los derrumbaderos y precipicios, vierte su lumbre encantadora. Por cierto que debe de ser muy frío el crítico que no sienta deseo de abandonarse sin reparo á poesía tan hermosa, y muy poco capaz de sentirla y comprenderla el que no conozca que hasta aquello que pasa por defecto, según reglas rutinarias, es belleza relativa, considerado como parte necesaria de un grande organismo y como emanado de un alto espíritu poético, genial y espontáneo.»

Schack, como Ticknor, ve en Tirso un poeta cómico, pero no grosero ni chabacano, sino todo lo contrario. «¡Cuán distinto, dice, es el chiste siempre poético de Tirso, de las secas frialdades que suelen llamarse chistes entre nosotros! Como abeja entre rosales vaga volando el genio del poeta en el jardín florido de la fértil poesía. Es verdad que, como la abeja, tiene aguijón, pero también tiene miel. Tirso no perdona á los poderes del cielo ni á los de la tierra; pero con el dulce bálsamo de la poesía sana al punto que hiere. El atrevimiento de sus arranques satíricos contra los gran-

des de la tierra, contra la corte y los cortesanos, contra los frailes y los clérigos, es singular en la literatura española, y causa maravilla la libertad de la escena, donde resonaban públicamente tales sátiras en un tiempo en que el poder de la Inquisición había llegado á su apogeo.»

Si no nos llevase esto muy lejos de nuestro propósito, aún traduciríamos ó extractaríamos más del encomio que Schack hace de Tirso.

No podemos resistir, con todo, á la tentación de poner aquí tres ó cuatro párrafos aislados: «También para el idilio puro, sin mezcla de sátira, posee Tirso un incomparable talento, y aprovecha con predilección todas las ocasiones que se presentan para lucirle; pero sus creaciones de esta clase no se parecen en nada á aquel linaje afectado de poesía pastoral que gustó tanto en toda Europa, sino que son la existencia real y las pasiones mismas de los campesinos españoles realzadas y presentadas poéticamente con hechicera candidez y con frescura y vivacidad inimitables.» Como poeta trágico, dice Schack de Tirso al hacer el análisis de *La Venganza de Tamar*: «Sólo pocos poetas españoles han levantado á tanta altura la poesía como Tirso en esta obra maestra.» Como poeta heroico-dramático, le ensalza aún más al hablar de *La prudencia en la mujer*. Como poeta psicológico que penetra con escrutadora mirada en lo más profundo del corazón, le encomia sobre todo en *Escarmientos para el culpado*; y por último, como poeta dramático á lo divino, casi le pone Schack por cima de todos los demás poetas al exa-

minar su *Condenado por desconfiado*, obra que «en rasgos de fuego lleva impresa la huella del espíritu religioso de entonces; extraño espíritu, apenas comprensible para los hombres de ahora.» «Aunque Tirso, dice Schack al terminar el análisis, no hubiera escrito más que este drama maravilloso y hondamente conmovedor, nadie podría negarle el título de gran poeta.»

Con lo dicho se ve la contraposición. Para Ticknor, Tirso no pasa de ser un fraile ingenioso, deslenguado y verde, sainetista chocarrero y satírico; para Schack, es un gran poeta por todos estilos. Dudamos de que en elogio de Shakespeare pudiera decir mucho más que lo que en elogio de Tirso dice. La divergencia que se advierte en este caso particular, se pudiera advertir y señalar en otros muchos, por lo cual, si aun conocidos los hechos cada uno los juzga á su modo, ¿qué esperanza hay de que se convenga en las causas?

En algo, sin embargo, es menester convenir. Pongamos, pues, como fuera de duda que las dos más bellas manifestaciones del ingenio español en los siglos xvi y xvií, son la poesía épico-popular y la poesía dramática: los romances y el teatro. Añadamos á esto la novela en prosa, pues aunque no tuviésemos más que el *Quijote*, eclipsaríamos aún todas las otras literaturas. No se puede negar además que en poesía épica artificial y erudita tenemos una copia asombrosa de obras estimables; en la lírica no somos inferiores á ninguna otra nación durante el mismo período; nuestros historiadores de entonces tal vez venzan á los de los de-

más pueblos en calidad y en número, y poseemos, por último, notables jurisconsultos y escritores políticos, y un rico tesoro de místicos y de ascéticos.

Importa declarar, no obstante, que de todo esto más se ha estudiado, hasta ahora, la forma que el fondo. Ya tenemos historia de la amena literatura, de las obras de entretenimiento; pero la substancia de la cultura española y el desenvolvimiento intelectual de nuestro espíritu están poco estudiados.

¿Por qué negarlo? Casi nadie lee en el día nuestros libros de devoción. Si los hojea algún aficionado á las letras, suele prescindir de las ideas, y sólo se para en lo sonoro de las frases, en lo castizo de los giros y en la riqueza y primor de la lengua. Y sin embargo, ¿qué análisis psicológico más sutil y atinado, qué metafísica más profunda, qué admirables intuiciones de lo infinito en su relación con lo finito no suele haber en ellos? El señor Rousselot, un francés, ha sido el primero que críticamente ha desentrañado y expuesto algo de aquellas doctrinas, y, aunque su obra deje mucho que desear, debemos inclinarnos agradecidos, pues nadie en España lo había hecho mejor, ni acaso de ningún modo, antes de que él lo hiciera.

Rousselot, como casi todos los franceses cuando tratan de nuestras cosas, no puede prescindir de hacernos un disfavor al lado de un favor. Es cierto que da á conocer á nuestros místicos y expone su filosofía; pero afirma que jamás hemos tenido más filosofía que la de ellos. Sentencia es ésta de la que podemos apelar, pero de la que no podemos quejarnos, porque nuestros sabios mo-

dermos van más allá aún en el desdén. El importador de la filosofía krausista en España y uno de sus más aventajados discípulos, en artículos recientes, por otra parte merecedores de alabanza, afirman que la imaginación estética ha sido bien cultivada en España y ha dado sazonado fruto, pero que la razón no; que hemos tenido buenas comedias, novelas y otras obras de pasatiempo; pero que en ciencias y en filosofía hemos valido poquísimo, sin duda porque la comprensión intelectual y el fanatismo religioso han tenido como embotada y atrofiada, en nuestra alma, una de sus más nobles facultades.

Ya se entiende que tan cruel afirmación se refiere á los últimos siglos, y no á la Edad Media ni á las antiguas edades. En la Edad Media convienen todos en que hemos tenido notabilísimos sabios, filósofos y pensadores, aunque más que ortodoxos, mahometanos y judíos. Eruditos y críticos extranjeros lo ponen fuera de duda (1): Renan,

(1) Menester es no olvidar aquí, como muy honrosa excepción, los Estudios sobre el famoso Raimundo Lulio, publicados, pocos años há, por nuestro compañero D. Francisco de Paula Canalejas. El filósofo mallorquín está, en dichos Estudios, juzgado con profundidad, si bien quizás más encomiado de lo justo; pero algo se ha de conceder á la reacción, que no puede menos de dejarse sentir en esto, como en todas las cosas.

Lulio había sido harto maltratado por muchos autores, entre los cuales no pocos españoles. El P. Feijóo le desprecia en sus *Cartas eruditas*; y en aquella graciosísima sátira literaria de *El Café*, donde no sabe uno de qué admirarse más, si del ingenio, sal ática y rico tesoro de chistes del autor, ó de su mezquina crítica, y donde queda en duda si D. Pedro es más pedante y más in-

estudiando á Averroes y su prodigiosa influencia en la filosofía escolástica y del Renacimiento; y Munck, Franck, Sachs, Geiger y David Cassel, traduciendo las obras ó encomiando y celebrando las doctrinas de Ibn Gebirol, de los Ben-Ezrá, de Maimónides, de Jehuda de Toledo y de otros, compatriotas nuestros y gloria de España, por más que no fuesen católicos.

Pero el amor patrio nos ha hecho clamar contra el desprecio por nuestra ciencia, y sobre todo por nuestra filosofía, desde el Renacimiento hasta ahora; y han surgido celosos defensores de que hubo filósofos en España y hasta verdadera filosofía española, entre los cuales merecen citarse nuestros compañeros correspondientes D. Gumersindo Laverde y D. Adolfo de Castro, el joven Sr. Menéndez Pelayo, y los Sres. Ríos Portilla y D. Luis Vildart, el cual hasta ha formado y publicado un tomo de apuntes para la historia de nuestra filosofía.

sufrible que D. Hermógenes, Moratín se burla del pobre Raimundo Lulio con un epigrama indeleble.

Colocan muchos entre los lulianos á Raimundo Sabunde, filósofo del siglo xv, que tuvo gran celebridad también en tierras extrañas. Montaigne le tradujo al francés, pero yo entiendo que no porque Montaigne se entusiasmase con Sabunde, sino por cumplir un mandato de su padre. En la *Apología de Sabunde*, que es el más extenso de los *Ensayos*, le elogia mucho, no obstante; le llama *très suffisant homme et ayant plusieurs belles parties*, y asegura que «el propósito de Sabunde es atrevido y valeroso, ya que acomete la empresa de establecer y probar con razones humanas y naturales, contra los ateístas, todos los artículos de nuestra religión; en lo cual, á decir verdad, le hallo tan firme y dichoso, que no creo posible hacerlo mejor en este negocio, y me parece que nadie se le ha igualado.»

Fácil nos sería citar aquí multitud de nombres de peripatéticos, platónicos, estóicos y eclécticos, entre todos los cuales se levantan, á lo que parece, Vives y Foxo Morcillo. Pero francamente: se citan estos nombres, se supone que valieron mucho los sabios que los llevaron, y apenas sabemos lo que dicen, porque casi nadie los ha leído. Las pocas obras filosóficas que, como tales, ha publicado la biblioteca de Rivadeneyra, nos compunguen y descorazonan. Quedan, pues, hasta el día, como único tesoro filosófico español de los siglos xvi y xvii, algo conocido y explorado por la crítica moderna, los místicos y quizás un poco de los teólogos dogmáticos. Y debemos perdonar á los eruditos y aficionados del día, porque es pedir heroicidades pedir que alguien se ponga con paciencia á estudiar y á extractar volúmenes en folio, en latín casi todos, á fin de resumir, exponer en castellano y juzgar doctrinas, que á pocos españoles interesan, y que nadie se tomaría el trabajo de leer con atención para entenderlas, achacando lo de que no las entendía á lo enmarañado del lenguaje.

Sea, pues, por lo que sea, no se puede negar que queda algo en duda si hemos tenido ó no, en la época á que nos referimos, verdaderos y grandes filósofos. Pero demos por supuesto que los hubo, como presentimos y creemos y deseamos, aunque no lo sepamos de fijo. Demos también por supuesto que tuvimos entonces médicos, matemáticos, naturalistas y filólogos insignes. Afirmemos que no quedó ramo de actividad del espíritu en que no floreciésemos; que nuestros publicistas



abrieron á Grocio el camino; que nuestros teólogos prevalecieron en Trento; que Melchor Cano inventó una ciencia nueva; que en las artes del dibujo vencimos á todos los pueblos menos á Italia; que tuvimos arquitectos gloriosos, hábiles escultores en piedra, bronce, madera y barro, plateros y joyeros rivales de Cellini y hasta herreros admirablemente artísticos; y que nuestra música, que duerme olvidada entre el polvo de los archivos de las catedrales, compite con la italiana y puede presentar nombres, que debieran ser ilustres, como los de Salinas, Monteverde, Pérez y Gómez. Júntense á todo ello nuestras riquezas poéticas y literarias, ya que la amena literatura de entonces nos es bien conocida, y tendremos un florecimiento intelectual asombroso y adecuado á nuestra grandeza política como nación.

Pero lo dicho, en vez de resolver la duda, la complica y la hace más difícil. ¿Qué causa hubo para que tanta fecundidad, tanta exuberancia, tanta virtud especulativa, tanta vida del alma se secase de súbito, y hasta se olvidase, aun entre nosotros, que la habíamos tenido, viniendo á caer España en un marasmo mental, en una sequedad y esterilidad miserable de pensamiento, ó en extravíos bajos y ridículos, de todo lo cual no salimos sino para seguir humildemente á los extranjeros, como satélites sin espontaneidad, como admiradores ciegos y como imitadores casi serviles? ¿Qué causa hubo para tal abatimiento, del que no hemos salido del todo? La perversión vino primero y la degradación después. Desde las obras de ambos

Luises, de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, descendimos á las del P. Boneta y á las de otros más deplorables, que sirvieron de modelo á Fray Gerundio; de las comedias de Calderón, pasando por Cañizares y Zamora, llegamos á Comella, Luis Moncín y Fermín del Rey, arquetipos de D. Eleuterio; desde Garcilaso, Rioja y los Argensolas, bajamos á Montoro, á Benegasi y al cura de Fruime; y desde el romancero del Cid, que Hegel pone por lo más noble, bello, real é ideal á la vez que ha inspirado la musa épica después de los poemas de Homero, fuimos humillándonos hasta no producir sino romances de guapezas y desafueros de bandidos, como el de Francisco Esteban; de chocarrerías y desvergüenzas, como el del *fraile fingido*; de falsos y absurdos milagros, y hasta de fenómenos raros y monstruosos, como el de la mujer que parió trescientos hijos de un parto. Así justificamos toda la burla de los pseudo-clásicos á la francesa.

¿Fué causa de la humillación el despotismo de los reyes austriacos? No se niega que los reyes austriacos fueron despóticos; pero este mal no fué exclusivo de España. El movimiento general en toda Europa era entonces hacia la concentración del poder en manos de los monarcas, y nunca llegó á tanto en España como llegó en Inglaterra bajo los Tudores, y en Francia bajo el que llamaron Luis el Grande y dió nombre á su siglo. Inglaterra y Francia se levantaron con todo bajo aquellos despotismos, mientras que España descendía.

¿Fué la atroz crueldad de la Inquisición la que

atajó el vuelo de nuestro espíritu ahogando en sangre nuestra cultura? Miradas imparcialmente las cosas, parece que no. Pues qué, ¿en los demás países no se atenaceaba, no se quemaba viva á la gente, no se daban tormentos horribles, no se condenaban á espantosos suplicios á los que pensaban de otro modo que la mayoría? La Inquisición de España casi era benigna y filantrópica comparada con lo que en aquella edad durísima hacían tribunales y gobiernos y pueblos en otras regiones, donde, lejos de decaer, se han levantado. Todos los moros, judíos y herejes castigados ó quemados en España por la Inquisición durante trescientos años, no igualan en número, por confesión de Schack, á sólo las infelices brujas quemadas vivas en Alemania nada más que en el siglo xvii. En Francia, sin contar los horrores de las guerras civiles, sólo en la espantosa noche de San Bartolomé hubo más víctimas del fanatismo religioso que las que hizo el Santo Oficio desde su fundación hasta su caída. De Inglaterra no hay que hablar: pueblo entonces más bárbaro y feroz que el Centro y el Mediodía del continente europeo, derramaba la sangre á torrentes.

Nosotros tuvimos cinco años en la cárcel á Fray Luis de León; pero no padeció tormento, y al cabo se declaró su inocencia. En la cárcel pudo escribir el libro divino de *Los nombres de Cristo* y otras obras inmortales. En otra nación, y con los mismos émulos que aquí tuvo, quizá no hubiera salido tan bien. No hay que olvidar que á Vanini le arrancaron la lengua con unas tenazas en Fran-

cia; que á Bruno le quemaron vivo en Roma; que en Inglaterra ajusticiaron á Tomás Moro, y que á nuestro compatriota Miguel Servet le hizo matar Calvino en Ginebra.

Por más que hayan querido los protestantes engalanarse con el lauro de que la libertad religiosa vino por ellos, la Historia les niega este lauro. Guizot, protestante, tiene la franqueza de confesarlo. Toda secta disidente ha sido tan fanática y tan intolerante ó más que los católicos durante la lucha. Sólo los progresos de la razón, con la imposibilidad de exterminarse unos á otros, trajeron la tolerancia, y la libertad en pos de ella, la cual no ha nacido del seno de ninguna Iglesia, sino de la conciencia humana en general, iluminada al cabo por el verdadero espíritu de Cristo y comprendiéndole con rectitud.

¿Se originó quizá la perversión y corrupción de nuestra ciencia y literatura de la ignorancia de los inquisidores? Nos parece que tampoco. En aquellos siglos el clero español sabía más que los legos, y los inquisidores eran de las personas más ilustradas del clero español.

¿Provino nuestra caída de la alianza entre la teocracia y el poder real para oprimir al pueblo? Pero ¿dónde ha habido mayor alianza entre ambas potestades que en Inglaterra, donde el jefe de la Iglesia y el del Estado se confundieron en uno?

¿Atribuiremos, por último, los males que aquí se lamentan á la duración, regularidad y constante vigilancia de la Inquisición? La duración de las persecuciones, ya en un sentido, ya en otro, fué

la misma en todas partes. Y en cuanto á la regularidad, no se explica qué ventaja lleve lo desordenado á lo ordenado. Antes bien, los parciales de la Inquisición pueden decir, miradas así las cosas, que aquel terrible tribunal contribuyó á que gozásemos de una paz relativa, mientras otras naciones ardían en guerras espantosas que, como en Alemania, duraban treinta años.

La tiranía, pues, de los reyes de la casa de Austria, su mal gobierno y las crueldades del Santo Oficio no fueron causa de nuestra decadencia: fueron meros síntomas de una enfermedad espantosa que devoraba el cuerpo social entero. La enfermedad estaba más honda. Fué una epidemia que inficionó á la mayoría de la nación ó á la parte más briosa y fuerte. Fué una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos al triunfar después de ocho siglos en la lucha contra los infieles. Nos llenamos de desdén y de fanatismo á la judáica. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa. La parte más ilustrada del clero, los mismos inquisidores, los mismos reyes, más bien que impeler, tuvieron que refrenar la corriente de la intolerancia. Felipe II tuvo que luchar contra la opinión pública para no expulsar á los moriscos y dejar esta triste gloria á su hijo. Nos creímos el nuevo pueblo de Dios; confundimos la religión con el egoísmo patriótico; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña ó de lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civiliza-

ción moderna, y al cual dió España el primer impulso, pasó sin que le notásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático; y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambición, nos encontramos muy atrás de la Europa culta, sin poder alcanzarla, y obligados á seguirla como á remolque.

Pero ¿cómo desconocer nuestros inmensos servicios, nuestra cooperación poderosa en esa misma cultura, por la que Europa hoy á su vez nos desdena y se muestra tan ufana?

Antes de que la mente del hombre se volviese con más brío al estudio de sí misma, y por último se elevase á Dios como causa primera y fundamento de todo, importaba conocer el universo.

El primer capítulo, pues, de la historia de la ciencia y de la filosofía modernas le llenan los españoles. Antes de que vinieran Copérnico, Galileo, Kepler y Newton á magnificar teóricamente el concepto de la creación, era menester ensanchar y completar la idea del globo que habitamos. Esta misión heroica tocó á los españoles y portugueses. Sin su fe y su energía, Colón no hubiera descubierto la América; Gama no hubiera ido á la India, venciendo á Adamastor; Pizarro no hubiera explorado el Perú, ni Cortés el Anahuac; ni Orellana hubiera bajado por ríos desconocidos, con sólo diez compañeros, desde Quito hasta el Amazonas, y por el Amazonas hasta salir al Atlántico; Balboa no hubiera descubierto el Pacífico, salvando las montañas del istmo que le separa del otro Océano, y Magallanes, por último, cruzando

el estrecho, que pone en comunicación ambos mares, casi en el extremo de la América meridional, no hubiera llegado por Occidente á las islas del remoto Oriente. Tres meses y veinte días, sin ver más que agua y cielo, fué Magallanes, con sus compañeros valerosos, por el vasto y desierto mar que la imaginación fingía infinito: el agua se corrompió, y hubo que beber agua podrida; faltaron los víveres, y hubo que alimentarse hasta de cueros remojados; los hombres morían diariamente de hambre, de miseria y de escorbuto: muchos dudaban de que aquel mar tuviese término; pero Magallanes no quiso volver atrás, confiado en que la tierra era esférica por la sombra que proyecta en la luna cuando la luna se eclipsa. «Nunca, dice un historiador anglo-americano, denigrador y aborrecedor de los españoles, nunca, en toda la historia de las empresas humanas, hubo nada que excediese á la de Magallanes. Aquel hombre tenía forrado el corazón de triple lámina de bronce. Nunca se ha dado mayor muestra de sobrehumano valor, de perseverancia asombrosa, de resolución que no ceja ante ningún temor ni ningún padecimiento, y de inflexibilidad que va derecha á su fin, rompiendo todos los obstáculos. Magallanes murió cerca de las Molucas; pero su nombre inmortal quedó para siempre grabado en la tierra y en el cielo: en la tierra, en el estrecho que enlaza ambos Océanos; en el cielo, en la nube de estrellas que vió el audaz marino en la bóveda azul del hemisferio antártico.»

Sebastián Elcano, segundo de Magallanes, vol-

vió á España, y puso en su escudo el globo terráqueo con este lema: *Primus circumdediti me.*

Si la ciencia moderna, si la moderna filosofía, si todo aquello de que se envanece el siglo presente, hubiera de marcar el día de su origen, y desde entonces se empezasen á contar los años de la nueva era, que llaman los positivistas edad de la razón, contraponiéndola á la edad de la fe, esta nueva era no empezaría el día en que Bacon publicó su *Novum organum*, ni el día en que salió á luz el *Método* de Descartes, sino el 7 de septiembre de 1522, día en que Sebastián Elcano llegó á Sanlúcar de Barrameda en la nave *Santa Victoria*.

Aunque no hubiéramos, pues, tenido grandes matemáticos, químicos, físicos y filósofos, bastaría para nuestra gloria el haber dado origen á todo ello; el haber dado impulso al movimiento del espíritu humano que supo crearlo.

Además, en esto de la historia de la filosofía, hay que aplicar con frecuencia la moraleja de la fábula titulada *El león vencido por el hombre*. En ninguna historia de otro género puede decirse á cada paso con más justicia: *Y no fué león el pintor*. Cada cual, según su nacionalidad, escuela ó secta, reparte, como mejor le cuadra, los papeles, la gloria y la importancia de los personajes. Pongamos por caso á Bacon. Unos le dan tanto mérito, ó más aún, que á Descartes, asegurando que de él dimanaban todos los progresos de las ciencias experimentales, y le contraponen á Descartes, fundador de la filosofía espiritualista y psicológica. En-



tre ambos reparten toda la gloria: éste es padre de la ciencia del *no-yo*; aquél, de la del *yo*. Pero no-vísimamente Bacon cae en descrédito, y no ya los espiritualistas, sino los mismos positivistas y empíricos, le tratan con la mayor dureza. Le tildan de ignorante, de preocupado y de charlatán presuntuoso. El ídolo de Bacon cae por tierra. En su *Novum organum* ya no hay nada fecundo. Todos los descubrimientos se han hecho á su pesar. Bacon estaba lleno de miras estrechas; no sabía palabra de matemáticas ni de ciencias naturales, y murió sin llegar á convencerse y negando siempre que la tierra se movía. Draper exclama en su furor contra él: «Tiempo es ya de que el sagrado nombre de filosofía se purifique de su larga conexión con el de ese impostor de ciencia, político acomodaticio, leguleyo insidioso, juez corrompido, amigo traidor y mal hombre.»

Á Descartes, á quien ponen unos como padre de la filosofía moderna, le niegan otros tal paternidad y tal gloria. ¿Por qué Spinoza ha de proceder de Descartes y no de sus compatriotas, por españoles y por judíos, Ibn Gebirol y Maimónides? ¿Por qué Newton ha de constar como cartesiano? ¿Es sólo vanidad francesa, ó hay razón para afirmarlo así? Leibnitz, aunque la filosofía de Descartes sea como antecedente de la suya, ¿no tiene otros elementos extraños que dan más valor á su sistema? Si Descartes tomó no poco de Vives y de Gómez Pereira, ¿parte de su gloria no redundará en pro de aquellos españoles? Pero todo esto está en el aire, cuando sobra quien niegue á Descartes todo

merecimiento. Los neo-tomistas, renovadores de la escolástica, le desdeñan. Gioberti le juzga un mezquino y lastimoso metafísico.

Ha venido después la gran escuela alemana, con sus cuatro soles y multitud de satélites; y Hegel se ensoberbece y declara que, desde Grecia hasta que filosofaron en Alemania, no ha habido verdadera filosofía. El fuego sagrado de la inspiración y el aliento fatídico que pronuncia los oráculos de la ciencia una y toda, están custodiados por los alemanes, nuevos Eumolpides que tienen las llaves de este otro santuario de Eleusis y que sólo saben sus misterios.

En virtud de dicha sentencia, todos quedamos iguales, salvo los alemanes y los griegos. Al lado del zapatero Jacobo Boehm, Descartes se convierte en pigmeo.

Vienen, por último, los escépticos de todas clases, los positivistas y materialistas: consideran la filosofía como aspiración imposible, delirio de la vanidad humana, ó como tentativa pueril de los hombres, cuando carecen aún de ciencia. Los filósofos alemanes y griegos se hunden entonces como los demás mortales, y sólo imperan los matemáticos, los químicos, los médicos y los geólogos.

Decimos todo esto, no para invalidar la filosofía ni su historia, de lo cual distamos mucho, sino para que se vea cuánto pueden y valen el capricho, la moda, el orgullo nacional y el interés de secta ó partido en añadir ó quitar gloria, en hacer ó deshacer reputaciones, según mejor convie-

ne, al formar el cuadro sinóptico de la historia de la civilización en estos últimos siglos.

Para introducir estos cambios y variantes no basta querer: es menester poder. Adquiera España nueva prosperidad; pónganse los treses á 50; brillen entre nosotros la poesía, las artes, el comercio y la industria; figuremos de nuevo en el concierto de las naciones europeas como potencia de primer orden, y entonces, si se nos antoja, tal vez hagamos creer que Vives fué superior á Descartes; que Foxo Morcillo, conciliando á Platón con Aristóteles, fué el precursor del racionalismo armónico, y hasta que el P. Fuente la Peña, en su *Ente dilucidado*, allanó el camino á Darwin y á Haeckel.

A fin de llegar á tan buen término son indispensables dos condiciones: no divorciarnos de nuestro propio espíritu; no renegar de él como en el siglo XVIII, y no aislarle tampoco como en el siglo XVII, sino ponerle sin temor en medio del raudal de las ideas de nuestro siglo, para que se nutra y robustezca con ellas, sin perder su esencia inmortal y su propio carácter.

Bien podremos entonces estar seguros de que si imitamos á los filósofos modernos alemanes pondremos al cabo en sus filosofías un sello tan castizo, que las haremos propias, al modo que nuestros grandes místicos, imitando y citando también á los místicos alemanes como Suso, Tauler y Ruysbroeck, fueron originalísimos (1); y bien

(1) Esta imitación de los místicos alemanes por los místicos españoles, prueba que la grande originalidad no proviene de aislar

podremos estar seguros de que, más hoy que en el siglo xvii, todo español dejado en plena libertad entre Lutero y San Ignacio, preferirá á San Ignacio y dejará á Lutero. Y en efecto, hasta para cualquier español descreído y racionalista vale más que el fraile fanático y medio loco, envidioso de las artes y esplendores de los pueblos neo-latinos, y en pendencias y dimes y diretes groseros con el mismo demonio, aquel hidalgo convertido de repente, herido por Dios como Israel, y suscitado por Dios contra el heresiarca, el cual, para combatirle y para cumplir al mismo tiempo la obra de misericordia de *enseñar al que no sabe*,

se, sino de conocer lo que los otros dijeron y añadir algo del caudal propio. Rousselot niega que los místicos alemanes hayan ejercido la menor influencia en los españoles, ya porque escribieron en alemán, ya porque sus obras, menos las de Ruysbroeck, fueron condenadas por panteísticas. «No se encuentra, dice Rousselot, vestigio alguno en los escritos de los españoles, por donde se pueda suponer que se han inspirado en los alemanes.» Pero Rousselot, á mi ver, afirmó esto muy de ligera. Yo, á la verdad, no recuerdo haber hallado jamás citado al maestro Eckart, Hegel y Schelling, á la vez de aquella escuela, en ningún místico español; pero las doctrinas de Eckart debieron ser mediatamente conocidas, merced á Dionisio Cartujano, que las reproduce. Y en cuanto á los otros místicos alemanes, que son como discípulos de Eckart, y predecesores de Hegel, no sólo han sido leídos por nuestros místicos, sino citados á cada paso con extraordinarios elogios. El iluminado y extático P. Fr. Miguel de la Fuente da testimonio de lo dicho en sus *Tres vidas del hombre*. Suso, Tauler, Ruysbroeck, Harph y otros alemanes, vienen citados por él con frecuencia. Y en prueba de que confesaba el influjo de los alemanes, no ya sólo en él, sino en otros místicos españoles de más fama, diremos lo que pone al hablar de la suspensión del hombre íntimo: «Todo esto que hemos dicho, lo dijo altísimamente Rusbrochio, varón gravísimo y muy ilustrado de Dios, en un libro que intituló *De los grados del amor*.

buscó compañeros como el Apóstol de Oriente, y con sólo su palabra, sin ejércitos y sin favor y auxilios de soberanos, fundó el imperio más extraño del mundo, imperio que dura aún, y que á la muerte de su fundador se extendía ya por Alemania, Francia, Italia, España, Portugal, el Brasil y la India, contando más de cien casas ó colegios que amenazaban avasallar el resto de la tierra.

Pero así como éstas y otras grandezas españolas no se pueden atribuir á los Gobiernos, sino á la espontaneidad y al entusiasmo de toda la nación, así tampoco debemos, si hemos de ser imparciales, culpar sólo á los inquisidores feroces y

Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, en su *Vida*, lo comentó divinamente.» El mismo iluminado y extático Fr. Miguel describe lo que es el centro del alma, con palabras tomadas de Ruysbroeck y de Suso: «Lo substancial del alma, dice, es la parte más excelente que hay en ella, la cual pende del mismo Dios: es inmóvil; más alta sin comparación que el cielo más supremo, más profunda que el abismo del mar, más ancha y más extendida que el mundo todo, porque la naturaleza espiritual excede incomparablemente á todo lo corpóreo; y esta esencia ó substancia del alma es el reino natural de Dios, término y fin de las operaciones del alma, y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su capacidad, según es inmensa, sino sólo Dios, que es la esencia de su esencia y la vida de su vida.»

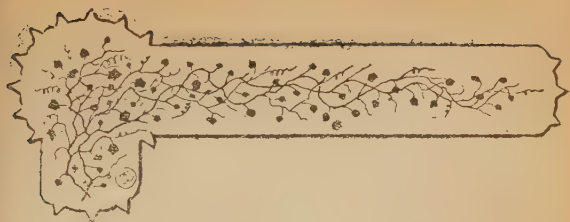
Con lo expuesto sobra para probar que se equivoca Rousselot al afirmar que no hay vestigio en nuestros místicos de que imitasen á los alemanes. Y con lo expuesto, y con mil citas más que pudiéramos hacer, se probaría que ni la Inquisición ni nadie era entonces en España tan asustadizo como ahora de que nos inficionasen los alemanes con su panteísmo ó panenteísmo.

El P. Fr. Miguel de la Fuente nació en 1573 y murió en 1625. Vivió y escribió, por lo tanto, en el siglo de oro de nuestra literatura.

á los reyes tiranos de la perversión y miseria en que caímos. ¿Qué tiranía había de ejercer el imbécil y débil Carlos II? Además, cuando vemos hoy la animación, bullicio y alegría de la calle de Alcalá en una tarde de toros, no se nos ocurre pensar que el Gobierno tiraniza al pueblo y le hace ir á los toros por fuerza. Pues con más gusto trabajaron los madrileños en levantar el tablado, animándose con devotas exhortaciones; con mejor voluntad acudieron la corte y 85 grandes de España, y con más deleite presenció todo el pueblo el auto de fe de 1680, en que fueron condenadas 120 personas, y de ellas 21 quemadas vivas.







## LA ORIGINALIDAD Y EL PLAGIO (1).

### I.

**H**ACE ya días aparecieron en *El Globo* varios artículos, acusando de plagio al Sr Campoamor. Los artículos citaban cincuenta, sesenta ó cien frases, pensamientos y sentencias de Víctor Hugo, que el autor de las *Doloras* había casi literalmente ingerido en sus escritos.

El hecho es indudable. Ninguna de las citas puede atribuirse á coincidencia. El poeta español ha copiado al francés. Él mismo ha tenido que confesarlo y lo ha confesado. Para algunos finos amantes de la literatura la reputación del Sr. Campoamor está punto menos que perdida con tal descubrimiento.

Ignorando quiénes son los acusadores, y creyendo las firmas de Vázquez y de Nakens pseudónimos, hubo bastantes personas que me hicieron

(1) Este artículo fué inserto en la *Revista Contemporánea* el 15 de febrero de 1876.



la honra de atribuirme los artículos mencionados. Por último, no faltaron algunas que acudieron á felicitarme por ello, suponiendo que había yo prestado un gran servicio echando por tierra un ídolo popular, reduciendo á su verdadero valor una reputación usurpada.

Á tan lisonjeras felicitaciones he contestado siempre que no las merezco. Por el contrario, algo, aunque sea poco, debo yo de haber contribuído á levantar el ídolo, escribiendo un elogio del señor Campoamor, que se imprimió varias veces y hoy sirve de prólogo á la edición completa de las obras poéticas del acusado hecha en París recientemente. En aquel elogio nada escatimaba yo menos al Sr. Campoamor que la originalidad.

—Pues ya se habrá V. convencido de que no es tan original como V. pensaba,—me han dicho las personas á quienes yo negaba haber escrito la acusación y recordaba el elogio.

Esto me obligaba entonces á replicar, afirmando que las cien frases tomadas á Víctor Hugo y otras ciento más que se me citen no me hacen variar de opinión, sino que sigo teniendo al Sr. Campoamor en el mismo concepto en que antes le tenía. Casi le tengo ahora en mejor concepto, porque yo no le hubiera perdonado jamás que de su propia cosecha hubiese sacado las absurdas rarezas ó los pensamientos hueros é hinchados que se citan, mientras que, siendo de Víctor Hugo, ya se los perdono como una niñada disculpable. Al fin la gloria de tan celebrado escritor pudo deslumbrar hasta ese extremo. Inventar, por ejemplo, la frase *nada*

*hay que maree tanto como maniobrar en lo insondable*, acredita para mí á cualquiera de tener el gusto pervertido; pero tomarla de Víctor Hugo, cegándose por el resplandor de su inmensa fama, tiene alguna disculpa.

Los demás hurtos literarios de que se acusa al Sr. Campoamor, ó son tan extravagantes como el del *mareo en lo insondable*, ó no distinguiéndose por la extravagancia, caen en la categoría de lo insignificante y sin ningún valer. Todos estos hurtos me hacen recordar el de aquel niño del cuento, á quien acusaba un hermanito suyo de haber hurta-do un borrico. Espantado el padre de la precoz maldad del niño, le preguntó dónde tenía el borrico para entregársele á su dueño. El asombro del padre fué grande cuando el niño le dijo que le tenía debajo de la almohada de su cama; pero al cabo salió del asombro, no bien supo que el burro era de berengena con patas y cola de caña. Todas las frases, imágenes, sentencias y discreciones tomadas por el Sr. Campoamor á Víctor Hugo, perdóneme este glorioso autor, no valen, en mi sentir, un burro de berengena. Confesemos que todo ello más bien puede afeár que hermostear una obra poética. Resulta, pues, que la acusación disminuye sólo el caudal poético de Campoamor en un burro de berengena, en poco más que nada.

Queda en pie, no obstante, la acusación de plagiario. Si vale poco lo que tomó Campoamor, tanto peor para él, se dirá. Y aunque se me tilde de que me valgo hoy de repetidas comparaciones asininas, con decir Campoamor como el gitano que

hurtó la burra, no ya de berengena, sino de carne y hueso, *aunque tuerta no es nuestra*, no se justificará de haberla hurtado.

Esto es innegable. Campoamor ha tomado un centenar de frases, buenas ó malas, de Víctor Hugo. Conforme un curioso ha descubierto hoy este hurto, mañana otro, ó el mismo, podrá descubrir el hurto de otro centenar de frases de otro autor, y luego el de otro centenar, y así hasta que apenas quede nada propio del autor de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas*.

Las razones antedichas han sido alegadas contra mi opinión por varios interlocutores que sobre este asunto he tenido.

Contrariado de esta manera, he acabado por afirmar lo siguiente:

1.º Que no hay autor notable de quien con un poco de trabajo y diligencia no se puedan sacar más centenares de frases ó sentencias copiadas de otros autores, que los que de las obras de Campoamor han sacado Vázquez y Nakens.

Y 2.º Que lo difícil, lo casi imposible es sacar de ningún autor, por original que sea, por raro y peregrino que se muestre en pensamientos, estilo y lenguaje, cien pensamientos ó cien frases que tengan una verdadera y completa originalidad.

De aquí ha venido la cuestión á hacerse general. El Sr. Campoamor sabe defenderse y no ha menester de mi ayuda; pero con motivo de la acusación contra el Sr. Campoamor se ofrece á la mente una cuestión de literatura de la mayor transcendencia. ¿Qué es originalidad? ¿En qué

consiste el valor de un escritor y, sobre todo, de un poeta? ¿Qué le da gloria, sér inmortal, influjo en las generaciones futuras, aunque haya copiado de otros autores todo lo que dice?

El deseo de exponer lo que pienso sobre este tema, de grande interés para todos, me mueve á escribir estos artículos, á pesar de lo fatigado y poco dispuesto á escribir que hace días me encuentro y de que ya es tarde para renovar la cuestión.

## II.

Si fuera menester para escribir decir siempre cosas inauditas, del todo originales, que nadie hubiera dicho antes, no habría persona alguna dotada de una razonable modestia que se atreviese á tomar la pluma en la mano. Sólo escribirían entonces aquellos insensatos, de quienes dice Despréaux:

*Qui croiroient s'abaisser dans leurs vers monstrueux  
S'ils pensoient ce qu'un autre a pu penser comme eux.*

Y aun así, estos mismos que por buscar la originalidad se apartan de los caminos trillados, y huyen del sentido común como de la peste, no pueden estar seguros de ser originales. ¿Qué disparate habrá que ya no se haya dicho en verso ó prosa? Ese mismo amor á lo insólito y disparatado puede inducir á ser imitador también. Si no fuera por ese amor, ¿hubiera el poeta de las *Doloras* re-

cogido como una joya primorosa lo del *mareo del que maniobra en lo insondable?*

No hay autor más innovador, más presumido de original en nuestro Parnaso castellano, que Góngora en las *Soledades* y el *Polifemo*. Ambas obras, no obstante, están llenas de imitaciones, como lo prueba D. García de Salcedo Coronel en su docto y prolijo comentario.

Abramos al acaso las *Soledades*. Góngora dice:

Su vago pie de pluma  
Surcar pudiera mieses, pisar ondas,  
Sin inclinar espiga,  
Sin violar espuma.

Es evidente imitación ó, mejor dicho, copia de Virgilio (*Eneida*, lib. VII), donde dice, hablando de Camila:

*Illa vel intactæ segetis per summa volaret  
Gramina, nec teneras cursu læsisset aristas,  
Vel mare per medium fluctu suspensa tument  
Ferret iter, celeres nec tingeret æquore plantas.*

Virgilio, á su vez, lo tomó de Homero (*Ilíada*, 20).

Dice Góngora en otra parte de las *Soledades*:

Las que el cielo mercedes  
Hizo á mi forma ¡oh dulce mi enemiga!  
Lisonja no, serenidad lo diga  
De limpia consultada ya laguna.

También es imitación de Virgilio (égloga II), quien á su vez imitó ó copió á Teócrito en el *Idilio del Cíclope*.

En suma, Góngora ha copiado de todos los poetas latinos, de muchos griegos y de no pocos italianos, entre los que descuella el Caballero Marini.

Pero se me dirá: las *Soledades* son un poema pedantesco y detestable, donde, á par que no hay verso ni idea que no estén imitados ó copiados de algún clásico, la originalidad se funda en lo violento, artificioso y archiculto del estilo.

Pues tomemos al poeta más dulce, más natural, más sencillo que ha habido en España: al que puede pasar casi por renovador de nuestra poesía lírica; tomemos á Garcilaso. Lo mejor, lo más popular, lo más encomiado de Garcilaso es la égloga I. Examinémosla. Apenas hay un pensamiento, una imagen, una sentencia que no sea copia, imitación ó remedo de un poeta latino. Sólo de esta égloga I pueden sacarse tantos hurtos como todos los que los Sres. Vázquez y Nakens han sacado de Campoamor. Hay, con todo, una diferencia en favor de Campoamor y en contra de Garcilaso. Los hurtos del poeta moderno no pasan de frases ó sentencias breves y aisladas; los del antiguo poeta suelen ser pasajes largos de muchos versos. Así, por ejemplo:

Cual suele el ruiñeñor con triste ca to  
Quejarse, etc.

es de las *Geórgicas* de Virgilio:

*Qualis populea mærens Philomela sub umbra,  
Amisos queritur fætus quos durus arator  
Observans nido implumes detraxit; at illa  
Flet noctem, ramoque sedens, etc.*

Después que nos dejaste nunca pace  
 En hartura el ganado ya, ni acude  
 El campo al labrador, etc.

Es también de Virgilio, égloga V:

*Postquam te fata tulerunt  
 Ipsa Palles agros, at que ipse reliquit Apollo.*

La mala hierba el trigo ahoga, y nace  
 En lugar suyo la infelice avena.

*Infelix lolium et steriles nascuntur avenæ.*

Virgilio, á su vez, imitó ó copió de Teócrito los mismos pensamientos.

Bien claro con su voz me lo decía  
 La siniestra corneja.

Es de Virgilio también:

*Sæpe sinistra cava predixit ab illice cornix.*

¿Qué no se esperará de aquí adelante  
 Por difícil que sea? etc.

Es otro largo pasaje de Virgilio, égloga VIII:

*Quid non speremus amantes?  
 Jungentur jam gryphus equis... etc.*

Siempre de nueva leche en el verano  
 Y en el invierno abundo.

*Lac mihi non æstate novum, non frigore deficit.*

No sigo citando para no fatigar á los lectores.

Baste lo dicho para prueba de que Garcilaso era más plaguario que Campoamor.

Pues ¿qué diremos de Fr. Luis de León? En la forma, en la traza general de sus más notables composiciones, *La Vida del Campo* y *La Profecía del Tajo*, copia á Horacio. El sentimiento cristiano y místico que suele haber en sus composiciones, ¿no puede afirmarse que también está tomado de otros autores?

Así, por ejemplo, Fr. Luis en su oda á la Virgen imita la canción VIII del Petrarca (*In morte di Laura*) á la Virgen también. En la oda á Salinas, que empieza

El cielo se serena,

toma pensamientos de Platón en el *Fedon* y en el *Fedro*; de San Agustín, *De música*, y de San Buenaventura, *Iter mentis in Deum*. En la oda al nacimiento de la hija del Marqués de Alcañices imita á Horacio en las odas 5 del libro I, 17 del II, 5 del III y *Carmen sæculare*. En la oda *Á Felipe Ruiç*, *De la avaricia*, imita á Horacio, odas 2 del libro II, primera del III, 16 del III y la sátira I. En otra oda *Á Felipe Ruiç*, que empieza

Cuándo será que pueda

Libre de esta prisión volar al cielo,

imita Fr. Luis á Horacio en dos epístolas, á Platón en el *Fedon* y á Virgilio en las *Geórgicas*. La tan celebrada descripción de la tempestad es de Virgilio. Hasta cuando dice Fr. Luis:



Entre las nubes mueve  
Su carro Dios ligero y reluciente.  
Horrible son conmueve,  
Relumbra fuego ardiente,  
Treme la tierra, humíllase la gente,

no hace más que reproducir, dicho sea con franqueza, menos enérgicamente:

*Ipse Pater media nimborum in nocte, corusca  
Fulmina molitur dextra: quo maxima motu  
Terra tremit; fugere feræ, et mortalia corda  
Per gentes humilis stravit pavor.*

Sería cuento de nunca acabar el ir citando aquí otras imitaciones ó copias que ha hecho Fr. Luis de León de Horacio, de Platón, de Píndaro, de Cicerón y de Virgilio. Eso sí: él tenía muy buen gusto y no imitaba ó copiaba sino lo muy bueno.

Del divino Herrera pudiéramos también hacer un examen del cual no saliese mejor librado; pero no queremos pecar de prolijos. Baste decir que la canción *Á la batalla de Lepanto* está toda llena y como tejida de versículos de la Biblia.

De los poetas de nuestro siglo, ¿no se puede decir también que han copiado mucho? Espronceda, por ejemplo, traduce casi de la carta de Doña Julia á D. Juan, de Byron, la carta de Elvira á Don Félix; copia de Béranger la *Canción del cosaco*, y remeda á Byron en sus digresiones chistosas é impertinentes de *El Diablo Mundo*. En el espíritu general que anima todas sus composiciones, en aquello que imprime carácter y pone el sello de

distinción á su genio, ¿quién duda tampoco que Espronceda es un imitador del lord poeta?

Si salimos fuera de España y estudiamos otras literaturas, veremos que la imitación no sólo ha sido tolerada, sino recomendada en todas partes. ¿Qué no deben á los griegos los poetas latinos? ¿Cuánto no tomó Virgilio de Homero, de Teócrito, de Apolonio y de otros menos ilustres? ¿Cuánto no tomó Horacio de Píndaro? Él mismo da como precepto el imitar los autores griegos:

*Vos exemplaria græca*

*Nocturna versate manu, versate diurna.*

En Francia, el famoso preceptista Boileau llegó á decir que *el poeta que no imite á los antiguos no será imitado de nadie*, poniendo así por condición de que un poeta valga algo el que sea imitador de otros.

En mi sentir, el más notable poeta lírico que han tenido los franceses, y sin disputa el creador de la moderna poesía lírica de aquella nación, es Andrés Chénier. Víctor Hugo mismo reconoce este mérito cuando en aquellos extraños versos, titulados *Le cheval*, supone que el Pegaso ha tenido siempre un palafrenero divino, y que Andrés Chénier ha sido el último de estos palafreneros.

*Son écurie, où vit la fée,  
Veut un divin palefrenier;  
Le premier s'appelait Orphée;  
Et le dernier, André Chénier.*

Pues bien: este último palafrenero divino es el

más gran copista de poetas griegos y latinos que ha existido jamás desde que el mundo es mundo. Para demostrarlo basta recurrir á la edición crítica de sus *Poesías*, hecha por L. Becq de Fouquières. Hasta en la admirable y valiente oda *Á Carlota Corday* hay imitaciones de Horacio, de Homero, de Eurípides y de Juvenal, y en la elegía *La jeune captive*, lo más bello y sentido que se ha escrito tal vez en versos franceses, imita el poeta á Eurípides, á Tibulo, á Stacio, á Esquilo y á su compatriota Racine.

Tal vez sostendrá alguien, volviendo á la ya casi olvidada división de los poetas en clásicos y románticos, que si bien no puede menos de concederme que los clásicos son unos grandes plagiaros, los románticos en cambio son originalísimos, se dejan arrebatar sólo de su inspiración y no imitan ó copian á nadie.

Acudamos al príncipe de los poetas románticos, al insigne Shakespeare, y él se encargará de desmentir tal aserto. Acaso no figure otro en toda la caterva de poetas que haya robado con menos escrúpulo cuanto se encontraba á la mano. En los teatros de Londres había multitud de tragedias donde muchos habían escrito. Shakespeare las tomaba, las arreglaba ó refundía, y así pasaban por suyas. Los cálculos é investigaciones de Malone demuestran que apenas tiene Shakespeare un solo drama donde todo le pertenezca. En la trilogía de Enrique VI, pongo por caso, de 6.043 versos, 1.771 son de un autor desconocido, anterior al gran poeta; 2.373 están arreglados ó corregidos por

él sobre los ya compuestos por otros predecesores suyos, y sólo 1.899 son del propio Shakespeare por entero.

De todos estos plagios de Shakespeare no crean mis lectores que sólo se hace cargo algún detractor suyo, sino también sus encomiadores más hiperbólicos, entre los que descuella el americano Emerson.

Este pensador tiene ideas teosóficas, panteísticas y un tanto desatinadas, aunque muy poéticas, como el famoso Swedenborg y el zapatero Jacobo Boehm: cree que hay algo que él llama sobre-alma ó alma suprema, y que esta sobre-alma mueve y concierta todas las cosas y las ordena á un buen fin: de suerte que los grandes hombres y héroes vienen á ser como los respiraderos por donde sale á relucir y da razón de sí la tal sobre-alma, manifestándose en el mundo con pensamientos y obras. Emerson tiene, entre otros libros, uno que se titula *Hombres representativos*, que son las epifanías, encarnaciones, hipostasis, ó como quieran llamarse, de la mencionada sobre-alma. Algo se parece el tal libro de los *Hombres representativos* á otro del inglés Carlyle, titulado *Adoración de los héroes*. En suma, y sin meternos en honduras y dejando aparte las intrincadas filosofías de estos autores, es lo cierto que ambos deifican á varios personajes de un modo harto pomposo.

Emerson, supongo que arbitrariamente ó bien llevado de la virtud cabalística del número siete, pone siete hombres representativos, como hay siete arcángeles, y siete virtudes, y siete pecados ca-

pitales, y siete candeleros de oro, y siete hermanos mártires en muchísimos martirios. Los siete hombres representativos de Emerson son: el filósofo, Platón; el místico, Swedenborg; el escéptico, Montaigne; el hombre de mundo, Napoleón; el escritor, Goethe, y el poeta, Shakespeare. Claro está que no es menos arbitraria que la división de los oficios en siete la elección de personajes para cada uno de los siete oficios. Lo mismo podríamos hacer otro libro, poniendo por filósofo á Aristóteles; por místico á San Juan de la Cruz; por escéptico á Sánchez; á Alejandro Magno ó á Colón por hombre de acción ó de mundo; por escritor á Cervantes y por poeta á Dante, á Calderón ó á Lope. Sea esto dicho de paso, y perdóneseme la digresión. Aquí no trato de impugnar á Emerson, sino sólo de decir que para Emerson Shakespeare es el poeta por excelencia; *el poeta*, con todo el énfasis que el artículo *the* puede dar y da á la expresión en lengua inglesa. Para Emerson, en punto á poder de la mente, á entendimiento, á ingenio, el mundo de los hombres no ofrece nada igual á Shakespeare. Shakespeare es una esperanza, ó mejor dicho, una amenaza de que saldrá al fin otra casta de seres superiores á los humanos: es como la primera muestra, como el precursor de esa nueva casta, que nos va á dejar tamañitos. Pues bien: este precursor, por declaración de Emerson, ha copiado y plagiado como nadie. De aquí la teoría de Emerson de que los grandes hombres, y sobre todo los grandes poetas, no son originales: son receptivos y comprensivos. Un gran poeta no es una araña

que fabrica su tela de su propia substancia, ni alguien que no se parece á los demás hombres y anda siempre devanándose los sesos para sacar de allí cosas que á nadie se le hayan ocurrido. El gran poeta tiene corazón y entendimiento en perfecta consonancia con su país y con su época, y dice lo que todos dicen en su época y en su país, si bien lo dice mejor y más lindamente, y con el encanto inefable y misterioso de quien pone en ello toda el alma.

Como otra prueba de este modo de ser gran poeta, tan opuesto á esa originalidad que ahora se requiere, Emerson cita á Chaucer. Chaucer tomó también de todas partes: saqueó á Guido de Colonna, á Dares, á Ovidio, á Estacio, á Bocaccio, á Petrarca y á los poetas provenzales. Su influencia, en cambio, fué grandísima en la posterior literatura inglesa, notándose aún rastros de ella en Pope y en Dryden.

Debo hacer notar aquí que á menudo no se descubren huellas de imitación, no porque un poeta sea más original, sino porque aquello que dice es una colección de *lugares comunes*, esto es, que el poeta no imita á nadie porque imita á todo el género humano, no copia á un autor determinado porque lo que dice lo dicen todos los autores y todos los que no son autores.

Esta carencia de sér y de consistencia en el pensamiento se salva, sin embargo, en ocasiones por la belleza de la expresión. No soy yo entonces tan severo como Horacio: no desdeño tanto como él.

*versus inopes rerum, nugæque canoræ.*

Sírvanos de muestra un trozo cualquiera de las Epístolas de Moratín.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas  
Del Tribe, en sus orillas me detiene,  
De Roma habitador. ¡Fuésemme dado  
Vagar por ella, y de su gloria antigua  
Contigo examinar los admirables  
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada  
Resiste, quiso perdonar! Alumno  
Tú de las musas y las artes bellas,  
Oráculo veraz de la alma historia,  
¡Cuánta doctrina al afluyente labio  
Dieras, y cuántas, inflamado el numen,  
Imágenes sublimes hallarías  
En los destrozos del mayor imperio!  
Cayó la gran ciudad que las naciones  
Más belicosas dominó, y con ella  
Acabó el nombre y el valor latino;  
Y la que osada, desde el Nilo al Betis,  
Sus águilas llevó, prole de Marte,  
Adornado de bárbaros trofeos  
El Capitolio, conduciendo atados  
Al carro de marfil reyes adustos,  
Entre el sonido de torcidas trompas  
Y el ronco aplauso de los anchos foros,  
La que dió leyes á la tierra, horrible  
Noche la cubre, pereció. Ni esperes  
Del antiguo valor hallar señales.

Todo esto es tan común por el pensamiento, que

se le ocurre y se le ha ocurrido á cualquiera. No hay que buscar de dónde lo tomó Moratín. Lo tomó de todas partes. Lo que realza y da valor á tales lugares comunes es lo elevado y elegante de la expresión: lo que llaman la dicción poética; en la cual, á más del conocimiento magistral de nuestro idioma, se nota la imitación del estilo de Parini y de otros poetas italianos.

De notar es también que no son los pensamientos peregrinos los que hacen á menudo grande á un poeta, sino el brío del sentir, que sólo se manifiesta en la forma, en la dicción, en el modo de expresarse. Y aun en esto hay algo de misterioso ó de harto difícil de explicar. Lo más sublime, lo más bello suele ser lo más natural y lo más sencillo: lo que lejos de no ocurrírsele á nadie sino al poeta, se le ocurre á todo el mundo. Si vamos, por ejemplo, á examinar toda la doctrina de Quintana en su poesía lírica, no sacamos más que un patriotismo grande, la creencia en el progreso de la humanidad y las ideas más divulgadas por los filósofos franceses del siglo XVIII. La expresión enérgica, que prueba cuán hondamente está sentido todo ello, es sólo lo que avalora aquellas magníficas poesías. De ser la originalidad lo que vulgarmente se supone, y de exigirse además á cuantos escriben, sería cosa calamitosa.

Hay millones de libros escritos. Si el poeta, para conservar su originalidad, no los leyese, se expondría á coincidir con algunos de ellos y á repetir, por coincidencia y mal, lo que mucho antes que él habrían dicho ya mejor y más gallardamente.



Si los leyese, sería sólo para evitar el imitarlos. Cada nuevo ingenio que apareciera en el mundo, lejos de poner en circulación, por decirlo así, nuevas y hermosas expresiones, graciosas ó sublimes imágenes, ideas ó sentimientos delicados ó egregios, lo que haría sería amortizarlos, sacarlos del comercio intelectual, puesto que nadie podría repetirlos sin incurrir en la nota de plaguario.

### III.

Lo contrario es, no obstante, lo que se observa en toda la historia de la cultura humana, y singularmente de la poesía. La transmisión, la copia, el remedo es un hecho constante. Lo verdaderamente original, ó es más escaso de lo que por lo común se cree, ó se pierde en fuentes desconocidas allá en la noche de los tiempos. De aquí la manía ó la exageración al menos con que ciertos eruditos, cada cual según su afición y la índole de sus estudios, buscan el origen de todo, ya en Egipto, ya en la India, ya en otra civilización primitiva, de donde para ellos proceden ciencias, filosofía, religión, artes é industria.

Claro está que sería una locura negar la originalidad. Alguien inventó, alguien pensó y dijo las cosas antes de que nadie las dijese. Lo que aquí se hace es afirmar que las cosas nuevas, pensadas y dichas, son muchas menos de lo que se imagina. Salomón, ó quien fuera, hace ya muchos siglos dijo, no sin razón, que no había debajo del sol nada nuevo.

Para espíritus perezosos á par que curiosos, como el mío, es esto una gran consolación. Sería para desesperarse si creyera uno que entre los millones de libros que se han escrito hay más original de lo que hay. Si uno no estuviera convencido de que los autores no hacen casi siempre sino repetirse ó copiarse, se afligiría mucho de no poder leerlos á todos, y la idea de su ignorancia sería aterradora. Por fortuna, los hombres somos muy charlatanes, y la manía de escribir es general y contagiosa. Escribir con concisión es más difícil que escribir amplificando. De aquí que se escriba tanto para decir tan poco: á menudo para no decir nada.

Seamos francos. Si nosotros, los que escribimos, hiciéramos voto de no volver á tomar la pluma en la mano hasta que se nos ocurriese algo nuevo, verdaderamente nuevo, que escribir, nos pasaríamos la vida en perpetua holganza; una multitud de industrias, como las del impresor, del fabricante de papel, del encuadernador y del librero, vendrían á arruinarse, produciendo cierta perturbación económica en el mundo, hasta que los hombres que á esas cosas se dedican hallasen otro modo de ganar el sustento cotidiano.

En nada ha sido tan fecundo el espíritu del hombre, de un siglo á esta parte, como en las ciencias de observación. Demos de barato que son flamantes, nuevas, todas las ciencias nuevas que hace poco se han inventado; pero confesemos también que los hechos importantes en que se funda cualquiera de estas ciencias, las verdades

indisputables que contiene y hasta las hipótesis que construye, caben en tres ó cuatro pliegos de papel, aunque sobre la más ruín de estas ciencias nuevas se hayan escrito ya resmas y resmas. Es de notar, además, que en estas ciencias, como no se da la invención en el sentido de creación de la mente, sino la exposición de hechos de los cuales se infieren ó se inducen leyes, teorías é hipótesis, cabe escribir más sin repetirse; pero lo que es en la poesía, si todo hubiera de ser inventado é inaudito, ya pudieran enmudecer cuantos caramillos, arpas, liras, trompas y demás instrumentos han servido á los poetas.

En los tiempos antiguos y semibárbaros, en el albor de las civilizaciones, era cuando el poeta imperaba; cuando era ó aparecía original. Su inventiva y su memoria se confundían é identificaban en el concepto de la muchedumbre ignorante y de buena fe que le prestaba atento oído. Cuanto el poeta había atesorado en su memoria en extrañas regiones; cuantas sentencias había oído, iniciándose tal vez en los misterios egipcios, caldeos, de Eleusis ó de Samotracia; cuanto había aprendido conversando con sacerdotes y hierofantes, todo lo ingería en sus versos, sin que nadie se metiese á averiguar si era plagio ó no era plagio. Los mismos primores, ensueños, leyendas, fábulas é historias prodigiosas, que su pueblo había inventado, el poeta, prestándoles forma inmortal, los repetía al pueblo, que los escuchaba gustoso. Es más: yo dudo mucho de que el poeta de entonces se atreviese en este punto á ser original;

tuviese la desvergüenza de inventar cosa alguna que ya el pueblo inconscientemente no hubiese inventado, teniéndolo por cierto.

Así nacieron la poesía épica, la didáctica y la sentenciosa de las primeras edades. Homero, Hesiodo, los siete sabios y los demás poetas gnómicos, que tan originales nos parecen, debieron de ser, en cierto sentido, unos grandísimos plagarios.

Los primeros filósofos griegos, algunos de los cuales, ó los más de ellos, poetas, esto es, escritores en verso, trajeron muchísimo también aprendido de sus largas peregrinaciones. Platón dice, no recuerdo bien dónde, que los griegos tomaron de todas partes pensamientos, sistemas, ideas, etc.; pero que tuvieron singular habilidad para asimilarlo y apropiárselo, y convertirlo todo en la substancia de su fecunda civilización. La Grecia estaba dichosamente situada para realizar este trabajo, cercana, y casi rodeada, de Egipto, Frigia y Fenicia.

Se cuenta que Demócrito consumió su pingüe patrimonio viajando é instruyéndose. Cuando volvió á Abdera, su patria, le condenaron, en virtud de leyes muy severas que tenía aquella república contra los pródigos. Entonces acudió él á la Asamblea popular, y leyó allí la obra más importante que había compuesto, como fruto de sus viajes. El pueblo, entusiasmado, reconoció que no había malgastado, sino empleado muy bien su hacienda, y le mandó dar la suma fabulosa de 50 talentos, que, si no me equivoco, equivalen á medio millón

de duros. Vaya V. en el día á ganar nada de esto pasando por original. ¿Quién trae nada de sus viajes que no haya antes llegado á noticia de todos por gacetillas de periódicos, anuarios, manuales y cricones científicos?

Bien se lamenta de esto Leopardi, cuando exclama:

*sceso il sapiente  
E salita e la turba a un sol confine,  
Che il mondo agguaglia.*

En efecto, aquella autoridad de que se revestían los antiguos sabios, aquel solemne magisterio con que pronunciaban como oráculos máximas en verso que habían de servir de norma y ley de la vida, ya han desaparecido. Ya no es posible afirmar con el lírico venusino:

*Dictæ per carmina sortes .  
Et vitæ mostrata via est;*

ya no es el poeta quien distingue lo público de lo privado y lo sagrado de lo profano, quien prohíbe las costumbres licenciosas y establece los consorcios estables, quien funda las ciudades y graba en tablas ó en bronce sus leyes. El poeta gnómico ó sentencioso ha descendido, pues, á ser en el día un pedagogo. Le ha sucedido lo que se cuenta de Dionisio Tirano, que, no pudiendo ya mandar á los hombres, acabó con escuela de párvulos en Corinto. En vez de los versos áureos de Pitágoras, y de las sentencias de Solon, Teognis, Focílides, Mimnermo, Simónides y tantos otros, sólo

podemos tener hoy las máximas del Barón de Andilla.

Y no se me diga que el Barón es menos original que Solon, Teognis y los demás gnómicos citados. Las sentencias de aquellos sabios antiguos debieron de estar de antemano en la mente del pueblo. Ellos sólo tuvieron el mérito de fijarlas y preservarlas con la palabra rítmica, pero con estilo sencillo, natural y poco distante de lo común y más usado. Lo que ellos tuvieron, y lo que no tuvo el Barón de Andilla, fué la oportunidad, el venir á tiempo, la fortuna de componer sus máximas para un público candoroso, reverente y que las tomaba por lo serio.

Resulta, pues, que los poetas primitivos, los grandes educadores y reveladores del linaje humano, fueron y no podían menos de ser muy poco originales. Precisamente estaba toda la fuerza de ellos en la poca originalidad, en que eran el eco sonoro del verbo de la muchedumbre, los que fijaron é inmortalizaron su pensar y su sentir más puro:

La palabra veloz que antes huía.

Más que de espíritu creador, aquellos hombres estuvieron dotados de espíritu crítico. Sin inventar nada, escogieron lo mejor de lo ya inventado ó pensado por el vulgo. Confucio, por ejemplo, al *Libro de los versos*, en que había tres mil cantos, no le añadió un canto más para que fuesen tres mil y uno, sino que suprimió la mayor parte, dejándolos reducidos á trescientos. Depurando,

no creando, enseñó la buena doctrina. ¿Qué virtud crítica no sería la suya, para haber extendido su influjo sobre más de la cuarta parte del linaje humano, que le venera en millares de templos hace más de dos mil años?

Sin duda para imitar á Confucio, un célebre literato español que estuvo de ministro plenipotenciario en el Celeste Imperio hizo la segunda edición de sus obras, no como los autores inmodestos, *corregida y aumentada*, sino á la chinesca, *corregida y disminuída*.

Y tal vez pasaría por remedo de Confucio también, si la cronología no se opusiese, aquello que sucedió en Roma en tiempo de Anco Marcio ó de Servio Tulio con los libros de las Sibilas. Quien trataba de venderlos presentó nueve, pidió cierta cantidad, y como no se la pagasen, redujo los libros á seis y pidió el doble. No le pagaron tampoco, y redujo á tres sus libros, aumentando otra vez el precio. Por dicha se los pagaron entonces; que si no pide más, disminuyendo de nuevo la colección de sentencias y oráculos que vendía.

¿Qué prueba esto sino que lo mejor y más transcendental que se ha escrito, se ha escrito por resta y no por suma, sustrayendo con el juicio y no adicionando con la fantasía? Los llamados *genios*, sobre todo en cosas de metafísica, de moral y de poesía, lejos de inventar y de fantasear, lo que han hecho es discernir, escoger, tomar lo bueno y lo bello donde quiera que lo hallaban, y depurado ya y limpio de toda mancha, tejer con ello una guirnalda de divinas flores.

Así, pues, yo doy por seguro que Sakya-muni no inventó nada tampoco. Tal vez se limitó á divulgar especulaciones filosóficas de más antiguos sabios; ideas y doctrinas que, por no haber salido de las escuelas, ni entusiasman á la multitud, ni infundían terror á los brahmanes; pero Sakya-muni llegó á tiempo, se apoderó de aquellas doctrinas é ideas, puso en ellas el fuego del amor y les prestó el brío fervoroso que las transformó en religión é hizo brotar en ellas las alas del proselitismo.

¿Es más original el Korán? ¿No se podrá demostrar que Mahoma plagió mucho de libros judáicos y cristianos? En suma: de esta más alta y primitiva forma de poesía, de la sentencia, nada hay que un erudito no pueda acusar de copia ó remedo.

Un israelita contemporáneo ha hecho impíamente el mismo análisis del *Sermón de la montaña* que Nakens y Vázquez de algunas obras de Campoamor. Aquella buena nueva, aquella moral inaudita, aquel ideal sublime de la vida humana aparece en el libro del judío Cohen como una colección de sentencias de antiguos sabios y rabinos, donde no hay nada original ni nada nuevo. Y en verdad que si damos razón á este modo mezquino de criticar, nada hay que valga algo que no sea un plagio en sus pormenores. Quien había venido, no á abrogar la ley ni los profetas, sino á darles cumplimiento, no tenía necesidad tampoco de inventar máximas nuevas ni peregrinas. Demos por cierto, con Cohen, que el perdón de las inju-



rias, el amor de los enemigos, la caridad más ardiente, la confianza más ilimitada en nuestro Padre que está en los cielos, todo está aisladamente en los anteriores textos que Cohen cita; todo se enseñaba ya, casi en los mismos términos, en la sinagoga; pero el espíritu maravilloso que anima el conjunto, ¿en dónde estaba antes? ¿Dónde estaba antes la fuerza que convirtió en sal de la tierra el desabrido ingenio de unos pobres pescadores; que sacó de aquellos ignorantes la luz del mundo; que encendió la antorcha y no la puso debajo del celémín, sino sobre el candelero para que á todos alumbrase, y que fundó sobre el monte la nueva ciudad para que no pudiera esconderse nunca? Ciertó que de una colección de máximas, tomadas de aquí y de allí, y reunidas como al acaso, no se saca, por excelentes que sean, aquella virtud superior que hasta á apoderarse de los ánimos de la más noble porción de la humanidad, que informa, durante cerca de veinte siglos, la más alta de las civilizaciones, y que da el primado ó la hegemonía á los pueblos que la aceptan. Hay, sin duda, algo en el *Sermón de la montaña* que se escapó al análisis erudito del señor Cohen, y que no se halla en ningún libro anterior al Evangelio.

En pequeña proporción, bien puede afirmarse lo mismo de otras críticas y de otros análisis de obras humanas, naturalmente menos importantes, tildadas de centones y de copia de lo ya dicho por otros. El anatómico y el químico harán la disección de un sér organizado, mostrarán los te-

jidos de que se compone, probarán que las substancias todas de que consta nada tienen de singulares, antes bien son las mismas que están en los demás seres; pero el principio misterioso de la vida se ha escapado al escarpelo del anatómico, y no ha quedado en ninguna de las ampolletas y retortas del químico, ni convertido en esencia ó extracto ha salido por la piquera de su alambique.

#### IV.

En los asuntos para la narración, en los argumentos, en la materia épica, los autores se han copiado más aún que en las máximas.

Max Müller, y otros mil, han escrito ya sobre la emigración de las fábulas. ¿Qué añadiré yo á lo que ellos dijeron?

Empezando por lo que más comunmente se llama fábula, esto es, por aquella acción sencilla en que intervienen á menudo seres irracionales, y de la cual se infiere ó se pretende inferir una enseñanza moral, ¿quién negará que Samaniego ha copiado á Lafontaine, Lafontaine á Fedro, Fedro á Esopo, y Esopo, sin saberlo quizá, el *Hitopadesa* y el *Pantchatantra*?

Con muchas fábulas se podría hacer lo mismo que Max Müller ha hecho con la fábula de *La lechera*, siguiéndola de la India á la Persia, de la Persia á la Arabia y demás pueblos musulmicos y, por último, al Occidente de Europa, empezando por España, donde figura en la traducción de *Calila y Dimna* y en *El Conde Lucanor*, y aca-

bando en la *Perrete* del célebre fabulista de Francia.

Con los cuentos populares ó vulgares se podría hacer otro tanto. Apenas se comprende cómo han ido pasando de unas lenguas en otras lenguas, y de unas literaturas en otras literaturas. La Fontaine tomó el Jocondo de Ariosto, Ariosto oiría contar el cuento al vulgo, y el cuento vino, sin duda, de Oriente, ya que en substancia es el mismo que sirve de introducción á las *Mil y una noches*. El cuento de *Los tres burladores*, que Andersen nos da como popular dinamarqués, está referido en *El Conde Lucanor*, cuyo autor le tomó, sin duda, de los árabes, quienes tal vez le tomaron de los persas y los persas de los indios. Kalidasa tomó ya el asunto de Sacuntala de un poema; en el poema estaría tomado de la tradición oral; y el asunto de Sacuntala es aún el del cuento de *Doña Guiomar*, que cuentan en Andalucía. Conon, sofista griego, trae la historia del mal deudor, que puso dentro de la caña el dinero, para jurar que se le había dado al acreedor; este mismo cuento se convierte en la Edad Media en un milagro de San Nicolás, y puesto en versos latinos está en la colección de Du Méril; Cervantes, por último, le trasladó al *Quijote*, entre los juicios de Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria.

Los cuentos de hadas, de asombros y de prodigios, no tendrán pies ni cabeza, serán una sarta de desatinos, parecerá á primera vista que cualquiera, en poniéndose á ello, puede inventar

cuántos se le antoje. Sin embargo, no hay cuento de éstos, si en él hay algo de maravilloso y es de mera invención, que no resulte necio y sin gracia alguna. Es evidentísima la impotencia de todo singular poeta para inventarlos. Así es que Perrault, Grimm, Andersen, Musäus, madame D'Aulnoy y Mme. Prince de Beaumont, los han tomado de los labios del vulgo. Si algo añaden, es como adorno ó bordado; la trama, la tela, está ya tejida por el pueblo, sabe Dios desde cuántos siglos hace.

¿Será también fundada aquella otra queja del desesperado Leopardi:

*O caro immaginar, da te s'apparta  
Nostra mente in eterno?*

Cuando ni cuentos podemos inventar, ¿cómo han de inventarse ya Olimpos ni Walhalas? ¿De dónde han de salir ninfas, ni genios, ni dioses nuevos, aunque sean pequeñuelos y de mala muerte? ¿No deliran los que creen posible una religión del porvenir? Lo maravilloso del día está sólo en el límite entre lo explorado y lo inexplorado de las ciencias naturales. Julio Verne es el Homero y el Hesiodo.

Lo que es en el espiritismo, salvo lo que también se funda en adelantos de las ciencias de observación, ¿qué hay en substancia que no estemos hartos de saber desde que la pitonisa de Endor evocó la sombra de Samuel profeta? El espiritismo es la nigromancia, conocida en todos los países de la tierra. Pausanias evocó el espíritu de

Cleonice y habló con él, y Periandro consultó á la sombra de su esposa Melisa, yendo á evocarla en un club de espiritistas, que había establecido en Threspotia, á orillas del Aqueronte.

Si esto sucede con el espiritismo, ¿qué no se podrá decir de los dioses mismos que emigran también como los cuentos y las supersticiones de unos pueblos á otros pueblos? La mitología griega es sin duda la más bella de todas; pero ¿qué nó debe á los arios primitivos, á los pueblos del Asia Menor, á los egipcios y á los fenicios? La máquina, pues, de la epopeya, lo sobrenatural ó maravilloso de los poemas, no sabe sino repetirse: es imposible inventarlo. Cuanto se inventa hoy viene á convertirse en una insípida alegoría: no vive, carece de sér y de consistencia propia.

Con lo legendario sucede lo mismo que con lo mitológico. ¿Qué poeta carece de juicio hasta el punto de ponerse á inventar una leyenda? Él la adornará, la hermoseará con su estilo, pero la leyenda está ya inventada.

Teófilo, prototipo de Fausto, está en las obras de la monja Hroswita, en Gonzalo Berceo, en las *Cantigas* del Rey Sabio; *Margarita la Tornera* de Zorrilla, en el *Quijote* de Avellaneda, en las *Cantigas*, en mil partes; D. Juan y Lisardo el estudiante, que ve su propio entierro, en romances populares, en las *Soledades de la vida* de Lozano, etc.; y los viajes al Paraíso terrenal, la historia del monje ó del santo ermitaño, que se queda embelesado oyendo cantar un pajarito, y cree estar un día ó un minuto oyéndole, y resulta lue-

go que ha estado doscientos ó trescientos años, no hay lengua en que no esté referida mil veces. Los desposorios más ó menos místicos de un hombre ó de una mujer con un dios ó con una diosa, con un santo ó una santa, con Cristo ó con la Virgen, se repiten y se suceden desde Endimyon y Diana, Anquises y Venus, Atis y Cibeles, hasta el mozo de las *Cantigas* que da su anillo á la devota imagen, y la devota imagen cierra sus dedos de mármol y no suelta el anillo, haciendo así aquel lazo indisoluble, é inquebrantable aquel voto.

Nada parece más original, para quien no se para á pensarlo, que el gran poema del Dante. Ozanan, sin embargo, en su erudito discurso *sobre las fuentes poéticas de la Divina Comedia*, nos presenta un sinnúmero de viajes al infierno, de donde pudo tomar y tomó á manos llenas el vate florentino. *Facilis est descensus averni*. Ulises baja al infierno en la *Odisea* y Eneas en la *Eneida*. Dante ha imitado además el sueño de Scipión, la visión del abate Giovacchino, la visión de Alberico, los *Fioretti de San Francesco* y otra infinidad de obras por el estilo, que han hecho escribir á Labitte un estudio crítico titulado *La Divina Comedia antes del Dante*. «Mas no se crea, dice Ozanan, que Dante sea menos grande por eso. Nos parece, al contrario, que el primer signo del genio no es sér nuevo, sino sér antiguo; trabajar sobre alguno de aquellos asuntos que jamás cesaron de interesar á los hombres. No es cierto que el arte no interese sino por lo imprevisto. Nada se repite tanto como la elocuencia. Bossuet no tiene

un solo movimiento oratorio que no deba á los padres de la Iglesia.»

Y luego añade Ozanan: «¿Qué le queda, pues, al genio y por qué se eleva sobre la multitud? Por el asunto de sus obras, que pertenece á todo el mundo, el poeta se confunde con el pueblo. El poeta se eleva sobre la multitud, por el trabajo, que es suyo, y por la inspiración, que recibe de Dios.»

Con este criterio, ya podemos librarnos los que escribimos de la nota de plagiarios. Con el de los Sres. Vázquez y Nakens caerá Campoamor, pero no quedará en pie ídolo alguno.

¿Qué sería entonces de Virgilio, á quien Jerónimo Vida, uno de sus más fervientes admiradores, pinta

*magni exuvias indutus Homeri;*

y sin que de ello se avergüence: *nec pudet?* La historia poética de Alejandro Magno se ha repetido y copiado en muchas lenguas de Europa y de Asia, en persa, en griego, en latín, en alemán y en francés, antes de que Lorenzo de Segura la pusiese en castellano. Los sueños y poemas de los antiguos bardos, algo transfigurados por el cristianismo, y renovados con más esplendor cuando Guillermo *el Bastardo* vengó de los anglos á los vencidos bretones, se difundieron por toda Europa y fueron constante alimento de todas las literaturas. Merlín y Viviana, Tristán é Iseo, Lanzarote y Ginebra, viven en los cantos de los trovadores y de los *minnesinger*, en los antiguos ro-

mances de Castilla, y hasta hoy en los idilios de Tennyson. Las mil historias del ciclo carlovingio no han sido menos repetidas. Ariosto copió, tomó de todas partes para escribir su *Orlando*. Y no sólo puso en él *tutta la romanzeria*, sino que imitó y tradujo las fábulas, las descripciones y los pensamientos de los antiguos clásicos.

Aunque Camöens, con su arrogancia de poeta, y de poeta portugués, exclame al principio

*Cesse tudo o que a Musa antiga canta  
Que outro valor mais alto se alevanta,*

no fué bastante poderosa la novedad del asunto para que no repitiese al cantarle mucho de lo que la musa antigua había ya cantado. En Camöens se nota también la imitación de los clásicos, aunque no tanto como en Sa de Miranda y en Ferreira, egregios maestros de la poesía lusitana.

Mil veces se ha repetido aquello de que el robo literario no se perdona sino cuando va unido al asesinato; pero tampoco es esto verdad. Virgilio no mató á Homero con su *Eneida*, ni á Teócrito con sus *Bucólicas*.

Lo contrario sucede á menudo. El poeta muerto, esto es, olvidado, resucita merced al robo que hace de su hacienda otro poeta. Sirva de ejemplo Jacobo Masenius. Su *Sarcothea* volvió á la vida y quedará ya siempre en la memoria de los hombres por la extraordinaria cantidad de pensamientos, de imágenes, de pinturas y descripciones que tomó de ella Milton al componer su *Paraíso Perdido*.



La acusación del escocés Lauder contra Milton, tildándole de plagiarlo, no menoscaba, á mi ver, la gloria del Homero británico; pero, díganse en contra cuantas sutilezas se puedan inventar, es evidente que Milton copió á Masenius, y no sólo á Masenius, sino á otros autores, como á Grotius en su *Adamus exul*, á Taubmann en su *Bellum angelicum*, á Barlæus, á Ransey y á Rosse.

En cuanto á la ciencia, á la filosofía, á la doctrina que el poeta divulga en sus obras, aún suele ser menor la originalidad.

*Rem tibi Socraticæ poterunt ostendere chartæ:*

*Verbaque provisam rem non invita sequentur,*

ha dicho Horacio.

Los filósofos darán al poeta la doctrina, y, una vez adquirida la doctrina, las palabras para expresarla se presentarán con facilidad.

En efecto, ¿qué habrá dicho Dante en su admirable poema que no esté ya en Santo Tomás de Aquino, en San Buenaventura, en el Maestro de las sentencias y en tantos otros sabios de la Edad Media?

Cuando un idioma está en su período de formación, cabe que luzca el poeta su originalidad inventando al menos frases y giros. Esto es difícil cuando el idioma está ya formado.

La palabra aún es más difícil de inventar que la frase. Sólo es dable tomar palabras de otros idiomas ó hacer palabras compuestas de dos ó más sencillas. Aun en esto mismo es menester que sea muy parco el inventor, si no quiere hacerse ridícu-

lo ó pesado. Lo que es la palabra sencilla nueva, rara vez se inventa como no sea en estilo picaresco y bajo: v. gr., *cursi*, *guasa* y *filfa*.

Pasó ya el tiempo de la invención del lenguaje, como pasó el de la aparición de las leyendas, materia épica, religiones y mitologías. Los que se meten á inventores de estas cosas caen en lo grotesco, como una secta herética, que hubo poco há, ó que hay aún en Inglaterra, cuyos individuos, creyéndose inflamados del Espíritu Santo, á semejanza de los Apóstoles en el Cenáculo, rompen á hablar en lenguas desconocidas, y todas inventadas por ellos.

El asunto de estos artículos es inagotable si nos empeñamos en seguir citando. Pongamos ya término á las citas para no fatigar á los lectores, y vengamos á una conclusión.

Puesto que todos los poetas se copian, ¿en qué consiste la originalidad?

Primeramente diré que la originalidad puede tomarse á mala parte. Llámase á veces original al extravagante, raro y disparatado. De esta originalidad pedimos á Dios que nos libre.

La verdadera y buena originalidad ni se pierde ni se gana por copiar pensamientos, ideas ó imágenes, ó por tomar asunto de otros autores. La verdadera originalidad está en la persona, cuando tiene sér fecundo y valer bastante para trasladarse al papel que escribe, y quedar en lo escrito, como encantada, dándole vida inmortal y carácter propio.

Para ser, pues, original en el buen sentido, no

hay que afanarse mucho ni poco en decir y pensar cosas raras. Basta con pensar, sentir y expresar lo que se piensa y se siente, del modo más sencillo. Entonces sale retratada el alma del que escribe en lo que escribe; y como el alma es original, original es lo escrito.

Ni se crea que esto es tan fácil. Los autores vulgares apenas tienen alma, y su alma ni sale retratada, ni queda en el estilo. Bien podrán no imitar á nadie, pero no serán originales; serán cualquier cosa: lo que todo el mundo es.

El estilo sencillo y natural es difícil, aunque no lo parezca. En cualquiera época hay un estilo de convención, un enjambre de frases hechas, una *manera*, en suma, á la que se adapta la turba-multa de los poetas. Para escribir con estilo propio, es menester desechar esta manera; ser uno, en suma, como Dios le hizo. El que logre serlo escribiendo, ese será original, diga lo que diga. Sus versos no podrán menos de tener cierto encanto, porque en ellos estará y vivirá lo mejor y lo más hermoso de su alma.

Por eso Horacio, Virgilio, Shakespeare, Milton, Garcilaso, Ariosto, Dante y otros muchos, de cuyos plagios pueden llenarse libros enteros, viven como altísimos poetas en la memoria de los hombres, mientras de otros, que jamás copiaron nada de nadie, no hay sér humano que se acuerde, ó que los lea, ó que leyéndolos los sufra.

Por último, vale más copiar una discreción ó una cosa bella, que decir una sandez, una frialdad ó un desatino propio, dado que sandeces, frialda-

des y desatinos no sean también copiados. Lo que nada vale no tiene dueño; mas no por eso se ha de suponer que lo crea ó engendra quien lo toma. Discurrir así sería como si alguien imaginase que eran hijos suyos todos los muchachos de la Inclusa.

Réstame sólo añadir que en este escrito, motivado por las acusaciones dirigidas contra el señor Campoamor, tampoco digo yo nada que sea original; nada que no esté dicho y repetido de mil modos diversos. No se escribe siempre para decir cosas nuevas, sino para recordar las ya sabidas á los que las tienen olvidadas, ó para enseñárselas á los que, por no acudir á las fuentes, las ignoran por completo.

Repito lo ya dicho. Si tuviésemos tanto horror al plagio; si no nos decidiésemos á escribir sino cuando contásemos con algo inaudito que comunicar á nuestros semejantes, revistas, diarios, semanarios y libros acabarían casi del todo. ¡Ay entonces de los libreros, impresores y fabricantes de papel!

Si tuviésemos tanto horror al plagio; si juzgásemos los libros con el criterio severísimo de hallar en ellos siempre lo nuevo é inaudito, en vez de ser bibliófilos, debiéramos ser *biblioclastas*. El califa Omar, el cardenal Jiménez de Cisneros y el primer arzobispo de Méjico, D. Juan de Zumárraga, quemando el primero libros griegos, el segundo libros arábigos y el tercero hieroglíficos aztecas, saldrían justificados.

¿Qué quemarían de importante y que no haya

quedado en otros libros? Casi se puede afirmar que nada. En este sentido, pues, deben considerarse los personajes citados como bienhechores de la humanidad, ya que quitaron de en medio tanto inútil quebradero de cabeza.





## VIDA DE LORD BYRON

POR EMILIO CASTELAR (1).

**C**ON el título general de *Semblanzas contemporáneas de los personajes más célebres del mundo en las letras, las ciencias y las artes*, sabía yo que se está publicando en la Habana una colección de obras, debidas á la fecunda y elegante pluma del señor Castelar, é impresas por una Sociedad editorial, á cuya cabeza parece que está D. Alejandro Chao, hermano de D. Eduardo, tan conocido en la Península entre los más notables corifeos del partido político dominante.

Aún no había visto yo ninguna de esas vidas, retratos ó semblanzas, cuando cayó en mis manos la de Lord Byron. La belleza y el esmero de la edición me sorprendieron desde luego agradablemente, pues no desconozco las dificultades con que hay que luchar en la Habana por la rareza y carestía de la mano de obra. Bastóme, pues, ver

(1) *Revista de España*, noviembre de 1873.

un ejemplar de este libro para aplaudir el buen gusto, acierto y perseverancia del Sr. Chao y de sus compañeros de la *Propaganda literaria*.

Aun antes de leer la *Vida de Lord Byron*, aplaudí también la conveniencia y bondad de la elección, así en el asunto como en el autor de la obra. Nada más á propósito para aficionar á las letras á los entusiastas y poéticos americanos que este género de pinturas, trazadas á grandes rasgos por el pincel rico y fácil del más florido y brillante de nuestros oradores y de nuestros prosistas.

La publicación, en su conjunto, me recordaba otra algo parecida del famoso Lamartine, con quien el Sr. Castelar tiene él mismo no poca semejanza.

Con prevención tan favorable, leí, casi devoré, la *Vida de Byron*, que atrae, seduce é interesa en extremo; y esta lectura vino á confirmar mi preconcebido juicio. La amplitud y cadencia rítmica de los períodos, la pompa y sonoridad de la frase, el exuberante florecimiento de las figuras y lo fértil y hermoso de las descripciones, ejercen un hechizo singular en el alma. Quinet, Pelletan y otros franceses, autores de prosa lírica, me pareció, y no creo que el patriotismo me engañase, que eran eclipsados, en este arte de escribir, por mi ilustre é inspirado conciudadano.

El lector, en esta obra, no digo que vea á Lord Byron tal como fué; pero le ve tal como debió ser fuera de la realidad impura: transfigurado, iluminado con el resplandor de todos sus héroes, Sar-danápalo, Manfredo, Lara, el Corsario, el Giaour,

Childe-Harold y D. Juan, fundidos, como en ardiente crisol, en la fantasía poderosa, forman una amalgama con la cual ha forjado Castelar el ídolo del poeta, mostrándose no menos poeta que su ídolo.

Un autor extranjero acaba de calificar de elocuencia asiática la elocuencia de Castelar: yo creo que pudiera calificarse mejor de elocuencia intertropical y americana. Su brío, su espontaneidad, su viciosa lozanía nos transportan, como por ensalmo, á una selva virgen del Brasil ó de Cuba, llena de ingentes árboles de verdura parenne, de gigantescas y multiformes orquídeas y de enredaderas parásitas, que visten la desnudez de los robustos troncos, y los enlazan con festones y guirnaldas; donde cantan los sabiás y los sinsontes; donde los colibríes y las mariposas, flores con alas, esmaltan ó bordan el aire, como si fuese el manto nupcial de la primavera, y donde las luciérnagas y los cocuyos iluminan por la noche la frondosa enramada, compitiendo con la luz de las estrellas y con el fulgor misterioso de la luna.

Debe de ser inefable el efecto producido por uno de estos libros del Sr. Castelar, si son todos por el estilo de la *Vida de Lord Byron*, en el alma de una doncella ó de un tierno mancebo cubanos. Yo me los figuro tendidos en una hamaca, en el seno de aquella feraz naturaleza, tan en armonía con la feracidad del autor, leyéndole, saboreándole y comprendiéndole mil veces mejor que nosotros. No me admiro, pues, de la popularidad extraordinaria de Castelar en América: me admiro



de que no sea más popular todavía. Lord Byron debe aparecer allí como un Dios, tal como Castellar le describe, y Castellar, que crea este Dios, como un sujeto no menos divino.

Allá, en edades remotas, todo varón ilustre que descollaba, era idealizado por la fantasía popular, que tejía su leyenda y le convertía en personaje mítico ó en héroe épico. Aun antes de su nacimiento, empezaban los milagros y los signos á presagiar su grandeza. Bajo la forma de dragón alado, de blanco cisne, de rayo de luz ó de lluvia de oro, intervenía la divinidad en su concepción. La madre tenía sueños fatídicos mientras llevaba en su seno el fruto divino. Nacía el infante, y desde la cuna empezaban sus hazañas, ora luchando con culebras, ora inventando la lira, ora alimentándose con la leche de una loba ó con la miel de las abejas, ora viniendo el fuego celestial á circundar sus sienes con fúlgida aureola. El resto de su vida correspondía á lo portentoso del principio, y el fin solía ser más bello, si cabe. Ya los dioses envidiosos é irritados le daban muerte; ya enamorados de él se le llevaban al empíreo ó le trasladaban misteriosamente á un paraíso distante, oculto en alguna isla encantada.

El estilo del narrador no tenía necesidad entonces de galas ni de adornos. Mientras mayor era su cándida sencillez, más resaltaban las condiciones sobrehumanas del héroe cuya vida refería. Hoy sucede lo contrario. Ni la fantasía popular inventa prodigiosos accidentes, ni la fantasía singular de un narrador se atreve á inventarlos tampoco. Por

grande que haya sido su héroe, el narrador tiene que contar los sucesos más vulgares de su vida, y aun tiene que entrar á veces en los más prosáicos pormenores.

Considérese, pues, la habilidad suma, la magia de estilo que há menester el escritor, cuando, sin alterar los hechos, sino ciñéndose á ellos con fidelidad escrupulosa, acierta, merced al hechizo de su palabra y á la valentía soberana de su ingenio, á bañar la figura de su héroe en un ambiente ideal y luminoso.

Esto es lo que Castelar ha conseguido en su *Vida de Lord Byron*. Al conseguirlo ha vencido otras muchas dificultades. Hay mil vidas de Lord Byron. Su correspondencia, el diario de sus impresiones, sus dichos memorables, las más insignificantes anécdotas, todo está ya publicado. Sobre sus obras se han escrito infinidad de críticas. ¿Qué atrevimiento es éste, me decía yo? ¿Qué novedad ni qué amenidad, me preguntaba, va á dar el Sr. Castelar á esta nueva *Vida de Lord Byron*? ¿Qué va á decir sobre sus escritos que ya no esté dicho y repetido mil veces? Al leer su trabajo, sin embargo, me he convencido de que es ameno y nuevo. Nadie ha atinado con más arte á fundir al poeta en sus obras y al hombre en sus acciones en una sola y única vida. Nadie mejor que Lord Byron se prestaba á esta fusión. Manfredo es Byron, Sardanápalo es Byron, Lara es Byron, y son Byron Childe-Harold y D. Juan. Como ellos, piensa, siente, habla y obra el poeta, no sólo cuando el numen le agita, sino en todos los mo-

mentos de su existencia. Lo fingido, lo imaginado, lo soñado, es sólo el conjunto de circunstancias exteriores; el tiempo y el lugar de la escena. Ser pirata, rey asirio ó señor feudal y mago ó brujo; vivir en tal ó cual siglo; intervenir como actor principal en tal ó cual acontecimiento trágico y misterioso: á esto sólo se reduce la ficción poética. Lo demás es verdad no menos poética, que se ha dado en la vida de Lord Byron, ora de un modo espiritual en el fondo de su alma, ora tomando cuerpo y forma efectiva. Los amores, sobre todo, no pueden ser más reales. Mirra es la condesa Guiccioli; Astarte, Medora, Haydé, Gulnara, Inés y Julia son otras queridas de Lord Byron y no las de sus héroes fingidos.

Lord Byron, según convienen todos, fué el poeta subjetivo por excelencia. Pinta el mundo, las pasiones, los seres todos tal como los ve dentro de sí. Sus pinturas, pues, son verdaderas y no reales; son los que, en la lengua filosófica en moda, se llaman *noúmenos*. El mismo Lord Byron se veía allá en su mente de otro modo, y no tal como era. No cabe más verdad en todos los personajes de Byron, en las descripciones de Byron, y en el mismo Byron, según él se describe; pero esta verdad no es la realidad.

De algo de esta fantasmagoría hechicera participa el Sr. Castelar al escribir la *Vida de Lord Byron*, y en esto estriban su mérito y el extraño deleite que produce su lectura.

¿Qué gran desgracia real y fatídica hay en la vida de Lord Byron que justifique su melancolía,

su desesperación, la amargura terrible de su alma? Si bien se mira, no hay tal desgracia real, sino desgracia imaginaria.

Su tío, el que le dejó en herencia la dignidad de lord, había muerto á un vecino suyo, riñendo en una taberna, que no son tan plebeyas en Inglaterra como en España. Se debe creer que le mató en buena lid, aunque no había testigos. El muerto era provocador, espadachín é insultante: bien muerto estaba. ¿Por qué había de desesperarse el sobrino por tan poca cosa?

Lord Byron era pobre para lord: más pobres somos otros para lo que somos, y nos vamos conformando.

Su padre había sido buen mozo, galanteador y manirroto. Gastó y consumió las dotes de dos mujeres que le amaron con delirio. Nada hay en esto tampoco de descomunal ni de espantoso, por más que el despilfarro sea siempre lamentable, así como muy digna de recomendación la economía.

No se puede suponer, para crear otra desgracia fatídica, que la madre de Lord Byron amaba poco á su hijo. Antes, á lo que yo entreveo, le amaba y le mimaba con exceso. Muchas de las extravagancias de los primeros años de la vida de Byron; sus orgías en Newstead; la idea de beber vino en una calavera, convertida en vaso; el vestirse á la oriental y otras chiquilladas, prueban que era un señorito mimado, dotado de una imaginación poética, muy inclinada á la melancolía.

Las impiedades de Byron se explican por sus lecturas. Byron en el colegio y en la Universidad

leía mucho y sin método, y tal vez estudiaba poco. ¿Qué libros había de leer á principios del siglo presente, sino los de Voltaire y Rousseau, los enciclopedistas franceses, y toda la literatura libertina, sensualista é inmoral del siglo XVIII?

De sus cualidades personales no se puede inferir que Byron tuviese motivo razonable para ser infeliz. Salvo la cojera, era hermoso de rostro, discreto, simpático, elegante, ágil en todos los ejercicios corporales, y si no robusto, tampoco muy enfermizo.

¿Tuvo Byron alguna gran pasión amorosa desgraciada? Mucho esfuerzo de imaginación se necesita para suponer que la tuvo. Al contrario, todo me inclina á creer que Byron fué de un natural dichoso para esto de los amores. Dotado de una rica imaginación y de una sensibilidad delicada, se enamoraba fácilmente, poetizaba y sublimaba al objeto amado; y si el desdén ó la suerte le apartaban de dicho objeto, no se apuraba mucho y se consolaba con otro. María Duff fué su primera pasión: su pasión purísima de niño. Á la edad de ocho años la amaba. Cuando tenía Byron diez y seis años, le dijo un día su madre que acababa de recibir una carta de Edimburgo, anunciándole el casamiento de María Duff. Byron mismo refiere la impresión que esta noticia le produjo. Fué como el efecto de un rayo. La noticia le dió casi una convulsión; pero fué porque él se imaginaba á María Duff como una sílfide ó una peri, y le chocó mucho que se la trajesen de pronto á la realidad, casándola con un buen se-

ñor cualquiera. Por lo demás, Byron tenía bien olvidada como mujer á María Duff, si es que alguna vez la amó como mujer, y no como se ama á un ángel ó á una hada pequeñita, que acude con frecuencia á la memoria, haciendo milagros con una varita de virtudes. Esto no le impidió, desde que jugaba con la niña María Duff hasta que supo su casamiento, tener, por confesión propia, sobre otros cincuenta amores, más ó menos inocentes.

Las relaciones de Lord Byron con miss Chaworth son menos felices; pero ¿hay derecho para ver en ellas una gran pasión desgraciada? «Ella, dice el mismo Byron, gustaba de mí como de un hermanito menor; trataba y reía conmigo como con un chico (Byron tenía entonces catorce años); pero, sin embargo, me dió su retrato, y esto me prestó buena ocasión para componer versos. Si yo me hubiera casado con miss Chaworth, tal vez mi vida entera hubiera sido otra; pero coqueteó conmigo, y su casamiento estuvo lejos de ser dichoso.» Miss Chaworth era de la familia del caballero muerto por su tío, y además bastante rica. Byron dice en su *Diario*: «Nuestra unión hubiera curado la herida y disipado la sangre que derramaron nuestros padres; hubiera unido tierras extensas y ricas (las posesiones de miss Chaworth lindaban con las de Byron), y hubiera enlazado al menos un corazón y dos personas, no desproporcionadas por la edad; pues ella no me llevaba sino dos años.» Los versos que Byron compuso á miss Chaworth, después de casada, son muy lindos y

afectuosos; pero yo, francamente, no los veo nada melancólicos. Hay cierta desesperación afectada, cierta hiperbólica ponderación de sentimientos, cierta petulancia de mozuelo, que, por lo mismo que no puedo yo tomarla completamente por lo serio, me hace más gracia todavía. «Desde que tu forma angélica, dice el poeta, se ha ido, mi corazón no se reposa en ninguna, y lo que antes imaginaba en tí sola, ahora procuro hallarlo en muchas mujeres.» De aquí toma pie para decir que se divierte con mil fáciles amores, y que hace lo posible por vencer su tristeza en las orgías, de donde sale pálido y cansado. Si miss Chaworth se hubiera casado con él, Byron, en vez de entregarse á tan insanas locuras, hubiera florecido en la paz del hogar doméstico. Entonces su corazón no hubiera latido sino para adorarla; mientras que, habiéndola perdido para siempre, la pena, que en vano piensa ahogar en los deportes, infunde piedad á sus mayores enemigos.

Rebajando de esto lo enfático de la poesía, queda un amor, casi infantil también, mezclado con su poco de cálculo de unir las buenas posesiones colindantes del novio y de la novia, y quedan la coquetería de ésta y el consiguiente desengaño del chico. Como apenas hay chico despierto y espigado que, cuando empieza á presumir de hombre, no se enamore por el estilo, de una, de dos ó de tres señoritas ó muchachas, mayores que él, y ya mujeres, que le miran como á un niño, y si coquetean con él por algún tiempo, al cabo le dejan por sujeto más granado y formal, entiendo

que, por exquisita que supongamos la sensibilidad de Byron, no es juicioso afirmar que este incidente, ocurrido, como suele decirse, entre el barbero y la palmeta, determinase el carácter y ejerciese un influjo decisivo en toda la vida del noble Lord, por más que él lo imaginara entonces.

Los amores ocurridos en su primer viaje á España y á Grecia, tendrán toda la sublime poesía subjetiva que se quiera, pero objetivamente son amores estudiantiles; lo cual no les quita cierta poesía de otro género más alegre y jocoso. La bella de Sevilla y la muchacha de Atenas y la Mariana de Venecia eran tres pupileras. No me parece sino que estoy viendo á la pupilera sevillana diciendo á aquel inglesito tan fino, que tenía por huésped:—«*Adiós, hermoso, me gustas mucho;*» y cortándole un rizo con unas tijeras, y dándole otro suyo en cambio, rizo que Byron envió á su madre para que se le guardase, contándole *su buena fortuna* en una carta.

Otro amor, que pudo ser trágico, tuvo Byron ó tal vez algún compañero ó criado suyo en Atenas. Este amor fué con una mujer turca. El marido le descubrió, y ya iban á echar á la adúltera al mar, metida en un saco, cuando Byron pudo impedirlo. Esta aventura inspiró al poeta su poema titulado *El Giaour*.

De vuelta á su patria, y después de publicar los primeros cantos de *Childe-Harold*, Lord Byron llegó al apogeo de su celebridad: aquélla fué la época más brillante de su vida. Sus amores de entonces con una literata, que se vistió de lacayo



para perseguirle, que dió muchos escándalos, y que, desdeñada ya, intentó suicidarse de un modo ridículo, si tienen algo de desgraciados, la desgracia fué para la infeliz mujer; para el amante sólo hubo la molestia de verse perseguido.

Casóse luego nuestro poeta, por más que se quiera idealizar el negocio, por conveniencia y razón de estado. Como era natural, á poco de vivir juntos marido y mujer, ya no podían sufrirse. Lady Byron trató piadosamente de probar que su marido estaba loco y de meterle en un manicomio. Unidas éstas y otras demostraciones de afecto al mal estado de la hacienda conyugal, estado que llegó al extremo del embargo por usureros y acreedores hasta de los muebles de la casa en que vivían, dieron por resultado la separación de ambos esposos. Censurado Byron agriamente por la sociedad elegante de Londres, que, según es uso de todas las sociedades elegantes, siempre censura al que se queda sin dinero ó al que no le tiene, determinó expatriarse segunda vez.

En esta segunda peregrinación tuvo Byron amores con una panadera veneciana, que está retratada como su Fornarina. Dicen que era hermosa; pero hubo de ser un tremendo marimacho, capaz, como afirmaba Sancho de Dulcinea, de sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante.

Yo comprendo, á pesar de todo, la fascinación que en un poeta extranjero puede hacer una moza italiana por el estilo, á causa de lo peregrino y raro del lance, á causa del encanto del color lo-

cal. En Nápoles viví más de dos años con otro ilustre poeta, y en la ancha plaza que formaba la célebre ribera de Chiaja, delante del palacio en que vivíamos, solía acudir, todos los domingos y demás fiestas de guardar, una pescadora llamada Lucianela, de lo más andrajoso, sucio y desgrena-do que puede imaginarse; pero tenía Lucianela mucha soltura y gracia en los movimientos. Casi siempre venía acompañada de uno á modo de sá-tiro, que tocaba la flauta; y al compás de esta mú-sica, y quitándose primero los zapatos, que le es-torbaban, y que sólo llevaba para mayor lujo en los días festivos, y repiqueteando las castañuelas sonoras, nos bailaba lascivas, tempestuosas y ale-gres tarantelas. El egregio poeta se fingió enamo-rado de esta ninfa, y le compuso los más lindos sonetos que, en mi sentir, hay en sus obras. Allí le dice que no hay dama que la iguale en hermo-sura, en discreción y hasta en decoro; que arde y muere por ella de amor; que con redes invis-ibles enlaza más corazones que pescados enlaza su marido en las visibles de su oficio, y otros mil pri-mores y encarecimientos apasionados. Yo le decía al poeta, que era además un aristocrático perso-naje:—«Pero ¿es posible, señor duque, que le gus-te á V. esa vaca sin cencerro?»—El duque contes-taba:—«Ya verá V. cuando publiquen mis *Muje-res ilustradas*, como han publicado las de Byron, Goethe, Shakespeare y la Biblia, ya verá V. qué Lucianela perfectísima y divina saca á relucir el grabador.»—Esto me dejaba convencido; y desde entonces he sospechado que la Fornarina vene-

ciana de Byron, sobre poco más ó menos, debía de ser bastante parecida á nuestra Lucianela, bailadora de la ribera de Chiaja, si bien algo menos desaseada, pues el poco aseo de Lucianela, ni en el duque, ni en Byron, ni en otra persona medianamente pulcra, hubiera podido consentir amor que no fuese ideal, remoto y contemplativo.

Los amores con la condesa Guiccioli ya fueron otra cosa. Ésta fué la buena fortuna de Byron. La condesa era joven, hermosa, elegante, discreta, instruída sin pedantería; una mujer, en suma, digna del poeta, en quien podía hallar reposo su fantasía, bastando el oído y la vista para la contemplación y percepción real de la belleza del cuerpo y de la mente.

También estos amores duraron poco; pero durasen lo que durasen, hubo en ellos poesía real.

Byron se fué á pelear por la libertad de Grecia, y allí murió á poco, á la edad de treinta y seis años, dejando multitud de obras inmortales, hijas de su estro fecundo; admirado y celebrado como uno de los más grandes poetas de este siglo en todas las naciones europeas.

El Sr. Castelar casi se desespera de que la condesa Guiccioli no se diese muerte al saber la de Byron, ó por lo menos no se metiese en un convento. Esto hubiera sido más estético, más artístico, más dramático; pero la condesa, que ya estaría cansada de Byron, como Byron de ella, aun antes de separarse, si bien hubo de pensar que morir ó retirarse á la vida penitente era lo más bonito, no quiso, como vulgarmente se dice, su-

frir cochura por hermosura, y se quedó en este valle de lágrimas, donde parece que vive aún, casada en segundas nupcias con un marqués francés, rico y bueno, que, si no le compone versos, le proporcionará toda la poesía substancial y comfortable que por dinero se obtiene en cualquier lugar, y más que en ninguno en aquella amable, hospitalaria y dulce Babilonia de las márgenes del Sena.

En los demás lances de la *Vida de Lord Byron*, que no fueron amorosos, tampoco descubro nada de extraordinario que baste á justificar su inmenso dolor. El inmenso dolor tuvo, pues, causas metafísicas. Para descubrirlas, es menester penetrar dentro de la obscura conciencia del poeta, al través de la encantada selva de aventuras de todos sus héroes, un tanto cuanto patibularios. El señor Castelar penetra de este modo, hace esta incursión atrevida, y en ella luce toda la riqueza de sus pensamientos y toda la arrebatadora abundancia de su artística palabra. No acierto á decir más en elogio del Sr. Castelar, si bien lo que digo me parece poco, frío y sin fuerza.

Mi admiración por el Sr. Castelar no ha de confundirse, sin embargo, con mi consentimiento. Una cosa es admirar y otra consentir, y yo no consiento en casi nada de lo que el Sr. Castelar cree y sostiene.

Quiero dar por seguro, porque sería muy largo de probar lo contrario, contra el testimonio mismo de Byron, que Byron fué tan infeliz como afirma el Sr. Castelar; que nada hubo de ilusorio y mera-

mente poético en su desesperación; que Byron real, y Manfredo ideal, forman una ecuación perfectísima; que el gran poeta estaba poseído, era un verdadero energúmeno; pero no induciré de aquí una tesis general, ni convendré con el Sr. Castelar en que todo *genio* esté también poco menos que endemoniado. Será menos poético, menos sublime; será todo lo que se quiera; pero yo no acierto á entender por *genio* sino una palabra enfática, una metáfora con que se designa el mayor desarrollo, la mayor armonía y la mayor actividad y brío de las facultades del alma, que sirven para hacer ó decir grandes cosas. Y por cierto que siendo un privilegio envidiable, un don del cielo, una verdadera bendición de Dios, no concibo cómo ha de equipararse con una monstruosidad ó con una enfermedad.

La doctrina del Sr. Castelar en este punto viene de tan antiguo, que ya Demócrito la sostenía, excluyendo del Parnaso á los que estaban en su juicio, y admitiendo sólo á los locos. La poesía para Demócrito viene á ser una locura, y toda locura tiene algo de divino. A pesar de la venerable antigüedad de la doctrina, yo me rebelo contra ella.

Para mí Byron fué un gran poeta, á pesar de sus extravagancias y melancolías, y no por sus melancolías y extravagancias. Á docenas se contarán los ingleses, y aun los españoles, que hayan hecho más disparates que Lord Byron, que se hayan creído ó hayan sido tan desgraciados como él, que hayan tenido un *spleen* más negro, y que no hayan compuesto una mala copla y hayan sido ton-

tos de solemnidad durante toda su desastrosa vida. Ni la tontería ni el genio están en razón directa ni inversa de la felicidad ni del infortunio.

Aunque hiciésemos una estadística de los hombres que se cuentan en el número de los genios y resultase que habían sido más los desdichados que los dichosos, esto no probaría que era condición esencial del genio la desdicha, sino que, en general, todo sér humano, *genio* ó no, tiene más motivo para ser desdichado que para ser dichoso.

El *genio* debe de hallar un gran consuelo en ser *genio*; pero el que no lo es, y rabia, y se aburre, y se desespera, ¿en dónde hallará consuelo?

Se objetará que el *genio* comprende mejor la miseria de la condición humana, la vanidad de la vida, la imperfección de la ciencia, etc.; pero todo eso es tan claro que nadie necesita calentarse mucho la cabeza para comprenderlo y sentirlo. Se objetará además que el genio tiene un ideal, y que el tonto no le tiene; y que lo inadecuado y discrepante de lo ideal con lo real hace la desgracia. También éste es un sofisma: no hay tonto que no tenga, no un ideal, sino millón y medio de ideales inasequibles y en perfecta disonancia con lo real. La diferencia está en que el ideal del tonto le sirve sólo de tormento y no de consuelo, porque no acierta á revestirlo de una forma bella y luminosa, allá en su turbia imaginación, mientras que el *genio* da cuerpo, sér y vida al suyo en la portentosa mente, donde, si acierta á encerrarse, puede gozar deleites soberanos.

La concepción y el parto de las obras del *genio*,

aunque no lo sé por experiencia, no creo que sean dolorosos, como el Sr. Castelar supone. Por analogía infiero yo lo contrario, porque antes es para mí un gusto que una molestia componer cualquiera de mis obrillas; y si fuesen algo mejores, más gusto me daría el concebirlas y el darlas á luz. Ni se diga que lo trágico no deleita. Fingido y poetizado deleita más que lo cómico. El terror y la compasión estéticos no son el terror y la compasión reales. Éstos atormentan, aquéllos dan placer: en lo cual consiste lo que llamaba Aristóteles la purificación de las pasiones, objeto y fin de la tragedia. En *Hamlet*, por ejemplo, muere hasta el apuntador, con gran deleite mío, que me conmuevo y desazono sobremanera si veo matar un pollo.

De esta suerte, puede concebirse á Byron gozando muchísimo en la creación de su Manfredo, por más que le unimismase consigo, y teniendo mayor satisfacción mientras más furioso y endiablado ponía á su héroe.

En suma, yo no atino á persuadirme de que un poeta, un orador ó un filósofo, ha de ser por fuerza algo como un desenfrenado coribante ó como un Orestes agitado por las Furias; ni considero que para ceñir la frente de laureles (sobre todo poéticos) sea requisito inevitable llenar el corazón de espinas.

No lo dude el Sr. Castelar: lejos de ser el verdadero dolor origen de la fecundidad mental, acaba con ella. Los dolores que tendrá el Sr. Castelar al componer y pronunciar un buen discurso son fantásticos. Con un dolor real, por pequeño que fuese;

con un simple dolor de muelas, ni diría una sola frase cadenciosa, ni escribiría una sola de sus elegantes páginas. Lejos de presuponer un padecimiento, toda obra de arte ó toda creación del ingenio supone lo que pedía á los dioses el satírico latino: *mens sana in corpore sano*; cuando no una energía de voluntad, rarísima en los míseros mortales, y bastante poderosa para apartar el dolor real, para hacer abstracción de él, en vez de exacerbarle y llamarle, y concebir y ejecutar con su auxilio.

La extraña teoría del Sr. Castelar es la de muchos; pero en nadie la hemos visto tan exagerada. Hay un párrafo donde su crítica literaria, su estética, parece patología interna. Tal ópera ó sinfonía es el resultado de un aneurisma; tal poema es una enfermedad del hígado; tal discurso demostino ó ciceroniano es un ataque de nervios; todo *genio*, en suma, padece una enfermedad mortal: es el síntoma de ella. La gran potencia creadora en la astronomía y en la metafísica, supone por último el Sr. Castelar, no se adquiere sino á trueque de ser un Orígenes ó un Narsetes *a nativitate*. En fin, el Sr. Castelar expresa todo esto con la mayor magnificencia de expresiones; pero ni nos convence, ni nos queremos convencer de que no seamos capaces de poesía, de ciencia ni de arte; de que no podamos ser *genios*, si antes no tenemos alguna buena lesión orgánica ó alguna descomposición de todos los diablos en el aparato digestivo ó en otros más nobles y no menos importantes aparatos.

No es esto negar la coincidencia: es negar el en-



cadenaamiento de efecto y causa. Se cuenta del famoso escritor Cornelio a Lapide, que era un idiota cuando chicuelo; pero que habiéndole alguien tirado una pedrada, le acertó á dar con tal tino en la mollera, que le descalabró de un modo cruel. Aquella descalabradura produjo tal revolución en todo el encéfalo, vulgo sesos, que Cornelio se volvió sabio profundo y escritor ilustre, tomando el apellido *a Lapide* para recordar el beneficio de la pedrada. El hecho será certísimo: parece ser que le refieren autores graves y fidedignos; pero no prueba sino una coincidencia. Y si no, apedread á los tontos, y ya veréis cómo se quedan más tontos después de descalabrados.

No obsta lo dicho para que convengamos con el Sr. Castelar en que Byron personifica en sí la agitación, las dudas y la anarquía moral é intelectual de su época. Todo esto se reflejaba en su alma como en un espejo de aumento; pero en este espejo, don de las hadas y de las musas, hasta los horrores del infierno se revisten de hermosura, hasta las tinieblas del caos se bañan de resplandores, hasta los gritos desgarradores de la desesperación adquieren el ritmo melodioso de una música divina, y hasta las contorsiones y visajes de los réprobos tienen cierto agrado. Si este espejo refleja así lo deforme, lo horrible y lo espantoso, ¿qué no hará cuando refleja también, como lo refleja, cuanto hay de bello y de sublime y de armónico en el Universo y en el fondo del alma?

De todos modos, y á pesar de nuestra divergencia en este negocio de los *genios*, vuelvo á decla-

rar que Byron, en mi sentir, ha hallado en Castelar un historiador y panegirista muy adecuado. Castelar es poeta en prosa, como Byron era poeta en verso, si bien Castelar está menos desesperado, á no ser que ahora lo esté, como lo estamos casi todos los españoles, genios y no genios, sin más lesión en los órganos que aquélla con que nos amenazan la inanición y la inopia.

A pesar de esta última, aconsejamos á los lectores que lean, y hasta que compren, si pueden, la hermosa *Vida de Lord Byron*, de que hemos dado cuenta en este prolijo artículo.

Aquí debería yo dejar la pluma; pero está de Dios que muchos de mis trabajos han de tener postdata. Temo no haberme explicado claramente y dar lugar á torcidas interpretaciones. A trueque de repetirme, voy á ver si aclaro el concepto principal.

Lo que yo combato no es una opinión rara, una extravagancia exclusiva del Sr. Castelar, sino una idea que ha estado muy en moda, que siguen muchos aún y que tal vez he seguido yo mismo, cuando me he dejado llevar de mis aficiones románticas. Lo que yo combato no es la verdad tristísima de que existe el dolor en el mundo, sino el aserto de que el dolor sea un requisito indispensable, y en cierta dosis heroica un privilegio del genio.

En la persona más necia pueden darse todos los dolores físicos lo mismo que en la más sabia, profunda y erudita. Hasta los animales pueden ser víctimas de enfermedades crueles, que les hagan

insufrible la vida. Esto no es efecto ni causa de ser *genio*. Con probar lo contrario, daríamos un gran consuelo y una inmensa satisfacción de amor propio á los pobres del hospital y aun á todo sujeto valedudinario, achacoso y cacoquimio. Pero la verdad es antes que tan filantrópica consideración. Puede cualquier prójimo tener dañadas todas las entrañas, viciada y emponzoñada la sangre, careados los huesos y los tuétanos consumidos, y ser además mentecato, aunque no lo bastante para dejar de padecer.

En cuanto á los dolores metafísicos, ya cabe más disputa. El Sr. Castelar no ha hecho más que echar en la balanza el peso de su reputación y de su nombre del lado en que están los de Byron, Leopardi, Rousseau y tantos otros. La melancólica teoría, en su mayor amplitud, está formulada en esta sentencia del *Manfredo*: «El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida.» Lo que se deduce de ahí es que mientras más se sabe más se padece, mientras más verdad más infelicidad, y mayor corrupción mientras mayor cultura. Para ser inocentes y dichosos, convendría que los hombres volviésemos al estado salvaje.

Rousseau y Leopardi podían sin contradecirse soñar con tan feroz edad de oro; pero Castelar, fervoroso creyente en el progreso indefinido y omnímodo del humano linaje, no puede soñar con tal cosa, y en efecto no sueña. Su doctrina, muy general en el día, acepta la sentencia de que «El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida;» pero haciendo un distingo no poco arbitrario. Para la

generalidad de los mortales, no hay amargura ni veneno en los frutos de dicho árbol: el veneno y la amargura son sólo, por lo visto, para quien le cultiva. La ciencia parece una cosa excelente y benéfica para la muchedumbre, y un mal horrible para todo *genio* que le hace dar un paso. El *genio* viene á ser un remedo de Prometeo, con su buitre correspondiente que le devora el hígado; un Sócrates que se bebe su respectiva cicuta, y hasta un Cristo con su cruz y su calvario. Sólo á costa de estos salvadores y redentores va progresando la humanidad. Así se cumple, á lo que parece, lo que está escrito de que *la letra con sangre entra*. El proverbio, con todo, lo entiende y aplica el vulgo, no á los maestros, sino á los chicos; y aquí es lo contrario, aquí se aplica á los maestros. Pero ¿no será el vulgo quien tenga razón? Por ejemplo, ¿quién padece más, para quién es el buitre, la cicuta y la cruz, para los *genios* que han inventado la república federal ó para el vulgo de los españoles? A mi ver, para el vulgo de los españoles. La letra de la república federal les va entrando con sangre y miseria.

Si la nueva verdad que descubre un *genio*, ó si la nueva belleza que crea, es en efecto tal belleza ó es tal verdad, ¿qué dolor sentirá el genio por haberla descubierto ó creado? Esto no se me alcanza. Antes sentirá un placer indecible. Si la verdad no es tal verdad ni la belleza tal belleza, no dudo yo que padecerá mucho; pero no por ser *genio*, sino porque no lo es.

Vamos ahora al argumento Aquiles. Dicen algu-

nos que el mayor dolor metafísico es la falta de creencias, y que los tontos ó creen ó se aquietan con las dichas de este mundo sin aspirar á las del otro.

En estas pocas palabras hay varios errores, á cual más grave y peligroso.

En primer lugar, para negar á Dios, desconocer su providencia, no ver orden ni justicia en el mundo, y afirmar que el alma es mortal como el cuerpo, no se há menester un talento soberano. Lo que puede explicarse por mengua ó carencia de facultades, no ha de suponerse resultado de abundancia y de energía. Así como hay creyentes que, de un modo burdo, sin ir más allá del catecismo y aun sin haberle leído, sostienen todos los dogmas católicos y los confiesan con el mismo brío que el Ángel de la Escuela, así hay ateos y materialistas á lo rústico, que, en virtud de una metafísica de cocina, niegan á Dios y niegan cuanto hay que negar. Suponer otra cosa equivaldría á establecer cierta afinidad entre la fe y la ignorante tontería por un lado, y entre la impiedad y la discreción científica por otro. Inútil es probar lo absurdo de esta tesis. Grande es la lista de necios impíos, y no es chico el número de elevadas inteligencias que, desde el albor de las primeras civilizaciones hasta el momento en que vivimos, han creído en un Dios personal, providente y justo, y en la inmortalidad del alma. Tampoco es exacto que mientras el sabio, dada la impiedad, la deplora, el necio y malo se aviene con ella y hasta se regocija, porque, al verse sin Dios, se halla

como el niño sin ayo ó como el galeote sin cómitre. Para que fuese esto verdadero, sería indispensable imaginar, en quien así sintiese, un grado de maldad hiperbólico, y además que hallase en el mundo, ejerciendo esa maldad, la hartura de todos sus apetitos, la satisfacción de todas sus veleidades y la impunidad de todos sus crímenes. Tal vez entonces sería dichoso sin Dios; pero si lo pasa mal en la tierra, si pone duro freno á sus pasiones la fuerza de otros hombres ó la misma inexorable é inflexible naturaleza, será mil veces más desdichado, por necio que sea, que creyendo en Dios, cuya justicia está acompañada de una infinita misericordia, y cuyo amor á los hombres implica hasta para el malo, aunque sea sólo en un instante de arrepentimiento, la consoladora, mágica y omnipotente virtud de la plegaria. Aun para el réprobo empedernido ha de ser mayor alivio y desahogo la horrible blasfemia, insultando al Dios en que cree, que la fría negación cuando no cree en nada.

Infiero yo de todo lo expuesto que el tonto y el ignorante pueden ser incrédulos como el discreto y el erudito, y que, siéndolo, la infelicidad de ellos es igual por lo común.

Por último, la teoría no debe, para ser lógica, pararse donde la para el Sr. Castelar, dando al *genio* privilegios lastimosos. Debe ir hasta donde la llevan Rousseau y Leopardi. Si la razón es contraria á la fe; si la superior cultura destruye las llamadas con impío romanticismo *ilusiones* que nos hacen dichosos; si la ciencia y la poesía están en razón

inversa, conviene retroceder á las edades bárbaras.

El verdadero progresista ha de creer, así hablando de un individuo como de la sociedad entera, en el crecimiento simultáneo y armónico de todas las aptitudes; en que toda ciencia, toda doctrina, toda invención artística, toda inspiración literaria, cuando son sanas, nacen de un espíritu sano; son un bien y no un mal; una causa y un efecto á la vez de algo dichoso, y no una causa y un efecto á la vez de la desdicha.





DE LA PERVERSIÓN MORAL  
DE LA  
ESPAÑA DE NUESTROS DÍAS (1).

---

CON MOTIVO DEL LIBRO NUEVO «TODO EL MUNDO,»  
POR D. SANTIAGO DE LINIERS.

I.

**C**UENTA la historia que, después de la comida, el duque y D. Quijote se fueron á dormir la siesta, y Sancho acudió á dar conversación á la duquesa, que estaba con sus dueñas y doncellas. La duquesa obligó á Sancho á sentarse junto á sí en una silla baja, rogándole que se sentase como gobernador y hablase como escudero.

Sancho declaró allí que él tenía á su amo por loco, menguado y mentecato. Y la duquesa le contestó, en mi sentir con mucha discreción:

—Pues D. Quijote de la Mancha es loco, men-

(1) Publicado en la *Revista de España* en julio de 1876.



guado y mentecato, y Sancho Panza, su escudero, lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atendido á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo.

Aplicando esto al caso presente, digo yo, bastante atribulado:—Si en esta nación de diez y ocho millones de habitantes hay seis ú ocho mil tunos, entre militares y civiles, sin fe ni honra, sin idea noble, sin patriotismo y sin virtud de ninguna clase, los cuales para medrar y robar y disfrutar hacen cien mil infamias, y, sin embargo, gobiernan siempre por turno y saquean y destruyen la tierra, es consecuencia precisa, ó bien que el resto de los españoles, hasta completar los diez y ocho millones, es de idiotas, ó bien que todos son tan pillos y tan viles como los seis ú ocho mil que descuelan, brillan y mandan.

Todavía, si gimiésemos bajo el yugo de una tiranía firme y estable, sostenida por alguna milicia extranjera, al servicio del tirano, podríamos explicar este fenómeno, asegurando que los españoles sufrían por fuerza tanta bellaquería y tanta maldad; pero ni aquí hay tirano, ni milicia extranjera, ni estabilidad en los que mandan, sino pronunciamientos y cambios harto frecuentes, en pos de los cuales, dado siempre el supuesto, no salen jamás á relucir los varones virtuosos y verdaderamente amantes de su patria, sino siempre los tunos y los pícaros, que para determinar algo no pasan de seis ú ocho mil, como ya he dicho.

Esta consideración da más fuerza al argumento. Los personajes que figuran tienen que ser la flor

y nata de España. ¿Cómo será lo demás si la flor y nata es como el Sr. De Liniers la describe? Todo hombre que conserve un resto de pudor, debe echar á correr y huir de esta cloaca inmunda, y sacudir el polvo de sus zapatos al pasar la frontera; y toda mujer honrada debe hacer lo propio, cuidando de no volver la vista para no quedar convertida en estatua de sal.

Tal es la primera reflexión que se me ocurre después de haber leído el nuevo libro del señor De Liniers. Apelo á cuantos le lean con imparcialidad para que declaren si la más capital afirmación que de todo él se deduce es otra que la expuesta, á saber: que los hombres políticos de todos los partidos que alternan en el poder desde hace cuarenta años, son la más indigna y despreciable turba de galopines. Ahora bien: ó el Sr. De Liniers está lleno de negra misantropía, y calumnia, sin querer, á los seis ú ocho mil ciudadanos más notables y egregios del país, ó es menester afirmar que todos los que no son esos seis ú ocho mil ciudadanos que despuntan, son cobardes y tontos, ó son más corrompidos y más abyectos que los mandones, ó tienen á la vez todas sus malas cualidades, y sobre ellas la incapacidad más monstruosa.

El libro del Sr. De Liniers está escrito de manera que no es una sátira contra éste ó aquel pícaro que medra con la política; contra éste ó aquel aventurero audaz y sin vergüenza que tal vez se alista en un partido ó en varios y logra elevarse y hacer fortuna. Por el contrario, las afirmaciones y diatribas del Sr. De Liniers tienen tal carácter de

generalidad, que condenan á cuantos aquí se elevan ó se distinguen. El Sr. De Liniers, siempre en sentido irónico, ha escrito un arte de elevarse en España por medio de la política, del cual se infiere que esta elevación ha de ser á costa de una larga serie de vilezas apenas concebibles. El que pone la mira en la cumbre y aspira á trepar á ella, empieza desde su primera juventud á cometer atrocidades. Se nota además en los personajes que el Sr. De Liniers nos describe, un encarnizamiento, un ahinco, un desvelo criminal para elevarse por la política, como si se tratase de conquistar todos los deleites y todos los bienes; de nadar en la opulencia; de ser un Crespo, ó cuando menos un Rothschild.

Distan tanto de la verdad estas pinturas, que yo, por mi parte, declaro que, dando por lo pronto por evidente que algunos de los personajes políticos de primera magnitud que he conocido hicieron picardía sobre picardía para llegar á la altura, es menester confesar que todos ellos fueron ilusos, disparatados é ignorantes de las cosas del mundo, por lo cual se llevaron el chasco más solemne. Creyeron, sin duda, que iban á ser unos Sardanápalos, y vivieron y murieron como unos pobres estudiantones. ¿Por qué no citar ejemplos? Pastor Díaz vivió siempre con la mayor modestia, casi en la pobreza. Fuí muy su amigo, y jamás se atrevió á convidarme á comer por temor de matarme de hambre. Vivió en compañía de su excelente y cariñosa madre, de la que no se avergonzaba, como supone el Sr. De Liniers que ha de

avergonzarse el personaje político; y cuando Pastor Díaz murió, no dejó un real, y fué menester vender sus libros para pagar el pobre entierro. Ríos Rosas, de quien también me honraba yo con la amistad, jamás estuvo en la abundancia. En 1867 le visitaba yo en París, cuando él estaba allí emigrado; y como en su cuartito apenas cabían la cama, tres sillas, la mesita de escribir y el lavabo, nos íbamos á la calle para poder hablar con anchura. En España vivía Ríos Rosas como un ermitaño, en la última casa del barrio de Salamanca. Es verdad que siempre tenía el coche del tranvía á la puerta. Con todos estos despilfarros no extraño que al morir no dejase sino siete duros en su cómoda.

Sería interminable la lista de los personajes políticos que he conocido que vivieron y murieron sin dejar de estar á la cuarta pregunta, como suele decirse. Y el que llega á Ministro, tiene al cabo sus treinta mil realitos de cesantía; pero el que no llega, tiene el día y la noche.

Este país es pobrísimo; la gente de levita y de cierta educación no tiene en qué emplearse: de cada diez ó doce señores de levita, sobramos, sin duda, nueve ú once; nuestra tierra es estéril y no puede sustentar tanto caballero. Todo esto es verdad; pero ¿qué culpa adquiere porque seamos tan pobres el que ha nacido en el seno de nuestra menesterosa clase media, y en lugar de ponerle á oficio ó de criarle robusto para que vaya á cavar con un azadón al hombro, ha recibido de sus padres el don funesto de una educación literaria,

más ó menos esmerada? ¿Qué quiere el Sr. De Liniers que haga este infeliz? Si se consagra á la política, ¿no es natural que aspire á ocupar un día los primeros puestos? ¿Por qué formar á nadie por tan natural y legítima ambición un capítulo de culpas? Por lo demás, ese furor por llegar, ese incesante trabajo de intriga para elevarse, apenas existe sino en la fantasía atrabiliaria del Sr. De Liniers.

Tal vez sería mejor que hubiese en España una clase gobernante, rica, aristocrática y menos necesitada. ¿Pero son los seis ú ocho mil tunos, descamisados y plebeyos y subidos luego á mayores los que se oponen á que exista esa clase? Si esa clase existe y carece de espíritu de clase, ¿es culpa de los pícaros? ¿Cuántas veces no han tratado los pícaros de infundir á esa clase el espíritu colectivo que há menester y no lo han conseguido? ¿Dónde, además, sin envidia y sin bajeza, se ha hecho jamás más lado y se ha recibido mejor en cualquier partido á toda persona distinguida por su nacimiento ó por su posición? No negamos el mérito de ciertos duques, marqueses y condes de antiguo cuño, cuyos nombres es inútil citar aquí; pero tampoco se puede negar que todo otro sujeto, con igual mérito, hubiera necesitado diez veces más esfuerzo para elevarse á donde ellos, en fama, en dominio ó en influjo, se han elevado.

Conviene, además, advertir que, en la vida política, aun para los que se encumbran, no son todos triunfos y goces. Debe de ser rarísimo el hombre político que en veinte años de vida está más

de cinco con empleo y menos de quince cesante. Si ponemos el término medio, y es mucho poner, de los sueldos que ha disfrutado en 48.000 reales, tendremos que toda su actividad política le ha valido 12.000 reales anuales. Confiese, pues, el señor De Liniers que parece inverosímil que, impulsado nadie por tan mezquino incentivo, haga tanta infamia como él supone que es costumbre hacer. Y no hay de nuestra parte exageración en esto. De no ser bandidos ó ladrones, no es probable que nuestros hombres políticos más afortunados (prescindiendo de la cesantía de Ministros, si llegan á serlo) saquen más de la política que los mencionados 12.000 reales un año con otro.

Hay que tener en cuenta, además, que los provechos ilícitos se ponderan mucho ó se fingen á menudo por la mordacidad ó por la envidia. Sobre esto nada hay más gracioso que aquello que se refiere de un sujeto elocuente, gracioso, de buen humor, discreto y ameno, pero que siempre ha vivido en los mayores apuros pecuniarios.

Era una vez Ministro, y las gentes aseguraban que aquel Ministerio estaba vendido al oro inglés. Nuestro Ministro, bajo el peso de la tremenda acusación, y quizá apremiado por las necesidades de su familia y por los acreedores que durante largos períodos de cesantía habría tenido que proporcionarse, dicen que exclamaba, paseándose á largos pasos por su despacho y *tendens ad sidera palmas*:—¿Dónde estás, oro inglés, que no te veo?—Con la cual broma contestaba á la ridícula calumnia y se desahogaba al mismo tiem-

po cómicamente de la molestia que le causaban sus apuros.

No se sigue de todo lo dicho que en España no haya corrupción. No afirmo yo que seamos todos mártires ó santos. Así como podría extender larga lista de los probos, así también podría formar otra de los que han hecho su negocio sin escrúpulo. Pero esta segunda lista no excedería en proporción á la que se pudo formar en España en otra época cualquiera, ó á la que puede formarse fuera de España, en cualquiera nación de Europa, en la época presente. De ello se infiere que la corrupción es propio defecto de la pecadora y decaída naturaleza humana, común á todos los siglos y países, desde que Adán y Eva pecaron: es lo que llamaría Hegel las impurezas de lo real. Siendo asimismo muy de tener en cuenta que aquéllos á quienes más señala hoy la opinión pública como poco escrupulosos en punto á incautaciones ó dislocaciones de metálico ó de cosa que lo valga, ó de signos que lo representen, son, por lo general, no los adalides y más ilustres personajes, sino las partes de por medio.

Estas reflexiones, ó mejor dicho refutaciones, han acudido de tropel á mi mente, y con el mismo desorden con que han acudido, van aquí estampadas; pero, así para dar idea del libro del Sr. De Liniers, como para impugnar sus asertos, conviene proceder con método y reposo, y voy á ver si lo consigo.

Tal vez pecaré de cansado; pero el asunto lo merece. El libro del Sr. De Liniers está escrito

con notable ingenio y chiste, y suscita dudas de suma gravedad, que importa poner en claro. Para ello, antes de empezar con las dudas, es menester dejar sentado aquello en que todos convienen.

Todos convienen en que España, social, política y económicamente considerada, está bastante mal. Salvo la Turquía, quizá no haya en Europa otro pueblo que en esto nos gane. En punto á estar mal, somos potencia de primer orden.

Sobre las causas de este malestar se disputa mucho. Dicen unos que proviene todo de lo poco que llueve; y otros, de los resabios que dos ó tres siglos de fanatismo y de absolutismo nos han dejado en la sangre; y otros, de que nuestro gran sér, nuestra propia excelencia, nuestra hidalguía heroica se opone á que medremos en esta edad en que el medio principal de elevarse es el industrialismo. Nuestra condición algo especulativa, mística y extática, nos incapacita (¡oh sublime incapacidad!) para las torpes artes del deleite. Así es que apenas hay español que guise bien; ni que encienda una lámpara sin que dé tufo, se apague ó salte el tubo; ni que agarre en la mano una alhaja delicada sin hacerla pedazos; ni que fabrique ó confeccione algunas de esas fruslerías, que tanto valen á los franceses, alemanes ó suizos. Ello es que, desde la suela de los zapatos hasta el sombrero, todo cuanto llevamos encima está hecho fuera de España. Nuestros muebles, nuestras camas, las sábanas con que nos cubrimos de noche, la pluma con que escribimos, el cuchillo con que



partimos nuestra comida, la vasija en que nos lavamos, casi todo es francés, alemán ó inglés, adquirido con el producto de nuestra tierra, por más que llueva poco.

Contra esto habría un remedio, si fuera posible: vivir *ut prisca gens mortalium*; convertirnos en Cincinatos ó cosa por el estilo; pero no lo consienten la misma naturaleza de las cosas y las circunstancias de la edad que vivimos. La cultura material, merced á la facilidad de comunicaciones, lo invade y quizá lo corrompe todo. Hace veinte años, para un joven estudioso que llegaba á Madrid del fondo de su provincia, cada paso que daba era una revelación corruptora. ¿Qué efecto no produciría en su ánimo, por mediano paladar que tuviese, un simple Chateaubriand con trufas que comiera en casa de Lhardy, cuando hasta entonces no había gustado sino de vaca estofada y ropa vieja? Los nombres exóticos de los guisos transpirenáticos se agolparían en montón á su memoria para hacerle desdeñar la alboronía, el puchero, el salmorejo y la pepitoria, que habían sido siempre su mayor regalo. Hoy ya no es menester que el joven venga á Madrid. Algo, aunque poco, de la cultura culinaria se infiltra y penetra hasta en los lugares. Esta lenta divulgación de las artes del deleite es un mal espantoso. Pero ¿cómo evitarle?

Nunca me olvidaré de que cuando el ferrocarril de Andalucía no llegaba más que á Despeñaperros, había allí un fondín, donde los pasajeros descansaban y comían antes de tomar coches, caballos,

mulos ó diligencias. Era dueño del fondín un digno sucesor y cofrade de Juan Palomeque, el zurdo, tan celebrado por Cervantes. El fondista, no ya ventero, andaluz muy jaque, muy hablador y muy comunicativo, venía á hablar con los viajeros, solía sentarse á su lado sin ceremonia, en mangas de camisa y con el velludo pecho descubierto, y encomiaba siempre en términos hiperbólicos el buen trato que se daba en su casa. Pero cuando él se llenaba de entusiasmo; cuando apuraba toda su elocuencia; cuando se conocía la sinceridad fervorosa de su admiración, sin trastienda, sin recámara, sin propósito de dar valor á su establecimiento, sino por sentirlo así, era cuando hablaba de un plato que en ciertas ocasiones solía servir á sus huéspedes, hecho con pechugas de gallina, jamón, leche, harina de flor y nuez moscada. Nunca terminaba el encomio sin añadir, para ilustración de su atento auditorio, que el plato se llamaba *croquetas*.

Imagine, pues, el lector, si en una época en que hasta en una venta de Despeñaperros se hacen ya *croquetas*, es posible volver á aquellos tiempos en que

No había venido al gusto lisonjera  
La pimienta arrugada, ni del clavo  
La adulación fragante forastera,

y en que

... Con rojos pimientos y ajos duros  
Tan bien comió el señor como el esclavo.

La difusión del lujo data en España de hace treinta ó cuarenta años. Yo recuerdo aún cuando en casa de los principales ricachos andaluces de los lugares comían todos en el plato del medio, y cuando apenas había un vidrio en las ventanas; pero ¡qué mucho, si en Madrid los vidrios eran verdes y llenos de burbujas, y no mayores que una cuartilla de papel! Hace cuarenta años casi nadie tenía chimenea en Madrid, sino brasero; cada portal era un muladar; y en las casas, fuera de los palacios de los grandes, apenas había más que sillas de Vitoria y esteras de esparto. Si la décima parte de los habitantes de Madrid hubiera tenido entonces el capricho de lavarse, hubiera faltado el agua para beber y para cocer los garbanzos.

Entonces era un prodigio, una rareza, haber ido á Francia ó á Italia. Hoy, gracias al perverso ferrocarril, cualquier perdido va á París, y hasta lleva á su mujer en su compañía. ¡Infeliz del que tiene á su mujer en París tres ó cuatro meses y ella le toma el gusto á aquello! Ya todo le parecerá *cursi* como no venga de París; todo *cursi*, incluso su cara y legítima mitad. ¿Cómo retrotraer á esta señora á la sencillez montaraz del siglo de oro, para poder exclamar en su alabanza con el profano:

*Sed potanda ferens infantibus ubera magnis  
Et sæpe horridior glandem ructante marito?*

Si del influjo de la cultura material pasásemos al de la intelectual, fuerza nos sería convenir en que no es menos perturbador, y por lo pronto fu-

nesto. Sin meternos en honduras; sin dilucidar aquí si la moderna civilización es tuerta ó derecha, va por el buen camino ó se ha extraviado; sin resolver nosotros si el mundo se ha dado á todos los diablos ó sigue su marcha gloriosa y progresiva en ascensión constante hacia el bien, es lo cierto que cuando un pueblo, casta ó tribu se ha parado en el desarrollo de su civilización indígena y castiza, se ha quedado atrasado, como vulgarmente se dice, y luego se pone en íntimo y frecuente contacto con naciones ó castas de gente más adelantada, este contacto es peligrosísimo, á menudo deletéreo y á veces hasta mortal. Si el desnivel de las civilizaciones que se tocan es muy grande, ó si la raza más atrasada no tiene bastante brío para encaramarse de un salto al nivel de la raza más adelantada, ó el Estado perece, como quizá perecerá Turquía dentro de poco, ó la raza se extingue, como acontece con los habitantes de la Polinesia, á quienes la tristeza y el fastidio, sin necesidad de malos tratos, van consumiendo y matando hasta que no quede uno.

No temo yo que España, aunque el desnivel no es pequeño, perezca como Estado á semejanza de Turquía, ó se quede sin hijos, como no pocas islas del mar del Sur; pero la crisis por que pasamos es terrible de veras, y aún serán menester muchos disgustos, muchas perturbaciones y muchas fatigas para que salgamos de ella triunfantes.

Vistas así las cosas, no cabe duda en que el malestar de España es grande y cierto; pero debe atribuirse á la naturaleza misma, á leyes fatales ó

providenciales de la historia, y á *todo el mundo*, y no á un *grupo exiguo de ambiciosos, de aventureros y de necios, que á sí propio se llama todo el mundo*, según el Sr. De Liniers.

Examinemos ahora su libro con alguna detención.

## II.

Al exponer las principales ideas del libro del señor De Liniers y al tratar de refutarlas, me propongo hacer de un modo implícito una tímida apología del *grupo exiguo de ambiciosos, de aventureros y de necios*; esto es, de los personajes políticos más notables. Y haría yo su apología, aunque los tales personajes políticos me fuesen menos simpáticos que al Sr. De Liniers, porque si diese crédito á las acusaciones, toda la nación quedaría muy mal parada; y esto me aflige mucho, y ni lo quiero ni lo puedo creer. Ciertamente es que hay graves males que saltan á los ojos; pero cuando la culpa no es del conjunto y sér de las cosas mismas, y superior, por lo tanto, al influjo de la voluntad humana, la culpa está muy repartida, y no cae sólo sobre el *grupo exiguo*, según el Sr. De Liniers pretende.

Daré varias razones de por qué la culpa no es sólo del *grupo exiguo*.

Primera. Porque si el *grupo exiguo* peca empleándose en la política para medrar, no es menor pecado el de los varones probos, el del resto de los

diez y ocho millones de españoles, en no pensar en la política, y en dejar, por desidia, por cobardía ó por complicidad, que el *grupo exiguo* mande siempre. Contra esto puede objetarse que hay un partido que no ha podido mandar nunca, y que en él está lo bueno, lo santo y lo virtuoso. Pero se replica con dos argumentos: es uno, que dicho partido será menor en número ó más tonto, cuando no llega nunca á mandar; y es otro, que todos los tránsfugas del *grupo exiguo*, idos de él por despecho de no figurar ó de no medrar bastante, han sido recibidos con los brazos abiertos y colocados en eminente lugar por el partido de los santos y de los buenos.

Segunda. Porque el *grupo exiguo* no se procrea á sí mismo, sino que permanece y dura reclutando á los más listos ó dichosos de entre los aspirantes. Esto supone una turba de aspirantes lo menos de cien mil. Los que no entran en el *grupo exiguo* no es por falta de ganas, sino por falta de habilidad. Luego ya tenemos aquí una ralea evidentemente más vil que el *grupo exiguo*. La vileza de esta ralea será tanto mayor, cuanto mayor capítulo de culpas contra el *grupo exiguo* se formule.

Y tercera. Porque si los del *grupo exiguo* y los aspirantes á formar parte de él se consagran á la política, es porque no tienen otro recurso, lo cual no es culpa de nadie ó es culpa de todos. Ya lo hemos dicho: sobramos las nueve décimas partes de los señores de levita que hay en España. Pero ¿de qué suerte disminuir esta clase media? Tal vez

convendría que los exámenes fuesen muy rigurosos en los Institutos y Universidades, á fin de que los chicos de cortos alcances ó poco estudiosos se desesperasen y se dedicasen á alguna faena mecánica; pero si consideramos que en España presumimos casi todos de hidalgos, se verá que esto es imposible. Lo más que se lograría es que no hubiese tanto título profesional; pero, sin dicho título, la gente de levita seguiría de levita, y, desprovista de título profesional, se dedicaría con más furor á la política. Correríamos además un grave peligro. Los que estudian ó hacen como que estudian en las Universidades cobran, por lo menos, cierta afición á la literatura, y, ya que no sepan de leyes, suelen darse á las musas y entretienen el hambre escribiendo versos, ó se enamoran de las bellezas del estilo y hacen ó procuran hacer discursos elocuentes y floridos, y artículos ó libros, como el Sr. De Liniers ó como yo; pero la gente que no es de carrera, ni presume de literata, suele meterse en las profundidades de la Hacienda, como trasquilado por iglesia. Resultaría, pues, de la severidad en las Universidades una enorme plaga de hacendistas, que sería, á mi ver, la calamidad más horrible. Nótese bien que los políticos romancistas son ya, aun con tener la manga tan ancha los examinadores de las Universidades, los que se consagran con más ahinco á la Hacienda.

Otros mil arbitrios se imaginan para aligerar de gente esta clase media letrada ó *enlevitada*. Todos me parecen infructuosos. El restablecimiento de las comunidades religiosas, por ejemplo, no ten-

dría mucho éxito en este punto, por lo autonómicos é individualistas que nos vamos volviendo, y sobre todo porque el conocimiento, el sentimiento ó el presentimiento de que hay *foie gras* induce á despreciar la chanfaina, por abundante y bien condimentada que la finja ó la fantasee la imaginación más viva.

En suma, una ley fatal, ineludible, arrastra á la política á esta superabundante clase media letrada ó *enlevitada*. No ya sólo el abogado sin pleitos, sino el que quiere tenerlos y es capaz de tenerlos, se lanza á la política para adquirir notoriedad y fama y clientela. No digo nada de los literatos. Si el literato no es político, tendrá que ser un portento para llamar la atención. Y aunque la llame, ¿ganará escribiendo para vivir, salvo si es autor dramático, como no defienda con su pluma los intereses de un partido político? Si mañana ó el otro van á empadronar al Sr. De Liniers, ¿dirá que es literato? Lo declaro con entera sinceridad: el señor De Liniers pudiera decirlo, porque escribe linda, primorosa y discretamente; pero no lo dirá, porque la policía tendría derecho á sospechar, si lo dijese, que se valía de malas artes para sostener á su familia. El Sr. De Liniers dirá probablemente que es propietario. Luego casi todos los que no lo son tendrán que ser periodistas, empleados ó por lo menos cesantes; esto es, políticos siempre. Yo, por mi parte, confieso con humildad que no he ganado aún con la literatura, durante toda mi vida, lo que necesito para vivir durante seis meses; y aun así, si algo he ganado, ha sido escribiendo.



do de política en la redacción de un periódico.

Y no se me diga que es sólo por nuestra incapacidad ó flojera. Depende mucho del mezquino valor ó precio en el mercado de aquello que producimos, comparado con lo que en otros países producen. Aunque sea negocio particular mío, voy á poner como ejemplo el que yo quiera obsequiar á mi mujer con un vestido bueno de Worth para baile. No es menester que el vestido tenga encajes riquísimos, ni salga de los límites de lo bueno para que cueste 8.000 reales. Ahora bien: yo he tenido la dicha de escribir una novela titulada *Pepita Jiménez*, que ha sido celebrada, que ha tenido grande éxito. ¿Podré comprar el vestido de Worth con el producto total de *Pepita Jiménez*? En manera alguna. *Pepita Jiménez* no ha llegado á valerme 8.000 reales. Si algún consuelo fuese la común miseria, me la daría el considerar que en el mismo desnivel se halla entre nosotros el propietario terrateniente. Pongamos uno que va á comprar el vestido de Worth con el producto de sus viñedos. Á no ser en Jerez, en ninguna otra parte de España podemos lisonjearnos de vender el vino, uno con otro, más caro que á 10 reales la arroba. Se necesitan, pues, 800 arrobas de vino para comprar el vestido: un verdadero río de vino. Cada fanega de tierra de viña regular podrá producir por término medio 100 arrobas al año. Luego son indispensables ocho fanegas. Pero como labrar estas ocho fanegas (cava, bina, rebina, azufrado, viñador, vendimia, mugrones, poda, etcétera, y contribuciones) quizá costará 6.000 rea-

les, resulta que el producto líquido de las ocho fanegas no es más que de 2.000, y que es indispensable ser propietario de 32 fanegas de buena viña, y emplear todo el producto en el vestido, si uno se quiere dar ese gusto y mostrarse galante. Si en vez de viñas posee el que va á comprar el vestido una de esas tierras que lo que producen es esparto, necesitará, tal vez, consumir la producción de una legua cuadrada de terreno por cada metro cuadrado ó no cuadrado de la tela que envuelva el cuerpo de su mujer y que le arrastre formando cola. Por último, si el marido elegante y generoso es rentista, como no le pagan el cupón, tendrá que vender treses para comprar el vestido; y suponiendo que el día de la venta la cotización es favorable y que el interior está á 13, tendrá, para adquirir el vestido, que desprenderse de un capital de 61.538 reales vellón, más dos ó tres perros chicos.

Queda, pues, demostrado, si no me engaña el amor propio, que somos unos miserables. El politiquero del *grupo exiguo* y de los que aspiran á entrar en él es ley ineludible por ahora. Estas circunstancias excitan mucho á la perversión. Veamos, sin embargo, cómo, á pesar de tan malas circunstancias, la perversión no es grande.

Como prueba de la perversión, empieza el señor De Liniers por sostener que en otras edades, en que la palabra *patriotismo* aún no se había inventado, este sentimiento, creador de generosas y grandes acciones, vivía en muchas almas; mientras que en esta edad, en que la palabra *patrio-*

tismo ha salido á relucir y se ha puesto en moda, no hay ya verdaderos patriotas.

La escuela político-clerical española es muy aficionada á estos argumentos que pudiéramos llamar filológicos. Para demostrar, pongo por caso, cuán propio de nuestro sér es el catolicismo, he oído yo decir con formalidad á alguien de la mencionada escuela, que, cuando se le pregunta á un español cómo está de salud, y él no está muy bien, responde siempre: *No estoy muy católico*; prueba de que el catolicismo es nuestra esencia, nuestra naturaleza, todo en nosotros. Por desgracia á esto se puede contestar que cuando dos hidalgos, embozaditos en sus capas, salen, por ejemplo, á *tomar el sol y hacer tiempo*, se encuentran al revolver de una esquina, en un lugar de Andalucía, y los dos se sienten regular de salud (en su estado normal, como si dijéramos), casi siempre se saludan y empiezan la conversación de esta manera:—¿Cómo va, compadre?—Trampeando, compadre. ¿Y V.?—También trampeando.—La palabra *trampeando* para designar el estado normal, no es menos usada que la de *no estar muy católico* para designar el andar algo malucho: con que sáquese la consecuencia.

El más razonable de estos discreteos epigramático-piadosos, fundados en la filología, es, sin duda, el que distingue la filantropía de la caridad, y se burla de la primera para realzar la segunda. En efecto, la caridad y la filantropía son dos virtudes harto diferentes. La caridad es el amor de Dios, y por el amor de Dios el de los hombres; la filantro-

pía, por el contrario, es el amor de la humanidad, no ya por amor de Dios, sino á pesar de los dioses mismos, si es necesario. En la filantropía hay mucho de impiedad, de rebelión, de soberbia titánica contra los eternos decretos. Por eso la Fuerza, cuando en la tragedia de Esquilo manda á Vulcano que ate á Prometeo á la roca firmísima con cadenas de diamantes, dice que aquel castigo es para que el titán *aprenda á magnificar la tiranía de Júpiter y se deje de ser filántropo*.

El patriotismo es palabra nueva: no es palabra antiquísima, como lo es *filantropía*; y el patriotismo, además, no está en oposición con ninguna virtud teologal ni con ningún sentimiento religioso. Siempre ha habido patriotismo y se ha llamado amor de patria ó algo semejante. La novedad del vocablo *patriotismo* implica, no obstante, que ya que la idea que representa no sea nueva, es más frecuente ahora que en otras edades. Si no hubiese ahora más patriotismo, no se hubiera formado nuevo vocablo para significar el mencionado sentimiento. Yo infero, al revés del Sr. De Liniers, que la novedad del vocablo implica, no la ausencia del sentimiento, sino su mayor consistencia y sér en nuestro siglo.

Otros sentimientos generosos podrían ser, en siglos pasados, causas de grandes proezas, extraordinarias bizarrías y costosos sacrificios; pero si al héroe ó al mártir no se le llamaba patriota, era sencillamente porque no era patriota. Véanse, si no, los ejemplos de patriotismo antiguo que aduce el Sr. De Liniers. Apenas hay uno solo de estos

ejemplos, donde no se pueda disputar y aun negar que el patriotismo haya entrado por algo. Carlos V haría á España poderosa y temida por amor á la gloria, por amor á su dinastía, por ambición, y hasta, si se quiere, por cierto afecto que pudiera tener á los españoles, cuyo rey era; pero no por amor á su patria, que no era España. Felipe V sería todo lo bueno que se quiera suponer y haría mil primores; pero era francés, y por patriotismo nada pudo hacer en favor de España. *Nadie se ha atrevido todavía á llamar gran patriota á Pelayo*, dice el Sr. De Liniers, y tiene razón. Pelayo no podía ser patriota. Lo primero que se necesita para ser patriota es tener patria, y Pelayo no la tenía. Puede suponerse que la fundó, como Rómulo á Roma, Dido á Cartago ó el Conde D. Enrique á Portugal. Pero éstos no se llaman patriotas, como no se llama amante de una mujer al que es su padre. Trasládese el Sr. De Liniers á la época de D. Pelayo, y piense en el patriotismo posible entonces. ¿Qué patria amaba D. Pelayo? ¿Era España antes de él más que una expresión geográfica? ¿Qué patria quería restaurar? ¿La España sometida al imperio romano; la España dividida en colonias griegas, cartaginesas y fenicias, y repúblicas de gente indígena, enemigas entre sí; la España dominada por diversas razas del Norte que humillaban á los hispano-latinos y con el litoral de Oriente sujeto al imperio de Bizancio, ó la España de los últimos tiempos de la monarquía visigoda, tan poco convencida de su nacionalidad autonómica, que bastaron seis ó sie-

te mil alárabes para que acabasen con ella, antes de que llegase el famoso y proverbial moro Muza? D. Pelayo, si, como el nombre lo indica, era más latino que godo, se movería á sus hazañas por amor á los de su casta y religión, lo cual, si es patriotismo, es patriotismo harto confuso y vago; si era de la nobleza visigoda, el sentimiento de su dignidad, la ambición y el amor de la gloria pudieron entrar por mucho en su propósito; pero llamar patriotismo al sentimiento que le impulsó, es algo impropio aún, dentro del sentido de la estricta realidad histórica. Esto no obsta para que nosotros, vistas las cosas de cierto modo poético y legendario, prestemos á D. Pelayo las ideas y sentimientos de hoy, y le hagamos amar la patria como si ya hubiese existido, como si no estuviese aún entre los futuros contingentes, haciéndole decir con Quintana:

¿No hay patria, Veremundo? ¿No la tiene  
 Todo *buen español* dentro del pecho?

En suma, para no involucrar las cuestiones, yo creo que por patriotismo ó amor de la patria debe entenderse el amor de un ciudadano por la República, Estado ó Reino á que pertenece; amor que tal vez le lleva hasta sacrificarse. Así, pues, si Carlos V ó Felipe V no pueden llamarse patriotas sin que se ría la gente de oírlo, bien pueden llamarse, y se llaman, patriotas los numantinos y los saguntinos que murieron por Numancia y Sagunto, patria de ellos, y los trescientos de las Termópilas que murieron por Esparta, y los Decios, que por

Roma se votaban á los dioses infernales y se lanzaban á morir en lo más recio de la pelea, y aquellos magnates cartagineses ó aquellos Emperadores aztecas que por Cartago ó por Méjico se hacían sacrificar á los ídolos á fin de tenerlos propicios.

Para que haya patriotismo es menester que haya patria; que el que le siente forme parte de la ciudad, se reconozca individuo de la asociación política y la ame. El patriotismo es, pues, una virtud ó un sentimiento de los libres y no de los siervos ó esclavos. Por eso apenas hay patriotismo en los siglos medios entre la plebe. Un puñado de normandos conquista á Inglaterra; otro puñado de moros conquista á España. Un aventurero, audaz y robusto, basta, á veces, á poner en fuga, apalear ó matar enjambres de villanos, fundando imperios ó reinos y haciendo posibles los portentos de los libros de caballerías. En cambio, medio millón de franceses, impulsados por uno de los mayores genios militares de que habla la historia, vinieron á España en este siglo y mordieron el polvo antes de poner el yugo á un pueblo capaz ya de ser patriota.

El patriotismo no sólo implica libertad, sino también, por muy extraño que parezca, cierta cultura. En lo antiguo, cuando la patria se limitaba por los muros de la ciudad, como en Atenas, Roma y Esparta, no necesitaba el ciudadano saber mucha geografía; pero en la edad moderna, mientras no se forman grandes nacionalidades y son del pueblo conocidas, ¿cómo ha de ser el pueblo patriota si ignora qué es la patria? Todavía dudo

yo mucho de que el montañés de Calabria se crea muy compatriota del gondolero veneciano y se considere ligado á él por los lazos de una misma nación y Estado, que llaman Italia. En tiempos de Felipe II, dudo igualmente de que un catalán ó un gallego, como no fuese hidalgo ó letrado, entendiéndose que España era patria común de todos y se juzgase conciudadano del andaluz ó del extremeño. Los que hacían entonces las grandes proezas eran pocos: los demás vegetaban sin patriotismo y sin virtud política. Y los pocos que hacían las grandes proezas, bien puede disputarse, sí estaban muy seguros de que las hacían por amor de la patria ó para servir al Rey y á la religión, ganar honra y provecho, y medrar, garbear y buscar lances y aventuras. En la plebe apenas había patriotismo; apenas había, no diré amor, sino conciencia de la patria, á no entenderse por patria el lugar ó comarca donde se ha nacido, y no todo el cuerpo de la República, unida sólo por el lazo personal del Monarca, que era Rey de Castilla, de León, de Córdoba, de Murcia y demás retahila.

Otra prueba de que el patriotismo era, hasta hace poco, sentimiento aristocrático y no divulgado, es la facilidad y escaso miramiento con que se incorporaban ó segregaban Estados para dotes de Princesas ó heredades de Príncipes, sin que ninguna idea de nacionalidad lo cohonestase, ni por medio del sufragio universal, aunque sea falsedad hipócrita, tratase nadie de justificarlo y legalizarlo. ¿Qué patriotismo singular y zamorano quiere, por ejemplo, el Sr. De Liniers que nazca en los de Za-



mora, no bien D. Fernando I deja aquella ciudad como señorío á una de sus hijas? ¿Qué patriotismo habían de tener los de Nassau ó los de Hesse-Cassel? Pues no digo nada de los de Homburgo, que ha sido un Estado, que ha sido una patria hasta 1866.

Aunque una nación sea grande y tenga historia gloriosa, la ignorancia y la servidumbre hacen que el pueblo olvide dicha historia y pierda el patriotismo. Si alguien le conserva es la clase privilegiada, la aristocracia, compuesta de los únicos que merecen llamarse ciudadanos. Ejemplo maravilloso de esto fué el imperio griego al caer en poder de los turcos. Más de doscientos cincuenta mil hombres mandaba el Sultán. Nadie sostenía al último Paleólogo sino cuatro mil guerreros selectos y fieles, de sus más allegados, y otros tantos mercenarios y extranjeros, que le abandonaron al fin; pero entonces el Emperador de Bizancio sintió que representaba á la vez la gloria y la grandeza de griegos y de romanos, y peleó y murió con los suyos, como los trescientos de las Termópilas y como los Decios de Roma. Pocas catástrofes registra la historia más trágicamente sublimes que la toma de Constantinopla y la caída del con harta frecuencia llamado Bajo Imperio; pero esto no se debió, por cierto, al patriotismo del vulgo.

El patriotismo divulgado es propio de nuestra edad, en que hay más ilustración, más libertad y más conciencia en el pueblo de la dignidad humana y del sér colectivo de la sociedad política. Si se habla, pues, tanto de patriotismo, es porque

le hay y no para encubrir que no le hay. Casi estoy por afirmar, lamentándolo, que en España tenemos plétora de patriotismo. Demos de barato que los españoles son, por lo común, más amigos de echarse á la vida airada que de trabajar en paz en sus casas; pero todavía se me concederá que por algo debe de haber entrado el deseo del engrandecimiento de la patria y de establecer en ella el gobierno que más le conviene ó de libertarla de la tiranía, en la gloriosa guerra de la Independencia; en las dos guerras civiles, que han durado once años, y en las guerras de Méjico, de Marruecos, de Santo Domingo y del Pacífico, en que nos hemos arruinado y en que tal vez ha muerto de muerte violenta medio millón de españoles. ¿Cree además el Sr. De Liniers, que no sólo los que han muerto peleando, sino los que murieron en el patíbulo ó fusilados por causas políticas, eran todos unos tunos y dieron ó expusieron la vida por garbear ó medrar? Sólo bajo el poder de Fernando VII, *el Deseado*, fueron á la horca ó murieron retorcido el pescuezo por el garrote ó fusilados por razones políticas unos seis mil de nuestros conciudadanos. Si añadimos los deportados, los expatriados, los enviados á presidio, los muertos de miseria y los suicidados de rabia y desesperación en los calabozos, la cifra sube á muchos miles. ¿Cómo suponer que tanta víctima se aventuró y expuso con el único intento de ver si lograba formar parte del *grupo exiguo*? Convénzase el señor De Liniers: mucho de patriotismo, extraviado si se quiere, debe de haber habido en todo esto.

Después de caer sobre el patriotismo, cae el azote satírico del Sr. De Liniers sobre la *opinión pública*, que no es, según él, la opinión de *todo el mundo*, sino la opinión del *grupo exiguo*; esto es, lo que conviene á unos cuantos tunantes. Contra esta burla hay los mismos argumentos ya expuestos. Si no hay otra opinión que la de unos cuantos pícaros periodistas, ¿por qué los hombres de bien no fundan también periódicos y llevan la opinión pública por mejores caminos? ¿Los pícaros periodistas podrían, además, sostener sus periódicos sin suscriptores? Luego no son los periodistas, sino los suscriptores también, los que concurren á crear la opinión pública. De donde se deduce que, en España y en el día, la opinión pública la forman, como en cualquiera otro país y en cualquiera otra época, los que más valen y saben; los que opinan algo.

Por desgracia, esta opinión pública no suele mostrarse como debiera, ni en las urnas electorales ni por otros medios que hay dentro de la legalidad. De esto tampoco tiene la culpa el *grupo exiguo*. Los españoles nos hallamos tan mal de todo, que no hay Gobierno de que no murmuremos, después de votarle los diputados que pide.

La murmuración y el clamoreo inerte van subiendo de punto mientras más dura un Gobierno, ó dígase *situación*. Todos acuden á los militares, única fuerza organizada y activa, para que liberten á la patria de aquella plaga, para que la saquen del cautiverio. Ora los lisonjean, ora los insultan, diciéndoles que merecen enaguas en vez de uni-

forme y rueca en vez de espada, porque no se pronuncian, y ora las damas más elegantes y bonitas los enternecen, conmueven y entusiasman, para que nos salven de la anarquía, de la irreligión y de otra multitud de calamidades. Yo, digo la verdad, hallo pavorosa y vitanda toda revolución violenta, y detesto, sobre todo, un motín de soldados; pero si no disculpo, explico y atenúo bastante la falta de los generales que con tanta frecuencia suelen pronunciarse en España. No el *grupo exiguo*, sino media nación ó más los empuja siempre á que *la armen*, salvo el decir á poco que son genízaros ó pretorianos. Sin duda que la ambición y el deseo de hacer gran papel pueden inducir á los generales á que se pronuncien; pero ¿cómo negar, en vista de tantas excitaciones, que no pocos de estos adalides lleguen á creer de buena fe que Dios suscita en ellos redentores y salvadores, como aquellos jueces de Israel que suscitaba Dios para salvar á su pueblo del yugo de los amorreos ó de los filisteos?

Cuanto dice el Sr. De Liniers contra los motines ó pronunciamientos militares es chistoso, y lo sería más si el asunto no fuese tan grave; pero el chiste y la sátira están fundados en algo sofístico y propenden á probar una cosa evidentemente falsa: que un *grupo exiguo* se pronuncia ó despronuncia de continuo, perturbándolo todo. No es así. Cómplices é instigadores de todo pronunciamiento son siempre gran multitud de paisanos. Todavía no ha triunfado un solo motín militar que no haya tenido á su lado, empujándole, á un

partido político, á mucha parte de la nación, á lo que, en realidad, y no en sentido irónico, puede llamarse opinión pública en cualquier país.

Otro capítulo consagra el Sr. De Liniers á los *hombres serios*. El resultado final de todos sus estudios sobre este punto es que, para ser *hombre serio* en España, se requiere una *dosis infinitesimal de vergüenza y amor propio y orgullo á discreción*. Esto, para hacer gracia, confesamos que excede ya los límites de lo cómico. Y si esto es la ruda enunciación de una verdad, tendremos que repetir con otras palabras lo mismo que ya hemos expuesto. Si en España, para pasar por *hombre serio*, basta con ser presumido, soberbio y desvergonzado, esto es, un detestable pillo, ¿qué serán en España los hombres jocosos ó burlescos? Serán unos idiotas, y todo el conjunto de la nación no podrá menos de ser una estúpida canalla. Sin embargo, el Sr. De Liniers no se contenta con pintarnos en caricatura tan cruel al *hombre serio*. Va más allá. Nos describe también los *grandes caracteres*, que salen no más lisonjeados.

Su libro consta de tres partes. Como es didáctico-irónico, enseña al hombre lo que debe saber para vivir correctamente en la patria, en la sociedad y en la familia. De la sátira política á que da lugar este método, ya hemos dicho lo más esencial. La sátira contra las costumbres no es menos agria y dura.

De este modo hiperbólico y violento de escribir se originan varios males.

Mal para el autor: Que siendo un mozo de ta-

lento, agudo, buen observador y gracioso, hace un libro menos divertido y ameno de lo que hubiera podido ser; pues al cabo lo cómico está en las debilidades y miserias que no traspasan ciertos límites, y que no llegan á una perversidad consumada, la cual no hace reir ni divierte á nadie.

Males para la sociedad: Que este afán de pintar sus vicios, atribuyéndolos todos á un *grupo exiguo*, no corrige ni mejora á nadie, antes empeora y pervierte, estimulando el odio, la envidia y otras malas pasiones contra los pocos que, si no han sido más capaces, han sido por lo menos más felices; y que, al leer libro semejante, alguien que no acepte el sofisma de que todos son buenos menos un puñado de hombres que tienen embaucados y supeditados á los demás, formará de la pobre España, que está muy mal sin duda, el concepto más bajo y humillante que puede imaginarse.

Jamás he leído nada con mayor disgusto y enojo que una colección de artículos que publicó contra España la *Gaceta de Augsburgo*, estando yo en Alemania. De ellos resultaba que nuestros generales eran unos ambiciosos, ignorantes y sin conciencia; nuestros oradores unos charlatanes que deslíen un átomo de idea en un piélago turbio y revuelto de palabras huecas y resonantes; nuestros hombres de Estado unos presumidos que no quieren más que medrar y mantenerse en el poder ó tomarle por cualquier medio bueno ó malo, etc., etc. En resolución, los artículos de la

*Gaceta de Augsburgo* eran como compendio profético del libro del Sr. De Liniers. Mi enojo, no obstante, tuvo que disiparse cuando noté que el cachazudo alemán, autor del artículo, nada decía sin autoridad y texto.

Había tomado todas las invectivas de los periódicos de cada partido contra los prohombres de los partidos contrarios, y así había hecho su obra tiznando lastimosamente á *todo el mundo* verdadero; porque, desengáñese el Sr. De Liniers, es mucha sutileza metafísica para creída por nadie eso de que haya un *grupo exiguo* de galopines, que, á ciencia y paciencia de *todo el mundo*, se atribuya la influencia, el valer y el poder que á *todo el mundo* pertenece.

El libro del Sr. De Liniers puede producir muchos efectos contrarios á los que el Sr. De Liniers se propone. Pondré aquí algunos.

La empleomanía es un mal gravísimo, nacido de nuestra pobreza, de la abundancia de clase media sin oficio ni beneficio, y hasta de los enormes tributos que agobian á la nación, pues muchos de los contribuyentes que dan al Estado la mitad ó más de la mitad del producto líquido de su capital y trabajo, nada hallan más natural que desear que algo de eso que dan vuelva, cuando no á ellos, á sus hijos, sobrinos ó ahijados, bajo la forma de sueldo ó de otros provechos oficiales. Contra el deseo de sueldo milita aún el pudor de desempeñar mal un puesto por falta de capacidad ó de estudios, y contra el deseo de provechos el temor de ser castigado ó infamado al menos; pero

si se afirma y se repite que los que desempeñan los puestos son ignorantes y tontos, y que tienen vergüenza infinitesimal, y que á mansalva se puede hacer lo que se quiera, el pudor y el temor de que hemos hablado acabarán por extinguirse. No habrá nadie que no se juzgue capaz y digno de ser empleado. El reló de la oficina ganará el sueldo por él. La administración bien montada es una máquina que casi anda sola.

Por último, el libro del Sr. De Liniers, ó lo que hay en él de más substancial, puede llegar á las clases ínfimas, á lo que llaman cuarto estado. ¿Qué sentimiento moralizador producirá en los individuos de ese cuarto estado el creer que hay un *grupo exiguo* de tunantes que explota el país, le chupa el jugo, y vive rico y colmado de honores á expensas de todos? Lo primero que hará el vulgo será ensanchar el *grupo exiguo* por un procedimiento dialéctico bastante justificado. Toda esta gente nueva, dirá, que se ha elevado por la política reciente, y va en coche, y se llama Peñón-Tajado y Casa-Francisco ó Casa-Diego, ¿por qué ha de ser distinta de lo que fueron en su origen los señores antiguos? La única diferencia, añadirá, consiste en que éstos han hecho para sí lo que para los otros hicieron los padres, abuelos ó tatarabuelos. Regla general, pues: toda riqueza, toda distinción, heredada ó conquistada, ha sido mal adquirida y con poco trabajo. Dada la regla general, la consecuencia es evidente: la cocinera te sisará con menos escrúpulo de conciencia; el administrador de tus bienes, que sabe el diablo



cómo los adquiriste ó los adquirió tu padre, tratará de dejarte pobre y de enriquecerse él; tu cochero, en vista de que tu coche y tus caballos son, como afirma el Sr. De Liniers, un *milagro de química administrativa* que se obra en el secreto de la vida privada, tratará también de ser milagrero y te matará los caballos de hambre; el jornalero que llesves á cavar á tu hacienda, calculará que tú en la secretaría te ganas ó te ganaste el dinero charlando y fumando y mano sobre mano, y querrá imitarte y ganar del mismo modo su jornal; y algunos, más alentados y briosos, soltarán el azadón y tomarán el trabuco y se echarán al camino, diciendo el antiguo refrán de *quien roba al ladrón tiene cien años de perdón*.

Para mí es de toda evidencia que este modo de explicar el malestar social y político que nos aqueja, atribuyéndole á la perversión moral de los que más se distinguen, tiene las contras ya referidas: obliga y mueve al entendimiento discursivo á creer que esa perversión moral se extiende sobre todo el cuerpo de la república, como lepra asquerosa, y contribuye en realidad á que dicha lepra se extienda, en vez de curarla.

Creo, por último, que el malestar puede y debe explicarse de otra suerte: tiene causas más hondas. Hasta la misma perversión moral, si la hubiese y fuese tan horrible como de la lectura del libro del Sr. De Liniers puede conjeturarse, sería un síntoma de la enfermedad, y no la enfermedad misma, y menos sus causas.

Las causas están patentes y bastan á explicarlo

todo. Nuestro atraso en la cultura material es hartamente grande aún para que no podamos vivir sino á duras penas como las demás naciones cultas de Europa, y, sin embargo, sentimos la necesidad de vivir como ellas.

Y el contacto de la moderna civilización ha ingeritado en la nuestra, castiza y propia, pero atrasada y enteca en su desarrollo, tal fermento de doctrinas nuevas, de utopías audaces y de ciencia de última moda, que no es de maravillar la agitación y desasosiego de todo el sér de esta nación desventurada. El pensamiento antiguo, casi ciego y olvidado de sí mismo, lucha por un lado; la idea nueva por otro. ¡Cuánto no tienen que afanar y sudar, acaso en balde, los que procuran la paz, la transacción y el equilibrio!

Añádanse á esto algunas faltas nacidas de nuestra condición natural de españoles, y algunos extravíos que surgen fatalmente de las entrañas de nuestra historia, y se explicará todo.

No bien sentimos alivio en nuestra miseria, no bien tenemos algunos apurillos menos, ya queremos meternos en todo: carecemos de paciencia para aguardar mejor época; nos acordamos de Otumba, Lepanto y Pavía, y nos lanzamos en empresas locas.

Dentro tampoco atinamos á vivir tranquilos. Con terquedad heroica y ruidosa sostenemos por las armas nuestras ideas, y las guerras civiles duran años.

Nuestras invectivas son feroces y provocan á odio y rebelión; pero nuestras alabanzas son tan

pomposas, estupendas y exageradas, que, por espíritu de contradicción, provocan á la invectiva.

Lo confieso con franqueza. Yo gusté más que nadie de la revolución de 1868; pero cuando oía decir que la Europa nos contemplaba pasmada y en éxtasis, que nuestra elocuencia y nuestra sabiduría tenían asombrado al mundo, y que no había más que desear que aquello, me daban ganas de hacerme reaccionario; así como ahora, cuando oigo decir á algún Ministro ó á algún ministerial que debemos eterna gratitud á este Gobierno porque ha traído el orden y la paz y otros mil bienes y gustos, y pienso en que no se pagan los treses y en que pagamos la mitad ó más de lo que producen nuestros áridos terrenos, y en que todo está tan mal como siempre, cuando no peor, no sé lo que me daría gana de ser si no fuera porque acudo al razonamiento, calmante y más que sabido, de la viejezuela de Siracusa. Sea como sea, no infiero nunca lo que infiere el Sr. De Liniers, á pesar de su claro ingenio, del cual, por otra parte, da mil pruebas en su bien escrito y entretenido libro. Lo que yo infiero es que somos más infelices y disparatados que perversos. La esperanza, con todo, es lo último que se pierde. Á veces imagino que nuestros males, aunque profundos, no son difíciles de curar. Tal vez se curen con diez ó doce años de paz interior y exterior, sin pronunciamientos ni guerras civiles, y con un Gobierno menos que mediano. Pero ¿será posible esa paz? ¿Será posible y viable ese Gobierno menos que mediano? Lo dudo.

Lo que sin duda alguna repito es que no se remedian los males de la patria infamando en masa á cuantos por suerte ó por mayor capacidad toca dirigir sus negocios. Los malos repúblicos no se corrigen con sátiras como las del Sr. De Liniers; antes se ríen y aun se aprovechan de todo. Nadie es tan aficionado á contar escándalos y á hablar de los *chanchullos* de los otros como aquéllos que tienen fama de haber *chanchulleado*. Lo que ansían es que se afirme la creencia de que todos hacen lo mismo. El Sr. De Liniers trabaja, pues, sin querer en favor de ellos. Los personajes políticos del género que describe el Sr. De Liniers se parecen en este punto á las mujeres galantes, las cuales no gustan sino de tizar á las demás mujeres y hacerlas pasar por unas perdidas.

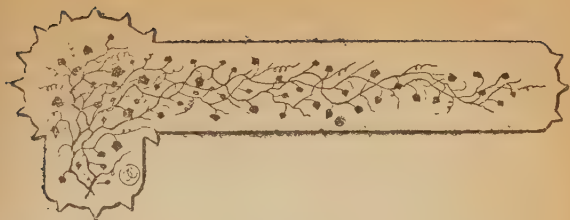
Recuerdo que cuando se divulgó hace años cierto soneto de un amigo mío, titulado *Los belenes*, precisamente entre las mujeres galantes fué donde el soneto alcanzó más favor y aplauso. Todas pedían con ansia el soneto, y le leían con fruición. Había en el soneto diez ó doce nombres propios citados; pero esto nada importaba. Cuando el nombre de alguna de las que pedía el soneto figuraba en él, se borraba y se ponía en lugar suyo el nombre de otra, á fin de que ella le leyese sin darse por aludida.

Ni á este recurso hay que apelar con el libro del Sr. De Liniers, que no cita nombre alguno. Nadie se tomará la molestia de darse por aludido, y los ambiciosos, necios y tunantes hallarán consola-  
ción y deleite con la lectura de un libro que trata

de probar que cuanto aquí sobresale, se distingue y adquiere poder é influencia, es de la misma condición desaforada é indigna.

No es posible que la *caquistocracia* se entronice y dure cuarenta años en una nación libre, á no suponer lo contrario de lo que supone el Sr. De Liniers: que el *grupo exiguo* consta de santos y discretos, arrinconados y oprimidos por una inmensa mayoría de malvados y de tontos.





## DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA (1).

### I.



UNQUE sea repetir lo que nadie ignora, lo que á todos nos aflige y lo que yo mismo he repetido mil veces, estamos atrasados; y si bien, á pesar de tantos trastornos y lúchas, vamos saliendo del atraso, es muy lento el adelantar, comparado al de otras naciones, y tiene además mucho de extraño en el impulso.

En la civilización europea hay un no sé qué de inexpugnable, de resistente y de inmortal. Esto me tranquiliza; esto me hace comprender que no es posible que España se hunda, y que sus ciudades vengan á ser como Palmira, Nínive y Babilonia.

(1) Con ocasión del tomo de la Biblioteca de Autores Españoles, titulado: *Obras escogidas de filósofos*, con un discurso preliminar del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, individuo correspondiente de las Academias Española y de la Historia: Madrid, M. Rivadeneyra, 1873. Se publicó este artículo en diciembre de dicho año en la *Revista de España*.

En medio de la horrible decadencia política, hay adelanto; pero nos llevan á remolque y no nos movemos con propio movimiento.

Nace de aquí el remedo inhábil que nos saca de lo *basto* para caer en lo *cursi*. Esta fea palabra tiene aplicación á todo, desde el arte de cocina hasta la filosofía. El que quiere comer á la francesa y no tiene bastante dinero para costear un cocinero francés, toma cocinera española, de las que están en el período de transición y remedo, y en lugar de los guisotes ordinarios, pero sabrosos, que antes comía, se deja emponzoñar con boudrios abominables. Lo propio sucede con los muebles, vestidos, modales, conversación familiar, amena literatura y hasta política. La imitación torpe nos pone en ridículo, y en negocios de importancia tiene además consecuencias fatales.

Por otra parte, el mal éxito de nuestros esfuerzos nos induce á la desconfianza. En filosofía no atina el vulgo de los mortales á comprender casi nada y á dar su parecer; pero como nota que se guisa mal, que no se teje bien, que se *politiquea* pícaramente y que estamos dejados de la mano de Dios en todo, se atreve á inferir de lo conocido y claro lo desconocido y obscuro, y afirma por inducción y analogía que nuestras especulaciones filosóficas, si se rasga el velo misterioso que las encubre, han de ser un *cursilonismo* frenético y vano.

Aficionado yo á la filosofía, me siento tan incluído en este anatema como los profesores, y así he tratado siempre de calmar la desconfianza del

vulgo, y de amansarle ó domesticarle para la filosofía.

El mejor medio para esto es el probar y dar á conocer que hay un pensamiento propio filosófico en España, y que, en medio de los progresos que se hacen en filosofía, como en las demás ciencias, este pensamiento propio no debe desaparecer. Antes debe mostrarse, aprendiendo lo que dijeron nuestros sabios antiguos, y enlazándolo con lo que ahora pensamos y decimos, hasta donde se pueda. Me lisonjeo, pues, de ser uno de los escritores españoles que, si bien en obrillas ligeras y sin fundamento, ha insistido con mayor perseverancia en que se estudie la historia de nuestros filósofos, en que se expongan de nuevo sus olvidadas doctrinas, y, en suma, en que reanudem con los pasados nuestros pensamientos de ahora.

No pocos amigos me han precedido ó me han seguido en este empeño, siendo los más beneméritos D. Víctor Arnau, D. Gumersindo Laverde, D. Luis Vidart, el malogrado y discreto D. Julián Sánchez Ruano, D. Federico de Castro y Don Francisco de Paula Canalejas. El mismo Cánovas del Castillo, escribiendo su curioso y erudito estudio sobre los políticos españoles del tiempo de la dinastía austriaca, ha despertado mucho la curiosidad pública hacia dicha materia, incitando á las gentes á conocer la ciencia fundamental en que dichas doctrinas políticas se apoyaban.

Hasta ahora, con todo, no se han hecho sobre la filosofía española, propiamente dicha, sino trabajos parciales ó reseñas generales muy ligeras,



como la de D. Luis Vidart y la Introducción al libro de que vamos á dar cuenta en este escrito. Los franceses y los alemanes se nos han adelantado en esto, escribiendo principalmente sobre nuestros filósofos judíos y mahometanos.

## II.

Antes de entrar en el examen de la obra de Don Adolfo de Castro, me importa hacer algunas observaciones ó aclaraciones, inútiles quizás para los doctos, muy conducentes para la generalidad de los lectores. Es la primera que, si bien la filosofía, si es verdad y ciencia, debe ser la misma en todas partes, no por eso ha de negarse que pueda haber ó que haya una filosofía española, como hay una filosofía alemana, griega, francesa ó escocesa. Más seguro está el católico de sus dogmas que el filósofo más dogmático lo está de su filosofía, y acepta con todo que tome el catolicismo cierto carácter peculiar y exclusivo en cada uno de los pueblos que le admiten y profesan. Bellamente explica esto Manzoni en su oda á la Pentecostés, comparando con la luz la venida del Espíritu Santo; pues siendo la luz una, suscita diversos colores según las superficies en que se posa, y por semejante, aunque más alto ministerio, puede la luz de la verdad mostrarse diversamente en los pueblos en que se difunde, permaneciendo siempre la misma.

Así, pues, sin detenernos en más explicación,

baste con la dada para que se crea que puede haber muchas filosofías, ó dígase filosofías nacionales, sin que por eso sea más de una la filosofía verdadera y sana, de que todas ellas conviene que estén informadas y como nacidas.

Otra cuestión importante y también previa es la de resolver si hay ó no una filosofía española. Para ello se ha de empezar haciendo una distinción. Si por filosofía española hemos de entender el desenvolvimiento filosófico del pensamiento español en una dirección marcada, llevado á cabo por una serie ó sucesión de pensadores, cuyos trabajos se enlazan y se completan, formando todos ellos un conjunto dialéctico, con caracteres propios, á pesar de la diversidad, el cual desenvolvimiento no puede menos de ejercer, y ejerce efectivamente, un influjo extraordinario en la historia general de la filosofía, creo yo que no existe ni ha existido jamás tal filosofía española. Grande es mi amor patrio; pero no me ciega hasta el punto de sostener que haya habido en España nada parecido á lo que se llama filosofía francesa, desde Descartes hasta el día; á lo que se llama filosofía alemana, desde Kant hasta los últimos discípulos de Hegel, por un lado, y hasta sus más recientes contradictores por otro; y de lo que se llama filosofía griega, más completa, más grande, más única, más enlazada dialécticamente en su desarrollo, desde Tales y Pitágoras hasta Sócrates, y desde Sócrates á los últimos filósofos alejandrinos. Consolémonos, con todo, de esta falta, con que otras naciones, que han tenido y tienen máxima parte

en la obra de la civilización del mundo, no pueden jactarse tampoco de tener, en dicho sentido, una filosofía. En dicho sentido, si no hay filosofía española, tampoco hay filosofía italiana.

Hasta la edad moderna, hasta después de rota la unidad católica de las naciones de Europa por el esfuerzo de Martín Lutero, no hubo, en el sentido mencionado, ninguna filosofía nacional. Y no sólo el principio religioso común contribuía á esta unidad de la filosofía, sino también la unidad de la lengua en que se filosofaba, que era la latina. Parece que no, á primera vista; pero si con atención se considera, se advertirá que acaso la índole de la lengua en que se filosofa provoca y despierta en el ánimo pensamientos é ideas y quizás hasta sistemas que de otra suerte no hubieran nacido. Y no se nos acuse por esto de dar sobrada importancia á la palabra, que en sí no es más que un signo; porque la palabra fué hechura espontánea de la mente humana, y antes es natural y nada tiene de misterioso el que vuelva la mente humana por la reflexión y por el discurso á explicar y completar lo que al principio creó de un modo espontáneo y dejó en embrión en el habla vulgar, como por instinto profético. Sea como sea, las escuelas filosóficas, que llevan el epíteto patronímico de una nación, tienen por carácter exterior que casi todos cuantos trabajos pertenecen á dicha escuela están en el idioma de la nación misma. Y con ser exterior este carácter, determina, sin embargo, dichas escuelas filosóficas; prueba cierta de que se funda en algo de interior y más profundo:

así, por ejemplo, cuando se habla de filosofía alemana, á nadie se le ocurre pensar en Alberto Magno ó en Reuchlin; y cuando de filosofía francesa, nadie piensa en San Bernardo, en Abelardo ó en Pedro Ramus. Las filosofías alemana y francesa, propiamente dichas, son modernas, y están en alemán y en francés. Antes, Francia y Alemania tuvieron filósofos, mas no tuvieron peculiar filosofía. Tal es, si no la razón, una de las razones por qué no la tuvo España. Posteriormente, nuestro atraso y decadencia, con relación á las demás naciones, no han consentido que la tengamos.

Esto no obsta para afirmar que siempre, y principalmente en tiempos antiguos, hayamos tenido filósofos, los cuales, singular y aisladamente, han ejercido influjo en el pensamiento general y en el desarrollo de la civilización europea. Si esto puede llamarse filosofía española, hay una filosofía española; pero en su historia se da poca unidad y trabazón, si no se toma como unidad el lugar del nacimiento de los filósofos, ó el total desenvolvimiento intelectual de España, de que dicha filosofía forma parte. Sólo como filosofía, cada período de la historia de la española es un suplemento que nuestro amor patrio debe poner, ora á la historia de la filosofía cristiana en los primeros siglos de la Iglesia, ora á la historia de la filosofía rabínica, ora á la de los pueblos mahometanos, ora á la escolástica y ora á la del renacimiento y á la escolástica nueva. En los tiempos más modernos, algo estimable se ha escrito; pero ya peca por anacrónico y anticuado, ya es remedo y aun si se quiere

buena imitación de filosofías extrañas. La francesa y la escocesa han tenido no pocos prosélitos é imitadores españoles; hoy toca su turno de privanza, favor y auge á la filosofía alemana. Krause, sobre todo, es el rey, el ídolo, el numen de nuestras escuelas.

No niego yo, con todo, que estudiados detenidamente nuestros filósofos, para lo cual habría que revolver y leer muchos infolios y extractar de ellos la substancia, no se hallase algo de característico en todos que diese cierta unidad á la historia de la filosofía española, la cual debiera comprender asimismo á los filósofos portugueses. Este trabajo está por hacer como es debido, y no debe extrañarse, ya que hasta de una buena historia política y general de España carecemos.

El libro del Sr. Vidart, titulado modestamente *La filosofía española, Indicaciones bibliográficas*, cumple muchísimo más de lo que el título promete; pero si queremos considerarle, á pesar de la modestia del autor, como una historia de la filosofía en España, deja que desear bastante. Mucho más deja que desear aún, fuerza es confesarlo, el *Discurso preliminar* que ha puesto el señor D. Adolfo de Castro al tomo LXV de la Biblioteca de Rivadeneyra, que contiene *Obras escogidas de filósofos*.

Sobre la elección misma de estas obras escogidas hay no poco que decir. Sin duda que la significación de la palabra filosofía es elástica. Para muchos todo lo que no es ciencia experimental, ni novela, ni historia, ni poesía, ni jurisprudencia,

ni medicina, pasa por filosofía. Filosofía, si hemos de atender al valor etimológico de la palabra, es amor al saber; de suerte que todo el que no sabe y desea saber es filósofo, y filosofía lo que escribe. Tomada la filosofía en este sentido lato, son obras filosóficas algunas de las que el Sr. Castro ha recopilado. En otro sentido, no lo serían quizá.

Desde luego, cualquiera convendrá en que la política y la economía social no son filosofía, sino ciencias segundas que pueden bien fundarse en principios filosóficos; pero que también pueden fundarse en la mundana experiencia, en el sentido común ó en ideas tomadas de una religión positiva. Así, pues, las obras de Fr. Bartolomé de las Casas debieran haberse dejado, lo mismo que los tratados de Albornoz *De la limosna* y *De la esclavitud*, y el de Luis Vives *Del socorro de los pobres*, para una colección de obras de políticos y de economistas, que bien pudiera publicar también la Biblioteca de Rivadeneyra. No es esto negar que en dichos tratados haya algo de filosofía; pero no son en realidad filosofía.

Menos filósofo aún me parece Fr. Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo. Más bien pudiera considerarse como político, y más bien aún como polígrafo, declamador, retórico y erudito.

No negaré yo que la moral es parte de la filosofía; pero lo es cuando se trata la moral con fundamento filosófico, y no como tejido de declamaciones y lugares comunes, más ó menos elegantemente entrelazados.

*Las Centellas de varios conceptos*, de D. Joa-

quín Setanti, incluídas también en el tomo de filósofos, son elegantes y discretas; pero, severa y propiamente entendido el asunto, tampoco son filosofía. Estarían mejor en un tomo de moralistas ó de políticos. Á salvo deo, no obstante, el mérito de tales *Centellas*; y para mostrarle, citaré aquí algunas, que parecen escritas hoy por el más desesperado de nuestros políticos: «Los negocios que tocan directamente á la conservación y bien de la república, no son tratados con la fidelidad y diligencia que requieren; porque son muchos los que en ellos intervienen, y han llegado ya los tiempos á tan grande rotura, que los hombres, por sólo una onza de interés particular, suelen echar á perder cien arrobas de beneficio público.» «Desdichada es la ciudad ó la provincia cuya encaminada perdición es conocida de todos generalmente, y nadie toma la mano para el remedio de ella; porque de esto se conoce la falta de virtud que hay en los hombres que la gobiernan, de que nace la total ruína de la cosa pública.» «La ambición y la codicia desbarataron la máquina del buen gobierno, y ellas sustentan agora el desorden, sin esperanza de remedio humano.» Esto se escribía á principios del siglo xvii, en 1614, en la edad de oro de España, en el apogeo de nuestra grandeza y poder. Bien es verdad que, si entonces aún no se había inventado la doctrina del progreso, y por lo común se creía en la vejez del mundo, ya Setanti columbraba dicha doctrina en estos pensamientos: «Es burla pensar y decir que el mundo está ya del todo perdido,

porque si bien consideramos las cosas pasadas, hallaremos que unas han empeorado y otras recibido mejoría; de que podremos sacar las condiciones del tiempo y compensar los males con los bienes, para no quejarnos tanto de él como solíamos.» «La mayor parte de los hombres juzgan la mudanza de los tiempos sólo por lo que han visto en el discurso de su vida, y con esto les parece que va de mal en peor; pero si todos pudiésemos tener presente la memoria de las cosas sucedidas, desde el principio del mundo hasta agora, sin falta que topáramos con tiempos tan perdidos, que éste, sin comparación, nos parecería el siglo de oro.»

También inserta el Sr. Castro en su colección algunas obras de Gracián, sutil, archiculto, conceptuoso y afectadísimo prosista. Sin duda que este escritor original muestra á veces ciertas súbitas iluminaciones de filosofía; pero el conjunto de sus agudezas y discreciones no tiene mucho de filosófico. No es esto decir que no sea Gracián un autor de singularísimo mérito, admirado en su tiempo, imitado y traducido en Francia, Alemania y otras naciones.

En resolución, y sin seguir examinando y pensando uno por uno los méritos de los filósofos y de las obras escogidas por el Sr. Castro, me parece que no dejan bien parada la filosofía española, ni nos hacen concebir de ella muy aventajado concepto.

El Sr. Castro tiene disculpas bastantes, y yo no le censuro. Me limito á consignar un hecho.



Entre las disculpas pueden darse las siguientes:

1.<sup>a</sup> Que á no traducir del latín, entre las obras escritas en castellano, ó traducidas ya á este idioma, no se cuentan las mejores de nuestros filósofos; y

2.<sup>a</sup> Que tal vez sean nuestros místicos nuestros más elevados y originales filósofos; pero, como ya los más notables místicos han sido publicados en otros tomos de la Biblioteca, el Sr. Castro no ha querido incluir otros menos famosos en su colección de obras filosóficas.

Pudiera, sin embargo, replicarse que hay libros de más alta filosofía en castellano que los publicados en el volumen. Sirvan de ejemplo el *Cuzari* de Jeuda Levita, traducido por el Hachan Rabí Jacob Abendaña, y los *Diálogos de amor* de León Hebreo, que tradujo el inca Garcilaso. Mas esto no prueba nada en contra del Sr. Castro: sólo prueba la conveniencia de que no sea único el tomo de *Obras escogidas de filósofos*, y de que, ya que se ha empezado la colección, si bien con poco orden y método, se aumente algo con libros que lo merezcan.

Tampoco hallo muy difícil, ni juzgo muy dispendioso para el editor Rivadeneyra, el hacer traducir algo de lo mucho bueno que sobre filosofía hay escrito en latín por autores españoles ó portugueses. Elegido esto con criterio, pudieran publicarse otros dos volúmenes, que dieran idea más alta de la filosofía española que el volumen ya publicado.

## III.

Réstame hablar ahora del *Discurso preliminar*, lleno de curiosas noticias y de atinadas y juiciosas observaciones sobre los hombres más notables que han cultivado en España la filosofía. Claro está que el Sr. Castro no ha pensado escribir una historia de la filosofía en España. Por lo tanto, no se le puede acusar, ni por la falta de método, ni por la omisión de no pocos, entre esos hombres más notables, ni por la mucha extensión y encomio con que trata á algunos que no lo son, al menos como filósofos. Importa, no obstante, hacer ciertas observaciones sobre esto, no para acusar ni censurar, sino para completar y rectificar hasta donde sea posible, en un breve artículo de periódico, escrito á vuela-pluma, sin reposo y sin tiempo para consultar autores.

De la filosofía musulímica y rabínica habla poco el Sr. Castro, y en verdad que fué filosofía tan española ó más española que la de Séneca. Averroes, Maimónides, Avicebrón, Jehuda-ben-Leví de Toledo, y otros muchos, nacieron en España como Séneca, y sus doctrinas filosóficas tienen más de original y castizo, que la del estóico gentil y greco-romano. Como filosofía, han tenido también las obras de los judíos y mahometanos citados mayor influjo en el mundo que las declamaciones morales del maestro de Nerón.

La cultura filosófica, científica y poética de los

judíos en la Edad Media, en España, tuvo sobre todo un florecimiento tan extraordinario y de tal valor, que merecía que nosotros nos empleásemos en darle á conocer á nuestros compatriotas. En Francia y en Alemania se publican, se comentan, se traducen y se encomian las obras de los judíos españoles.

En España poco se habla de ellas. Se diría que cuando los expulsamos los quisimos expulsar para siempre, y borrar hasta su memoria de entre nosotros.

Para dar á conocer en resumen la filosofía judaica española en la Edad Media, no se necesita, con todo, acudir á las primitivas fuentes. Los trabajos de Munk, Franck, Sachs, Geiger y Cassel, pueden bastarnos.

No me incumbe en este artículo, y así como por incidencia, extenderme sobre esto; pero no puedo resistir al deseo de hacer ligeras indicaciones, que despertarán la curiosidad y el interés del que no sepa, y recordarán á nuestros eruditos cosas que ya tienen olvidadas de puro sabidas. Por lo demás, entiéndase que yo no presumo de escribir para los sabios, sino para los ignorantes, y á fin de poner algunas cosas al alcance del vulgo.

Salomón ben Jehudah Gabirol, nacido en Málaga en 1035 (1), es quizás el más profundo y original de los filósofos judíos. Hay en su *Fuente de la vida* mucho de Platón y Aristóteles combina-

(1) *Die religiose poesie der Juden in Spanien*, von doctor Michael Sachs: Berlin, 1845.—*Geschichtliche Entwicklung*, pág. 213.  
—*Etudes orientales*, par Adolphe Franck: Paris, 1861, pág. 368.

do y armonizado como en Plotino y en otros ecléticos de Alejandría; pero sobre estos elementos resalta el pensamiento propio del autor de una manera originalísima y poética. Cualquiera vería en su obra la de un digno precursor de Hegel, si no hubiese algo en el filósofo malagueño que va más allá de Hegel, que profetiza una filosofía del porvenir, á saber: la tentativa, el conato de reunir y concordar principios hegelianos con la idea de un Dios personal y todopoderoso, cuya voluntad es la causa efectiva de los seres. Para Ben Gabirol, la lógica y la metafísica son lo mismo. Si la ciencia primera, si la metafísica no confirma lo que supone la lógica, ésta es una ciencia vacía, un conjunto de quimeras vanas y sin realidad. La realidad y la verdad son términos idénticos. El género, pues, es la materia; la diferencia es la forma. Los seres se distinguen, se diferencian por la forma. En el género se confunden y se reducen á la unidad de la substancia única (1). Esta substancia, este sér, esta materia prima é indeterminada, es el origen de todas las cosas espirituales y corpóreas. Las formas son las que intervienen para producir luego la diversidad y las diferencias. La materia prima es, sin forma, una mera posibilidad; el sér en potencia. Pero las formas mismas se identifican en una sola forma, en una sola idea, que está en la inteligencia; en Dios.

Esta inteligencia, esta idea, esta forma pura y única, se difunde por todo el sér en potencia, y le

(1) *De la philosophie scolastique*, par B. Hauréau: París, 1850, pág. 372 y siguientes.

abarca y comprende y penetra. Es como una luz, cuyo fulgor disminuye á medida que se aleja de su centro. Esta luz saca el universo de la materia prima, del caos, de la posibilidad del sér, de un sér que se equipara con la nada. La esencia de esta luz es una é invariable; pero produce la diversidad de las cosas, brillando más intensamente en unas que en otras. La inteligencia, por lo tanto; la idea, esa luz increada, es el solo principio de los seres; la existencia de una cosa es su forma; la verdadera realidad es la idea. El mundo sensible es una imagen del inteligible. Lo que sucede en el universo sucede con más pureza en el alma humana, y es, permanece y no sucede en la mente divina. La creación es, por consiguiente, como un libro lleno de signos y letras y cifras, que representan el pensamiento de Dios: la idea. «Cuando la vista, dice nuestro filósofo, percibe los caracteres y signos de este libro, el alma recuerda su sentido verdadero (1).»

Este sentido es una cosmología y una teodicea elevadísimas, de donde han tomado mucho, sin duda, algunos filósofos escolásticos y hasta grandes poetas de la Edad Media.

Por cima del mundo de los cuerpos está la potencia activa y ciega que se llama naturaleza; por

(1) Franc, *Etudes*, págs. 373 y 374. Es de notar cómo toda esta doctrina se asemeja á la expuesta por otro precursor de Hegel, el famoso zapatero místico Jacobo Boehmen, en su libro titulado *De signatura rerum, dast ist, Bezeichnung aller Dingen, wie das Innere von Eussere bezeichnet wird*. Impreso en 1635, sin lugar de impresión.

cima de la naturaleza está el espíritu, fuerza general que la anima, compenetrándola; y comprendiendo naturaleza y espíritu, está la inteligencia (1).

Todavía, empero, no es la inteligencia, en el sistema de Ben Gabirol, la primera causa: la primera causa para él, como para el moderno filósofo Schopenhauer, es la voluntad. Schopenhauer, con todo, funda en esa *voluntad* un sistema pesimista y ateo, y Ben Gabirol un sistema optimista y teísta. La comparación entre ambos sistemas exigiría, aun tratando el asunto ligerísimamente,

(1) El sistema cosmológico explicado por Dante (*Paraiso*, canto II), tiene mucho de la doctrina de Ben Gabirol:

Il ciel, cui tanti lumi fanno bello,  
Dalla mente profonda, che lui volve,  
Prende l'immagine e fassene sugello.  
E come l'alma dentro á nostra polve  
Per differenti membra, e conformate  
A diverse potenzie si risolve,  
Così la intelligenza sua bontate,  
Moltiplicata per le stelle, spiega,  
Girando se sovra sua unitate.  
Virtù diversa fá diversa lega  
Col prezioso corpo che ella avviva.  
Nel qual, si come vita in voi, si lega.  
Per la natura lieta, onde deriva,  
La virtù mista per lo corpo luce  
Come letizia per pupilla viva.

Sería curioso el comparar también la doctrina de Ben Gabirol con la de Alejo de Venegas (*Diferencias de libros*, etc.: Toledo, 1540), donde hay sin duda mucho parecido. El universo es un libro, copia del libro original ó arquetipo, que es el conocimiento de la divina esencia, que engendra al Verbo eterno, *en el cual y por el cual crea Dios todas las cosas*. La materia también es una, indeterminada, para Venegas; la forma la determina y la diferencia.

más espacio del que tenemos. Hay además quien supone que nos faltan datos para juzgar toda la doctrina de Ben Gabirol. El complemento de ella parece que debía estar en otro libro suyo, que se ha perdido, y que designa Guillermo de Auvergne con el título *De verbo Dei agente omnia*. Lo que sí podría completar y aclarar sus doctrinas son sus muchas composiciones poéticas, filosóficas ó religiosas las más, las cuales se conservan esparcidas en los libros litúrgicos de los judíos de todos los países, desde Polonia hasta Trípoli (1).

La mejor, la más bella de estas composiciones, se llama *Keter Malchut* (Corona real), «donde el espíritu pensador de poeta, dice Sachs, y su ánimo piadoso, han empleado toda la luz y todo el fuego que encerraban; donde el filósofo luce, en rica manifestación, todo el esfuerzo mental de su vida, y donde la sabiduría de su siglo y el eterno pensamiento fundamental del judaísmo se juntan y unifican, formando un todo que el poeta mismo reconoce como la flor y la corona de sus cantares.» — «Allí teje, como en gloriosa guirnalda para su Dios, cuanto su propio pensamiento le sugería, cuanto la experiencia le enseñaba, cuanto la sabiduría de su tiempo le infundía, y cuanto los sagrados libros le revelaban.»

Sería una profanación extractar aquí rápidamente, ó traducir en mala prosa, parte ó todo de este himno inmortal, de este extenso poema metafísico. Traducido en verso alemán, por Sachs,

(1) Sachs, pág. 222.

contiene ochocientos cuarenta y seis versos.

Según Ben Gabirol, Dios ha dado al hombre los ojos para que vea las maravillas del universo, revelación de Dios en la naturaleza; los oídos para que oiga los hechos del Eterno, su revelación en la historia, y el habla para que encierre y ordene en las palabras lo que ha visto y oído. Hay, no obstante, para nuestro filósofo malagueño una revelación interior, que es antes y está por cima de las otras revelaciones. «Lo que conviene estudiar antes que nada, dice, presagiando á Descartes, es la esencia del alma, sus facultades y accidentes; porque el alma percibe las cosas por sus facultades, que todo lo penetran.» Y no se crea que esto significa sólo que la psicología es para Ben Gabirol una propedéutica de la ciencia experimental, que entra por los oídos y los ojos y que se formula en el habla. Por cima de esto hay una ciencia primera, una intuición soberana del entendimiento, «que es el lazo que á Dios nos une.»—«Quiéres, dice, descubrir los principios absolutos, ser uno con ellos y dominarlos mentalmente: pues eleva tu pensar al último objeto de todo pensar; límpiate y purifícate de la impureza de lo sensible; libértate de la prisión de la naturaleza, y con toda la energía de tu mente penetra en la verdad de la substancia del espíritu y compréndela, encerrando, envolviendo y escondiendo todo el universo exterior en un rincón de tu alma. Entonces conocerás la pequeñez de lo empírico y lo sensible con relación á la grandeza y elevación de la idea, y verás las existencias espirituales como si las tuvieses



delante de tus ojos y abarcadas en tu mano, y te reconocerás como sér semejante á ellas, y todo lo corpóreo nadará en la inmensidad del espíritu, como la nave en el mar y el pájaro en el aire.»

En suma, Ben Gabirol es para cuantos han leído alguna de sus obras uno de los más grandes filósofos y poetas que ha habido en el mundo. No se extrañe que me haya detenido en hablar de él más de lo que era propio de este artículo, siendo además andaluz, y por lo tanto mi paisano (1).

Los demás poetas judíos-españoles, cuyas obras publica y traduce Sachs en su libro, y cuyas vidas refiere, cuentan todos ó casi todos como filósofos; tales son: Josef-ben-Abitur, de Córdoba; Isaac-ben-Giat, de Lucena; Bechai-ben-Josef-ben-Bacedah. Abraham y Moisés-ben-Esrá, toledano el uno y granadino el otro, y el místico Moisés-ben-Nachman, médico y filósofo, natural de Gerona.

Sobre todos estos descuellan otros dos rabinos, que ya hemos citado. Es el uno Maimónides, ó sea Moisés-ben-Maimun, nacido en Córdoba en 1135. Franck ha escrito su *Vida y doctrina*; Munck, auxiliado por el Barón Rothschild, ha publicado el original y la traducción francesa de su *Guía de los extraviados*, ó más bien *de los perplejos*. Remitimos al lector á los trabajos de estos orientalistas.

En cuanto al otro, que es Jehuda Levita, ya hemos dicho que hay en castellano una traducción

(1) Según el descubrimiento de otro judío alemán, J. Moser, Ben Gabirol nació en Zaragoza y está enterrado en Ocaña; mas yo no quisiera creerlo, por no privar á Málaga de esta gloria.

de su obra capital, acompañada de comentario (1). También en alemán ha traducido y comentado la misma obra, anteponiendo una extensa introducción y publicando el texto hebreico de Aben Tibon, el Dr. David Cassel (2).

El *Cuzari* es una defensa y exposición de la religión judaica; pero contiene preciosos documentos sobre historia, exégesis bíblica y creencias y opiniones del tiempo en que se compuso, y asimismo no corta cantidad de elevados pensamientos filosóficos (3).

Jehuda-ben-Leví era además un eminente poeta, y, á pesar de la doble traducción, aquella calidad se descubre en el estilo de su prosa.

Como poeta religioso no tiene Jehuda quien compita con él entre sus correligionarios, sino Ben Gabirol. Sus versos son encomiados por Emanuel Aboab en la *Nomología*, diciendo que «todos son en alabanza del Señor bendito, y que no puede desearse mayor melodía, ni dulzura, ni propiedad en el decir de la que él usa.»—«Va este divino

(1) *Cuzari*, libro de gran ciencia y mucha doctrina, etc. Fué compuesto este libro en la lengua arábica por el doctísimo R. Jeuda Levita, y traducido en la lengua santa por el famoso traductor R. Jeuda Aben Tibon, y agora nuevamente traducido del hebreico en español, y comentado por el Hachan R. Jaacob Abendaña. Con estilo fácil y grave: Amsterdam, año 5423 (1663).

(2) *Das Buch Kusari des Jehuda ha-Levi nach dem hebraischen Texte des Jehuda Ibn Tibbon, herausgegeben, übersetzt und mit einem Commentar, so wie mit einer allgemeinen Einleitung versehen von Dr. David Cassel*: Leipzig, 1853.

(3) Véase los *Estudios sobre los judíos de España*, de Amador de los Ríos, págs. 254 y 618 y siguientes.

poeta, añade, coligando el mundo supremo angélico con el celeste y con el elemental inferior, y obligando á todos á loar y glorificar á su Omnipotente Criador, con artificio maravilloso.» En suma, son todos sus versos de alta doctrina, de suavisísimos conceptos y de rarísima excelencia (1).

Y no los elogia sólo Aboab: todos los judíos los tienen y tuvieron en grande estimación en todos los tiempos. Rabí Salomón Al-Carisi consagra una poesía bellísima, que se conserva, en alabanza de nuestro poeta; y en nuestros días, Enrique Heine le ha tomado para asunto de uno de sus mejores poemas, de más de mil versos. En este poema dice: «Y Jehuda-ben-Halevi no fué sólo un sabio en las escrituras, sino también el maestro de la poesía, sino también un gran poeta. Sí: fué un gran poeta, estrella, faro, luz y gloria de su tiempo y de su pueblo; maravillosa y gran columna de fuego que á la doliente caravana de Israel precedía y guiaba en el desierto del destierro. Puro, verdadero, inmaculado, fué su canto como su alma. Cuando el Creador la formó, contento de sí mismo, besó el alma hermosa, y el blando eco del beso palpita en cada canto del poeta, consagrado por esta gracia. Como en la vida, es en la poesía la gracia el más alto bien. Quien la tiene no puede pecar, ni en verso ni en prosa. Á poetas como éste, por la gracia de Dios, los llamamos genios. Es el rey irresponsable del reino del pensamiento.

(1) Ambos escritores, Sachs y Amador de los Ríos, citan este mismo pasaje de la *Nomología*.

Sólo á Dios debe dar cuenta; al pueblo nunca. En el arte, como en la vida, el pueblo puede matarnos, pero nunca juzgarnos.» En otra parte del poema, dice Heine que si él tuviera el Nartecio ó cajita que halló Alejandro entre los despojos de Darío, y donde encerró la *Iliada*, no pondría allí la *Iliada*, ni las ricas perlas que había antes, sino las perlas «que brotaron de aquella hermosa alma humana, más profunda que los abismos de la mar; las perlas que Jehuda-ben-Halevi lloró por la destrucción de Jerusalén, perlas de llanto que, engarzadas en el áureo hilo de la rima, en la fragua sonora de la poesía, resplandecen en un himno. Este himno es la famosísima lamentación, que fué y será cantada en todas las tiendas de Israel, esparcidas por el mundo, el noveno día del mes llamado Ab, aniversario de la destrucción de Jerusalén por Tito Vespasiano (1).»

Las poesías tan celebradas de Jehuda Levita están traducidas todas en alemán, por Abraham Geiger (2). ¡Lástima es que no haya otro judío ó judaizante que las traduzca al castellano!

Perdone el lector la digresión, ó mejor dicho, episodio un poco largo acerca de los judíos, que he ingerido en mi artículo sobre los filósofos. Filósofos y españoles eran estos judíos que he citado, así como otros muchos de que hablan en sus

(1) *H. Hein's sammtliche Werke*. Tomo XVIII.

(2) *Divan des Castiliers Abu'l-Hassan Juda ha-Levi von Abraham Geiger, Nebts Biographie und Ammerkungen*: Breslau, 1851.

obras el erudito D. Jose Amador de los Ríos, Kayserling (1), Bédarride (2) y otros.

Tal vez convendría dar á conocer aparte esta gran riqueza especial, que en gran manera nos pertenece, y publicar en la Biblioteca de Rivadeneira un tomo exclusivamente de escritores judíos españoles.

Por no dilatar mucho el artículo, dejo de hablar de los filósofos arábigo-hispanos.

#### IV.

Ya he dicho que el libro de D. Luis Vidart (3) y el *Discurso preliminar* del Sr. D. Adolfo de Castro pueden servir de base para escribir la historia de la Filosofía española; pero ninguno de estos dos trabajos tiene ni puede tener la pretensión de ser esa historia. Para ello se necesitaría hacer un estudio de las obras de nuestros filósofos, y no hablar, como hacemos nosotros, por oídas ó por extractos y noticias tomadas de otros autores, ó por haber hojeado, á lo más, algunas de dichas obras.

Hasta la cuestión de si ha habido ó no algo que en cierto sentido pueda llamarse filosofía españo-

(1) Kayserling. *Spardin. Romanische Poesien der Juden in Spanien, etc*: Leipzig, 1859.—*Die Juden in Navarra, den Baskenlaender und auf den Balearen*: Berlín, 1861.

(2) *Les Juifs en France, en Italie et en Espagne*: París, 1867.

(3) *La Filosofía española*. Indicaciones bibliográficas por Don Luis Vidart, etc.: Madrid, 1866.

la, queda sin resolver definitivamente. Apuntadas quedan las razones por donde entiendo yo que no ha habido tal filosofía española, en el sentido que se dice haber habido una filosofía griega, una filosofía alemana y hasta una filosofía francesa. En otro sentido, que también expliqué ya, no negué que hubiese filosofía española. Mi amigo el señor Laverde (*Ensayos críticos*), tomando un término medio entre ambos sentidos, no duda de que hay filosofía española con carácter propio, con una cierta razón general de unidad que se cierne sobre todas las escuelas. «No se necesita, dice, mucha perspicacia para descubrir el estrecho parentesco que media entre las escuelas arábicas y hebráicas, particularmente entre el *averroísmo* y el *maimonismo*, esos dos grandes movimientos racionalistas paralelos, digámoslo así, en la enseñanza musulímica y rabínica de España; ni es difícil notar su influjo en el *lulismo*, confluencia de las doctrinas escolásticas y de las orientales, que tuvo numerosos partidarios (Kircher, Cepeda, Núñez Delgadillo, Riera, Marzal, Guevara, Ciruelo, Sánchez de Lizarazu, etc.) y cátedras propias en varias universidades nacionales y extranjeras; y tampoco aparece violenta la transición de ésta al *suarismo*, con el cual se tocan á la vez en muchos puntos, bien que en otros le sean opuestos, el *vivismo* (Oliva, Gelida, Pedro de Valencia, Mayans, Forner, Vieyás, etc.), el *gómez-pereirismo* (el Brocense, Guzmán, Martín Martínez, Feijóo, Almeida, etc.) y el *huartismo* (Doña Oliva Sabuco de Nantes, Velázquez, Acebedo, Pujol, Bo-

net, Ignacio Rodríguez, etc.), escuelas que, con las eclécticas intermedias y menos definidas, componen la inmensa riqueza filosófica de España. Ahora bien, el vasto conjunto de verdades por ellas desenvuelto y propagado, es lo que nosotros llamamos *Filosofía española*.»

Ingenioso, erudito y discreto es todo el párrafo citado, con sus combinaciones habilidosas y sus artísticos agrupamientos de nombres bajo sendas banderas; pero no puedo participar del patriotismo filosófico de mi amigo el Sr. Laverde. Para afirmar el encadenamiento de unas doctrinas en otras es menester antes dar á las doctrinas la importancia, eco, séquito, estruendo y favor, que muchas de ellas ni tienen ni han tenido. La libertad y el desenfado con que el Sr. Laverde las *ismi-fica*, no se pueden aceptar. Bueno que haya *lulismo* y *averroísmo*; pero el *huartismo*, el *gómez-pereirismo* y el *vivismo* no pasan. Ni Huarte, ni Gómez Pereira, ni siquiera Luis Vives, tuvieron el valer y la fortuna indispensables para añadir un *ismo* á sus apellidos y convertirlos en sectas ó escuelas. Para lograr esto no basta ser filósofo original, ni filósofo grande: es menester ser grandísimo filósofo, poseyendo tal originalidad y novedad, que pongan en el sistema algo hasta entonces exclusivo y personal del filósofo, transfundiéndolo del alma suya á las de sus contemporáneos y á la posteridad, y grabando el sello indeleble y claro del propio pensamiento en obras y en doctrinas; por tal arte, que el mejor modo de distinguirlas y determinarlas sea con el nombre

propio de la persona. Y es tan cierto lo dicho, que el uso general, casi infalible en materia de lenguaje, escatima los *ismos* en filosofía de una manera pasmosa. Apenas si en este siglo, en que tanto se filosofa y se ha filosofado, hay más que hegeliismo y krausismo. Hasta á la doctrina de Kant nadie ó casi nadie la llama *kantismo*; y es evidente que no se dice *cousinismo*, ni *fichteísmo*, ni *condillaquismo*, ni *comteísmo*. No se prohíbe por eso que se invente lo que se quiera. Yo he inventado, pongo por caso, el *piismo*, y otros podrán inventar, si gustan, el *balmesismo* y el *donosismo*, que tienen más razón de ser que el *huartismo*.

La verdad es que, á fin de hacer valer nuestras cosas, importa mucho no exagerar su mérito ni darles consistencia que no tengan en sí.

Si hay alguna época en la cual el pensamiento español se levantó hasta la originalidad en filosofía y tuvo primacía, ó hegemonía, ya que no pleno imperio, sobre el de algunas otras naciones, fué desde mediados del siglo xvi hasta principios del xvii. Nuestros sabios brillaron entonces y enseñaron en París, en Trento y en Roma, y en las universidades de Bélgica y Holanda. Los sabios, pues, de aquella época son los que conviene estudiar profundamente, si hemos de justificar nuestra pretensión de haber tenido filosofía propia. Este estudio distamos mucho de haberle hecho. Más bien puede decirse que empiezan á hacerle los extranjeros. José Kleutgen, por ejemplo, en su *Filosofía antigua, expuesta y defendida*, toma por guía, casi á par de á Santo Tomás, al doctor



eximio Suárez, á quien cita y copia á menudo; y á Melchor Cano le atribuye una innovación en teología, que trasciende á la filosofía, y que es de lamentar que la filosofía escolástica no haya imitado. Sus *Lugares teológicos* son una crítica de nuestros medios ó facultades de conocer.

Lo que haya ó pueda haber de más alto, de más propio y de más bello en el pensamiento filosófico español (no excluyendo á los portugueses que seguían el mismo movimiento), debe contenerse en los ya citados Cano y Suárez; en Domingo de Soto, que escribió sobre las categorías de Aristóteles y predicables de Porfirio; en Govea, que defendió á Aristóteles contra Ramus; en el cordobés Francisco Toledo, pasmo de Roma, gran aristotélico, á quien llamaron *espíritu monstruoso*; en Pedro Fonseca, autor de una Dialéctica y traductor y comentador de la metafísica de Aristóteles; y en Fox Morcillo y Benito Pereira, que, á juzgar por los títulos de sus obras, trataron de resolver los grandes problemas que agitan, bajo una forma ú otra, las mentes de los filósofos desde há siglos hasta ahora, y de investigar el origen del universo y la naturaleza de la filosofía, conciliando á Aristóteles con Platón. El escéptico portugués Francisco Sánchez, con su conciso y agudo libro *De multum nobili et prima universali scientia, quod nihil scitur*, merecería también estudiarse y citarse.

Ya he dicho, además, que en nuestros místicos, en nuestros libros devotos, hay escondido un rico tesoro de filosofía, que algunos escritores tratamos de desentrañar ahora.

El Sr. D. Adolfo de Castro, convertido de sus antiguas ideas de librepensador á un fervoroso catolicismo, llega á defender la Inquisición en el *Discurso preliminar*. Yo creo que tiene razón en un punto. En los buenos tiempos de la monarquía española es vano y declamatorio sustentar que dicho terrible tribunal estaba compuesto de ignorantes, *obscurantistas* y enemigos de la cultura. Todos los hombres que entonces sabían, ó casi todos al menos, eran de la Inquisición ó familiares de la Inquisición; *preferían*, según la frase de un discreto de nuestra edad, *ser cocineros á ser pollos*. Así es que pasma á veces la libertad con que escriben y se despachan á su gusto; pero este monopolio del pensamiento y la consiguiente compresión para quien no le ejercía, tuvo que producir, á la larga, efectos malísimos sobre nuestro desenvolvimiento intelectual, parándole, sacándole y aislándole de la corriente civilizadora de los otros pueblos. Casi desde principios del siglo xvii se puede afirmar que la civilización española se aísla y empieza á hundirse, mientras que la de otros pueblos de Europa se desenvuelve y se levanta. Á la Inquisición, esto es, á nuestro fanatismo, soberbia y engreimiento, que la Inquisición personifica, es imputable tanto mal.

Hallo, por último, en el *Discurso preliminar* del Sr. Castro un defecto muy general en los bibliófilos: una como alucinación que les hace multiplicar los grados del mérito por la rareza de una obra. Así es que cita muchas que no sé por qué han de ser filosofía, como filosofía no sea todo, y

sin duda en cierto modo lo es. Y no se contenta el Sr. Castro con sacar á relucir estos inesperados filósofos, sino que les cuelga la venera de haber inventado algo que luego otro filósofo extranjero explana y pone en moda. De esta suerte, imagina que un señor Campo-raso, que escribió una *facecia*, cuyo título es *El elogio de la nada*, es un precursor de Hegel y su impugnador en profecía, buscando en los discreteos y chistes de tal Campo-raso algo que se parezca á las profundas doctrinas y al sistema maravilloso (sea ó no erróneo) de la mente filosófica más alta, más comprensiva y más briosa que ha habido acaso desde Aristóteles hasta el día presente.

Cuenta que yo no censuro el uso, sino el abuso inmoderado, de esta reivindicación de inventos hechos por españoles y atribuídos á extranjeros. Yo mismo he tratado de hallar y de mostrar en Ben Gabirol algo de Hegel y algo de Descartes. El Sr. D. Adolfo de Castro está, pues, muy en su lugar, en mi sentir, adjudicando á Servet el descubrimiento de la circulación de la sangre, á Gómez Pereira bastantes opiniones cartesianas, á Huarte y á Pujasol los principios fundamentales de la craneoscopia, á Espino el espíritu crítico y las razones con que Pascal atacó más tarde á los jesuitas, y á otros, otros triunfos y merecimientos. Nada hay que objetar contra esto; antes hay que aplaudir en el Sr. D. Adolfo de Castro su raro conocimiento de nuestras cosas, el no escaso que tiene de las literaturas extranjeras y de la ciencia moderna, y el acertado empleo que hace de todo

este tesoro de erudición, componiendo un Discurso preliminar que ha de ser utilísimo para quien con más vagar escriba en lo futuro la historia del pensamiento español en todas sus manifestaciones especulativas. Entiéndase, pues, que estimamos en mucho y hacemos la debida justicia al útil trabajo del Sr. D. Adolfo de Castro, y no se imagine que le menospreciamos en nada porque hagamos algunas observaciones adversas, hoy que siempre suele ser la gente extremada, así en el elogio como en la censura; ó porque mostremos, por momentos, cierto buen humor de que no acertamos á prescindir cuando escribimos, y sobre todo cuando escribimos de priesa, y no se nos da tiempo para revestirnos de toda la gravedad y compostura que por lo común se exige.

De cualquiera modo que sea, no es en broma, sino muy por lo serio, la duda que me asalta sobre los límites y elasticidad de lo que se llama filosofía, y sobre el punto y condición que debe tener una obra para pasar por filosófica. Por lo pronto, se me ocurre que hay y puede haber muchas escritas con *filosofía* y que no sean de *filosofía*; pero de las que son así, como por ejemplo del *Ginecepaenos* ó *Diálogo en laude de las mujeres*, de Juan de Espinosa (1); de la *Disputa del asno*

(1) Este diálogo, llamado *Ginecepaenos*, es, sin duda, un discretísimo libro; tanto, que yo tengo empeño, tiempo há, en que le publique Durán entre sus *Libros de antaño*. El amor y veneración de Juan de Espinosa á las mujeres, me encanta. La mujer, según él, es, en todo, un sér superior al hombre. Entre las pruebas que trae hay una singular, á saber: que el hombre fué hecho de lodo, y

con Fr. Anselmo Turmeda, y de otras por el estilo, no es impertinente, sino muy útil, dar alguna noticia.

En cuanto al amor patrio, que suele abultar el mérito y sublimar el valor de las cosas, falta es de tan noble origen, que por él se obtiene la más completa absolución, libre de toda penitencia.

Donde el Sr. D. Adolfo de Castro incurre más en esta falta es en los párrafos que dedica á *El ente dilucidado*, del P. Fuente de la Peña. Allí se deja decir que este reverendo y saladísimo sabio se adelantó á Newton en descubrir la atracción universal. Pero es el caso que el Sr. D. Adolfo de Castro tiene razón sobrada. Y yo diré más: yo diré que el P. Fuente de la Peña lo adivinaba todo de tenazón, como se dice vulgarmente. Como no

la mujer del hombre; lo cual demuestra la superior perfección de la mujer. Á pesar de todo, no había yo sospechado que este *Ginecepaenos* pudiera colocarse entre los libros de filosofía, y no me acabo de convencer aún.

Si porque trata de moral y de mujeres es libro de filosofía, el catálogo de libros de esta clase pudiera en nuestra literatura aumentarse desmedidamente. ¿Por qué, por ejemplo, no habían de ser entonces libros de filosofía los *Casos raros de vicios y virtudes* del P. Laguna y los *Estragos de la lujuria* del P. Arbiol? Hasta tienen la ventaja de no ser galantes como Espinosa, sino severos y graves. Pero en este género, quien á mi ver se lleva la palma, por la amplitud con que trató la materia, es el P. Fr. Juan de la Cerda, en su *Vida política de todos los estados de mujeres*. (Alcalá de Henares, 1559.) Éste sí que encierra en su obra documentos filosóficos; v. gr.: «Para que la doncella no sea salidera ni ventanera, y no traiga los ojos estrelleros, ¿qué mejor remedio que castigarla, mas no en la cabeza, sino en las espaldas, con alguna verdasca, porque dice Salomón que la vara es medicina de la locura de las niñas?»

hubo jamás ingenio más invencionero y atrevido, ni memoria más rica de erudición, ni desenvoltura científica más grande, que los de este ameno, delicioso y candoroso ex-provincial de capuchinos, no es extraño que lo adivinase todo.

Si yo tuviese tiempo y calma para ello, probaría fácilmente que apenas hay descubrimiento moderno de Darwin, de Moleschott, de Büchner, de los prehistóricos, de los positivistas, de los espiritistas, de los magnetizadores, etc., etc., que no esté previsto y predicho en *El ente dilucidado*, con las cortapisas convenientes para que se ajuste y cuadre y encaje con la verdad católica.

Interesante sería, y aun daría asunto de sobra para un tomo, el comparar la ciencia novísima con la de este ex-provincial de capuchinos, y el probar lo mucho que la ciencia novísima le debe: mas ya que no me sea dable escribir este tomo, me limitaré á hacer aquí, por vía de apéndice, algunas indicaciones y apuntes.

Creyeron los antiguos que desde la naturaleza inorgánica á la orgánica había una verdadera solución de continuidad; que entre la más perfecta cristalización y la vida más pobre y el sér que esté más bajo en la escala de la vida, media un abismo. Los modernos no creen tal diferencia: ponen la vida en todo. Para los krausistas, por ejemplo, todo vive. Pues bien: esto mismo asegura el P. Fuente de la Peña. En su libro hay oro macho y hembra, diamantes varones y diamantes femeninos, y todo engendra y pare sin la menor dificultad.

Los maquinistas de ahora andan cavilando el

modo de que vuela el hombre con dirección. El P. Fuente de la Peña, desde 1677, deja inventada esta máquina explicándola con toda precisión (páginas 472 y 473), sin que falte su paracaídas y demás menesteres. No duda que se vaya volando en su máquina á donde se quiera; pero recomienda á los novicios mucha prudencia para no descalabrarse.

Se pensaba antes que Dios creó el mundo y se paró al séptimo día. Hoy se piensa que la creación es continua; que nacen ó pueden nacer nuevas especies de animales y de plantas. Lo mismo afirma nuestro Padre. «La Escritura (pág. 420) sólo nos dice que cesó Dios y puso fin á las obras que había producido; pero no nos dice que no produciría en adelante más.»

En cuanto á la generación espontánea, claro está que el Padre la defiende y demuestra. Los duendes nacen del vapor y son unos *animales trasteadores é invisibles secundum quid* (1).

(1) Ora sean sueños, ora verdades demostradas, ora hipótesis probables, la generación espontánea y la transformación de las especies son ideas muy antiguas; sólo que antes nadie era tildado de impío ó de ateaísta por seguir dichas doctrinas. Los artículos de la fe no se habían aumentado indefinidamente, como en el día. Fracastoro, en su poema *De morbo gallico*, que dedicó al cardenal Pedro Bembo, gran valido del Papa León X, expone á las claras las doctrinas mencionadas, en varios pasajes; v. gr.º

*Usque adeo rerum causæ atque exordia prima  
Et cælo variare et longo tempore possunt.*

Y en otra parte:

Para los krausistas, la tierra está viva, tiene sus períodos de sueño y de vigilia, sus edades, su historia, sus disgustos y desazones como cualquiera persona. Lo propio siente el P. Fuente de la Peña, sólo que lo prueba más ingeniosamente en la explicación que hace del *microcosmos*. Los ríos son la sangre que corre por nuestro cuerpo, dice el Padre; nuestros meteoros son las lágrimas y demás destilaciones; nuestros terremotos los tenemos en la calentura; tenemos rocío, granizo y nieve; nuestros cometas son la erisipela; nuestros relámpagos, rayos, estrellas cadentes y volcanes son el magnetismo animal, de que trae curiosísimos casos; criamos plantas también; y, por último, añade, «se engendran en el hombre anima-

*Ast insueti æstus insuetaque frigora mundo  
Insurgent, et certa dies animalia terris  
Mostrabit nova, nascentur pecudesque feræque,  
Sponte sua...*

Nuestros frailes de los pasados siglos no se habían percatado de que pudiera ser impiedad creer lo mismo. Así es que el P. Fuente de la Peña hace nacer espontáneamente de los vapores y miasmas,culebras, lagartos, sapos, ratones y cuanto se le antoja, estando las cosas de la tierra en su ordinario estado, sin necesidad de revoluciones telúricas, sidéreas ó atmosféricas. Juan Bautista Porta sigue la misma opinión en su *Magia naturalis* (Hanoviæ, 1619), si bien se inclina más á la opinión media de Averroes, de que sólo los animales imperfectos pueden nacer de la corrupción, que á la opinión decidida de Avicena, de que todo, incluso el hombre, nace espontáneamente, después de grandes trastornos y diluvios, *cœlesti solum præstante influentia*.

Respecto á los animalejos parásitos, nadie dudaba de su espontáneo nacer. Lo que era tenido por milagroso era que no naciesen. El mayor milagro que hizo Santa Teresa, según el P. Boneta (*Gracias de la gracia*, pág. 304), «fué librar á sus hijas de aquellos



les; luego con toda propiedad es mundo menor» (pág. 439).

Los timoratos del día andan hechos unos basiliscos contra los naturalistas que pretenden que todo sér vivo nace de unas vejigüelas primitivas. El P. Fuente de la Peña no tiene tal repugnancia. Al contrario, salvo los ángeles, las almas humanas y la materia prima, que han sido creados por Dios inmediatamente, los demás nacen por *educación* ó *emanación* de la materia prima. Se junta una forma á dicha materia ó se junta otra, y ya tenemos los seres. Si la forma es *leontina* sale un león; si es *duendina* sale un duende, y si es *gatuna* sale un

inmundos átomos vivientes que nacen y anidan en las túnicas de lana.» «Milagro, añade el Padre, que excede á todos por lo continuado; ¡milagro preñado de milagros!» El P. Fernández Navarrete (*Tratados... de China*. Viajes, pág. 294) trae á este propósito un pasaje curiosísimo. «Los animalejos, dice, que ordinariamente criamos los hombres, en llegando á las islas de barlovento, se fueron extinguiendo del todo, sin quedar uno solo. En pasando el mar no hay europeo que los críe. Cierto que es una maravilla rara. De mí puedo con toda verdad afirmar que, en veintiséis años que estuve por todas las partes que iré refriendo, jamás crié alguno. Después que pasé de Portugal á Castilla, revivió el antiguo humor. ¡No alcanzo esta filosofía!»

El médico Lemnio, en su obra *De occultis naturæ miraculis* (Francfort, 1593), sí cree alcanzar esta filosofía. Todo consiste en una cosa muy sencilla: en que *homines a sordibus non abluant*; en que los hombres no se laven, y sean además muy viciosos y desarreglados en el comer. Para libertarse, pues, de estos bichos y de los que infestan las casas, recomienda la limpieza, la castidad y la templanza. Con este motivo, elogia el médico á Felipe II por lo aseado, sobrio y casto, de quien añade que *propter amplissimas naturæ dotes, divinum quoddam virtutis simulacrum mortalibus exhibet*.

gato. Dígasenos ahora si esto no es casi tan bueno como Darwin.

Salverte y otros sabios novísimos quieren probar que muchos de los milagros que se hacían en lo antiguo eran naturales ú obra de las ciencias ocultas, de la química y la física que sabían ciertos hombres privilegiados: lo mismo prueba el Padre. Los 800 ó 900 años que vivían los patriarcas, por ejemplo, no son prodigiosos. Era que tenían el secreto para componer un elixir *macrobiótico* que les hacía vivir tan largo tiempo. El Padre juzga probable que vuelva á descubrirse este elixir y que podamos vivir más que Matusalén.

También, disertando sobre la grosería de los mantenimientos y de los remedios, deja entrever que pueda el hombre en lo futuro alimentarse y curarse con quintas esencias y virtualidades, con la forma ó la idea de las cosas, y no con las cosas mismas, presagiando así la homeopatía y la carne de Liebig. Entrevé también el Padre, cómo de la monstruosidad que adquiriera ó con que nazca un individuo de una especie puede originarse especie nueva. Un hombre con cola puede dar origen á muchos hombres con colas; una cabra, á quien se le alargue el pescuezo, puede ser raíz y estirpe de las girafas. El Padre llega en este punto hasta á creer que hay ó ha habido hombres peces, hombres ranas, hombres con un pie y hombres sin cabeza. En cuanto al tamaño, los hay ó ha habido menores que una avispa; y tan enormes, que por el hueco del fémur de uno de ellos entró á caballo un cazador, persiguiendo á una cierva, y tardó

seis minutos en salir por el otro lado, á todo galope (1).

Nace de aquí una cuestión que Darwin y sus discípulos se dejan en el tintero, y que el Padre dilucida, á saber: ¿los monstruos son ellos, ó lo somos nosotros? Claro está que si ha de salir especie nueva de la monstruosidad, para todos los individuos de la nueva especie los monstruos los seremos nosotros.

En cuanto á que el hombre provenga ó no provenga del mono, no se declara bien el Padre; pero estamos seguros de que este origen no le repugnaría, ya que concede razón, discurso y agudeza á los animales, y en particular á los monos. Monos hay, según él, que saben leer y escribir, y que bailan y tocan instrumentos; y otros tan tahures y fulleros, que juegan en la India á los naipes con los portugueses, los despluman, y luego, para consolarlos, los llevan á la taberna, los convidan y emborrachan (2).

(1) El gigante, cuyo era dicho fémur, está averiguado que fué contemporáneo de Moisés. No era Moisés pequeño tampoco. Tenía doce codos de estatura; iba armado con una lanza de doce codos, y habiendo dado un brinco de otros doce codos, no logró tocar al gigante en el tobillo.

De los pigmeos habla el profeta Ezequiel. En Tiro tenían unas cuantas compañías de estos hábiles flecheros, no mayores que perdices, entre las tropas de la guarnición, y aquella poderosa república estaba muy soberbia de poseer tales auxiliares. Parece que de resultas de la perpetua guerra que las grullas hacían á los pigmeos, esta raza se ha extinguido, como se extinguirán las pieles rojas, gracias á los *yankees*.

(2) Es portentosa la multitud de casos que en prueba de la racionalidad de los animales, de su moral y justicia y demás virtu-

Sobre el nacer de los seres sin semilla ni generación de otros de su especie, trae el Padre mil casos. Basta la corrupción, el fermento de la materia para que brote la vida. Lejos de pensar que con esto ofende á Dios, entiende que le glorifica. La mayor prueba de la bondad de Dios y de su omnipotencia, es, en su sentir, esta circulación de la vida por todo el Universo. Cuando criamos, dice, animales parásitos, no debemos lamentarnos. Si no se criasen, aquellos humores de que provienen nos matarían: dichos animales nos traen la salud; es cosa, pues, de cantar un *Te Deum*, cuando cualquiera se halla con ellos. Y no se entiende que el Padre conceda sólo que estos parásitos sean siempre de especies conocidas. Pueden ser de mil géneros. Hasta duendes podemos criar en el vientre (1).

Sería cuento de nunca acabar si siguiera yo ci-

des, trae el Padre. Citaré sólo el de un cigüeño, que descubrió que su cigüeña legítima le había sido infiel. La acusó ante un tribunal de cigüeños; la procesaron, la sentenciaron y la desplumaron viva, en toda regla. No creo yo que el Dr. Jonatan Franklin traiga nada mejor en su *Vida de los animales*. ¿Ni cómo han de competir los modernos con las obras que yo he poseído y perdido

Del Reverendo Padre Valdecebro,  
Que en escribir historias de animales  
Se calentó el cerebro?

(1) *El ente dilucidado*. Discurso único novísimo, que muestra hay en naturaleza animales irracionales invisibles y cuáles sean, por el Rmo. P. Fr. Antonio de Fuente de la Peña, ex-provincial de Castilla, etc.: Madrid, 1677.

tando los raros descubrimientos de este predecesor de Newton, según D. Adolfo de Castro, y de casi todos los sabios del día, según mi propio parecer.

Hago, pues, punto aquí, para no pecar de prolijo, limitándome á añadir, sin la menor ironía, que yerran los que sacan argumento del libro de *El ente dilucidado* para probar la perversión del gusto y de las doctrinas en España, cuando el libro se escribió. Libros por el estilo se escribían entonces, y quizás se escriben ahora, por lo serio, en las naciones más adelantadas. *El ente dilucidado* está lleno de citas de autores extranjeros, para probar lo que puede parecer más extravagante: Porta, Paracelso y Kircher, entre otros. Yo poseo un libro, publicado once años antes en Alemania, en 1666, titulado *Antropodemus plutonicus*, que casi compite con *El ente dilucidado*. Sólo me resta repetir, para terminar, que el trabajo del Sr. D. Adolfo de Castro es por todos estilos estimable, y que no quiero en lo más mínimo rebajar su mérito. La colección de filósofos publicados, ya he dicho también que me sabe á poco. ¿Por qué no publica siquiera otro par de tomos el Sr. Rivadeneyra? El mismo *Ente dilucidado*, aunque muchos le consideren como *filosofía para reir*, podría interpolarse en uno de dichos tomos, donde se abriera la mano, quizás como se ha abierto un poquito en el tomo ya publicado, á los *filósofos hasta cierto punto*.

En el otro tomo, pudiera el Sr. D. Adolfo de Castro mostrar más severidad y dar cabida á obras

de verdaderos filósofos, pues en efecto las hay. Así iríamos divulgando nuestra antigua cultura y enlazándola con la nueva; negocio de la mayor importancia para que esta nación se regenere y vuelva á ser tan grande y gloriosa como ya lo fué en otros siglos.







## POESÍAS LÍRICAS

DE LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ

DE AVELLANEDA (1).

**L**A célebre poetisa cubana está haciendo una edición completa de sus obras, de la cual acaban de ver la luz pública los dos primeros volúmenes (2). Quien escribe este artículo, aunque poco ó nada merecedor de tan alta honra, recibió y aceptó, tiempo há, de la señora de Avellaneda el lisonjero y difícil encargo de escribir un Prólogo general que fuese al frente de la mencionada edición; pero otros quehaceres y cuidados, juntos á la desconfianza, que no logró vencer, de que bastasen sus débiles fuerzas y su marchito ingenio á dar cima al trabajo crítico que tan notables obras requieren, impidieron que cum-

(1) Artículo inserto en la *Revista de España* en el año de 1869.

(2) Obras literarias de la Sra. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.—Colección completa.—Tomos I y II.—Madrid, imprenta de M. Rivadeneyra, 1869.



pliese su palabra, y le hicieron desperdiciar una ocasión, que tal vez no vuelva á presentarse nunca, de salvar su nombre del olvido y de legarle á la posteridad más remota. Porque, sin afectación de modestia, yo tengo ya por indudable, como me predecía el Sr. Alcalá Galiano al juzgar mis versos, en los cuales hallaba él, sin embargo, llevado acaso del cariño que me profesaba, no escaso valer, que tanto estos versos como mis obrillas en prosa se han de perder y confundir en el inmenso cúmulo de lo que hoy se escribe y publica, y al fin han de anegarse y sepultarse en el río del olvido, cuyas furiosas oleadas van barriendo y limpiando el terreno de ripios poéticos y de escombros literarios, para que la memoria de los hombres no se fatigue en sustentar tanta carga. Pero las obras de la señora de Avellaneda están ya muy altas, y el río del olvido, aunque venga muy bravo y encrespado, no se las tragará. Así es que, si yo hubiese puesto en ellas el Prólogo general, con ellas se hubiera salvado, y con el Prólogo mi nombre. ¿Cómo negar, por otra parte, la posibilidad de que algún curioso erudito, allá en los tiempos venideros, estimulado con la lectura de mi Prólogo, se moviese á rastrear, desentrañar y descubrir quien yo fuí, y hasta se aficionase á mis escritos, luego que hubiese dado con ellos, y los imprimiese de nuevo á costa de una sociedad de bibliófilos, tratando de demostrar que eran unas joyas, un verdadero tesoro, y poniéndoles glosas y comentarios, por donde viniese el vulgo á entender la doctrina excelente que está escondida y cifrada en ellos, y que en el día no ven

ni estiman más que seis ó siete amigos míos, todo lo más, y echando por lo largo? Todo esto he perdido con no escribir el Prólogo, y sobre todo esto el placer de servir á una antigua, buena y constante amiga mía, como lo es la señora de Avellaneda; porque, al cabo, la intención es lo que se aprecia, y la señora de Avellaneda hubiera agradecido y apreciado mi Prólogo por malo que hubiera sido; aunque al lado de sus versos hubiera parecido como cardo entre rosas, ó tal vez como aquellas esclavinas que en nuestros viejos romances populares solían llevar los Príncipes cuando peregrinaban disfrazados de romeros; esclavinas

Que no valían un reale;

pero que, apartadas, descubrían un traje tan rico y tan galano,

Que valía una ciudade.

En resolución, es lo cierto que yo no escribí el Prólogo, y esto ya no tiene remedio. Veamos ahora si al menos en un artículo de periódico, en un escrito que no exija tanto esmero y primor, acierto á decir algo en alabanza de las obras de la señora de Avellaneda; algo que sea razonable y atinado, sin hipérboles absurdas, y como ella es digna de ser juzgada.

Su ingenio flexible y fecundo ha dado gallarda muestra de sí en obras de muy diversos géneros, siendo los tres principales el drama, la novela y la poesía lírica. Sin perjuicio de que yo mismo, si no se me adelantan otros críticos más hábiles, juzgue

en nuevos artículos las obras dramáticas y las novelas de la ilustre poetisa, me limitaré en éste á hablar de sus poesías líricas, contenidas todas en el tomo I, ya publicado. Esta tarea es, por varias razones, más agradable que las otras, y al mismo tiempo de mayor dificultad é importancia. La señora de Avellaneda pone mucho de sus más íntimos sentimientos en su poesía lírica, la cual, como ahora se dice, es muy *sujetiva*, por donde al hablar de las obras habrá á menudo que hablar del alma misma de la autora. Es además innegable que la señora de Avellaneda ha tenido y tiene rivales como poetisa dramática, si no en España, en países extranjeros; y que como novelista queda muy por bajo, en fama y merecimiento, de Jorge Sand en Francia, y en España, por lo menos en fama y popularidad, de Fernán Caballero; mientras que como poetisa lírica no admite comparación ni halla competencia ni en España ni en otros países. Como poetisa lírica no tiene ni tuvo nunca rival en España, y sería menester, fuera de España, retroceder hasta la edad más gloriosa de Grecia, para hallarle rivales en Safo y en Corina, si no brillase en Italia, en la primera mitad del siglo xvi, la bella y enamorada Victoria Colonna, Marquesa de Pescara.

No creo que al decir esto me cieguen el patriotismo y la amistad. Nuestra poetisa lírica no tiene igual, en las edades modernas, sino en la dulce encomiadora y apasionada consorte del vencedor de Pavía; en aquella gentil dama, admiración de Italia en el gran siglo de los Médicis; objeto de

fervoroso y constante amor y respeto de cuantos hombres ilustres florecieron entonces; ídolo venerado de los Bembos, Buonarrotis, Ariostos y Castigliones.

Ambas poetisas, en mi sentir, la Colonna y la Avellaneda, tienen algunos puntos de semejanza: ambas cantan y ensalzan en su primera juventud á algún sujeto mortal, por quien sentían el más vivo afecto; y ambas, desengañadas más tarde, y lleno siempre de amor el corazón, ponen en Dios este amor, y á Él consagran su lira y sus canciones. En ambas, por último, estamos indecisos, y no sabemos si es preferible y más verdadero é inspirador el amor profano y terrenal, ó el amor celeste y divino. Yo, con todo, me inclino á creer (y entiéndase que hablo artística y estéticamente), que el amor humano infundió en las almas de ambas poetisas más dulces y delicadas poesías, que el otro amor más encumbrado.

Las diferencias entre una y otra poetisa nacen más de las diferencias de edad, de condición y de medio en que han vivido, que del modo de ser interior de cada una. Hija de un potentado italiano, y concertado su casamiento desde la edad de cinco años con un magnate heróico, dominador de Italia, azote y terror de los franceses, hermoso de rostro, vencedor en cien batallas, mimado de la fortuna, que hasta llegó á brindarle con la corona del más risueño y poético país del mundo, la Colonna no tuvo que luchar con la áspera y dura realidad de las cosas, ni conoció jamás la vil prosa de la vida burguesa. En su magnífico palacio

de Ischia, ameno jardín circundado por el mar azul de las Sirenas; á la vista del umbroso y feraz Posílipo; en aquel encantado retiro tan cerca de la bulliciosa Nápoles, la Colonna aguardaba al esposo, que volvía con nuevos laureles, con mayor nombradía, de sus expediciones guerreras; ya después del asalto de Lodi; ya después de arrojar á los franceses de Milán, Génova y Cremona; ya, por último, después de derrotarlos en Pavía. La musa de la bella dama, ora cantaba los tormentos de la ausencia, ora la felicidad de volver á ver *il suo bel sole*, cada vez más resplandeciente de gloria. Todos los infortunios de la Colonna fueron aristocráticos; carecieron de la grosería brutal de los infortunios y desdichas que sobrevienen á la generalidad de los mortales, cuando no son ni mendigos ni grandes señores. Hasta la cautividad del marido, después de la sangrienta rota de Ravenna, y aquellas honradas y bellas cicatrices que, según la expresión de Isabel de Aragón, Duquesa de Milán, más bien le iluminaban y agraciaban el rostro que se le afeaban, eran asunto y fuente de egregia inspiración, de noble orgullo, y de más profundo amor y entusiasmo. La muerte misma contribuyó á hacer más poética la vida de la Colonna, apartando de ella para siempre, en todo el vigor de la edad, en todo el auge del crédito, en toda la lozanía de la juventud, al varón heroico que compartía su tálamo. Á la edad de treinta y tres años murió el Marqués de Pescara, y no dió tiempo, ni con la cansada vejez, ni con la ociosa y larga conviven-

cia, ni con las enfermedades y los achaques, á que el ideal que la Colonna había puesto en él desde muy niña, pudiera desvanecerse ni deslustrarse. *Il bel sole splendeva ancora per lei*, aun después de la muerte.

Príncipes y grandes señores pretendieron después la mano de la joven viuda; los más famosos sabios y los más eminentes artistas la sirvieron y la adoraron rendidos; pero ella lo desdeñó todo por el amor de Dios y por el recuerdo amoroso del héroe, á quien había dado toda su alma. Si el cielo no le concedió un hijo, ella tuvo la dicha de reconocer por tal, de mirar como á hijo de su espíritu, al bizarro y discreto Alfonso de Ávalos, Marqués del Vasto, primo suyo, de quien, con inmaculado cariño, docta insinuada de toda virtud y gentileza, amansó la condición zahareña y torva, y llegó á hacer el modelo del caballero cortesano, según el conde Baltasar Castiglione supo fantasearle y trazarle en su lindísimo libro.

Considerada estéticamente, la vida de la Colonna no pudo ser más dichosa. La Colonna pudo ser y fué un Petrarca femenino, no ya sólo en lo ideal de los sonetos, canciones y madrigales, sino también en lo real de la vida. Por eso, en sus poesías, aunque por el estilo imita al Petrarca, hay un sentimiento y un fuego más sincero y profundo; no hay los discreteos y las quintas-esencias que en el cantor de Laura. Para el Petrarca debía aparecer Laura muy á menudo como una abstracción, como una alegoría, como un símbolo; para la Marquesa de Pesquera, su *bel sole*, su héroe,

nada tiene de fantástico ni de sofístico; todo es real y verdadero en vida y en muerte. Ella le ama con toda la delicadeza y toda la sublimidad de un corazón puro y de una mente casta; pero como ama una mujer á un hombre, y no como ama un metafísico á una idea. De aquí el más poderoso encanto de sus versos.

Los de la Avellaneda poseen el mismo encanto, y le poseen por el mismo motivo: por la sinceridad, por la realidad, por la verdad de la inspiración. Aún estoy por decir que en sus versos es mayor el encanto, y menor ó ninguna aquella monotonía que se nota en los de la Marquesa de Pescara. La Avellaneda, menos feliz que su rival, ha tenido que luchar con la fortuna; ha hallado más dificultades en el camino de la vida; se ha visto obligada acaso á conservar con frecuencia su ideal en abstracto y en vago, por no poderle fijar, ni concretar, ni determinar en persona alguna de las que ha encontrado por el mundo. Si á esto se añade que la Avellaneda vive en un siglo más reflexivo, de menos fe, de menos ilusiones, se comprenderá la diferencia radical de sus poesías, que carecen de la serenidad etérea que hay en las de la Colonna, pero que mueven en cambio más hondamente el alma. La misma contraposición entre el ideal soñado y la prosáica realidad de las cosas, que jamás se le adecua, y que sólo puede confundirse con él en un momento de alucinación y de extravío, da una magia melancólica á las composiciones de la Avellaneda, de que las de la Colonna están desprovistas.

Entienden algunos críticos superficiales que el hastío, el tedio, las lamentaciones y las quejas de los poetas de nuestra época, que nada hallan en el mundo que los satisfaga y contente, nacen del prurito de remedar á Byron. No niego yo que le imiten con frecuencia. La desilusión y el aborrecimiento de la vida y el misantrópico desdén han tenido pocos poetas que sepan expresarlos con la misma energía que el noble Lord; pero, aunque el noble Lord no hubiera vivido ni cantado, hubieran sentido y expresado el mismo sentimiento otros poetas de todas las naciones, sobre todo de las que tienen ya una vida y una civilización más largas, como son las del Mediodía de Europa, donde hasta la misma decadencia política induce á desesperación y acibara el espíritu. No ha habido sociedad, ni pueblo, ni agrupación de hombres, donde al cabo de algunos siglos de historia no se haya hecho general este sentimiento de hastío y de cansancio, y no haya sido lamentado por los poetas. ¿Qué Byron ni qué Leopardi fué más allá en esto, exhaló del alma más amargas quejas, que el judío alejandrino, autor del *Eclesiastés*? En los fragmentos que aún nos quedan del poeta cómico Menandro, hay tales rasgos y sentencias de este escepticismo melancólico y misantrópico, que Byron los hubiera envidiado.

El que los dioses aman, muere joven,

dice Menandro.

Los poetas latinos del gran siglo de Augusto,



en medio de sus placeres livianos y de su epicurismo fácil, suelen manifestar la misma tristeza, la misma aflicción de espíritu, el mismo convencimiento de la vanidad de todo. Los satíricos van más allá: todo en las cosas es vano y vacío; los hombres de su época les parecen tan viles, que Dios, al mirarlos, los odia ó se mofa de ellos. El cristianismo, como toda doctrina mística, vino á dar un consuelo á esta propensión del espíritu, pero no á curarla; antes se fundó en gran manera en esta propensión, en el menosprecio del mundo. Los filósofos franceses, los enciclopedistas del siglo pasado, tanto los burladores como Voltaire, cuanto los sentimentales como Rousseau, están llenos del mismo menosprecio misantrópico. Sólo la moderna filosofía alemana está libre, está sana de esta enfermedad mental, y por esta sola calidad merece la estimación de todos los hombres y el perdón para cualquier defecto. El optimismo de Leibnitz y la serenidad olímpica de Goëthe resplandecen en todos los sistemas, desde Kant hasta Hegel (1).

Entre tanto, no se ha de negar que el desdén misantrópico, el menosprecio del mundo y de los hombres, es un sentimiento propio de este siglo, y muy general en casi todos, y es además una fuente de rica y elevada, aunque amarga inspiración. La Avellaneda ha bebido también en esta fuente, y, salvo lo que le ha inspirado el amor, de

(1) Cuando el autor escribió este artículo aún no tenía noticia del novísimo pesimismo alemán de Hartmann y Schopenhauer.

ella ha sacado sus mejores poesías, endulzando con las creencias religiosas la amargura de la fuente.

En ninguna composición de este género raya tan alto la Avellaneda, muestra más sinceridad, más sencillez de estilo, más verdadero y hondo sentimiento, que en los cuartetos dirigidos á su primer marido el Sr. Sabater, poco antes de casarse.

En otras composiciones de la señora de Avellaneda, este cansancio, esta saciedad de la vida, este desaliento profundo están aún expresados, mas no sentidos, con más viveza y brío. Tal vez, al leerlas, imaginó el Sr. D. Juan Nicasio Gallego, en el prólogo que puso al primer tomo de poesías que publicó la autora, que ésta se hallaba algún tanto contagiada de la manía del siglo, y que, más por seguir la moda que porque en realidad lo sintiese, se lamentaba de que la vida es una carga insufrible, de que el mundo es un infierno ó un valle de lágrimas, de que el amor es una mentira, y una ilusión el bien y la belleza, y de que no hay alegría en el mundo, ni en la sociedad placeres. Sin embargo, estos arranques byrónicos están templados casi siempre en los versos de la Avellaneda, y muy dulcificados por amorosos sentimientos de devoción á Dios ó á la Virgen.

En una de sus plegarias á esta Divina Señora, la poetisa se llama á sí misma campo estéril, seco arroyo, pájaro sin nido, olmo sin hiedra, extranjera en un mundo cuya alegría no comprende, y sér desvalido y sin amparo. Se diría que habla la

persona más cuitada y menesterosa de la tierra, y al cabo termina así:

¡Ay! No soy robusta encina,  
Firme del viento á la saña,  
Sino humilde y frágil caña  
Que al menor soplo se inclina.  
Bajo el brazo omnipotente  
Veis mi frente  
Postrarse humilde, Señora;  
Decidle, pues, que ya es hora  
De que se extienda clemente.

Del árbol de mi esperanza  
Secas las flores cayeron,  
Y cual humo leve huyeron  
Mis sueños de bienandanza:  
Así, no pido alegría,  
¡Virgen pía!  
Ni horas de dicha serenas;  
Sino paciencia en las penas  
Y paz en la tumba fría.

Una consecuencia de este disgusto de la vida actual es en la señora de Avellaneda, y en casi todos los poetas de raza latina, el ensalzar y echar de menos los tiempos pasados. Extraño parece que el genio de la poesía, que goza de eterna juventud, tenga por carácter distintivo, generalmente, el que Horacio atribuye á los viejos: el ser *laudator temporis acti*. La ciencia, la experiencia, la historia dicen lo contrario: que nunca hemos estado mejor que en estos días; que la hu-

manidad gana y adelanta en todo, en vez de perder; pero la poesía se aferra en sostener que no, desde Homero hasta hoy. El sueño de la edad de oro, la idea de un primitivo estado de inocencia y de bienaventuranza, la creencia de un Paraíso, donde fué la cuna de la humanidad, son temas más simpáticos á la poesía que la fe en el progreso humano, que la edad de oro en el porvenir, que la esperanza de mayor ventura y virtud y excelencia para nuestra especie en los venideros siglos. Difícil y larga tarea sería dar razón de esta anomalía. Ello es que existe. Quizás se funda la fe en el progreso en consideraciones algo prosáicas y no muy altas para que puedan satisfacer el alma del poeta. Sin duda que toda esperanza de mayor ventura en la tierra está limitada por nuestra misma condición natural, y el alma del poeta há menester de una esperanza infinita para apagar la sed que la devora y consume. Harto bien declara todo esto nuestra poetisa en su composición *Á la felicidad*. El último esfuerzo de la ciencia humana es para ella que *todo es vanidad*:

El insensato empeño

De afectos breves y precarios goces,

Que, cual visiones de engañoso sueño,

Llegan y halagan para huir veloces,

no puede satisfacer un corazón enamorado; y, si la felicidad no es una mentira, la felicidad, roto el límite mezquino de la vida, ha de estar más allá del sepulcro.

Si tan poco sonrío á nuestra poetisa el porvenir

terrenal, menos aún la sonrío lo presente. Véase cómo lo describe en los versos que llevan por título *La juventud del siglo*:

¿Qué hace el siglo engañoso  
De tan fecundas y abundantes fuentes  
De entusiasmo divino?—Vedlo en esas  
Antes de tiempo marchitadas frentes,  
Que, si no ostentan del dolor el sello,  
Llevan la frigidez del egoísmo!...  
Vedlo en esas miradas,  
Que indiferentes á lo grande y bello,  
Que les nubla profundo escepticismo,  
No son por el amor abriantadas,  
Ni en ira generosa  
Se encienden contra el dolo y la injusticia,  
Mas que arden ¡ay! por fiebre contagiosa  
De insaciable codicia.  
¡Mísera juventud! ¡Cuán vanamente  
Grandes aspiraciones  
De tu instinto purísimo y valiente  
Llevas á las estériles regiones  
Del positivo mundo,  
Que arrojando de sí como desdoro  
La fe divina y el sentir fecundo,  
Al Dios á quien adora, que es el oro,  
Sacrifica con ciega idolatría  
De lo bello la eterna poesía!

Mucho habría que contestar en prosa, y con razones prosáicas, aunque sólidas, á esta poética declamación; pero ¿quién ha de negar que, como

declamación poética, está bien sentida y dichosamente expresada?

Pero dejemos ya de hablar del desaliento, del desengaño, y busquemos otro venero más fecundo de inspiración; venero rico é inexhausto en el alma de la poetisa: el amor en todas sus manifestaciones y desenvolvimientos. Sus versos son la historia psicológica, íntima y honda de esta bella pasión de su pecho. Hasta el mismo desaliento, la desesperación byroniana, el hastío, que á veces la inspiran, nacen de esta pasión mal pagada, de esta sed inextinguible, que no halla dónde calmarse en la tierra; de este afán de adoración y de afecto, que no descubre objeto adecuado y digno á quien adorar y querer.

Ciertamente, si en España no viviésemos en un período antipoético hasta lo sumo; en un período de transición penosa, en que anhelamos vivir bien, mejor al menos que hemos vivido hasta aquí, y no creamos los medios de sostener esta vida; en un período en que la cuestión económica absorbe todas las inteligencias y las distrae de especulaciones más altas, y las abate y humilla, los versos amorosos de la Avellaneda serían populares, se sabrían de memoria, y se oirían en los labios de las más lindas mujeres, porque lo merecen tanto como los de la moza de Lesbos, allá en la antigüedad.

¿Qué mujer de diez y seis á diez y ocho años no ha buscado vagamente su amor en todo cuanto la rodea; no ha querido dar cuerpo y forma al predilecto de su corazón, hasta apiñando la niebla y

dando consistencia á las sombras nocturnas para crear su bello fantasma? ¿Puede este amor indeterminado, sin objeto aún, pero vehemente, delicadísimo, santo y hermoso, expresarse y sentirse mejor que en estos versos?

¡Oh tarde melancólica! yo te amo  
Y á tus visiones lánguidas me entrego...  
Tu leda calma y tu frescor reclamo  
Para templar del corazón el fuego.

Quiero, apartada del bullicio loco,  
Respirar tus aromas halagüeños,  
Á par que en grata soledad evoco  
Las ilusiones de pasados sueños.

¡Oh! si animase el soplo omnipotente  
Éstos que vagan, húmedos vapores,  
Término dando á mi anhelar ferviente,  
Con objeto inmortal á mis amores!

¡Y tú, sin nombre en la terrestre vida,  
Bien ideal, objeto de mis votos,  
Que prometes al alma enardecida  
Goces divinos, para el mundo ignotos!

¿Me escuchas? ¿Dónde estás? ¿Por qué no puedo,  
Libre de la materia que me oprime,  
Á tí llegar, y aletargada quedo,  
Y opresa el alma en sus cadenas gime?

En otra composición, la fantasía de la autora, movida del amor, logra dar cuerpo, forma, vida, al objeto ideal que ama. También era en la hora melancólica y dulce y llena de misterios del crepúsculo vespertino. La poetisa evoca al bien de su

alma, le llama, hace un conjuro de amor, y él se aparece:

Entonces ¡ah! de repente,  
No como sombra de un sueño,  
Sino vivo, amante, ardiente,  
Se presentó ante mi mente  
El que era su ignoto dueño.

Hay un cuento oriental en que dos genios se encuentran en las altas regiones del aire, durante la noche, viniendo de los opuestos confines del mundo. El uno protege á un Príncipe hermosísimo y discreto, y el otro á una Princesa no menos gentil. Los genios hacen el elogio alternado de sus respectivos Príncipes, y convienen en que han nacido el uno para el otro; en que deben amarse, aunque viven á la mayor distancia. Entonces deciden tomar al Príncipe dormido, recorrer volando con él millares de leguas, é introducirle por un instante en la alcoba de la linda Princesa, dormida también. Lo hacen así: los dos jóvenes se ven por un momento y se aman, y los genios vuelven á llevar al Príncipe á su palacio. No hay que decir que el Príncipe pide después armas y caballo á su señor padre el Rey, y sale en busca de la Princesa, aunque casi la tenía por un sueño, y la encuentra al cabo de prolijas y penosas peregrinaciones, y es feliz uniéndose á ella. Algo parecido entiende nuestra poetisa que le sucede en estos versos que vamos citando. Al bello Príncipe que soñó, que vió en Cuba, por una intuición mágica, le vuelve á encontrar en Europa, y le reconoce y le ama.



Volaban los años, y yo vanamente  
Buscando seguía mi hermosa visión...  
Mas dió al fin la hora; brillar ví tu frente,  
Y *es él*, dijo al punto mi fiel corazón.

Porque era, no hay duda, tu imagen querida,  
Que el alma inspirada logró adivinar,  
Aquella que en alba feliz de mi vida  
Miré, para nunca poderla olvidar.

Por tí fué mi dulce suspiro primero;  
Por tí mi constante, secreto anhelar...  
Y en balde el destino, mostrándose fiero,  
Tendió entre nosotros las olas del mar.

No hay nada más bello, más sencillo y cando-  
roso de expresión y de sentido, más lleno de ver-  
dadera pasión, que los versos en que muestra des-  
pués la poetisa la timidez de la doncella, su rece-  
lo, su desconfianza del bien que pueda traerle el  
objeto amado, y la devoción y el dulce abandono  
con que, á pesar de todo, le entrega su alma:

Mas ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente  
Que ejerce en las aves terrible poder...  
Las mira, les lanza su soplo atrayente,  
Y al punto en sus fauces las hace caer.

¿Y quién no ha mirado gentil mariposa  
Siguiendo la llama que la ha de abrasar?  
¿Ó quién á la fuente no vió presurosa  
Correr á perderse sin nombre en el mar?

¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?  
¿Serás mi Oceano? ¿Mi sierpe serás?...  
¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,  
Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.

Á la hoja que el viento potente arrebató,  
 ¿De qué le sirviera su rumbo inquirir?...  
 Ya la alce á las nubes, ya al cieno la abata,  
 Volando, volando lo habrá de seguir.

Si al entregar así el corazón y la existencia al  
 sér amado, siente y expresa tan dulcemente nues-  
 tra poetisa los más blandos afectos, imitando á  
 Safo, traduciendo el famoso fragmento de aquella  
 oda, que el maestro de la gran Reina de Palmira  
 presentaba como cumplido dechado del estilo su-  
 blime, pinta aún con más vivos y ardientes colo-  
 res el deleite de poseer al que adora el alma, y la  
 emoción, y la turbación, y el desmayo, más grato  
 que la vida, de que goza estando á su lado:

Ante mis ojos desaparece el mundo,  
 Y por mis venas circular ligero  
 El fuego siento del amor profundo.  
 Trémula, en vano resistirte quiero...  
 De ardiente llanto mi mejilla inundo,  
 ¡Deliro, gozo, te bendigo y muero!

La señora de Avellaneda ha querido, por últi-  
 mo, pintarnos el paso más doloroso y terrible de  
 la pasión de amor, y nos le ha pintado superán-  
 dose á sí misma y dejándonos entrever, mejor que  
 Ovidio, Lamartine y Leopardi, que han tocado  
 este asunto, la tempestad que agitaría el pecho de  
 la desdeñada de Faón al dar el salto de Léucades.  
 Varias son las composiciones en las poesías líricas  
 de la señora de Avellaneda que están inspiradas

por este sentimiento. Todas ellas pueden colocarse entre las mejores; pero la que á mi ver descuella sobre las demás es la que lleva por título *Amor y orgullo*. La hermosa María, olvidada de su ingrato amante, lamenta su humillación y aun ama al que la ha causado. No podemos menos de transcribir aquí algunos de sus sentidos ayes; la hermosa María exclama, hablando con su corazón:

¿Qué esperaste, ¡ay de tí! de un pecho helado  
De necio orgullo y presunción hinchado,  
De víboras nutrido?  
Tú, que anhelabas tan sublime objeto,  
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto  
Te arrastras abatido?

¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,  
Que por flores tomé duros abrojos  
Y por oro la arcilla?...  
¡Del torpe engaño mis rivales ríen,  
Y mis amantes ¡ay! tal vez se engríen  
Del yugo que me humilla!

¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?  
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde,  
Quieres ver en mi frente  
El sello del amor que te devora?  
¡Ah! velo, pues, y búrlese en buen hora  
De mi baldón la gente.

¡Salga del pecho, requemando el labio,  
El caro nombre, de mi orgullo agravio,  
De mi dolor sustento!...  
¿Escrito no lo ves en las estrellas

Y en la luna apacible, que con ellas  
Alumbra el firmamento?

¿No lo oyes, de las auras al murmullo?

¿No le pronuncia, en gemidor arrullo,

La tórtola amorosa?

¿No resuena en los árboles, que el viento

Halaga con pausado movimiento

En esa selva hojosa?

De aquella fuente entre las claras linfas

¿No le articulan invisibles ninfas

Con eco lisonjero?...

¿Por qué callar el nombre que te inflama,

Si aun el silencio tiene voz, que aclama

Ese nombre que quiero?...

Nombre que un alma lleva por despojo;

Nombre que excita con placer enojo,

Y con ira ternura;

Nombre más dulce que el primer cariño

De joven madre al inocente niño,

Copia de su hermosura.

Y más amargo que el adiós postrero

Que al suelo damos donde el sol primero

Alumbró nuestra vida;

Nombre que halaga, y halagando mata;

Nombre que hiere, como sierpe ingrata

Al pecho que le anida.

Hay otra clase de poesía lírica en la que también se da prueba de exquisita sensibilidad y de imaginación creadora: la que describe la naturaleza exterior y los sentimientos é ideas que infunde en el alma. Esta clase de poesía, que pinta el mar,

la noche, la aurora, las estrellas, los bosques y las flores, corresponde al paisaje en pintura; y, según algunos críticos, era poco conocida y cultivada de los antiguos clásicos. Sea como sea, pues no nos incumbe dilucidar aquí la cuestión, no puedo menos de dar por cierto que la poesía descriptiva suele ser brillante en España, por la pompa y sonoridad del lenguaje, por la abundancia de imágenes y epítetos y por los raptos de la fantasía; pero casi siempre se funda en muy somera observación y en muy poco detenida y reposada contemplación de la naturaleza: así es que peca de falsa, de fría, de amanerada ó vaga. Claro está que el poeta que describe los cielos no es menester que sea astrónomo; ni botánico el que habla de hierbas, plantas y árboles; ni ornitólogo el que encomia el canto del ruiseñor, el plumaje del colibrí, la majestad airosa con que el cisne va nadando, ó la amorosa languidez con que arrulla la tórtola. Pero, verdaderamente, si el poeta no sale nunca de las calles y tertulias de Madrid; si no ve más campo que la Fuente Castellana; si no acierta á distinguir en el cielo una estrella de otra; si no puede notar la diferencia que hay entre un olivo y un almendro, entre un algarrobo y una encina, entre un campo sembrado de trigo y otro de habas, todo lo cual, con perdón sea dicho, acontece con frecuencia á nuestros poetas descriptivos; las descripciones de éstos no podrán menos de ser, como son en verdad, muy bonitas y relucientes, pero más parecidas al fantástico y caprichoso paisaje de un abanico chinesco que á un buen cuadro de Haes. No

digo yo que lleguen alguna vez á lo que se cuenta de la descripción que hizo del mar cierta poetisa británica, con cangrejos muy colorados, conforme los había visto cocidos en la mesa; pero á veces se aproximan á este modelo, prefiriendo yo entonces la exactitud minuciosa y chistosamente prosáica del *Observatorio rústico* de D. Gregorio de Salas.

La Avellaneda posee, sin duda, en alto grado el talento descriptivo; comprende además y siente la hermosura de la naturaleza; pero, fuerza es confesarlo, participa de esa desidia de que hemos hablado, y la ha observado y contemplado poco. Hay primor, hay sentimiento en sus descripciones; pero ¿cómo negar que hay generalidad y vaguedad en ellas? Su hermosa patria, la perla de las Antillas, con sus bosques frondosos, con sus campos fértiles, con su riquísimo suelo esmaltado de odorantes flores y de perenne verdura, no le ha merecido que nos haga de ella un fiel y bello retrato. Fuera de seis ó siete nombres de plantas ó de pájaros, que se dan en aquella región de entre trópicos, poco ó ningún color local hay en las ligeras pinturas que nos hace de su país la Avellaneda. Casi nunca sale de la generalidad y de la vaguedad. Entiéndase que no exigimos que se traslade á los versos la prolija enumeración de las producciones de un país, ni que se describan su flora y su fauna; pero hay ó debe haber, en la obra del poeta descriptivo, ciertos toques y pinceladas, por donde se percibe que ha estudiado bien su objeto, que le ha contemplado, amado y

comprendido; y rara vez notamos estos toques y pinceladas en nuestra poetisa. Lo que ella siente, ama y comprende es la naturaleza en su conjunto; y sobre este conjunto vago, por el cual discurren sus ojos y su espíritu distraídos, borda, esmalta y salpica los pormenores fantásticos, adornándolo todo con las galas orientales de las palabras y de las frases más escogidas y melodiosas. En todo esto se parece á Zorrilla, de quien, en dos composiciones que le dedica, se declara, no sin razón, hermana por el genio. Ocioso sería añadir, si no temiese yo que mis palabras se interpretasen mal, que, con decir que la Avellaneda se parece á Zorrilla en las descripciones, dejo sobrentender que estas descripciones son lindísimas y ricas de imaginación; y, por más que pequen algo por los defectos ya mencionados, se leen con verdadero encanto, abundando en casi todas sus obras, y siendo el fondo principal de las siguientes: *Al mar*, *Á una mariposa*, *Á vista del Niágara*, *Á un cocuyo*, *Paseo por el Betis*, *Á una tórtola*, *La primavera*, *La pesca en el mar*, *Á una acacia*. Aumentan el precio y prestan singular hechizo á estas composiciones, la abundancia, el primor y la galanura del lenguaje poético y castizo, en el que es gran maestra la Avellaneda, y asimismo su destreza, facilidad y gracia en la versificación, en lo cual suministra ya ejemplos y muestras perfectísimas á los preceptistas. No hay metro extraño que no emplee la Avellaneda, siempre con atrevimiento dichoso, y el Sr. Coll y Vehí, en sus *Diálogos literarios*, que

son un excelente tratado de metrificación, la cita á menudo con los mayores encomios. Á pesar de esta perfección en el metro, y á pesar de que la Avellaneda usa un estilo poético, sostenido y noble, sin humillarle nunca á lo vulgar y prosáico, sus versos corren siempre fáciles y limpios, como arroyo cristalino, y ni hay en ellos afectación de arcaísmo, ni trasposiciones violentas, ni obscuridad, ni confusión.

Este talento de versificadora consumada hace que hasta aquellas composiciones, que no están inspiradas, ni pueden estarlo, sino escritas por compromiso, ó cediendo á la benevolencia, á la amistad ó al deseo de complacer y lisonjear á alguna persona, sean de agradable lectura en la colección de la señora de Avellaneda. Á este orden de composiciones pertenecen las escritas para algún álbum, y las dedicadas á la Reina ó á la Infanta.

El conocimiento y amor del arte, la maestría con que maneja nuestro idioma, lo bien que sabe disponer de todos sus recursos, y la alta capacidad estética con que percibe, aprecia y se asimila toda belleza literaria, hacen además á nuestra poetisa en extremo apta para traducir al español, de un modo excelente, las obras de cualquier poeta extranjero. De ello ha dado pruebas en las bellas traducciones de Víctor Hugo, Lamartine, Parny y Byron, con que adorna su libro. Sin dejar de desear y de aconsejar á la señora Avellaneda que siga enriqueciendo nuestra literatura con poesías originales, no podemos menos de desear



y de aconsejarle también que la enriquezca y hermostee, trasplantando al verjel de nuestra poesía nacional las peregrinas flores de otras literaturas, y singularmente de la inglesa, que es tan rica y que conocemos tan poco.

El alma de la señora de Avellaneda, capaz de todos los afectos sublimes y de todas las grandes pasiones, se ha inspirado con frecuencia en el amor de la misma poesía, y ha creado bellísimas composiciones en alabanza de este arte divino, ponderando su influjo en las almas, sus excelencias y su gloria. Son de este género las odas ó canciones á Quintana, á Pastor Díaz, á Heredia *Á la poesía* y *Al genio poético*.

No diré yo que faltan en la lira de la Avellaneda, pero sí que tienen poca resonancia las cuerdas del patriotismo, del amor á la libertad y de la filantropía; esto es, del amor á la humanidad por ella misma, y no por el amor de Dios, que es la caridad cristiana. Tal vez estas pasiones y estos sentimientos sean más varoniles que femeninos. Lo cierto es que la voz de la patria, la de la santa libertad y la del ferviente anhelo de encaminar á mejor término á la humana especie, hallan débil eco en el por otra parte apasionado y gran corazón de la poetisa. De aquí que sus versos, acaeciéndoles en esto lo mismo que á los de la mayor parte de los poetas del día, sean más bien una conversación interior, un soliloquio, ó á lo más una confidencia á un amigo, que una arenga, una amonestación, una alta enseñanza dirigida á las muchedumbres; como eran, en lo antiguo, los

cantos de Píndaro, Corina y Tirteo, y han sido, en nuestra edad, los de Schiller, Manzoni y Quintana.

Tal vez la influencia del cristianismo no ha sido favorable en la mujer al desarrollo de ciertas calidades activas, de ciertas brillantes energías del alma. La modestia, el recogimiento, la resignación, la sumisión, el sacrificio y la humildad son las virtudes que el cristianismo infunde más en el alma de la mujeres. Todo esto es contrario, hasta cierto punto, al papel de filósofas y de maestras de las gentes. El consejo de la primera mujer trajo al mundo la muerte y el pecado. ¿Cómo ha de atreverse una mujer humildemente cristiana á aconsejar y á enseñar á las muchedumbres? Nuestra religión le baja el orgullo y la somete al hombre. Si una mujer nos salvó de la muerte y del pecado, no fué con sabiduría, ni con enseñanzas, ni con energías briosas de la inteligencia, sino con humilde conformidad y muda obediencia á los divinos decretos. Todas en ella fueron virtudes pasivas. Llevó en su seno al Salvador; le crió á sus pechos; lloró su muerte al pie de la Cruz. El tipo ideal de la mujer cristiana es la Virgen y la Madre dolorosa. La manifestación real de la mujer cristiana, en la vida, es la esposa retirada, cuidando de su casa y de sus hijos, afanada en las labores y cuidados domésticos; la virgen asceta, solitaria y silenciosa, y la hermana de la caridad, consagrada al alivio de nuestros males y miserias. Cuando el hombre, en las épocas de gran fe cristiana, ha levantado á la mujer sobre un pedestal deslum-

brante de gloria, y le ha tributado adoración y culto, ha sido como imagen transfigurada de aquellas humildes virtudes, ó como una alegoría, un símbolo ó una idea, ya de la filosofía, ya de la misma religión, ya de la hermosura. El hombre la ha humillado hasta hacer de ella su sierva, ó la ha encumbrado hasta hacer de ella una deidad; pero no ha sabido hacer de ella una compañera, una igual, un sujeto merecedor de toda su confianza.

De aquí, sin duda, el que hubiese tantas y tan notables poetisas y filósofas en la antigua Grecia, y el que proporcionalmente no las haya habido en la moderna Europa, sino en aquellas sociedades que se han apartado un poco de la verdadera fe y se han vuelto á impregnar de espíritu pagano. Salvo la gloriosa aparición de nuestra gran santa y doctora, no presenta la civilización moderna, desde Hipatia hasta el día, tres mujeres comparables á nuestras contemporáneas Jorge Sand, Mme. Staël y Mme. Varnhagen. Hasta el miedo de caer en ridículo, hasta la nota de marisabidillas con que los hombres las hemos perseguido siempre, ha helado la inspiración y el amor á la poesía y á la ciencia en muchos corazones femeninos. No es, pues, de extrañar que en España, país eminentemente católico, y donde además no han escaseado nunca las burlas y el escarnio implacable contra las mujeres doctas y licurgas, falten algunas cuerdas á la lira de la Avellaneda.

Aún nos queda que hablar de una: de la que ella cree más sonora y más rica en melodía; de la

que ella ha pulsado con más confianza y con más amor, desde que empezó á cantar; de la cuerda religiosa. Siendo nuestra poetisa profundamente creyente, y estando dotada, como lo está, de los más vivos afectos, no cabe duda de que sus mejores poesías serían sus poesías sagradas, si el temor y el respeto no prevaleciesen en ella sobre el amor divino, y viniesen como á cortarle las alas. Sus poesías sagradas son devotas; pero no llegan á ser místicas, no por falta de fervor y de raptó, sino por timidez humilde. La Avellaneda, considerándose como un sér débil, desvalido y pecador, busca á Dios para que la ampare, para que la defienda, para que la proteja y la salve; pero no le envía sus suspiros de amor; no vuela á Él con toda el alma; no tiende el vuelo su espíritu para unirse á Dios estrechamente y como perderse y aniquilarse en Él, en aquella unión íntima que describen con palabras de fuego, que pintan y esmaltan con ardientes é inextinguibles llamas San Juan de la Cruz y Santa Teresa.

La Avellaneda, en cambio, se ha apoderado del estilo de los bíblicos cantores, de las galas y pompa oriental de los Salmos, y acierta á pintar, como nadie pintó nunca en nuestra hermosa y robusta lengua castellana, la terrible majestad y la fortaleza omnipotente del Dios de los ejércitos, defensor y vengador de sus amigos:

Llegó mi grito al cielo,  
Aunque de alzarse á tal altura indigno...

Llegó mi grito al Dios de mi consuelo,  
Que lo escuchó benigno.

Lo escuchó; vió mi afrenta  
Desde la majestad de su almo trono,  
Y de prolijos males le dí cuenta,  
Gimiendo en mi abandono.

Protector de mi vida  
Se hizo al punto mi Dios; se alzó indignado,  
Y yo el alma sentí fortalecida  
Por su soplo sagrado.

Bajo sus pies las nubes  
Se desplegaron, cual alfombra inmensa,  
Y en alas de los fúlgidos querubes  
Descendió á mi defensa.

¡Cuál al mirar su saña  
Tembló medrosa la terrestre esfera,  
Rodando de su asiento la montaña  
Como líquida cera!...

¡Cuál volvió las espaldas  
Mi enemigo cruel de espanto lleno!...  
Mas, como niño á las maternas faldas,  
Yo me acogí á su seno.

Embebida la Avellaneda en la lectura del *Salterio*, del *Libro de Job* y de los *Evangelios*, ha escrito y publicado, en la colección que examinamos, otras muchas poesías religiosas, donde describe con no menos belleza y grandilocuencia la fuerza, el poder y la gloria de Dios, y su bondad para con los hombres. Sus odas ó himnos *Á la Ascensión*, *Á la Resurrección*, *Al Espíritu Santo*, *El Te-Deum*, *El Miserere*, *La Cruz*, etc., son

trabajos muy estimables, ricos de estilo, de bellezas de dicción y de conocimiento elevado del asunto.

Sólo ya en sus últimas composiciones empieza á tocar la Aveillaneda en el verdadero misticismo. Confieso que, por amor al arte y por amor á la gloria de esta ilustre amiga mía, deseo que penetre más en él. El misticismo abriría en su corazón, á no dudarlo, una nueva, caudalosa y limpia vena de magnífica y sublime poesía. Así como la frescura del suelo y algunas hierbas y florecillas silvestres suelen dar indicio del oculto manantial, así en algunas composiciones de la Aveillaneda se prevé, se presiente ya este misticismo futuro, y las encantadas flores que han de germinar y nacer con su riego saludable.

Casi en las últimas páginas del tomo está la *Dedicación de la lira á Dios*. En estos versos se columbra ya el misticismo naciente. Dios y el alma se dirían que empiezan á compenetrarse. La poetisa empieza á estar de veras herida del divino amor. Aún no se cree unida con Dios; pero le siente cerca de su alma, en intimidad misteriosa. Aún no llega el espíritu mortal á estrecharse y unimismarse con lo infinito y eterno; pero ya le manda, en oración jaculatoria, su anhelo de unión.

Soy un gusano del suelo  
Cuyo anhelo  
Se alza á tu eterna beldad;  
Soy una sombra que pasa,  
Mas se abrasa  
Ardiendo en sed de verdad,

Soy hoja que el viento lleva,  
Pero eleva  
Á Tí un susurro de amor...  
Soy una vida prestada,  
Que en su nada  
Tu infinito ama, Señor.  
Soy un perenne deseo  
Y en Tí veo  
Mi objeto digno, inmortal;  
Soy una inquieta esperanza  
Que en Tí alcanza  
Su complemento final.

Ya aquí se nota algo más que la mera devoción, algo más que el rezo humilde del pecador penitente ó del fervoroso católico; ya aquí pugna el alma por aniquilarse, por perder los sentidos y las potencias, para estrecharse y confundirse con su mismo Hacedor infinito, único objeto digno de ella.

¡Y Tú, que este anhelar del alma entiendes,  
Y en quien su alta ambición reposo alcanza,  
Hoy, que en sublime fe mi pecho enciendes,  
Préstale alas de fuego á mi esperanza!

Esto ya es misticismo y puro amor divino. Á este período que comienza, ha precedido sin duda otro período de lenta elaboración ó fermentación, permítasenos la frase, de los elementos místicos en el corazón de la autora. En la poesía titulada *Soledad del alma* es donde se advierte más este interno trabajo, este dolor que acompaña al brotar

de las nuevas alas con que el alma, abandonada y desengañada ya de todo lo terreno, quiere volar al empíreo. Elocuentemente expresa la poetisa esta situación del espíritu:

La flor delicada, que apenas existe una aurora,  
Tal vez largo tiempo al ambiente le deja su olor...  
Mas ¡ay! que del alma las flores, que un día atesora,  
Muriendo marchitas no dejan perfume enredor.

La luz esplendente del astro fecundo del día,  
Se apaga, y sus huellas aún forman hermoso arrebol...  
Mas ¡ay! cuando al alma le llega su noche sombría,  
¿Qué guarda del fuego sagrado que ha sido su sol?

Se rompe, gastada, la cuerda del arpa armoniosa,  
Y aun su eco difunde en los aires fugaz vibración...  
Mas todo es silencio profundo, de muerte espantosa,  
Si da un pecho amante el postrero tristísimo son.

Más adelante añade la poetisa, persistiendo en la misma melancólica meditación:

¡Ah! Nada: ni noche, ni aurora, ni tarde indecisa  
Cambian del alma desierta la lúgubre faz...  
Á ella no llegan crepúsculo, aroma, ni brisa...  
Á ella no brindan las sombras ensueños de paz.

Vista los campos de flores gentil primavera,  
Doren las mieses los besos del cielo estival,  
Pámpanos ornen de otoño la faz placentera,  
Lance el invierno brumoso su aliento glacial,

Siempre perdidas, vagando en su estéril desierto,  
Siempre abrumadas del peso de vil nulidad,  
Gimen las almas do el fuego de amor está muerto...  
Nada hay que pueble ó anime su gran soledad.



No, no: el fuego de amor no está muerto en el alma de la poetisa, y ha de volver á encenderse más puro y más luciente y más ardoroso que nunca al contacto y contemplación de las cosas divinas; su gran soledad volverá á poblarse de más bellos fantasmas; su sol volverá á lucir y á iluminarla interiormente, y su lira volverá á sonar con más poderosas vibraciones. Entonces podrá decir con el santo y elocuente amigo de Teresa de Jesús:

¡Cuán dulce y amoroso  
Recuerdas en mi seno,  
Donde secretamente sólo moras;  
Y en tu aspirar sabroso,  
De bien y gloria lleno,  
Cuán delicadamente me enamoras!

Una mente y un corazón como los que posee la señora de Avellaneda no decaen, ni se agostan, ni se marchitan, aunque pase la juventud del cuerpo, aunque se acabe la primavera de la vida. Antes bien se educan, se mejoran, se perfeccionan y se hermocean, creciendo todas sus facultades con progreso é incremento infinitos, y depurándose y santificándose todas sus aspiraciones y pensamientos.

La señora de Avellaneda, estamos persuadidos de ello, seguirá siendo poetisa lírica con más alta inspiración. Tal vez un respeto extremado á la letra inmutable de sus creencias positivas la tiene encadenada aún, y no la deja alzarse y volar á un misticismo exento de cadenas tradicionales, y en consonancia con el maravilloso desenvolvi-

miento metafísico del siglo en que vivimos. Tal vez ideas y concepto, hondamente arraigados en su mente desde la infancia, no la dejan oír y aceptar el consejo del gran místico y poeta alemán Novalis: «Lo que se dice de Dios no me satisface; lo que está por cima de Dios es mi vida y mi luz.» Pero como quiera que ello sea, y aunque la señora de Avellaneda muriese para la poesía, y no volviese á dar muestra de sí en nuevas composiciones, bastan las que ha escrito, y que rápida y someramente hemos estudiado y juzgado, para reconocer en ella, no sólo á una poetisa lírica sin par entre las españolas, sino á uno de nuestros más notables, valientes é inspirados poetas líricos de la presente edad.







## ESTUDIOS SOBRE LA EDAD MEDIA

POR

D. FRANCISCO PÍ Y MARGALL (1).



ABIDO es el dicho del célebre conde de Torenó, cuando le preguntaron si había leído á Espronceda. *He leído á Lord Byron*, contestó el conde.

Por varias razones es tan injusto como acerbo este epigrama, del cual se vengó Espronceda en *El Diablo Mundo*, con no menor crueldad é injusticia. Aunque Espronceda no hubiese hecho más que traducir á Byron, todavía tendríá un gran mérito poético traduciéndole bien, y poniendo en elegantísimos y sonoros versos castellanos las inspiraciones del más notable de los modernos poetas ingleses. En el valor de la poesía entra por mucho la forma, y ésta, por lo menos, es propia de Espronceda. Hay además en el *Cuento del Es-*

(1) Artículo publicado en la *Revista de España* en agosto de 1873.

tudiante, en las poesías líricas y en *El Diablo Mundo*, mil y mil bellezas, que nada deben ni á Byron, ni á Goethe, ni á Béranger, ni á ninguno otro poeta extranjero, de los que se supone que Espronceda imitaba. El mismo sentimiento melancólico, hasta rayar en lo desesperado, y la misma falta de creencias, unida á un deseo y á una aspiración insaciable de lo infinito, con todo aquello que constituye la índole esencial del espíritu byrónico, no hay suficiente motivo para sostener que en Espronceda sean remedo y no coincidencia. Ese descreimiento sentimental, ese misticismo irreligioso es enfermedad endémica en nuestro siglo, y así como atacó é hirió el corazón de Byron, pudo atacar y herir el de Espronceda y el de otros muchos poetas. El dicho del conde de Toreno no vale, pues, contra Espronceda. No vale tampoco, en nuestro sentir, contra nuestra poesía ni contra el arte en general, el cual se sustrae, en cierto modo, en lo más esencial acaso, á la ley del progreso, y es independiente de ciertas circunstancias exteriores. En España, hoy día, se componen versos, se escriben dramas y se pintan cuadros, que no desmerecen de lo mejor que en estos géneros se produce en tierras extrañas. Pero, al modo que en la industria, si exceptuamos el chocolate, es por lo común imitado, y bastante peor lo que se hace en España que lo que se fabrica fuera de España; en las ciencias y en la filosofía sucede lo mismo, y casi siempre nos inclinamos á decir con el conde de Toreno, no ya *he leído á Byron*, sino *he leído á Krause, á Hegel, á Proudhon, á Quinet,*

á Pelletan ó á cualquiera otro menos ilustre autor alemán, inglés ó francés, y desecho la lectura de quien le ha traducido inhábilmente, le ha remedado ó le ha parodiado en nuestro idioma.

Convenimos en que no es todo culpa de los autores. Hay en esto mucho de fatal y de ineludible. Nos hemos quedado tan atrás, que, por de prisa que corramos, apenas si logramos coger los desperdicios de los sabios ó pensadores extranjeros que van delante de nosotros. Nuestra admiración infantil y candorosa por lo que escriben y piensan, concurre á secar más en nosotros la fuente de la originalidad, y á marchitar en flor todo pensamiento propio. En los esfuerzos titánicos, en las violentas contorsiones mentales que hacen algunos espíritus para alcanzar la originalidad, suelen descomponerse, dislocarse y perder el juicio. En pocos países, en proporción del escaso número de sujetos que se consagran á las ciencias, hay más locos y extravagantes que en España. En pocos países, en proporción de lo poco ó nada que se inventa, hay más invenciones disparatadas. El arte de volar, el movimiento continuo, la cuadratura del círculo, el lenguaje universal, y, por último, la república federal y el cuarto estado, han sido y son en España de este género de invenciones. El procedimiento para inventar suele ser el mismo. El sabio inventor español está muy atento á toda novedad de fuera. Sale algún extravagante ó bribón extranjero, ó algún sofista atrevido, ó algún charlatán que anhela llamar la atención con paradojas, y escribe un libro

cualquiera. Nuestro sabio devora, engulle, casi no digiere el libro nuevo. Lo toma todo como artículo de fe. No cae en la cuenta de los móviles que el autor ha tenido para escribir aquello, y lo acepta sin cautela. Para darle visos de originalidad no lo traduce, sino lo arregla, como hacen con las farsas francesas los malos dramaturgos. Sobre las rarezas y desatinos del autor extranjero, añade nuevos desatinos y rarezas, y así tenemos la invención española. Á veces, para que lo importado parezca más original y más inventado, se combinan cosas diversas en estrambótico maridaje. La República federal, por ejemplo, quizás no se le hubiera ocurrido á nadie para España, á pesar de Suiza y de los Estados Unidos, si Proudhon no escribe un libro sobre el principio federativo, y si Pí no le traduce y le comenta. Esta es la verdadera madre del cordero. Proudhon, que era francés ante todo, y que además conocía á sus compatriotas, no gustó de la unidad de Italia, que podía dar una nueva rival á Francia, y conoció que todo lo que fuera impugnar dicha unidad había de halagar á los franceses. Esto le movió, sin duda, á escribir en pro de la federacion. Pí, emigrado entonces, leyó y tradujo la nueva *facecia* de Proudhon; la tomó por lo serio, y de aquí que tengamos República federal en España. Sobre el tejido de la traducción de Pí, han bordado luego los krausistas ciertos conceptos tomados del mismo Krause ó de alguno de sus imitadores belgas.

Repito que hay mucho de fatal en todo esto.

Casi no lo censuro; no tengo autoridad para censurarle: yo lo deploro. Es tan invencible la fuerza que nos lleva á imitar en todo, exagerando y poniendo en caricatura, que hasta los defensores del antiguo régimen y de lo pasado en España, parodian libros, ideas y pensamientos extranjeros. El mismo Donoso tomó de Bonald y del conde José de Maistre, y hasta de Proudhon por antítesis. Salvo lo elocuente de la expresión, no hay en todo su libro capital nada propio ni castizo.

Por todas estas razones, lo confieso, estoy har-to prevenido contra la moderna filosofía española, y casi nunca leo libro español filosófico. Y no porque yo quiera que no filosofemos, sino porque deseo que filosofemos como Dios manda, y es grande la desconfianza que tengo de que oigamos dicho mandato.

Con esta predisposición de espíritu, declaro que no me hubiera tomado la molestia de leer el libro del Sr. Pí, cuyo título sirve de epígrafe, si dicho señor no se hubiera hecho conspicuo y archi-famoso como presidente del Poder ejecutivo, y dictador, nada menos, de esta desconcertada República. Me hablaron del libro del Sr. Pí; me dijeron que en él exponía sus doctrinas filosóficas. Le leí, pues, y ya leído, he hallado en él cosas tan dignas de comentario, que no pude resistir á la tentación de ponérsele.

Yo soy ó me creo imparcial. El libro del Sr. Pí está bien escrito; revela prendas nada comunes de escritor, que no seré yo quien niegue. En España hay mucho ingenio natural; el entendimiento está



muy repartido. Por esto quizás cabemos á menos y no hay grandes eminencias. Carecemos de hombres extraordinarios y abundan los listos y los hábiles.

Pero ¿basta que un libro que pretende enseñar esté bien escrito? ¿Basta para la gloria de un presidente del Poder ejecutivo, de un hombre que ha dirigido los destinos de una nación que en otras edades fué grande, el poseer ciertas calidades de retórico y de elegante prosista? ¿No hay derecho para exigir más de un hombre como el Sr. Pí? ¿No debemos examinar el fondo, no ya la mera forma de lo que escribe, y condenarle con toda severidad si su doctrina es mala, y sobre mala, repetición de lo que más discreta y elocuentemente han dicho otros en otros países? Cualquiera que haya hojeado á Hegel, y más aún á sus discípulos de la extrema izquierda, á Feuerbach, por ejemplo, ¿qué encontrará en el pobre aborto del señor Pí, sino cuatro ideas de las más perversas, cogidas al vuelo, y estropeadas al plantarlas en el papel?

La idea que predomina en todo el libro del señor Pí, el pensamiento que descuella, la tesis que se pretende probar, es que la mayor rémora del progreso, de la civilización y de todo bien, así de la sociedad como del individuo, es la creencia en la inmortalidad del alma. Los hombres no serán libres, ni dichosos, ni buenos; no darán gusto al Sr. Pí, mientras tengan la egoísta creencia de que hay un cielo á donde pueden ir después de su muerte. Para el Sr. Pí la verdadera virtud no es

posible, sino cuando se cree, ó mejor dicho, cuando se sabe que roto el órgano se acaba la música, que destruído nuestro cuerpo queda para siempre destruído también nuestro espíritu; todo lo que constituía nuestro individuo desaparece: memoria, entendimiento, sentir, amar; conciencia, en suma. La inmortalidad está en la especie, y en la especie sólo sobrevivimos. La inmortalidad material está en la eterna vida, en la transmigración en otras formas y en la circulación incesante de la substancia única, que ya se cuaja y concreta, formando un cuerpo humano, ya se dilata de suerte, en virtud de su infinita divisibilidad, que llena ingentes espacios. Si queremos algo en nuestra inmortalidad que conserve más de nuestro individuo, debemos contentarnos con los hijos que engendremos, ó con las ideas que engendre nuestro espíritu, ó con las obras de arte ó de virtud que á la posteridad transmitamos. Sólo en este último sentido es lícito á un hombre de juicio y de ciencia decir hoy como el lírico de Venusa:

*Nom omnis moriar: multa que pars mei  
Vitavit Libitinam.*

Tal, en resumen, es la enseñanza que se desprende de los *Estudios sobre la Edad Media*. Las pruebas que el Sr. Pí da de su aserto son ningunas. El método ó plan de su obra es tan sencillo como poco ingenioso. Claro está que su obra no es historia ni filosofía: es lo que llaman filosofía de la historia.

Por Edad Media entiende el Sr. Pí un período

de mil doscientos años: desde fines del siglo xiii hasta fines del siglo xv; período que califica, no se sabe por qué, como *uno de los más oscuros que abraza la historia de la civilización de Europa*. Es evidente que es más claro período el que se extiende desde fines del siglo xv hasta hoy; pero tomemos cualquier otro período de la historia de la civilización de Europa y veamos si no es más obscuro. ¿Es acaso más claro el período de los tres primeros siglos de la era cristiana? ¿Sabemos mucho de lo que entonces pasaba en Rusia, en Alemania ó en Suecia? ¿Es más claro período desde la fundación de Roma hasta el nacimiento de Cristo? ¿Dónde está ese período más claro, para que haya razón de calificar de más obscuro período el de doce siglos, nada menos, que se extiende hasta fines del siglo xv? Por otra parte, si somos equitativos en esto de la división por períodos, y no hacemos unos muy cortitos y otros muy largos, sino que los hacemos iguales por la extensión, no se atina á imaginar siquiera dónde pondrá el Sr. Pí esos períodos menos oscuros de la historia de la civilización de Europa. Á duras penas, á más de un período de doce siglos, podrá sacarme otro período de otros doce siglos en la historia de la civilización de Europa, ni más obscuro, ni más claro. Dentro de ese otro período de doce siglos tendría que incluir, para muchas naciones europeas, la edad de piedra, que no sabemos que fuese más clara, ni que sobre ella den más luz las hachas, flechas y martillos de pederual, que dan sobre los siglos xiii y xiv, por ejem-

plo, las catedrales, castillos y casas consistoriales por estilo gótico; la *Divina Comedia*, las obras filosóficas de tan sabios doctores como el Ángel de la Escuela, Alberto Magno y San Buenaventura, y la multitud de crónicas, documentos privados y públicos, códigos, privilegios, fueros, etc., que se conservan en los archivos. Seis ó siete siglos á lo más, antes de la venida de Cristo, se puede entrever que los celtas se apoderaron de las Galias y le dieron nombre. Más tarde penetraron en España y pasaron á Albión. ¿Qué civilización, ni qué historia de civilización, ni clara, ni turbia, ni qué período habría antes en el Occidente de Europa? Quizás el Sr. Pí ha encontrado y traducido aquellos famosos anales de los Turdetanos, ó algo por el estilo, cuando supone períodos más claros en la historia de la civilización de Europa, que el de doce siglos, que abarca la Edad Media.

Pero no discutamos sobre una palabra. El señor Pí tiene derecho á llamar período á la Edad Media. Ya hubo un docto historiador que llamó *temporada de los moros* á los siete siglos que estuvieron los musulmes en España. Período es todo lo que se quiera; y lo mismo que hay períodos de veinticuatro horas, que se llaman días, y de siete días, que se llaman semanas, y de doce mil años divinos (mucho más de cuatro millones de años humanos), que llaman los indios Mahayug, puede haber períodos de mil doscientos años, como el de la Edad Media. Pero si éste es un período, no hay razón para dividir sino en tres toda la historia de la civilización de Europa. El nombre de

*Edad Media* lo está denotando. No se concibe llamarla *Edad Media* sino con relación á la *Edad Antigua* y á la *Edad Moderna*. Y lo que hubiera debido decir el Sr. Pí, para evitar confusiones, es que la historia de la Edad Media, aunque muchísimo más clara que la de la *Edad Antigua*, es más obscura que la de la *Edad Moderna*. Esto no hubiera sido ni muy nuevo ni muy luminoso, pero ya hubiera sido decir algo.

Segunda afirmación del Sr. Pí: que la Edad Media es antinómica. Quiere decir con esto que, según el aspecto bajo el cual se la considere, se la puede elogiar ó se la puede denigrar; se puede decir que fué una época en que la humanidad hizo cosas admirables y sublimes, ó en que cometió muchas maldades y se hundió en muchas miserias. De todos modos, el Sr. Pí conviene en que la humanidad progresó durante aquellos mil doscientos años. En cuanto á la antinomia, descubierta por el Sr. Pí, no vemos en ella nada de exclusivo y característico de la mencionada Edad. No digo yo en mil doscientos años, y en las vidas de tantos hombres y en la sucesión de tantas generaciones, como hubo por toda Europa por tan largo espacio de tiempo, sino en la vida de un hombre solo, y en un período de doce horas, en vez de los doce siglos, suele haber y hay motivos ó pretexto para encomiar y para zaherir, para ponderar virtudes ó para censurar vicios; para decir que aquel hombre es un santo y para decir que es un tuno; para afirmar que es un sabio ó que es un demente.

No cabe duda en que la antimonía singular que descubre el Sr. Pí en la Edad Media está en todas las cosas, en todos los períodos, en todas las edades, principalmente en todas las acciones humanas.

Y esta antinomia es de dos modos: ó está en el objeto mismo, ó en el acto que se califica de antinómico, ó en el criterio de quienes le califican y juzgan. Empresas, sucesos, instituciones, leyes, propósitos, creencias habrá habido en la Edad Media que al Sr. Pí le parecerán abominables, como, por ejemplo, creer en un Dios personal y providente y en la vida futura, y que á otras personas les parecerán muy bien; y, por el contrario, cosas que parecerán bien al Sr. Pí, pues las quiere renovar, y que á otras personas parecerán desastrosas, como, por ejemplo, aquella división de España en una multitud de Estadillos que se estaban siempre haciendo la guerra. La antinomia que está en el objeto mismo es tan evidente como la que depende de la diversidad de criterios.

No es menester para esto abarcar en su conjunto una serie de siglos y á toda la humanidad. Tomemos la vida de una sola persona y los rasgos principales de su vida. Si el Sr. Pí considera á Isabel la Católica como á la que fundó la Inquisición y expulsó á los judíos, ¿qué no dirá en contra de ella? Pero si la considera como conquistadora de Granada, como protectora de Colón, como fundadora de nuestra nacionalidad, el Sr. Pí, á pesar de su federalismo, no podrá menos de encomiarla. Lo propio se podrá decir de Cisneros, hasta en hechos concretos: cuando hace quemar en Granada

los manuscritos arábigos, nos parece casi un salvaje; cuando funda la Universidad, publica la Biblia complutense y se dispone á publicar una magnífica edición de Aristóteles, nos parece un gran protector de las letras y de las ciencias.

Y no se me arguya que precisamente esas antinomias individuales son la manifestación de la antinomia general que nota el Sr. Pí en toda la Edad Media. Fuera de la Edad Media, en cualquier momento, en cualquier persona, en cualquier institución hay un enjambre de antinomias, y si no las hay, las imaginan ó suponen los que juzgan ó deciden con criterios antinómicos. ¿Le parece al Sr. Pí floja antinomia la que hay entre el concepto que yo formo de él, ó el que forma el Sr. Suñer y Capdevila? Pues aún es mayor la antinomia si con el concepto que tiene del Sr. Pí el dicho señor Suñer comparamos el que ha de tener y tiene, porque yo lo he oído, cualquier varón timorato ó cualquiera señora aristocrática ó cualquiera anciana devota. Para cualquiera de éstos, el Sr. Pí no es, como para mí, un literato extraviado y confuso, sino un monstruo desencadenado de los profundos infiernos.

Pero, en fin, no disputemos tampoco sobre esto de la antinomia. Demos de barato que los grandes vicios y las grandes virtudes, los aciertos y las locuras, lo que acelera el progreso y lo que le retarda, el idealismo y el materialismo, se dan en la Edad Media de un modo singular, como no se dan en otras edades, y que esto la hace, como dice el Sr. Pí, *esencialmente antinómica*. Mucho supo-

ner y mucho dar de barato es el acceder á que una condición natural de todas las épocas, una propiedad inherente á la naturaleza humana en todos los países y entre todas las castas, lenguas y tribus, sea tan peculiar circunstancia de la Edad Media, que, por decirlo así, la caracterice, la determine y venga á formar como su propia esencia. Pero aquí nos sucede lo que á un curioso espectador que asiste á la representación de un drama, fundado todo en un dato inverosímil. Como el argumento, el drama entero y el deleite de que va á gozar dependen de la aceptación de tal dato, el espectador no sólo no le rechaza, sino que allá en su fantasía trabaja y se afana por darle verosimilitud, estética al menos.

Todo el trabajo del Sr. Pí depende de que creamos que en la Edad Media, durante mil doscientos años, hay una antinomia extraña, y no la antinomia de siempre. Creámoslo, pues, porque si no lo creemos, es imposible que continúe el señor Pí trabajando.

Esta antinomia extraña, esencial, exclusiva y dificultosa, merece explicarse. Tal es la tarea á que se consagra el Sr. Pí.

Para llevarla á buen término, averigua y declara que durante la Edad Media hubo tres fuerzas principales que lo hacían todo: el cristianismo, la filosofía y la civilización antigua.

Sobre esto de las tres fuerzas habría también no poco que objetar, porque si en sentido lato entendemos estas fuerzas principales, resulta que no son las que han obrado sólo en la Edad Media,



sino las que han obrado siempre y siguen obrando, así en la sociedad como en el individuo. Cada una de esas tres fuerzas que el Sr. Pí describe que obran en la Edad Media, obran en todas las otras edades y obrarán siempre. Corresponden, en cierto modo, á las tres potencias ó actividades de nuestra alma, que, según el Catecismo, son: memoria, entendimiento y voluntad ó amor. Del amor nace la fe, y de la fe la religión; con el entendimiento se cultivan las ciencias y la filosofía, y con la memoria guardamos el recuerdo y la enseñanza de los tiempos pasados. Si es esto lo que hubo en la Edad Media, no hubo más que lo que siempre hay y lo que habrá siempre. Si, por el contrario, entendemos las tres fuerzas de un modo menos vago é indeterminado, entonces no hay razón para que sean tres y no seis ó siete, ó más acaso. Pues qué, ¿no fué fuerza principal el islamismo, ó si se quiere la civilización arábiga, que se extendió por Sicilia y por toda nuestra Península; que hizo de muchos Príncipes soberanos, y hasta de algún Emperador germánico, algo más que cristiano muslim, y que influyó además en las costumbres y en la cultura europeas por medio de las cruzadas? ¿No fué también fuerza principal el elemento germánico? El espíritu caballeresco, la poesía romántica de los trovadores, el amor religioso á las mujeres, el feudalismo, otros mil rasgos más, propios de los siglos medios, y hasta cierto espíritu individual de independencia, ¿se explican sólo con la antigua filosofía, con el recuerdo de las instituciones y leyes greco-romanas y con el cristianis-

mo? Apenas hay pueblo, ni personaje, ni proeza, ni crimen, ni institución, ni obra de arte que se explique sólo en la Edad Media con las tres fuerzas principales del Sr. Pí, ni con la combinación de las tres fuerzas. Tomemos al acaso héroes, leyendas, poesías, leyes, repúblicas, y nada se explicará por las tres fuerzas solas, aunque se multipliquen, se destilen por alquitara y se combinen por medio de otras mil operaciones químicas y aritméticas. Ni el cristianismo, ni la cultura greco-latina explican, solos ó unidos, ni al Cid, ni los amores de Tristán é Iseo, ni la Señoría de Venecia, ni el paso honroso de Suero de Quiñones, ni los Nibelungos, ni á Carlomagno, Emperador romano, con sus doce pares, ni á Merlín y Arturo, ni las Cortes de Aragón y de Castilla, ni siquiera la leyenda del Santo Grial ó una catedral gótica. Los nuevos pueblos que entraron en el movimiento civilizador de Europa, aunque se dejaron avasallar por la superior cultura y saber de los vencidos, aunque doblaron el cuello ante la religión del Crucificado, todavía guardaron mucho, y por largo tiempo, de sus primitivas costumbres, de sus creencias y de sus leyes. Guardaron además la propia condición natural que tenían, la cual, vivificada y fecundada al contacto de la superior civilización greco-latina, pudo dar y dió de sí mil nuevas creaciones, aun dentro de la misma Edad Media.

No es, pues, el mejor método para explicarnos la Edad Media el olvidarse casi de la Edad Media, como hace el Sr. Pí, y el irse á explicar lo que fué

en sí y en sus orígenes el cristianismo y la filosofía greco-romana y la antigua civilización clásica.

Sin duda que el cristianismo fué la fuerza más poderosa en la Edad Media, como hasta ahora ha sido en todos los siglos la fuerza más poderosa la religión. Pero, así como algunos apologistas modernos no ven gloria, ni grandeza, ni adelantamiento que al cristianismo no atribuyan, así puede el Sr. Pí y otros de su escuela atribuir al cristianismo muchas cosas malas, que se deben más bien á los resabios de la barbarie primitiva de los germanos, á sus supersticiones, á la corrupción de la antigua sociedad greco-latina, al influjo de otras civilizaciones semi-bárbaras, como la arábica ó la céltica, y hasta á ideas venidas del lejano Oriente por las cruzadas, por el trato con los bizantinos ó por el comercio y navegación de los venecianos y de otras repúblicas mercantiles. Entre tantos elementos distintos no es tan llano determinar cuáles sean los factores de cada producto y el tanto que ponen en su composición. Productos hay además que pueden atribuirse principalmente á la virtud creadora del individuo ó de la sociedad de la Edad Media, sin que ni el cristianismo, ni la civilización antigua, ni la filosofía greco-romana influyan sino en parte en la nueva creación, pues nadie sostiene que haya algo que carezca de precedentes de un modo absoluto; pero ni el cristianismo ni la antigua filosofía pueden ser responsables ni del bien ni del mal de tales creaciones; como, por más que el Sr. Pí se empeñe en probarlo, no dimana todo el cristianismo de la an-

tigua filosofía griega, ni ésta se puede decir que dimanase de dogmas indios ó persianos ó egipcios. Si fuésemos discurriendo así, resultaría que no hubo época de originalidad y de espontaneidad sino sabe Dios cuándo, allá en las edades prehistóricas, y que después no ha hecho la humanidad más que un perpetuo zurcido, un miserable trabajo de taracea. El Sr. Pí, que cree en el progreso, no puede creer que durante diez siglos, y sólo ó casi sólo Grecia, Roma y Judea, inventasen cosas tan originales y tan grandes, y hasta cierto punto tan sin precedentes, como la filosofía, la pintura y la escultura clásicas, toda una gran civilización; y, por último, mirando el asunto como los racionalistas y descreídos, nada menos que la religión cristiana; y que después, durante más tiempo, durante doce siglos, toda nueva invención se reduzca á combinar lo ya inventado. Demos, pues, su parte de gloria á la Edad Media; démosle también el vituperio que exclusivamente le corresponda, y no atribuyamos lo malo al cristianismo, y sobre todo á la creencia en la inmortalidad del alma, como hace el Sr. Pí. Precisamente, la creencia en la inmortalidad del alma no es exclusiva del cristianismo. En muchas otras religiones, en la mayor parte de ellas, hay la misma creencia. Y si en la Edad Media esta creencia fué más viva y más profunda, ¿no puede afirmarse que, lejos de haber sido un mal, fué un bien grandísimo para la civilización? Para los que padecían era un consuelo inefable, y nadie negará que es mejor estar consolado que estar desesperado; y para los que hacían

padecer en aquellos siglos feroces, entre aquellas gentes rudas y selváticas, era un freno bastante eficaz. Si se cometieron tantos crímenes, si se hicieron tantas maldades, aun creyendo en la inmortalidad del alma, ¿qué no se hubiera cometido, qué no se hubiera hecho faltando esta creencia? En el día mismo, á pesar de nuestra superior cultura, de nuestro refinamiento y de nuestras doctrinas humanitarias, las gentes groseras é ignorantes del vulgo, cuando dejan de creer, cuando pierden el temor de Dios, cuando niegan á Dios y la vida futura, suelen hacerse peores que lobos rabiosos, como en Alcoy, por ejemplo. ¿Qué no se hubieran hecho los pueblos de la Edad Media sin la religión cristiana?

Pero sigamos adelante, exponiendo en breves razones los argumentos del Sr. Pí.

Las tres fuerzas que, según su sistema, producen principalmente la civilización de la Edad Media, son convergentes las dos primeras y divergente la última. Á cada una de estas fuerzas consagra un capítulo el Sr. Pí. Empecemos nosotros por la última, por la divergente, por la civilización antigua.

¿Cómo no estar de acuerdo con el Sr. Pí en la permanencia del derecho romano en toda la Edad Media, aun antes de que las Pandectas se hallasen en Amalfi; en la permanencia de la administración imperial; en la lucha que sostuvo el paganismo con el cristianismo y en las huellas que dejó el primero en no pocas instituciones, ceremonias y ritos; en que la ciencia y la filosofía anti-

gua siguieron estudiándose, y en que la lengua y la literatura latinas sobrevivieron muchos siglos á la ruína del imperio de Occidente, é influyeron en las modernas literaturas y fueron el elemento capital de todo idioma neo-latino? Todo esto es de una evidencia indisputable. No lo es, con todo, la divergencia de este elemento con relación á los otros dos.

En primer lugar, la civilización antigua, tal como la legó la antigua sociedad á la sociedad de la Edad Media, comprende la antigua filosofía y el cristianismo también, y más para el Sr. Pí que para nosotros, ya que el Sr. Pí ve en el cristianismo la última y más acabada creación de la antigua filosofía. Resulta, pues, que los tres elementos ó fuerzas del Sr. Pí pueden reducirse á uno: la civilización antigua greco-latina, con su cristianismo y su filosofía, esto es, con el espíritu que la informaba. Separado este espíritu por una operación dialéctica del Sr. Pí, no es de extrañar que la civilización antigua no ejerciese en la Edad Media *influencia sintética, sino analítica; se dejase sentir sólo en los detalles y no en el conjunto.*

En segundo lugar, es también falsa otra de las razones que para probar la divergencia da el señor Pí, á saber: que la influencia de la civilización antigua llamaba siempre hacia atrás nuestras miradas; nos proporcionaba puntos de partida para nuestros adelantos; pero mataba en nosotros la espontaneidad. Yo pregunto si del cristianismo y de la filosofía, esto es, de lo más esencial de la antigua civilización, no se puede afirmar lo propio.

La diferencia estará en la intensidad, y nada más. El cristianismo y la filosofía, como más esenciales, con más brío que el resto de la cultura heredada, debían llamar hacia atrás nuestras miradas; debían proporcionarnos más y más firmes puntos de partida para nuestros adelantos, y debían matar más á menudo en nosotros la espontaneidad, entendiendo la espontaneidad como el Sr. Pí parece que la entiende, de un modo harto contrario á la buena doctrina sobre el progreso. Porque si del saber, de llegar á cierto grado de cultura, del caudal de conocimientos adquiridos en una época y transmitidos á otra, y del fruto del trabajo mental acumulado por unas generaciones y por otras generaciones heredado, ha de nacer mengua para la espontaneidad, resultará que seremos menos espontáneos cada día; que el progreso será contrario al progreso; que nadie habrá más ingenioso ni más dotado de inventiva que un salvaje. El Sr. Pí no ha reflexionado sobre esto; y en lo que es punto de partida, ó andamio para subir más alto, ó elemento que toma nueva forma, ó forma en que se vacía y funde algo substancialmente nuevo, ó germen que se desenvuelve, ó imagen que se transfigura, ó idea que, fundada por el pensamiento humano y unida á otras nuevas ideas, produce inauditos sistemas, desconocidos y ni aun soñados antes, se empeña en ver sólo imitación servil, obstáculo para el progreso, impedimento para la espontaneidad. Así como las cartas pueblas de Castilla, la constitución aragonesa y las repúblicas italianas, si tienen algún fundamento

en el régimen municipal de Roma, otros elementos, y sobre todo la espontaneidad del espíritu humano y su originalidad inexhausta, han añadido muchísimo y muy esencial á aquel fundamento primitivo; así en las leyes civiles, en la religión, en todo aquello que no es dogma inmutable, en la filosofía, en la ciencia, en el arte y en la literatura, ha añadido mucho la Edad Media, ha puesto la Edad Media mucho de original, acaso cuando más modesta y candorosamente creía que imitaba, traducía ó comentaba. Tal filósofo escolástico comentando á Aristóteles y jurando *in verba magistri*, ha sido quizás más original que muchos de los más soberbios filósofos independientes del día; tal teólogo, ateniéndose á exponer la verdad revelada, ha sido innovador y ha creado doctrinas en que no soñaron los más sublimes Padres de la Iglesia griega; y multitud de poetas, que imitaban ó creían imitar á Lucano, á Virgilio ó á Horacio, escribían con una inspiración tan otra, tan original y tan diferente, que sus imitaciones y traducciones, aun puestas en buen latín, hubieran sido el libro de los siete sellos para el autor de la obra modelo.

Hay más originalidad en el mundo de la que al Sr. Pí se le figura; y no porque el Sr. Pí y casi todos los aficionados á las ciencias seamos hoy poco originales en España, hemos de creer que lo original se pierde allá en la noche de los tiempos. Ver esta falta de originalidad, es, sin embargo, la moñomanía del Sr. Pí.

Una parte de su librito, el cual contiene de todo



aunque pequeño, y más que *Estudio sobre la Edad Media* debiera llamarse *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, está consagrado á demostrar que el cristianismo, así en su moral como en su metafísica, es un centón de doctrinas diversas: de Platón, de Filon Hebreo, de Plotino, de los estóicos y de los esenios. Para dar esta prueba, el Sr. Pí nos propina un compendio histórico de la antigua filosofía. Refutar lo que dice el señor Pí sería prolijo. Además, ¿cómo refutar afirmaciones vagas? No ya un racionalista que haga justicia al cristianismo, sino el más fervoroso cristiano, podrá aceptar muchos de los asertos parciales del Sr. Pí, sin inferir de ellos nada que redunde en contra de dicha religión, nada que niegue ó destruya su origen divino. No sólo los santos de la ley mosáica, no sólo los videntes y profetas de Israel, sino los filósofos griegos, por razón natural ó por recuerdos más ó menos confusos de la revelación primitiva, pudieron adivinar y adivinaron, y estaba sin duda en el plan providencial que adivinasen y divulgasen, no pocas verdades de las que, juntas luego en un sistema armónico, habían de constituir la ley de gracia, y ser la buena nueva en toda su extensión y complemento.

Examina después el Sr. Pí, en tres ó cuatro páginas, toda la filosofía de los Santos Padres. Ya cree el lector que les concede cierta originalidad, ya que no les concede ninguna. De todos modos, lo que más encanta al Sr. Pí en los Santos Padres, es que casi todos fueron comunistas. Fourier,

Cabet, Considerant, Saint-Simon y los internacionalistas, vienen á ser sus comentadores y secuaces.

En este punto el Sr. Pí repite, como en los demás, lo que ha aprendido en sus malas lecturas, y yo salvo sus intenciones; pero no puedo salvar las de los autores que sigue, y cuya mala fe es evidente. El énfasis y el fervor de la predicación, el ascetismo, el menosprecio del mundo y el amor de las cosas eternas, hacen hablar contra la propiedad á algunos Santos Padres; pero en muy diverso sentido y con espíritu contrario en todo al de los comunistas de ahora. Ningún Santo Padre, además, ha sostenido que debe ser derogado el séptimo mandamiento; y si equivocadamente pudo creer, porque los Santos Padres no eran infalibles en economía social, que había robo en la propiedad, nunca creyó ni dijo que *quien roba al ladrón tiene cien años de perdón*, y que es menester despojar violentamente á los propietarios.

Es, además, mala fe citar como venerable la opinión de un autor, porque fué lumbrera de una Iglesia en que no se cree, y hacer valederas ciertas razones de dicho autor, evidentemente erróneas, y que no se atrevería el que las alega á aceptar acaso como suyas, y que la Iglesia también rechaza. Y esto suponiendo que las razones alegadas en una cita hayan de entenderse del modo que al que cita le conviene, y no de otro. Pongamos por caso esta cita de San Ambrosio que trae el Sr. Pí: «La tierra ha sido dada en común á todos los hombres; nadie puede llamarse propie-

tario de lo que le queda después de haber satisfecho sus necesidades naturales; lo sacó del fondo común, etc.» Desde el punto de vista meramente científico, ¿qué de contestaciones no tiene esto? Citarlo, pues, es por la autoridad que le da San Ambrosio; pero ¿qué autoridad tiene San Ambrosio para quien desconoce la inspiración cristiana, el sentido ascético, la idea superior á que obedece su pensamiento? Mirando humanamente, ¿quién ha de considerar la propiedad legítima, individual, como sacada del fondo común? Claro está que si esta propiedad toma cuerpo, y no es una idea, ha de estar en el fondo común; ha de estar bañada del ambiente, fundada sobre el globo que habitamos, dentro del espacio, en suma, y de todo aquello que es común á los hombres; pero lo que la constituye es una creación individual, ya del mismo dueño, ya de su padre ó de su abuelo, ya de cualquiera otro que se la haya transmitido por herencia, por donación ó por su precio. Los elementos de esa propiedad pertenecen al fondo común; pero no la forma, no el trabajo, no el ingenio que emplea el que se hace propietario, todo lo cual constituye, no algo sacado del fondo común, sino algo creado para el goce particular de quien lo crea, y mucho añadido por esta creación al fondo común de la riqueza social, y para utilidad de todos los seres humanos. Pongamos por caso este mismo libro del Sr. Pí que refutamos ahora. Y cuenta que pocas propiedades estarán más sacadas que ésta del fondo común. Doctrinas religiosas, filosóficas, históricas, económi-

cas, todo está tomado de aquí y de allí, todo procede de libros que pertenecen ya al fondo común; mucho está en la atmósfera viciada de los clubs ó se respira por los estudiantes incautos con el ambiente insalubre de algunas aulas; y, sin embargo, no negamos que los *Estudios sobre la Edad Media* son propiedad del Sr. Pí. Él ha hecho de todo un conjunto, lo ha compaginado con cierto orden, ha puesto en ello su estilo propio: en resolución, lo ha hecho suyo y nadie se lo puede quitar. Y no tenga escrúpulos de conciencia el Sr. Pí de que disfruta como suyo, y saca honra y provecho para sí de lo que no es suyo, de lo que del fondo común ha tomado. Ahí está el error; ahí la distinción que conviene hacer para evitarle. El Sr. Pí ha necesitado toda esa riqueza, tomada del fondo común, para crear con su libro una nueva riqueza, más grande ó más pequeña; pero sólo esto que ha creado es lo que le vale: lo demás no le vale más que á cualquiera otro.

Pasa luego el Sr. Pí á hablar de la filosofía escolástica, que estima en poco, y pone muy por bajo de la filosofía de los Santos Padres. La antinomia que hay en el cristianismo, de quien la filosofía se hace humilde esclava, tiene la culpa de todo.

Examinemos ya la antinomia en el cristianismo.

Dejando á un lado pormenores y yendo á lo substancial, la antinomia se la explica de este modo el Sr. Pí.

Cristo hizo una gran cosa; inició una gran re-

volución en el mundo. Proclamando la unidad divina, proclamó la unidad humana. El Sr. Pí sostiene que de la doctrina de Cristo se deducen la fraternidad universal, la igualdad de derechos, y hasta el Comunismo. Cristo, pues, es un sujeto de mérito, uno de los antecesores del Sr. Pí. Para cualquiera de estos hierofantes de la humanidad, que pululan hoy, que destruyen las naciones, que roban la paz, que hunden á la sociedad en sangre, luto y miseria, Cristo es un precedente: lo que Moisés, pongamos por caso, fué para Cristo.

Lo que impidió ó retardó que la buena doctrina de Cristo diese sus frutos, y lo que hizo que sólo ahora empiece á darlos, fué que á Cristo le faltó método. No era un profesor; no sabía científica, sino precientíficamente lo que sabía. *Pero no culpemos á Cristo*, exclama el Sr. Pí en un arranque de generosidad. Nada; no le culpemos. *Los hombres han sido siempre del mismo modo. Empiezan por sentir aspiraciones y acaban por tener sistemas. El sentimiento precede al raciocinio.*

Cristo sentía mucho; pero apenas si raciocinaba. De aquí el haber estado durante diez y ocho siglos divagando la humanidad, sin descubrir el alma del misterio. El alma del misterio es que no hay otra vida; que un hombre se muere como se muere un perro ó un gato, y que el reino de los cielos no debe buscarse sino en la tierra, procurando cada cual gozar y holgarse á costa de los demás mortales.

Esto último no lo dice el Sr. Pí; pero no lo di-

ce por una inconsecuencia lógica que le honra, y que esperamos demostrar fácilmente.

Veamos, por lo pronto, las razones que alega el Sr. Pí para probar que es tan mala, tan contraria al progreso, tan deletérea por todos estilos la creencia en la inmortalidad del alma.

Estas razones se vuelven contra la tesis del señor Pí en vez de afirmarla.

Si se me da un cielo y se coloca en él la vida eterna, ¿qué es para mí esta vida? Esto dice el Sr. Pí. Con todo, para cualquier persona que no esté obcecada tiene más fuerza lo contrario. Si no se me da un cielo y si no se coloca en él la vida eterna, ¿no se le quita á esta vida, que ahora vivo, el más noble, el más alto, el más importante de sus fines? ¿Qué vale el mundo, dice el Sr. Pí; qué vale esta vida transitoria, comparada con la eternidad? Sin duda que comparada vale poco; pero como, haya ó no haya eternidad para mí, lo que es la comparación puedo hacerla siempre, resulta que la vanidad de esta vida, mirada en sí, es idéntica, crea yo ó no crea en que voy á gozar de la otra. Pero mi vida es mil veces más vana, y sin propósito, y sin valor, cuando creo que es como la vida de un perro, que cuando creo que por medio de esta vida voy á ganar otra eterna. Según el Sr. Pí, quien al morir cree que muere todo él, se juzga identificado con cuanto vive: ama á la familia, á la patria y á la humanidad; pero quien al morir imagina que va al cielo es un egoísta de primera fuerza, á quien, con tal de salvarse, le importan poco el mundo y la humanidad, que menosprecia.

Este argumento es más vigoroso, pues si bien un buen cristiano debe exclamar:

Aunque no hubiera cielo yo te amara,  
Y aunque no hubiera infierno te temiera,

es cierto que la fe en una vida futura puede hacer monstruosa alianza con un inmenso egoísmo. Sin embargo, el monstruo, el egoísta, mientras crea que se puede salvar hará bien á sus semejantes ó no les hará daño al menos: lo peor que se podrá decir de él es que es inútil si se retira á un desierto, se da azotes y se mata de hambre. Será como *El Condenado por desconfiado* de nuestro gran poeta dramático; pero si viene el demonio y le tienta, y le hace creer que no se salvará, el condenado por desconfiado dejará su ermita, abandonará las disciplinas, tomará un puñal ó un trabuco, y matará y robará y violará, á fin de gozar en esta vida lo que ya no espera en la otra. Lástima es que haya corazones de tan vil metal, tan groseros y de tan baja ley como el del condenado por desconfiado, pero los hay sin duda; y si el Sr. Pí, en el drama de la vida de ellos, se propone hacer el papel de demonio, déles á leer su librito, convénzalos de que no se salvan, de que la vida eterna es mentira, y ya verá cómo roban, matan é incendian y estupran, como el héroe de Tirso, si tienen aliento para resistir ó burlar á la guardia civil; ó si el Sr. Pí suprime también esta institución y los tribunales, para que sean libres y exentos de todo miedo y cumplan la ley del progreso.

Más extraña es aún la afirmación de que ama y respeta más á su prójimo el que le cree un poco de materia organizada de cierto modo, que el que le cree un espíritu inmortal, hecho á imagen y semejanza de Dios. Si el hombre es como el carnero, no sé por qué no hemos de comernos al hombre. La inteligencia, la voluntad, la razón de que el hombre está dotado, no son más que un producto del organismo. Pero ¿tiene la razón algo de personal que me infunda respeto hacia una persona que cree derechos individuales en un sér semejante á mí, y cree en mí el deber correlativo? ¿Qué significan la dignidad, la honra, la hacienda, el decoro, la libertad de un pedazo de materia organizada de cierto modo y donde el Dios-mundo tiene conciencia de sí? Aquella honra, aquella hacienda, aquella libertad, aquel decoro no se conciben sino en un individuo, en una persona limitada como yo, semejante á mí, no en una conglutinación de celdillas, en un compuesto de varios ingredientes, en uno á modo de respiradero por donde asoma el Dios-mundo y hace su gloriosa epifanía. Lo mismo asomará, ó mejor por otra parte, si ésta ó aquélla se le cierra.

Figurémonos, por un instante, que con las doctrinas del Sr. Pí, ya que no haya razón para amar al prójimo, la haya para amar á la humanidad en su conjunto, porque en ella se manifiesta la idea, Dios, el progreso, el bien y la perfección. En este caso, en pro de la humanidad, en pro del progreso, debemos matar á los chicos que nazcan feos y tontos, acabar con los jorobados y lisiados, y ex-



terminar á las razas inferiores, á fin de que no inficionen con su mezcla nuestra sangre más ilustre y deterioren nuestro organismo más á propósito para secretar el pensamiento.

No crea el Sr. Pí que lo digo por burla. Lo digo con toda formalidad. La consecuencia rigurosamente lógica de sus premisas no puede ser otra. De una simpatía irracional y absurda, de un inexplicable sentimiento, de un extraño fenómeno nervioso, podrá nacer que no queramos robar, ni asesinar, ni comernos á nuestros semejantes, ni apalear á los negros y á otras razas inferiores para que nos sirvan; pero, dado que todo es uno, que todo es materia, que Dios es el espíritu ó la fuerza que lo mueve todo y que es todo, y que yo no soy nada sino una apariencia, no veo razón para que se ande nadie con escrúpulos, y no goce todo lo que se le antoje y pueda, aun procurando el adelantamiento de la humanidad. Es más: el adelantamiento de la humanidad consistirá en esto y no en otra cosa.

Harto sé yo lo que replicará á esto el Sr. Pí, porque he leído á sus maestros y conozco sus sofismas. El Sr. Pí me dirá: Tú eres un malvado, un perverso; todo cristiano, ó todo aquél que sin serlo está contaminado aún del pensamiento cristiano, no comprende el amor del prójimo sino por *amor de Dios*. Su caridad, su bondad, su filantropía, hasta su justicia, son de reflejo: no ama el bien por el bien, no ama la virtud por la virtud, sino con un fin interesado; ya por temor del castigo, ya por el incentivo del premio. Mientras *obje-*

*tiva*, da cuerpo, convierte en un fantasma su propia conciencia, donde está grabada la ley moral, esta ley tiene fuerza para él y la cumple. Pero se desvanece el fantasma, esto es, Dios, y quedan solas la conciencia y la ley, y entonces ni cumple la ley ni la respeta.

Importa refutar esto: en esto está lo que más alucina á los hombres como el Sr. Pí, que yo no considero malos, sino ilusos; inteligencias á quienes un pasto espiritual sobrado fuerte para ellas ha hecho caer en algo como una borrachera peligrosa, y que en vez de curarse por la abstinencia, se entregan luego por vanidad á una orgía desenfadada.

No defendemos nosotros la creencia en Dios y en la vida futura, como quien defiende á los alguaciles, á los jueces y al verdugo. Muy al contrario: para toda alma noble y honrada, si incurre en una falta, si comete un pecado, es más fácil obtener el perdón de Dios que el de la conciencia propia. La bondad de Dios, en toda religión natural ó positiva, no ya sólo en el cristianismo, es tan infinita como su justicia. ¿Qué flaqueza, qué pecado, qué crimen no me perdonará Dios si hago un acto de verdadera contrición? ¿Quién pone tasa, ni límites, ni términos á la misericordia divina? ¿Qué culpa no lava un instante de sincero, cordial y fervoroso arrepentimiento? No crea, pues, el Sr. Pí que yo sostenga las creencias religiosas para poner yo mismo un freno á mis pasiones, y para encadenar las de los otros y vivir tranquilo. Harto sé que el creyente puede pecar y peca. Har-

to sé que la justicia divina no es inexorable como la humana. Y esto más aún en nuestra religión que en ninguna otra. Cristo vino á redimirnos y á salvarnos. Cristo vino más para los pecadores que para los justos. La cruz es el símbolo de nuestra redención:

El madero soberano,  
Iris de paz que Dios puso  
Entre las iras del cielo  
Y los pecados del mundo.

Vea, pues, el Sr. Pí cómo no tenemos ni queremos tener la religión á modo de suplemento ultramundano de los presidios, de las horcas y del garrote. La tenemos y la queremos tener, no como sanción, sino como base; no como apoyo y fuerza, sino como germen y fundamento único de la moral y del bien. Los cristianos de Almería, si tienen que pagar á Contreras los dos millones, á pesar de los dos millones perdidos y del susto que han pasado, tal vez pidan á Dios por ese Barroja intestino; y aunque no tengan tanta longanimidad, tendrán que creer que Dios puede perdonarle y llevársele á gozar de su gloria. Del señor Pí, á pesar de los males infinitos que ha causado con sus locuras y extravagancias, es también posible que se salve. No es, por consiguiente, para asustar á los dementes y á los malhechores, ni para tomar una venganza póstuma, ni para mantener por miedo en su deber á los extraviados, para lo que tenemos religión. Es porque sin religión, sin Dios personal y sin alma humana inmortal,

no hay deber, ni virtud, ni mal, ni bien, ni vicio, ni pecado. Podrá haber delitos artificiales, creados por una legislación positiva que se funde en lo útil y se sostenga en la fuerza.

Los hipócritas ó los irreflexivos que siguen doctrinas semejantes á las del Sr. Pí, que niegan á Dios personal y al alma que no muere, inventan mil sofisterías para constituir lo moral y lo justo, en nuestra propia conciencia; pero los pensadores francos y profundos, que son ateos ó panteístas como el Sr. Pí, niegan también la moral y el derecho, ó no los consideran, sino como productos alambicados y artificiales, como refinamientos sutiles de nuestra civilización.

Es gracioso el modo de fundar la moral de Augusto Comte y de Littré. La moral se funda en dos instintos: el egoísmo y el *altruismo*. Combinados ambos, amasados y barajados por la razón, producen la moral más pura y más delicada, al cabo de cierto número de siglos. El egoísmo es el sentimiento que nos mueve á conservar nuestro sér, nuestro propio individuo. En su momento inicial se manifiesta por el hambre. El *altruismo* es el sentimiento que nos mueve á amar á nuestra especie y á propagarla. En su momento inicial se llama lujuria. El egoísmo es el amor de nosotros mismos. El *altruismo* es el amor de todo lo demás que existe ó puede existir. Estos dos amores, bien entendidos, acaban por dar de sí toda la ley moral. Indudablemente para el salvaje no hay más que dos estímulos: la lujuria y el hambre. Aristóteles lo había dicho. Nuestro arcipreste de Hita lo repi-

te: sólo mueven al hombre *mantenencia y ayuntamiento con fembra*.

Si lo dijese de mío sería de censurar:  
Dícelo gran filósofo, non so yo de reptar.

Pero ni el Estagirita ni el alegre Juan Ruiz sacaron toda la moral del deseo de *mantenencia* y de las ganas de ayuntarse.

En cuanto á la justicia y al derecho, Littré les ha hallado no menos noble origen. Así como la caída de una manzana dió ocasión á Newton para descubrir la gravitación universal, así una noticia, que leyó un día en los periódicos, dió ocasión á Littré para fundar la justicia sobre bases sólidas. El Príncipe salvaje de Nukahiva, siendo ya viejo, se casó con una linda muchacha. En Nukahiva es ley la poligamia, y el Príncipe tenía muchos hijos de otras mujeres. La linda muchacha tuvo celos de los hijos, y los fué envenenando á todos á ciencia y paciencia del padre, el cual, como amaba más á su mujer que á los hijos, no halló ofensa ni daño en aquellos envenenamientos, y no se vengó ni se indemnizó. De aquí deduce Littré toda la teoría de la justicia, toda la filosofía del derecho. No hay más que la venganza ó la indemnización, de las cuales se encarga la sociedad por ser más cómodo, y ahí tenemos la justicia. Aunque Littré se muestra severo contra el sistema utilitario, y halla sólo absoluto y fundamental este concepto tan sublime de lo justo, todavía consiente en que las miras de utilidad entren por algo en la confección de las leyes. Tanto en la Grecia del tiempo de Homero, co-

mo entre los germanos que fundaron los Estados de la Edad Media, no hay aún más que la pura justicia. Mataba un hombre á otro: la sociedad nada tenía que ver con eso. Como el muerto no hablaba, no se daba por ofendido. Los parientes del muerto eran los ofendidos solamente, y podían tomar venganza; pero si el homicida pagaba algo como compensación, la venganza se excusaba. Es más: el homicida había cumplido ya con la sociedad; á nadie debía nada, y volvía á entrar en la vida común, sin perturbación para él ni para los otros. Littré ilustra esto con una cita de Gregorio de Tours. Un hombre dice á otro: «Debes darme muchas gracias porque te he muerto á los parientes; por medio de la compensación que has recibido, el oro abunda en tu casa.» El considerar criminal á cualquiera, y el que haya acción pública contra él, aunque la parte ofendida se dé por satisfecha, son resultados del utilitarismo, á fin de tener á raya á la gente por medio de un terror saludable.

El Sr. Pí no es positivista; el Sr. Pí es metafísico, y se reirá desdeñosamente de estas pobres invenciones de Comte y de Littré. El gran maestro del Sr. Pí debe de ser Luis Feuerbach, singularmente en su admirable libro titulado *Pensamientos sobre la inmortalidad y sobre la muerte*. Basta leer cuatro páginas de este libro para conocer que el *altruismo* de Augusto Comte es una simpleza desvergonzada. En efecto, ni el mismo diablo sacará de la lujuria el amor de la patria, el amor de la humanidad, la caridad, la devoción, el sen-

timiento que nos lleva á sacrificarnos, á dar la vida por nuestros semejantes ó por una idea. Toda virtud, toda magnanimidad, todo impulso generoso queda sin explicación con sólo la lujuria. El verdadero *altruismo*, lo contrario del egoísmo, se funda en algo más noble que la lujuria, la cual es una faz del egoísmo, y nada más.

¿En qué se funda, pues, el *altruismo*? ¿Cómo podemos tener caridad, filantropía, amor al progreso, interesarnos por la humanidad y por sus destinos, vivir más para la humanidad que para nosotros? El amor, dice Feuerbach, es nuestra esencia; el amor es Dios; el amor es la muerte. Cuando queremos un bien egoísta, algún provecho particular para nosotros, el bienestar en esta vida, la bienaventuranza en la otra, la voluntad individual es quien obra en nosotros; la voluntad que resulta de nuestra forma, de nuestro organismo perecedero, de nuestra existencia temporal y caduca. Pero hay otra voluntad esencial, substancial, general, colectiva, divina. Por ella no nos amamos, sino lo amamos todo, esto es, amamos nuestra esencia, que es lo eterno y lo universal; por ella menospreciamos los accidentes y nos volvemos á la substancia; por ella, que nace de lo que no tiene ni determinación ni límite, queremos volver, y volvemos, á lo ilimitado y á lo indeterminado; por ella amamos á Dios, amamos á la naturaleza, amamos á la especie humana, amamos á la muerte. Amar es morir: allí el suspiro y el deseo terminan en el ósculo y en el abrazo místico. Morir es el supremo fin del amor, el goce perfecto del

amor, el enlace estrechísimo y la fusión íntima con el objeto amado. Dios, el amor y la muerte, son lo mismo.

De aquí la cruda guerra que hace Feuerbach á la creencia en la inmortalidad del alma, horrible engendro, según él, del egoísmo. Nada más contrario á la virtud, á la santidad, al bien, al sacrificio.

Tal es en cifra la más sublime de las *Thanatologías*; tal es la doctrina ó ciencia de la muerte. La muerte no viene de fuera con su guadaña para segar la vida; la muerte no nace del pecado, ni de la voluntad viciosa: la muerte nace de la voluntad sana y divina, y emerge de las profundidades de nuestro sér.

La gran filosofía alemana, como uno de sus resultados más brillantes, nos da á Sakiamuni exagerado; nos da el nihilismo del Nirvana más claro y más terminante. ¿Qué energía, qué progreso ha de nacer de tan deplorable doctrina? Hay en ella (¿cómo negarlo?) cierta poesía enervante, que tiene su valer como poesía; pero el libre albedrío, la responsabilidad moral de nuestros actos, la verdadera fuente de la actividad y del progreso, no se conciliarán, por más que se haga, con tan extraña ciencia. Esa voluntad esencial no es más que una ley de la naturaleza, una fuerza ciega como la afinidad ó la atracción. De ella nace para Feuerbach el amor, y con el amor, cuanto debiera honrar á nuestra especie, comprendido de otro modo. Comprendido como Feuerbach lo comprende, el valor y el sufrimiento de los mártires, la constan-



cia de Scévola, la devoción de las hermanas de la caridad, el heroísmo del guerrero que muere por la patria, la muerte gloriosa de Régulo, la consagración de una vida entera al bien ó al progreso del humano linaje, todo ello no es más que la fuerza de la voluntad esencial: para el héroe, el mártir y el varón justo, tiene esto el mismo mérito que para una piedra el caer buscando su centro.

Como apéndice al libro del Sr. Pí, que nos sugiere estas reflexiones, hay un largo fragmento de otro libro del mismo Sr. Pí, titulado *Reacción y Revolución*. En él completa y redondea su pensamiento.

En él trata de probar el Sr. Pí que el cristianismo ha muerto: vuelve á enfurecerse contra los que tienen la avilantez de creerse inmortales como individuos, y acaba por reconocerse á sí mismo como Dios; esto es, como una molécula, como una chispa, como una migajilla de Dios. El Sr. Pí se declara panteísta; pero no como Heráclito, no como Parménides, no como San Juan, á quien también incluyen en el número; no como Fichte, ni como Schelling, ni como Hegel. El Sr. Pí modifica á Hegel. El Sr. Pí tiene su sistema propio; pero apenas nos le deja entrever. Nos quedamos á media miel, como suele decirse. Bien es verdad que el Sr. Pí casi nos promete desarrollar todo su sistema filosófico en otro libro nuevo. Ojalá el vivir alejado de los negocios públicos le dé reposo para escribir esa Apocalipsis, y á nosotros nos libre de su funestísimo poder, que á durar un mes más hubiera acabado por con-

sumir, arder, desquiciar y arruinar toda esta pobre tierra de páparos.

Lo que hasta ahora ha escrito el Sr. Pí es para despertar en España la afición á la filosofía y para dar una base á la revolución. «Aquí, exclama, tenemos aún la revolución sin base. Apresurémonos á dársela. De no, seguiremos levantando el edificio sobre arena. Los huracanes de la reacción le derribarán á cada paso y nuestra historia será la de la tela de Penélope.» Para que no lo sea, para que la revolución se afirme y se consolide, es menester, pues, adoptar el *piismo*: guerra á Cristo y á su Iglesia, y negación de la vida futura y negación de Dios, á no ser que por Dios quiera entenderse lo infinito é indeterminado que se determinà en el hombre finito y tiene en nuestra mente conciencia de sí. Con el panteísmo *piino* seremos felices: tendrá base la revolución; habrá *religión* y filosofía, porque el panteísmo es filosofía y religión á la vez. Pí volverá á ser, con mejor éxito, el gran metafísico de la república, como en la ciudad del sol de Campanella. El Pontífice Máximo de la nueva religión será Pí; el Dictador, el brazo secular, Contreras.

Lo malo es que el Sr. Pí acaba por confesar que no hay tal filosofía ni tal religión en el panteísmo. El panteísmo no ha llegado aún á su constitución definitiva, ni como filosofía, ni como religión. Hegel, el genio del Occidente, el más sublime de los panteístas (Pí lo confiesa), nos deja sin libertad, sin soberanía, sin derechos individuales y sin República federal. Á Hegel no se le importa un

comino de la autonomía de cada sujeto, y sanciona la tiranía del Estado. Necesitamos, pues, otro panteísmo nuevo para uso de la República federal, y esto es lo que esperamos con ansia. Hasta que salga este nuevo panteísmo *piino*, donde á Hegel se le enmiende la plana, suspendamos nuestro juicio y confesemos humildemente que tal vez Pí tenga razón, y que valga él más que Hegel, y que San Juan, y que Pedro Leroux, y que atine á plantear mejor el problema de las relaciones entre lo finito y lo infinito; problema que nadie ha resuelto aún, y que Pí resolverá el día menos pensado para bien de la humanidad entera y de esta Confederación armónica, deliciosa, pacífica, rica y feliz de Repúblicas malagueña, murciana, cartaginense, gaditana, salmantina, y *cosi via discorrendo*. Lo que se puede afirmar, mientras no se ensaye el sistema panteísta y *thanatológico* del Sr. Pí, es que las sociedades, si se consulta bien la historia, han progresado más hasta el día, y han tenido más duraderas y fecundas civilizaciones, en razón de la mayor fuerza con que se ha creído en la Providencia divina y en la inmortalidad del alma individual. El panteísmo brahmánico petrifica, aduerme en un sueño secular á la India; el panteísmo místico de Budha y el panteísmo materialista de los letrados destruyen todo ideal, toda aspiración en China, y paran el curso del progreso durante tres ó cuatro mil años, entre trescientos ó cuatrocientos millones de hombres, de quienes ya se empieza á dudar si serán por naturaleza incapaces de ir más

adelante. Lo que tuvo de panteísta la antigüedad clásica la con tujo á morir en la desesperación más horrible. «Un despotismo cruel pesaba sobre todo, como dice el Sr. Pí, y el egoísmo era la ley del mundo.» Sin embargo, la creencia en la inmortalidad del alma no era muy firme ni muy general entonces. ¿Quién pensaba en los tiempos ante-cristianos en la salvación ó en la inmortalidad del alma de un ciudadano cualquiera? Los manes, los lares, eran los héroes y los príncipes. La plebe, sin hogar y sin sepulcro, no tenía alma. Y aun así, ¡qué vida aquélla de ultratumba en la antigüedad clásica! Los muertos andaban siempre afligidos de no ver la luz del sol, aburridos de todo, alcanzando menos ciencia y volviéndose más tontos que los espíritus de los espiritistas del día, y, por último, más acosados del hambre que los cesantes de la República federal española. Ulises tuvo que andar á cintarazos con todos los muertos, y hasta con su madre, para que no se sorbiesen la sangre con que iba á regalar al adivino Tiresias. Aquiles estaba tan cansado de aquella miseria de Campos Elíseos, que aseguró que preferiría ser un esclavo, un ganapán vivo, á ser rey inmortal entre las sombras. No fué, pues, el amor á la vida futura lo que disgustó en la antigüedad clásica de la vida presente. En cambio, con la religión cristiana, que nos promete una vida futura esplendidísima, los pueblos de Europa, en vez de abandonarse á la contemplación y en vez de vivir en la penitencia y en los padecimientos, han progresado tanto ó más en las cosas

materiales que en las espirituales; han extendido la idea de la creación; se han enseñoreado de todo este planeta y le han ido hermoseando y haciéndole mucho menos inhospitalable; y, por último, á los panteístas y á los que creen menos en la vida futura los adoctrinan, civilizan y gobiernan. Vea, pues, el Sr. Pí cómo esto de la creencia en la vida futura, no sólo no estorba, sino que aprovecha para la vida presente, y que no hay nada mejor que creer en Dios y en dicha vida, mientras no llegue la verdadera plenitud de los tiempos, cuando el divino Sr. Pí saque á luz todo su sistema y haga una revolución en el mundo más transcendental y más progresiva acaso que la que hizo Cristo. La fe en la vida futura, como sostiene el Sr. Pí, nos ha hecho egoístas, indignos, inhábiles para el consorcio humano: cada uno piensa en salvarse á sí propio, y nada más. La Iglesia católica, la congregación universal de los fieles, esta asociación en que todos están unidos por la caridad, con la misma creencia y con la misma esperanza; esta santa y perfectísima democracia, en que no hay sólo la unión de la vida terrena, por el espacio de breves años, sino la unión en la eternidad; esta comunión de los santos, esta mística ciudad y república, esta Jerusalén divina, que está á la vez en la tierra y en el cielo, cuando en el cielo y en la tierra se cumple la voluntad de su Legisladorsoberano y bendito, no es más que puro egoísmo para el Sr. Pí. Lo bueno es la sociedad que él va á fundar con su evangelio. Así como, según el Sr. Pí, al cristianismo precedieron los

esenios, sin duda al *piismo* preceden los internacionalistas. Por los horrores de Alcoy, por los robos de Granada, por los facinerosos sedientos de saqueo y de incendios y ebrios de sangre y de vino, que ya se han levantado en algunas partes á ver si deshonran y se sobreponen al noble pueblo español, harto sufrido é inerme en ocasiones, podremos calcular cómo serán los fieles de la nueva iglesia de Pí.







## OBRAS

DE

D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

TOMO I.—PENSAMIENTOS Y POESÍAS.

Madrid, 1873 (1).

**H**A Y un refrán antiguo que dice: *La gramática con babas y la filosofía con barbas*. Nadie, sin embargo, se acordaba ó hacía caso de este refrán desde el año 1838 al de 1840. Así es que, en la segunda enseñanza, en vez de darnos algunas noticias elementales de retórica y poética, á fin de que empezásemos á comprender la belleza del estilo y la propiedad de las expresiones, y en vez de hacernos formar una idea somera del universo visible por medio de los rudimentos de las ciencias físicas y matemáticas, y en vez de ir adornando nuestra memoria con hechos importantes, á fin de que

(1) Artículo publicado en la *Revista de España* en octubre de 1873.



atinásemos á clasificar y ordenar en nuestra mente algo de la muchedumbre de seres que llenan el espacio y algo de la muchedumbre de sucesos que llenan el tiempo, nos hundían, no bien salíamos de la niñez, en los más tenebrosos y profundos problemas de la metafísica y de la ética.

Yo cursé metafísica y ética desde la edad de trece años á la de quince. Otros chicos, más precoces ó más inteligentes que yo, comprenderían quizás todo aquello. Yo no logré entender una palabra. Y como nunca me ha interesado ni me ha divertido lo que no entiendo, no estudié por entonces palabra alguna de filosofía, proporcionando muy malos ratos á mis padres y á mi maestro. Era éste un virtuoso sacerdote, lleno de discreción, paciencia y bondad, quien de sobra notaría lo absurdo de querer infundir en el alma de un chicuelo cuestiones tan obscuras. Por esto, sin duda, tenía la manga ancha, como suele decirse. Con todo, bien se esmeraba él, y bien procuraba, con dulzura y benignidad que jamás olvidaré, despertar mi afición á tan difíciles estudios y hacerme alcanzar un poco de su valor y sentido. Á menudo me preguntaba en cátedra la lección. Yo ni por acaso la supe ni una sola vez; pero me valía de un método sencillito para salir del paso. De la filosofía de aquel santo varón nada sabía yo; pero no ignoraba que, á más de catedrático del seminario de Málaga, era cura párroco, era bueno, era piadoso, y creía como yo que el alma es espiritual; que hay vida eterna, premios y castigos; Dios todopoderoso, justo y clemente, creador y

conservador de todas las cosas, etc., etc. La clave, pues, de mis discursos estaba hallada, y yo los hacía sin vacilar. Cuanto se me ocurría, aunque fuese contradictorio, todo lo hacinaba yo en mi razonamiento; pero tenía buen cuidado de sacar siempre por consecuencia ó de poner por premisa que Dios es todopoderoso, que ha creado el universo y que el alma es inmortal ú otra por el mismo orden. Éste era mi salvoconducto para despacharme á mi gusto y soltar la taravilla.

El Sr. D. Miguel, que así se llamaba mi maestro, solía contarme entonces cierta historia de una criada que hubo en casa de su padre. Era la criada devota y muy aficionada á ir al sermón. La dejaban ir, y el padre del Sr. D. Miguel la preguntaba cuando volvía: «Vamos, Fulana, ¿qué ha dicho el predicador?»—«¡Qué ha de haber dicho, señor! contestaba ella. Ha dicho que seamos buenos.» Y de ahí nadie la sacaba. Añadía el Sr. Don Miguel que su padre decía entonces á la criada que, para no sacar sino aquello del sermón, más valía que no fuese, porque al cabo hartó sabía ella que debemos ser buenos, sin estar más de una hora oyéndoselo afirmar al predicador sobre fundamentos y razones que ella no penetraba. El señor D. Miguel, ya un poco enfadado, á pesar de su muchísima calma, solía decir por último: «Mira, Juan, tú eres peor aún y más insufrible que la criada de mi padre. Si ella no penetraba las razones que había dado el predicador, tampoco las trocaba por otras, y se limitaba al resultado de las razones ó á la consecuencia, que de antemano sa-

bía, esto es, á que seamos buenos; pero tú inventas tales razones y tales fundamentos das á la bondad que debemos tener, á la existencia de Dios providente, á la inmortalidad del alma y demás tesis que anhelas demostrar, que si no hubiese otras sino las disparatadas que das tú, sería cosa de dudar de Dios y del alma inmortal, y de esa virtud y santidad que recomiendas. La criada de mi padre tenía siquiera el tino de dormirse en el sermón, y luego venía con la tesis escueta de que seamos buenos, lo cual se podía tolerar, aunque mejor hubiera sido que se hubiera quedado en casa acudiendo á otros menesteres; pero ciertamente la criada hubiera sido insufrible si al ruido del sermón hubiera estado murmurando en la iglesia con alguna vecina, y luego, al dar cuenta de las razones del predicador, hubiera ingerido las murmuraciones y chismes.»

Esto, sobre poco más ó menos, me sucedía á mí hace treinta y tantos años. Tales eran mis filosofías de entonces. Las de ahora, y las de varios aficionados, poetas, literatos, periodistas, oradores del foro y de la tribuna, políticos de ésta ó de aquella bandería, que nos metemos á filosofar, ¿serán del mismo género? Esta duda me asalta con frecuencia. Pues ¿por qué escribes? exclamará alguien, y sobre todo ¿por qué escribes de filosofía? El poeta satírico responde por mí y por cuantos hayan de responder á la misma pregunta:

*Tenet insanabile multos scribendi cacoëthes.*

Además, ¿cómo excusarte de escribir cuando

éste es tu oficio, si eres abogado, político, periodista ó cosa semejante? Tu posición exige que escribas. En éste ó estotro sujeto, hasta la misma necesidad lo reclama. Si su hermana, su hija ó su mujer llora, y algún D. Hermógenes dice: «No así, hermosa Mariquita, desperdicie V. el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.» Ella debe contestar: «¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendría mi hermano, mi padre ó mi marido necesidad de escribir disparates.»

Una vez lanzados á escribir, la corriente nos arrastra y acabamos por escribir de filosofía. Adviértese esto en todos ó en casi todos. Uno empieza con primor extraordinario, y hasta con verdadera inspiración, componiendo lindos versos; otros con artículos de toros, otros con graciosas ó punzantes sátiras contra los ministros, otros con novelas y otros con comedias; luego caen ó acaban en la pícara filosofía.

Es evidente que en España hay mucho ingenio, gran despejo natural, fácil y elegantísima manera de expresarse. Con tales prendas aparecen escritores, oradores y poetas, no ya sólo estimables, sino excelentes y hasta maravillosos en ocasiones. Se dirá que tienen sus defectos. ¿Y quién no los tiene? El público los perdona, y el crítico suele también perdonarlos, en gracia de los aciertos y bellezas, y para que le perdonen á él. Por esto he sido yo tan benévolo casi siempre. En circunstancias normales seguiré con la misma benevolencia. Hoy, sin embargo, es menester ser inexorable, severo, duro. Las cosas están de suerte que las ge-

neralidades, los discreteos, las ocurrencias y las *excentricidades*, que toman visos de filosofías, no se limitan á divertir ó á entretener ocios, sino que ponen el trabuco ó el puñal en la mano del asesino, la tea en la mano del incendiario y el odio en los corazones. Hoy tales discreteos propenden á justificar opiniones que arman á media España contra la otra media, y atizan el fuego de una espantosa guerra civil, que puede durar años y acabar de empobrecernos, arruinarnos y perdernos como nación.

Movido yo por lo grave de las circunstancias, escribí contra el Sr. Pí. No me valí, para impugnar su mala doctrina, de razones muy profundas, sino de las que la mera luz natural me prestaba. Severísimo estuve con el Sr. Pí, y no me arrepiento. Debo, con todo, declarar una cosa: que la empresa de refutar al Sr. Pí es harto fácil. El Sr. Pí tiene método, consecuencia, franqueza, encadenamiento dialéctico; sabe lo que dice, aunque sea malo lo que diga; conoce y ha estudiado bien á los autores que sigue, y presenta con lealtad el lado flaco y vulnerable.

La empresa de refutar á un *filósofo carlista* es, en cambio, de una dificultad inmensa. No hay método, ni consecuencia, ni franqueza, ni encadenamiento dialéctico, ni punto firme en que apoyarse. Es como si mi maestro, el Sr. D. Miguel, hubiera querido refutar mis discursos en el aula, cuando yo entreveraba cuanto se me ocurría con las afirmaciones del catecismo, poniendo las afirmaciones del catecismo ya por contera y remate,

ya por fundamento y principio de mis argumentos y conclusiones.

Un *filósofo carlista* es un Proteo que toma todas las formas. Es liberal y no liberal á la vez, partidario y contrario del sistema representativo, demócrata y aristócrata, socialista y no socialista. Adversario y defensor de la soberanía del pueblo, se diría que tiene el propósito de burlarse de él, de hacerle comulgar con ruedas de carretas y de representar el papel de Dulcamara, con un perpetuo *judite o rustici!*

En épocas de paz relativa, en menos azarosos y turbados tiempos que los presentes, no me pondría yo á contradecir al Sr. Aparisi; á luchar con la opinión general que le proclama un portento; á querer sacar de su cauce el torrente del entusiasmo público, que llega á designar al señor Aparisi con el dictado del *gran católico español*. Aunque se hubiera declarado punto menos que artículo de fe, en la patria de Domingo de Soto, de Victoria, de ambos Luises, de Melchor Cano y de Suárez, que el Sr. Aparisi era el *gran católico*, yo me hubiera callado; mi bilis no se hubiera alterado en lo más mínimo. Á mí tambien me divierten y agradan los escritos del Sr. Aparisi. Los hallo disertos, elocuentes á veces. Sus poesías me parecen bonitas y llenas de elegancia y pureza de dicción. Su prosa, algo poética y sentimental, me gusta. El Sr. Aparisi, en suma, es para mí un escritor agradable. Además, yo le traté, fuí compañero suyo de diputación, y hallé en él á una persona dotada de excelentes prendas de carácter

y muy afable y cariñoso en su trato. ¿Qué me va á mí con que, merced á nuestra propensión á la hipérbole, se le haya convertido en el *gran católico*? ¿Para qué escatimar un punto las alabanzas al Sr. Aparisi y enemistarme con todo un partido, que le encumbra hoy como á ídolo? ¿No es exponerme á ser el blanco de las iras de los neocatólicos si procuro rebajar el mérito de Aparisi? ¿Qué no dirán de mí si se irritan? Miedo me da de pensarlo.

Y con todo, fuerza es desechar el miedo y echar pecho al agua. Dirán de mí que soy un impío, un envidioso, un buho que aspira á mirar frente á frente la luz del sol. Me importa poco.

Yo también, ya que tuve, años há, la mala tentación de meterme á escritor público, me creo en el deber de no ocultar por consideración alguna lo que entiendo que es la verdad; de atacar doctrinas que no se quedan en un libro para solaz de los devotos, sino que se convierten en hechos; que tienen en armas más de 300.000 hombres; que han convertido en campo de batalla varias provincias, y que, gracias á la anarquía y á la falta de brío del Gobierno de la República, pueden triunfar con triunfo présago de mayores trastornos y de más enconadas luchas. Digo esto, porque estoy firmemente persuadido de que el carlismo no puede triunfar sino de un modo efímero. Si triunfa, será punto de partida para otra revolución más violenta. El espíritu del siglo será malo, anti-religioso, inmoral, horrible; pero es el espíritu del siglo, y ¡ay de quien le ataje! Se puede corregir,

encauzar, purificar, conciliar con la tradición: para esto hay conservadores de toda clase; para esto sobran los carlistas. El día en que transijan, ya no serán carlistas: serán otra cosa. Y si siguen siendo carlistas, aunque los absurdos de los federales les abran el camino para que triunfen, es evidente que el triunfo no ha de durar. Principios, ó mejor dicho *tendencias* anacrónicas, porque principios no tienen, sólo por la fuerza se imponen, y una situación de fuerza dura poco. Difícil es, si los carlistas vencen, que funden un Gobierno estable y ordenado. Á lo que van fatalmente es á una demagogia peor que la del día. En vez de gorro frigio llevarán los demagogos capucha y bonete. Por lo demás, todo idéntico. Basta recordar lo que fué España desde 1823 á 1833, para calcular lo que sería con D. Carlos VII reinando. De la inconsistencia, de la anarquía intelectual, de lo vago y contrario de los asertos, de la levadura demagógica y socialista-frailuna, candorosamente puesta en sus escritos por el Sr. Aparisi, se desprende lo que sería su partido en el poder, si su partido triunfase.

No vamos á juzgar todos los escritos del señor Aparisi. Sus obras completas están en prensa. Aún no han salido, ó por lo menos aún no poseemos sino el primer tomo, cuyo título sirve de epígrafe á este artículo. Comprende poesías, que hemos elogiado ya como merecen. Comprende, además, una serie ó colección de pensamientos. Sobre éstos vamos á hablar.

Acaso en alguna obra del Sr. Aparisi, pues su-



cesivamente van á imprimirse todas, haya como un sistema completo, político-filosófico. En los pensamientos no le hay; pero hay al menos, si no la realidad, la ilusión de que se enuncian principios transcendentales y fundamentales, que pueden servir ó sirven de base al sistema. Limitémonos á poner frente á frente unas sentencias del Sr. Aparisi y otras sentencias del Sr. Aparisi, á ver quién diablo las concilia.

«Los reyes no reciben su autoridad inmediata de Dios, sino mediatamente, por medio de la sociedad civil» (pág. 173).

Si las palabras no se escriben por prurito de escribir y de hacer frases, sin dar importancia ni valor á las frases, las palabras anteriores proclaman la soberanía del pueblo; pero no así como quiera: las palabras citadas hacen al pueblo soberano por derecho divino.

La sociedad civil, la república, el pueblo crea la autoridad, crea las leyes, crea los magistrados, los príncipes, el poder, en suma. Y no crea todo esto por un capricho, porque tiene fuerza para ello, sino porque Dios le da poder é inspiración para crearlo. La república, iluminada, inspirada por Dios, se da gobierno: *divinitus erudita* se constituye. Es doctrina de Belarmino, de Suárez, de Soto, de Aparisi y de otros grandes católicos.

«La soberanía del pueblo (pág. 163), tal como la entienden sus ilustres regeneradores, es la sustitución de la fuerza al derecho, de la nada á Dios.»

Ya tenemos aquí la negación de la soberanía

del pueblo que se afirma antes; verdad es que hay limitación y escapatoria de decir: «tal como la entienden, etc.»

En la misma página, con todo, se niega rotundamente la soberanía del pueblo, sin limitación alguna. «El pueblo no ha sido, ni es, ni será nunca soberano.»

Sólo un espíritu tan irreflexivo como el del Sr. Aparisi puede dar como razón contra la soberanía del pueblo la siguiente: «La sociedad no es hecho libre, sino forzoso.» Pero ¿qué es la sociedad ó la república sino el pueblo? ¿Y de decir que el pueblo no sea libre de ser ó no ser, se sigue que, una vez que es, no sea tal cual es, ó dígase soberano? El argumento podrá ir contra la soberanía del individuo, contra su autonomía, contra cierta extensión ilimitada en sus derechos individuales; mas no contra la soberanía del pueblo. Claro está que si la sociedad civil fuese libremente creada por los individuos, éstos podrían despojarse de más ó menos derechos en favor de esa sociedad civil; pero si su creación es un hecho forzoso, los individuos que forzosamente concurren á dicha creación no son libres de reservarse cuantos derechos individuales les plazca, antes tienen que ceder muchos derechos á la sociedad civil, empezando por la soberanía.

El argumento, pues, del Sr. Aparisi, lejos de ir contra la soberanía del pueblo, la confirma, la extiende y la corrobora.

La creación del pueblo soberano resulta un hecho providencial, necesario y divino. ¿Es por eso

la soberanía del pueblo ilimitada? No: la limita la ley, la razón, el derecho natural, como afirma el Sr. Aparisi en la misma página. Por esa ley, por esa razón conserva el individuo derechos de que la sociedad, la soberanía del pueblo no puede despojarle.

Más adelante dice (pág. 164): «¡Donosa teoría la de la soberanía del pueblo! Será éste en tal caso una confusa reunión de pequeños soberanos; y, siendo así, renunciamos á la parte que nos quepa, porque no gustamos de coronas ridículas.»

Vuelta á caer en la misma confusión; vuelta á confundir la soberanía del pueblo con la autonomía ó soberanía que quiera atribuirse el individuo. Precisamente porque el pueblo es soberano, porque la república ó la sociedad civil impera, no impera, ni es, ni debe ser soberano el individuo.

Y sigue Aparisi: «Dicen que el pueblo es soberano: séalo en buen hora; pero al pueblo que se levanta, se le bombardea en Barcelona y se le ametralla en París.»—Aquí juega Aparisi del vocablo con la palabra *pueblo*. ¿Merece acaso contestación tal sofisma? El pueblo que se afirma que es soberano no es tal grupo, ni tal fracción, ni tal partido, sino el pueblo todo, representado por la autoridad, por el Gobierno constituido. No es, pues, el pueblo el ametrallado en París y el bombardeado en Barcelona, sino el que en Barcelona y en París ametralla y bombardea para sujetar á los rebeldes á su soberanía.

Nuestro autor incurre á cada paso en la misma

confusión de la soberanía del pueblo, con el concepto más contrario de esa soberanía: con la idea de que cada individuo haga lo que se le antoje. Sobre esta confusión giran muchos de los que no sabemos si llamar argumentos ó chistes y jocosidades.

Ya hemos visto que en la pág. 173 hace al pueblo soberano por derecho divino. En la página 160 confunde esta soberanía con el individualismo más exagerado: supone que así piensan todos los liberales, y asegura que esto proviene de que somos ateos. «Cuanto haga el pueblo, dice, será justo, porque siendo soberano debe ser infalible.» Esta deducción de la infalibilidad como consecuencia de la soberanía y del ateísmo, no sabemos de dónde la saca el Sr. Aparisi. Si es de la soberanía, Carlos VII será infalible para los carlistas. Del ateísmo no es tampoco: al menos no es sólo del ateísmo, ya que si algo de infalibilidad se afirma en el pueblo es por aquel dicho antiguo: «voz del pueblo, voz de Dios;» esto es, porque Dios habla á veces por boca del pueblo. Este linaje de infalibilidad popular tiene, por consiguiente, un fundamento religioso. Es la doctrina del mismo Belarmino, de Suárez y de Domingo de Soto, que el Sr. Aparisi ha citado. El poder no viene sino de Dios: *non est potestas nisi a Deo*, ha dicho el apóstol; pero el teólogo añade: *non quia respublica non creaverit principes, sed quod id fecerit divinitus erudita*. Entendido esto como debe entenderse, y no de un modo burdo, no es teologías ni quintas esencias, sino que concuerda

con el más vulgar sentido. Nadie, al querer declarar ilegítimo un poder, empieza por confesar que el pueblo le ha creado, y acaba por añadir que el pueblo erró al crearle. Lo que dice es que el poder, que él niega y combate, no es obra del pueblo, sino de una minoría insolente y revoltosa que se ha impuesto al pueblo y ha tomado sin derecho su nombre. No se disputa, pues, la infalibilidad del pueblo, ni su derecho á crear los poderes: lo que se disputa es si ha sido ó no el pueblo quien los ha creado. Pero, en fin, de cualquier modo que sea, afirmado ya, según las doctrinas que el Sr. Aparisi supone en esta ocasión exclusivas de los liberales, olvidándose de su Suárez y de su Belarmino, y supuesto ya, porque somos unos malvados ateos, que el pueblo es infalible, cualquiera pensaría que el Sr. Aparisi iba á echarnos en cara que creábamos la tiranía más espantosa, la sumisión más incondicional á la voluntad de ese pueblo soberano é infalible, la cual voluntad no hay medio de que se exprese, de no expresarse por fuerza y tumulto, sino por medio de plebiscitos ó por deliberaciones de representantes del pueblo en legítimas Cortes ó Congresos; por lo que decida la mayoría. El Sr. Aparisi deduce, no obstante, lo contrario. «Según esos principios (que el pueblo es soberano é infalible), convendría no olvidar, dice, que la voluntad del mayor número no debe obligar al menor. Esto fuera abuso de fuerza, tiranía. Por tanto, si la mayoría de las provincias quiere rey, deberá sufrirlo; si Sevilla aristocracia, deberá tenerla; si Valencia república,

deberá gozarla; y si Barcelona ninguna clase de gobierno, que viva sin gobierno Barcelona. Lo que decimos de las provincias se aplica á los individuos: cada cual viva y obre á su antojo.»

Como no se sabe á punto fijo qué afirma ni qué niega el Sr. Aparisi, es difícil refutarle. No hay más que concretarse á exponer contradicciones. Pero si el pueblo crea la autoridad, inspirado por Dios, según Belarmino, y es, por lo tanto, soberano, y si además no debe su sér, su vida, á la voluntad de los individuos, sino á Dios, irán contra Dios y contra el pueblo soberano, y contra las opiniones del Sr. Aparisi, y contra las opiniones de los liberales que estén en su juicio, los que pretendan destruir al pueblo que Dios y no los individuos han creado, y los que quieran romper la unidad de la nación, hecho divino y necesario, y acabar con la sociedad civil, que no ha nacido de un pacto, sino de un decreto ó de una ley de la Providencia, promulgada por la historia.

Lo expuesto no quita, por desgracia, que haya revoluciones y rebeldías, que se apele á la fuerza á menudo, que los hombres de un mismo pueblo tomen las armas con frecuencia unos contra otros, y que no nos entendamos sino á tiros. Pero esto de andar á tiros ó de apelar á la fuerza ó á la rebelión, no es nuevo, ni nace de las doctrinas de los Sres. Pí y Suñer solamente. Es cuestión de hecho y no de derecho, de interpretación de la ley y no de la ley misma. Los carlistas hace más de cuarenta años que se están sublevando contra toda clase de gobierno constituído, ya de Fernan-

do VII, ya de Isabel II, ya de D. Amadeo de Saboya, ya de la República. No se rebelarán porque se crean el pueblo soberano oprimido, ya que tanto se burlan del pueblo soberano; no se rebelarán porque quieran imponer su voluntad en nombre de la soberanía individual que tanto condena el Sr. Aparisi. Se rebelan porque les da la gana, y ésta es una razón que no tiene réplica. En nombre de la legitimidad, del derecho hereditario, no pueden rebelarse tampoco, si hemos de creer al Sr. Aparisi. En la pág. 164 dice: «No creemos nosotros que Dios vincula en hombre ni familia alguna la soberanía de una nación: no hemos dicho jamás que los reyes tengan su título escrito en el cielo.» Bien, bien, Sr. Aparisi: no diría más el Sr. Pí. Pero el Sr. Aparisi dice más; el Sr. Aparisi añade: «En cierto sentido puede decirse que *lo* tienen algunos hombres.» El *lo* es el título para reinar escrito en el cielo. ¿Y quiénes son esos hombres? Los que tienen gran corazón y entendimiento sublime. «Cuando Dios los envía al mundo, les dice: *«Dirigid á vuestros hermanos.* Su título le llevan escrito sobre la frente...» Bonito origen y fundamento de la soberanía. Tenemos, pues, que Perico el de los Palotes se levanta un día de buen humor y se da á entender que tiene gran corazón y entendimiento sublime, y que su título de rey, escrito en el cielo, le sale ya también en la frente. Lo mismo que á Perico el de los Palotes puede ocurrirse esta locura á millares de personas. Cada una irá por ahí empeñada en que le lean y reconozcan su título de mo-

marca, en el cielo y en la frente, y sobre la validez y legitimidad de tantos títulos sólo la fuerza podrá decidir. Tal es el fundamento filosófico del poder político imaginado por el Sr. Aparisi.

El mismo desprecio á la colectividad, la misma falta de disciplina y de subordinación á la sociedad civil, se nota á cada paso en otros asertos del Sr. Aparisi. Lo que le dicta el orgullo, lo que él afirma se sobrepone y prevalece contra lo que la sociedad ha determinado. Ya hemos visto cómo para ser rey basta con creer que tiene uno título en el cielo y en la frente. Para ser cualquiera otra cosa, para despreciar toda jerarquía establecida por los poderes públicos, basta con una imaginación semejante. Dice un noble: «Yo soy noble.» Cualquier hombre obscuro, pero de claro talento, podrá contestarle: «Yo lo soy con mejor título (el de la frente y el del cielo); yo soy duque y grande de España; Dios me dió el diploma y le he mostrado á los hombres por un pensamiento sublime que jamás podrá nacer de vuestra estéril cabeza» (pág. 35). El Sr. Aparisi no pensó que el noble podría contestarle: «Ese diploma, ese título que tú dices que Dios te dió, no le reconozco, es falso; es un sueño de tu orgullo. Ese tu pensamiento sublime es una tontería; mientras que el título que yo tengo no es por merecimientos que gratuitamente me atribuyo, sino porque la sociedad los ha reconocido en mí ó en algún antepasado mío. Precisamente mi título de duque ó de grande de España es la revalidación por la sociedad de ese



título celeste que tú supones poseer, pero que la sociedad no confirma.»

Es evidente que un gobierno, un poder soberano, la sociedad civil, puede hacer, no digamos duque, sino sebastocrátor y archipámpano á uno que no lo merezca. Los impíos, los revolucionarios, los que no respetamos ni la tradición, ni los legítimos poderes públicos que pasaron, ni el consentimiento de las generaciones, podremos exclamar: «No reconocemos el archipampanazgo ni la *sebastocratoría*: todos somos iguales.» Pero el Sr. Aparisi, tradicionalista, legitimista y realista, no se contenta con decir: «Todos somos iguales,» sino que dice: «Yo soy el verdadero sebastocrátor y el verdadero archipámpano.»

Por los párrafos citados se infiere que para el Sr. Aparisi, en teniendo uno ó en creyendo que tiene algún pensamiento sublime, puede y debe imponerse á sus hermanos, y declararse duque, grande, rey, y no sabemos si Papa. Hay, sin embargo, para todos los gustos; en la pág. 65 dice: «Todos los hombres son por su naturaleza iguales (se desvanecen como el humo los títulos del cielo y de la frente); nadie tiene derecho para decir á su semejante: soy tu señor; obedéceme.»

Aquí, no obstante, importa hacer una distinción. La igualdad es por naturaleza. Sobrenaturalmente, por gracia, no hay tal igualdad. Dios ordena que unos manden y que obedezcan otros, y volvemos al título del cielo, que da derecho á todo. Pero no: no sabemos á qué volvemos, pues á cada paso dice el Sr. Aparisi una cosa distinta.

«La multitud ha nacido para obedecer: á la imaginación repugna un soberano con un millón de cabezas; tal soberano sería un monstruo» (página 164). «Los hombres únicamente son iguales ante la muerte y ante Dios: conténtense con esta igualdad» (pág. 168). «El pueblo es una bestia aparejada, sobre que monta el más osado ó el más fuerte» (pág. 187). Llama bestia al pueblo, se burla de su soberanía, infama y condena y escarnece la democracia; y en la pág. 179 dice que la democracia puede ser la salvación del mundo. «Si la democracia se arrodilla ante la cruz como se arrodillaron los bárbaros, el mundo se salva.»

Verdad es que el Sr. Aparisi, y ahí está la travesura, impone á la democracia una condición, imposible según él. ¿Cómo ha de arrodillarse ante la cruz, si la democracia es atea? Aquí encajan ahora ciertas distinciones del gusto de todos los neo-católicos. Todos son liberales, demócratas, partidarios del sistema representativo, según ellos lo entienden; pero no según lo entendemos nosotros. Según lo entendemos nosotros, democracia, libertad, progreso, representación nacional, todo es ateísmo puro.

Algo como síntesis de tantas contradicciones, algo como aclaración de tantas confusiones, se descubre en estos asertos del Sr. Aparisi: «La razón del hombre es una gran cosa—ejercitándose en los términos de su jurisdicción.» «Quien se oponga á que el hombre hable, escriba y obre libremente en todo lo dudoso,—se opone á su libertad y es enemigo del progreso.»

¿Quién distingue lo cierto de lo dudoso, y quién marca su jurisdicción á la razón humana? La Iglesia católica, que es infalible. Luego seremos libres hasta donde quiera la Iglesia. Los pueblos católicos diremos. Bien está: nos conformamos; pero los protestantes, los rusos, los no católicos, en suma, ¿qué harán? ¿Cómo lograrán gobernarse? Los ingleses y los alemanes andarán por fuerza muy desgobernados. Poco nos importa. Allá se las hayan. Nosotros, como católicos, tenemos gobierno: la Iglesia. La Iglesia, con todo, no tiene fuerza para hacerse obedecer: no tiene más armas que las espirituales. Pues que le preste su apoyo el brazo secular.

Aquí está toda la doctrina. Con el pretexto de dar fuerza material á la Iglesia, creáis un poder meramente humano, falible, tal vez corrompido, ignorante casi siempre de esos mismos dogmas que pretende defender, y creyendo quizás mucho menos en ellos que el Sr. Suñer y Capdevila; pero valiéndose de ellos para que todos sus caprichos, todas sus extravagancias, todas sus concupiscencias y todas sus ridiculeces lleven el sello del cielo, aparezcan como dogmas indiscutibles y sean como manifestaciones de la voluntad soberana del Altísimo.

Á esto contestará el Sr. Aparisi: «Eso no puede ser: el Papa volverá á declararse, como en la Edad Media, el augusto censor de los poderosos y el tribuno de los pueblos; sus anatemas defenderán la libertad del mundo» (pág. 142). Perfectamente, dirán los pueblos católicos: luego el Papa es liberal,

luego es partidario de la soberanía del pueblo, luego va á defendernos en cuanto pueda. Por cierto que el Sr. Aparisi afirma en la pág. 173 que Suárez y Belarmino sostienen la soberanía del pueblo en contra de los serviles protestantes, que para adular á Jacobo II sostuvieron el derecho divino de los reyes en la universidad de Oxford. Pero ¿no asegura también el Sr. Aparisi (página 142) que la soberanía del pueblo es un fruto maldito, una consecuencia diabólica de la infame doctrina del fraile apóstata Martín Lutero? ¿En qué quedamos?

Encumbrémonos ahora. Vamos á la filosofía fundamental del Sr. Aparisi.

«Si no existe Dios, no hay mal, ni bien, ni virtud, ni vicio.»

Convenimos por completo. En lo que no convenimos es en la consecuencia. Para los liberales no existe Dios. *Ergo* para los liberales no hay mal, ni bien, ni virtud, ni vicio.

Entiéndase que en la obra del Sr. Aparisi esto no está en forma silogística, ni con las palabras que empleamos aquí; pero se deduce de todo el contexto de la obra.

Sigamos la argumentación.—*Nego minorem.*—La pruebo. Los liberales no creen en Jesucristo. Si no hay Jesucristo no hay Dios. *Ergo* para los liberales no hay Dios.

La mayor de este silogismo es el fondo de la obra: toda la sofistería neo-católica se ordena á probar que liberal y cristiano son términos incompatibles.

La menor también es un sofisma peligroso y hasta huele á herejía. Los hombres, sin creer en una religión revelada, pueden creer en Dios personal y providente. Por luz natural puede el hombre elevarse al conocimiento de Dios.

El Sr. Aparisi no quiere, con todo, que sea así. Si no eres cristiano eres ateo. Lo más que te concede el Sr. Aparisi es que seas panteísta.

Contra el panteísmo se vale de un argumento curioso por lo pueril. «Á un Dios naturaleza, dice, le hollaríamos al pisar la hierba del campo ó nos le tragaríamos al sorber un vaso de agua.» Pues qué, ¿no sabía el Sr. Aparisi que el mismo argumento de que se vale contra los panteístas se puede volver contra los cristianos? ¿Creemos acaso los cristianos que Dios está allá muy lejos y muy fuera de nuestro alcance, á fin de que nadie le pise ó le trague, ó creemos y debemos creer que está en todo lugar, por esencia, presencia y potencia; que lo llena todo; que lo penetra todo; que lo mismo está substancialmente Dios, y todo Dios, porque es Uno, en la hierba del campo y en el vaso de agua, que en las inmensas profundidades del éter? ¿Ó acaso discurría el Sr. Aparisi que, siendo Dios, según los panteístas, la misma substancia del agua y de la hierba, no podía escapar de ser pisado ó bebido, y estando sólo por compenetración en esas substancias, según los cristianos, se escapaba á tiempo para que no le pisasen ni le bebiesen? ¿Qué concepto tendría de Dios el Sr. Aparisi para imaginar argumentos tales? ¿Es esto serio? ¿No implica cierto olvido del catecís-

mo? El concepto que forman de Dios los panteístas, de cualquiera clase que sean, puede ser más ó menos erróneo, hasta rayar en lo sumo del error, hasta rayar en el ateísmo; puede hacer del hombre la más completa manifestación de lo divino, ó puede absorber en Dios la personalidad humana y cuanto existe; pero en ambos casos hay en el concepto algo que es digno de tan altas especulaciones.

Por lo demás, ¿qué tienen que ver el liberalismo, la república, el gobierno representativo, la civilización, el progreso, la Europa del día, en una palabra, con el panteísmo? Si hay panteístas ahora, no se sigue que su panteísmo nazca del parlamentarismo, ni que el parlamentarismo sea fruto del panteísmo. Al contrario, en parte alguna son los pueblos más panteístas que donde no hay libertad, ni sufragio universal, ni Cortes, ni gobierno representativo. Los chinos y los indios son panteístas.

Esto, sin embargo, perturba poco ó nada al señor Aparisi. Siempre que llama á la historia en su apoyo, la falsea por completo. Atribuirlo á mala fe sería calumnia contra hombre tan recto y bondadoso. Es menester, por lo tanto, atribuirlo á una ignorancia inexplicable de las cosas del mundo, así presentes como pasadas; y no porque en realidad las ignorase, sino porque las veía y observaba al través de un prisma engañoso, que se las presentaba confusas, turbias y muy otras de lo que son y han sido.

«Cuando el pueblo no era soberano, dice, pa-

gaba pocas contribuciones, viajaba sin pasaporte y dormía sin cerrar las puertas de su casa.»

El Sr. Aparisi se guarda bien de fijar la época en que gozaba el pueblo de tamaña felicidad. ¿Dónde está esa época? Sin duda en los mejores tiempos de la monarquía española. Veámoslo.

Tomemos el libre Aragón, por ejemplo, ya que el Sr. Aparisi era natural de aquel antiguo reino, y tomemos los tiempos de Felipe II por los tiempos mejores. La seguridad del pueblo era tal, aunque no era soberano ni mucho menos, que los señores de vasallos tenían la *absoluta potestad* de privarlos de todos sus bienes, sin recurso ni apelación alguna, y de hacerles morir de hambre ó de sed, ó como quisiesen, sin oírles sus descargos y defensas, y sin ninguna forma de proceso. De esta *absoluta potestad* usaron los nobles con frecuencia, azotando y haciendo dar garrote á cuantos querían, aunque estuvieran inocentes y fueran cristianos viejos. Si eran judíos ó moriscos, ¿qué no se podía hacer? Es verdad que más no se podía.

Á pesar de esta *absoluta potestad*, toda la tierra estaba siempre infestada de bandidos y ardiendo en guerras civiles, de nobles contra plebeyos, de cristianos contra moriscos, del rey contra los súbditos. Esto daba lugar á frecuentes asesinatos, decapitaciones, robos, confiscaciones, saqueos, violaciones de mujeres, etc., etc. Las costas amenazadas de continuo por los piratas de Argelia; la Inquisición quemando; los grandes señores peleando unos contra otros; el país assolado; las ca-

sas de los contrarios vencidos echadas por tierra para espantoso escarmiento.

¿Es acaso necesario leer historia, compulsar documentos, llenarse de polvo en los archivos, para saber que en cualquiera época antigua ha estado peor el pueblo que está ahora?

Unos cuantos desmanes é insolencias de los francos, creados recientemente con tan corto aviso, han hecho que la opinión pública se vuelva contra ellos, y que los francos se acaben. En aquellos buenos tiempos, todos los soldados eran francos, y en cualquiera lugar de Aragón ó Castilla, donde en plena paz entraban, hacían tales cosas, que las peores que han hecho ahora los francos son, comparadas con ellas, niñerías y juegos inocentes.

Supone el Sr. Aparisi que el origen de la riqueza en los ricos de entonces estaba en los despojos de los enemigos extraños vencidos. «En Lepanto y en Pavía, dice, se hicieron ricos peleando.» Sin duda el Sr. Aparisi se acordó de Cervantes al estampar dicha sentencia, y de las riquezas que en Lepanto adquirió. Modelo, sin duda, de los enriquecidos por la victoria en aquellos buenos tiempos, es el capitán Chinchilla del Gil Blas, cojo, tuerto, manco, pordiosero y eterno pretendiente de una recompensa miserable.

El Sr. Aparisi, se olvidó además de que las riquezas no se adquieren sólo por conquista y despojando á los enemigos de la patria, sino que también se adquieren, y es mejor que se adquieran por medios pacíficos, creándolas con la industria, y



que en nuestros días ha aumentado bastante la riqueza en España por este medio, sin necesidad de ir á despojar á turcos, á flamencos y á franceses, y á otros furibundos paganos, como gusta el señor Aparisi que la gente se haga rica.

En punto á economía social, ya se ve que el Sr. Aparisi no anda más atinado que en punto á historia y á filosofía. Con frecuencia deja entrever un odio *evangélico* contra los ricos, sobre todo contra los ricos modernos. El Sr. Aparisi da á entender que nadie, de algún tiempo á esta parte, se ha enriquecido sino robando. «La aristocracia antigua, dice (pág. 22), se engrandeció derramando su sangre: la moderna chupando la de los demás; saliendo tiznada de la Bolsa.» Ya lo sabéis, clases conservadoras, banqueros, capitalistas, propietarios: según el apóstol del carlismo, sois unos ladrones, unos vampiros tiznados, chupadores de la sangre del pueblo. «Hasta ahora, dice el Sr. Aparisi (pág. 24), sólo Dios á la otra parte del sepulcro pedía cuenta á los ricos de los bienes que administraron; paréceme que quieren adelantarse á pedir-las en el mundo los socialistas.»

Los socialistas querrán pedir-las; pero el Sr. Aparisi ha hecho más. Sin pedir-las, sin ver-las, sin examinar-las, las ha declarado falsas, y ha fallado contra vosotros, ¡oh ricos nuevos!

Consolaos, sin embargo: los ricos antiguos, los que son ricos porque heredaron la riqueza de sus padres, que las ganaron en Lepanto y en Pavía, no salen tampoco muy bien librados de entre las manos del Sr. Aparisi.

«Un hombre (pág. 34) pretende en casamiento á mi hija. Le pregunto:—¿Qué sois?—Marqués.—¿En qué os ocupáis?—En comerme la herencia de mis padres. (Lo que ganaron en Lepanto y en Pavía.)—Amo mucho á mi hija: no puedo hacerla marquesa. Mi hija no será la esposa de un ilustre holgazán. ¿Qué importa que vuestros padres os legaran grandes riquezas, si os dejaron la ociosidad? Necesitaréis del frenesí del juego ó del encanto de las queridas. Haréis á mi hija infeliz ó perversa.»

Si todo esto no es vana declamación; si no se van por la tangente los partidarios del Sr. Aparisi, y si no se empeñan en sostener, contra el carácter de proposiciones generales que hay en el texto expreso, que esto sólo se dice de tal ó cual rico antiguo, y aquello de tal ó cual rico moderno, resulta que para el Sr. Aparisi todos los ricos modernos son unos ladrones, y la mayor parte de los antiguos unos holgazanes, tahures, amancebados y corruptores ó verdugos de sus mujeres. Éstas, no hay vuelta de hoja, ó son infelices, ó son livianas y corrompidas.

Para evitar tanto mal, no hay más que dos remedios: el trabajo y la pobreza. «El sol, cuando despunta en el horizonte, llama á todos los hombres al trabajo» (pág. 34). Para levantarse al despuntar el sol, es menester acostarse temprano. Establézcase la queda. Nada de teatros, casinos, bailes y tertulias. Para que no haya señoritos aristócratas y holgazanes, suprimase la herencia; no se legue la ociosidad. Á todos esos ricos nuevos que

chuparon la sangre del pueblo y se tiznaron en la Bolsa, láveseles la tizne, despojándolos de las riquezas mal adquiridas. Á fin de que todos vayan al trabajo al despuntar el sol, fúndese, por último, la sociedad al modo de la que fundaron en el Paraguay los jesuitas; que los frailecitos sean amos de todos, y que nos hagan trabajar, nos morigeren y nos metan en costura. Á fin de que nadie corrompa á su mujer ó la haga infeliz, sean los frailecitos sus abogados y defensores, y mézclense en todos los asuntos, y posean todos los secretos del hogar doméstico. De los pensamientos del señor Aparisi no se puede inferir otro bello ideal.

Mas ¿para qué cansarnos? Sería cuento de nunca acabar el seguir citando contradicciones, señalando proposiciones aventuradas y descubriendo sofismas. De los pensamientos del Sr. Aparisi, en realidad de verdad, sólo puede inferirse que el Sr. Aparisi escribió sin pensar sus pensamientos.

---

Escrito ya, y hasta enviado á la imprenta el anterior artículo, me han asaltado tales escrúpulos, que he estado á punto de retirarle y rasgarle.

El Sr. Aparisi, si no le hubiera sorprendido la muerte, hubiera sido mi compañero; tal vez se hubiera sentado al lado mío en el seno de una corporación, donde debemos mirarnos como hermanos. ¿Hasta qué punto me es lícito, está bien que yo le censure?

¿Es una sátira ó un juicio imparcial lo que acabo de escribir sobre los *Pensamientos* del Sr. Apa-

risi? ¿No me podrán tildar de maldiciente, de mordaz y hasta de envidioso los que me lean, perdiendo yo más que el Sr. Aparisi en el concepto de muchos?

He vuelto á leer, no una, sino varias veces, mi artículo; he vuelto á leer también los *Pensamientos*; he prescindido luego del nombre del Sr. Aparisi; he hecho examen de conciencia, prescindiendo también de lo que dirán. Mi juicio permanece el mismo; mi fallo no cambia.

Sólo un punto pudiera considerarse injusto; pero, si es injusto, la injusticia no es más que mal humor, y empieza por descargar sobre mí mismo y sobre no pocos otros escritores, antes de caer sobre el Sr. Aparisi.

Hablo de mi burla sobre la manía ó prurito que tenemos todos de filosofar, sin haber hecho acaso los estudios convenientes.

Si esta burla es fundada, declaro sin modestia que cae sobre mí lo mismo que sobre el Sr. Aparisi. Yo también filosofo sin la meditación, sin el sosiego, sin la serenidad que son indispensables. Si quiero, pues, matar al Sr. Aparisi (como escritor filosófico), quiero matarle por el estilo que Sansón mató á los filisteos.

Tienen, con todo, una disculpa, y grande, mis filosofías y las del Sr. Aparisi. Cuando se lucha por el triunfo de las más encontradas opiniones políticas, sociales y religiosas, ¿cómo excusarse de filosofar? ¿Cómo remitir sólo á los profesores, á los sabios, á los que viven en el retiro, lejos de la agitación y tumulto mundanos, la solución de

ciertas gravísimas cuestiones? No es capricho, no es vanidad lo que nos lleva á intervenir en ellas: es la misma contienda en que estamos.

De ese modo me disculpo y disculpo al Sr. Aparisi, si filosofamos mal.

En lo restante, no quiero ni en un ápice disminuir su crédito. Como orador, reconozco en él á una de las mayores glorias de la tribuna española, tan gloriosa y tan rica. Nadie habló jamás desde nuestra tribuna ni con más hondo sentimiento, ni con frase más castiza, ni con más noble corazón y más honrado. Como poeta lírico, en España, donde tanto abundan, ocupará siempre un distinguido lugar entre los mejores. Como escritor en prosa, es Aparisi no menos digno de estimación que abogando en el foro ó perorando en la tribuna.

Sus extravíos, ó los que yo tengo por extravíos, estriban, por último, en un fundamento, ó mejor dicho, en varios fundamentos generosos: el amor de la patria, decadente y destrozada por facciones; el amor de la religión católica, combatida por los incrédulos, y el amor á un ideal de perfección, lleno de poesía, que no tuvo Aparisi fe para poner en los tiempos venideros y que puso gratuitamente en los pasados.

D. León Galindo y de Vera, D. Emilio Castellar y D. Cándido Nocedal, han escrito las alabanzas de Aparisi. No anhele yo borrar de la mente de mis compatriotas el rastro de luz que sobre el nombre y el recuerdo de Aparisi han dejado tan discretas, sentidas y elocuentes alabanzas. El ras-

tro es indeleble; pero, á no serlo y á poder yo, le haría resistente y firme contra la fuga de los siglos, contra la indiferencia de los hombres y contra las muertas ondas del Leteo.

Si he protestado en mi artículo contra ciertos golpes de incensario, es porque rompen las narices del ídolo en vez de sahumarlas. Por fortuna, ninguno de los tres autores citados ha tenido el mal gusto de llamar al Sr. Aparisi *el gran católico español*. Bástale por elogio afirmar que fué un buen católico, un varón virtuoso y un ingenio despejado, fácil y amable.

Precisamente porque lo reconozco así es por lo que me tomo el trabajo de censurarle, ó más bien de defender de sus acusaciones y censuras á todo el partido liberal á que pertenezco. ¿Qué podría molestarnos ni ofendernos todo cuanto dijera un Sr. Aparisi incapaz, obscuro y desatendido, contra aquello en que más creemos, en que más esperamos, en que más amor pone en lo humano nuestra alma?

No rasgo, pues, el artículo. La consideración de haber conocido al Sr. Aparisi, de haber visto en él prendas y virtudes de alto precio, y de haber esperado que un día viniese á sentarse á mi lado como compañero, no debe sellar mis labios ni detener mi pluma, cuando veo atacadas mis creencias por alguien que, si no tiene razón, tiene ingenio, y tiene la autoridad de un nombre ilustre para atacarlas.

Entiéndase, además, que yo no impugno al señor Aparisi ni le quito la razón sino en las sen-

tencias con que condena é infama el espíritu del siglo ó de la civilización actual y con que identifica el liberalismo y el ateísmo. Aunque el señor Aparisi califica de sandio ó de algo peor á quien le llame neo-católico, yo me atrevo á hacer un distingo. El Sr. Aparisi me parece mal, muy mal, en cuanto es neo-católico; en cuanto es católico, no tengo más que veneración para sus escritos. ¿Deja alguna vez de ser católico, me dirán, para ser neo? Nunca, contestaré; pero tampoco ó casi nunca deja de ser neo para ser católico puro. Detrás del católico se trasluce siempre el hombre de partido, el hombre preocupado de intereses de bandería, el hombre que sin reflexionar se vale de la religión como arma política, contribuyendo en esta patria, que tanto amaba, á encender de nuevo una guerra civil que toma el carácter anacrónico y feroz de guerra religiosa, aunque de religión mentida ó falseada, y que viene á añadir nueva desolación, nuevas y mayores miserias y ruínas, á las innumerables de que ya nos lamentábamos.

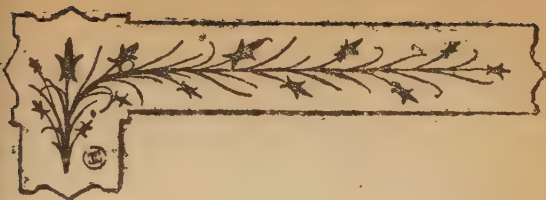
Como españoles, como liberales, como aceptadores de la revolución de 1868, estamos llenos de dolor, profundamente lastimados en el alma; estamos moralmente peor que Job. Nadie extrañe, pues, que se nos acabe la paciencia, cuando con la publicación de las obras del Sr. Aparisi surge este Eliú para atormentarnos é insultarnos en nuestra caída, en la pérdida de la revolución, y para justificar en cierto modo á los que la pierden. En efecto, si el liberalismo y el espíritu del

siglo y las ideas modernas, según pretende el señor Aparisi, implican la negación de Dios, la indiferencia entre bien y mal y virtud y vicio, la guerra á la propiedad, la desmembración de la patria, la profanación de la familia, la violenta rotura de todos los lazos sociales, el olvido de todo respeto y el desconocimiento de toda autoridad humana y divina, entonces los incendiarios de Alcoy, y los internacionalistas andaluces, y los foragidos de Cartagena tienen razón contra nosotros: no nos queda más recurso que escondernos, llenos de vergüenza, y dejar expedito y libre el camino al Sr. D. Carlos VII para que suba al trono de sus mayores, y tienda desde él sin piedad su látigo sobre nuestras espaldas, y encadene á nuestros hombres de acción, y haga colocar por mano del verdugo una mordaza en nuestra boca blasfemadora.









## SOBRE EL AMADÍS DE GAULA (1).

*Kritischer Versuch über den  
Roman Amadís von Gallien, von  
Dr. Ludwig Braunsfels. — Leip-  
zig, 1876.*

### I.

**E**L reciente trabajo, cuyo título va en el epígrafe, requiere un examen detenido de nuestra parte; por lo cual algo será menester decir sobre la importancia de la famosa novela, que fundó un nuevo género de literatura, que hizo por espacio de más de dos siglos las delicias de casi todos cuantos leían en Europa, y que ya estaría olvidada y sólo sería conocida de los bibliófilos y eruditos, si no fuese por el libro popularmente inmortal de Miguel de Cervantes.

El fervoroso patriotismo de los españoles, poco satisfecho en el día, se vuelve para consolarse ha-

(1) Artículo inserto en el periódico ilustrado *La Academia* en 1877.

cia lo pasado, y pugna por demostrar que no ha habido gloria alguna de cuantas adquiere el pensamiento humano, que Dios no nos haya dado á manos llenas; que nada ha faltado en España, y que hemos tenido mucha ciencia y hasta filosofía propia.

Sobre estas últimas pretensiones podrán caber dudas. Cada pensador ó cada escritor echará la culpa á quien mejor le parezca y explicará el fenómeno de un modo diverso; pero no pocos confesarán nuestra inferioridad, comparándonos con las grandes naciones del Occidente de Europa, en la obra de la civilización por medio de la ciencia experimental y especulativa.

En cambio, todos están de acuerdo, corroborando nuestro aserto el desinteresado testimonio de los mejores críticos de otras naciones, en que no cedemos la primacía, elevándonos á la mayor altura, y descollando á veces, en las letras amenas y en las bellas artes: en toda obra de imaginación.

Por el romancero nos jactamos con razón de poseer la más rica poesía épico-popular y una de las más bellas del mundo; nuestro teatro tiene un valer grandísimo por la originalidad y la abundancia, y nuestros líricos, si bien tildados de har-to palabrereros, aventajan tal vez á los de otros pueblos en riqueza y gala de expresión. Si formamos listas de autores, contamos bastantes que eclipsan ó se colocan, al menos, á la misma altura que los nombres más ilustres de la historia literaria de otros países: así, por ejemplo, Cervantes, Lope, Calderón y Tirso.

Y por último, podemos alegar como mérito la creación de nuevos géneros, ó si se quiere de nuevas direcciones, en obras maestras que han ejercido un influjo hondo y prolongado por siglos en toda literatura europea.

Á esta clase de obras pertenecen el *Quijote* y la *Celestina*. Respecto al *Quijote* no hay que aducir pruebas, por ser tan evidente y sabido lo que se afirma. Respecto á la *Celestina*, á fin de que no se entienda que nos ciega el amor propio nacional, traeremos aquí la declaración de un eminente crítico extraño: de Gervinus, en su *Historia de la poesía alemana*; Gervinus dice: «Esta obra marca propiamente la hora natal del drama de los tiempos modernos. No es en verdad un drama perfecto en la forma, sino una novela dramática en veintiún diálogos; pero, si prescindimos de la forma exterior, es una acción dramática admirablemente trazada y desenvuelta, con reflexiva conciencia de la verdad poética, y con tal maestría para caracterizar á todos los personajes, que en vano se buscará nada que se le parezca antes de Shakespeare. Mucho del contenido de *Romeo y Julieta* se halla en esta obra, y el espíritu, según el cual está concebida y expresada la pasión, es el mismo.»

De la novela moderna puede afirmarse lo propio que del drama: que los españoles la fundaron, dando al mundo en diversos géneros los arquetipos y modelos. Así, por ejemplo, la novela pastoral y la novela picaresca.

Cuéntanse entre estos géneros, que en cierto

modo inventamos ó difundimos por Europa, los libros de caballerías. El más acabado modelo de ellos es el *Amadís*.

Claro está que no hay creación literaria que no tenga sus antecedentes; y todas las ficciones caballerescas, todas las tradiciones, todos los cantares de gestas y toda la epopeya popular de los siglos medios, sirven de fundamento á los libros de caballerías, de que el *Amadís* es principio.

Dejemos de tratar aquí del origen de este linaje de literatura. Quién le supone en los árabes; quién le busca ahora entre los griegos bizantinos. Lo cierto es que en los siglos medios, sin imprenta, sin facilidad de comunicaciones, sin el activo comercio y frecuente trato que hay en el día, los pueblos de Europa estaban unidos por misterioso y más estrecho lazo espiritual, á lo que sin duda contribuían la fuerza superior de una misma fe religiosa, la organización más robusta entonces de la Iglesia católico-romana, y el uso general del latín entre los doctos. Así es que independientemente de la materia épica popular y castiza de cada pueblo, hay varios asuntos que son comunes á todas las naciones cristianas y que aparecen tratados en todas las lenguas. Cierta crecido número de leyendas de santos, de cuentos de hadas, de milagrosos lances, de casos extraordinarios, de fábulas y de personajes míticos, recorren el mundo y penetran en la poesía de los más apartados pueblos. ¿Qué no se ha escrito ya, y qué no puede añadirse, sobre la emigración de todos estos elementos de la epopeya ó de la poesía narrativa?

La parte heroica de estos elementos comunes puede clasificarse y dividirse de varios modos; pero los principales ciclos son: el de la Tabla redonda, con la demanda del Santo Grial; el carlovingio, incluyendo en él la historia antigua de Roma y de su imperio; y el griego, cuyos capitales sucesos son la guerra troyana y las conquistas de Alejandro el Macedón. Dentro de estos ciclos, fundados en la historia real, y hermoseedos de manera fantástica por el vulgo y las sucesivas generaciones, forjaban los prosistas y poetas, ya sus relaciones en prosa, ya sus cantos más celebrados.

El gran movimiento que agitó la Europa en tiempo de las cruzadas y las peregrinaciones á Oriente de guerreros y devotos, pusieron en contacto á los pueblos católicos entre sí, á los latinos con los griegos, á los cristianos con los musulimes. Todo ello dió ocasión á un florecimiento literario, que llegó á su mayor auge en el siglo XIII y que fué simultáneo en Alemania, Italia, Francia é Inglaterra, divulgándose en las creaciones de estos pueblos la misma materia épica.

Afanada y absorta España en la obra de la Reconquista, tardó más en seguir aquel camino. Tuvo desde luego su poesía peculiar, que no cede en valor á la de ninguna otra nación. Su héroe principal, el Cid, no tiene rival en el mundo; pero la materia épica general, común y europea, penetró aquí más tarde, con todas sus fábulas y lances maravillosos. Así, por ejemplo, el poema de Alejandro. Desde Oriente, donde quizás nació

lo principal de la fábula, en Alejandría, en el cuarto ó quinto siglo de nuestra Era, extendiéndose luego en traducciones é imitaciones, con nuevas formas y adornos, con nuevas aventuras y mayores prodigios, por toda el Asia musulímica, por Armenia y Persia, la epopeya del héroe macedón vino al Occidente de Europa, á más de la tradición oral, por un medio escrito: por el *Liber de preliis*, que á mediados del siglo x trajo de Constantinopla á Italia el presbítero León, traduciciéndole ó arreglándole de la lengua griega en la latina. Bebiendo en ésta y otras fuentes, hubo en alemán, francés y latín poemas de Alejandro, antes que Juan Lorenzo Segura escribiera el suyo en castellano.

Más tardíos y menos originales aún fuimos en adoptar y reconstruir poéticamente para nuestro deleite las epopeyas ó novelas del ciclo de la Tabla redonda. Los amores de Lanzarote del Lago y de la reina Ginebra, de D. Tristán de Leonís y de la rubia Iseo, las profecías de Merlín y las hazañas y grandezas del rey Arturo, penetraron en España cuando ya hacía siglos que habían recorrido el Occidente y el centro de Europa, inspirando famosos y á veces bellos poemas. Nada comparable, por ejemplo, en nuestra literatura, al *Parcival* de Cristián de Troyes ó al de Wolfram de Eschenbach ó al *Tristán* de Godofredo de Strasburgo.

Posterior aún, si hemos de dar crédito al señor Gayangos, competente juez en estos asuntos, es la introducción en España de las leyendas y materia épica del ciclo carlovingio. De ellas, de las ficcio-

nes relativas á Carlomagno y sus doce pares, dice el Sr. Gayangos: «No hallamos rastro alguno, en prosa se entiende, hasta principios del siglo xvi.»

Es evidente que la limitación de *en prosa se entiende*, supone sólo que en algún romance fugitivo tal vez se hizo antes referencia ó se contó alguna historia en compendio de casos atañederos á dicho ciclo.

Sea como sea, ya que en cierto modo sostiene lo contrario el Sr. Milá en su reciente libro sobre la *Poesía* épico-popular española, toda esta literatura épico-caballeresca vino tarde á España.

Las historias de Merlín, Tristán, Lanzarote, etc., puede afirmarse que se divulgaron, tradujeron ó rehicieron en España á fines del siglo xiv ó principios del siglo xv. «Pero, y dejamos hablar al mencionado Sr. Gayangos, si España fué tardía en admitir, fué tenacísima en conservar este género de literatura, ampliándole y perfeccionándole en tiempos más modernos, hasta el punto de haberle, por decirlo así, resucitado, dándole nueva vida y formas nuevas é imponiéndole á su vez á toda Europa.» El espíritu de la Edad Media, en lo que tuvo de más noble y poético, por multitud de razones largas de exponer aquí, duró más en España que en otros países. «La astucia y la perfidia, sigue diciendo nuestro autor, habían reemplazado entre los soberanos de Europa á la lealtad caballeresca. En Francia un libertinaje grosero, revestido de maneras cortesanas, ocupaba el lugar de aquel idealismo del amor, móvil y causante de



grandes empresas, siempre que animaba el corazón de verdaderos caballeros. Juan de Ligny vendía á la doncella de Orleans, mujer y prisionera, á Felipe de Borgoña, quien se la revendía á los ingleses. La política y la disciplina sustituían ya en Inglaterra al espíritu caballeresco, y este cambio se operaba principalmente en el arte de la guerra y en la organización de los ejércitos. Eduardo III debió sus victorias contra la Francia á la formación de escuadrones regulares, contra los cuales se estrellaban el fogoso ardimiento y la inconsiderada valentía de los caballeros franceses. En Italia, micer Poggio el florentín y Maquiavelo se burlaban de las proezas de los antiguos paladines y daban pruebas patentes de escepticismo político y religioso. España sola conservaba aún en toda su fuerza su primitiva afición á los pasos de armas, torneos y todo género de ejercicios caballerescos. En la *Crónica de D. Juan II* se citan nada menos que veintitrés de aquéllos. Fernando del Pulgar, secretario de los Reyes Católicos, asegura con cierta arrogancia que en su tiempo eran en mayor número los caballeros españoles que iban á reinos extraños á buscar fortuna, que los extranjeros que venían á España, y mosén Diego de Valera habla con marcada complacencia de sus propios duelos y combates en Bohemia y Hungría. ¿Qué mucho, pues, que mientras Carlos V llevaba sus armas victoriosas á varios puntos de Europa y África, cuando fiado en su palabra atravesaba el territorio de su mortal enemigo; cuando proponía á Francisco I un duelo á la an-

tigua usanza, entregando los destinos de una nación entera á las eventualidades de un combate personal; cuando libertaba á España y á Europa toda de las invasiones del turco y de los progresos del luteranismo, los sentimientos patrióticos del pueblo español hallasen solaz y deleite en las increíbles hazañas de Bernardo del Carpio, en los gloriosos hechos del Cid y otros héroes nacionales, y que, á falta de personajes históricos, se forjasen nuevos campeones, cuyas altas proezas y nunca oídas hazañas sirviesen de meta y límite á las aspiraciones de pechos nobles y generosos? Así es que, siendo los españoles, como ya lo dijo Lope de Vega, «ingeniosísimos en este género de composición, sin que en la invención les haya aventajado nación alguna, muy pronto la literatura caballeresca alcanzó límites que hoy día nos parecen casi increíbles.»

Ahora bien: el principio de este nuevo florecimiento tan propiamente español, el modelo del nuevo género, y el espejo y dechado de los caballeros andantes, fué Amadís de Gaula. Su historia, pues, tiene una importancia grandísima y un gran valer literario. Pocos libros se han conservado populares durante tanto tiempo.

Cerca de trescientos años quizás tendría de vida el Amadís cuando Cervantes supone que puede aún volver loco de entusiasmo á un hombre lleno de discreción y de nobles prendas; cuando, parodiándole, le imita y saca de él inspiración y asunto para lo más bello del *Quijote*, y cuando le perdona y no le quema por *único en su arte*, con-

siderando á su héroe como el primero, el solo y el más perfecto de cuantos caballeros andantes hubo en el mundo, y llamándole norte, lucero y sol de los valientes y enamorados, á quienes deben imitar todos aquéllos que debajo de la bandera del amor y de la caballería militan.

Justo es, pues, que sobre el origen de tan notable libro se dispute. ¿Cuándo se escribió y quién le escribió por vez primera? Tal es la cuestión que, hace tiempo, se debate entre los eruditos. Tal es la cuestión que el Dr. Braunfels pretende haber resuelto en el libro que da ocasión á estos artículos.

El Amadís que corre impreso, que se lee aún y que ha sido traducido en casi todas las lenguas europeas, es refundición de otro Amadís más antiguo, hecha por Garci-Ordóñez de Montalvo, quien floreció reinando los Reyes Católicos. La refundición puede suponerse escrita poco después de la conquista de Granada. La edición más antigua impresa de este Amadís, con carácter completo de autenticidad, está hecha en Roma en 1519. Pero antes de la obra de Montalvo, el Amadís no sólo estaba escrito, sino que era muy popular y leído, acaso desde mediados del siglo xiv. Es evidente, por lo tanto, que entre la primitiva aparición del Amadís y la refundición de Montalvo, media siglo y medio lo menos.

Como prueba curiosa de la antigüedad y popularidad del Amadís en España, vamos á aducir una que, por indicación de nuestro erudito amigo D. Aureliano Fernández-Guerra, nos hemos pro-

porcionado. La prueba es monumental: ha quedado esculpido en piedra que Amadís de Gaula era popular en España en el siglo xiv.

En Sevilla, en la iglesia de la Universidad, hay un sepulcro con la estatua yacente de un caballero, el cual apoya sus pies en un perro, imagen, sin duda, de un fiel animal á quien el caballero quería y de quien era dueño. El perro tiene un collar como de cuatro dedos de ancho, con letras góticas de relieve, del canto de un duro de grueso. Estas letras revelan el nombre del perro, inscrito allí por duplicado y que se lee con claridad. El perro se llamaba Amadís. El caballero á quien el perro perteneció, fué D. Lorenzo Suárez de Figueroa, maestre de Santiago, heróico servidor de los Reyes D. Enrique III, D. Juan I y D. Juan II, conquistador de varios lugares fuertes contra los moros, y muerto el año de 1409, según reza la inscripción sepulcral. Sepulcro é inscripción fueron maltratados por los franceses durante la guerra de la Independencia, y después trasladados, en 1816, de la antigua iglesia de Santiago á la de la Universidad, donde ahora se hallan. La inscripción en alabanza del maestre parece moderna, reproduciendo la antigua, sin duda destrozada por los franceses; pero las figuras son antiguas, y, por consiguiente, lo es también la doble inscripción en piedra del nombre de Amadís en el collar del perro. Considérese, pues, si el nombre de Amadís sería popular en España á principios del siglo xv, ó á fines del xiv, cuando á los perros se aplicaba.

Las pruebas escritas de esta popularidad y de

aun superior antigüedad del Amadís son muchas, y ya el Sr. Gayangos pone varias en su *Introducción* á los *Libros de caballerías* de la Biblioteca de Rivadeneyra.

Pero Ferrus, poeta cuyos versos están recopilados en el *Cancionero de Baena*, y que escribía ya en 1379, dice en una estrofa:

«Amadís, el muy fermoso,  
Las lluvias y las ventiscas  
Nunca las falló ariscas  
Por leal ser é famoso;  
*Sus proezas fallaredes*  
*En tres libros é diredes*  
Que le dé Dios santo poso.»

Cita también el Sr. Gayangos á Fr. Miguel, capellán del obispo de Segovia, D. Juan de Torde-sillas, y á Francisco Imperial, poetas ambos de la misma época (último tercio del siglo xiv), en cuyos versos se alude al libro de Amadís. Y por último, el mencionado crítico aduce el testimonio del canciller Ayala, quien hallándose prisionero en Inglaterra, después de 1367, se lamenta del tiempo que había perdido en su mocedad leyendo novelas:

«Plogome (dice) otrosi oir muchas vegadas  
Libros de devaneos é mentiras probadas,  
Amadís, Lanzarote é burlas asacadas,  
En que perdí mi tiempo á muy malas jornadas.»

Los versos se hallan en el *Rimado de Palacio*, que, según hemos dicho, se compuso después

de 1367, en que fué la batalla de Nájera; pero como el poeta habla de su primera mocedad, se debe suponer que pudo oír leer el Amadís, y, por consiguiente, que los tres primeros libros del Amadís estaban ya escritos en 1340. En 1367 Ayala tenía treinta y cinco años. Nació en 1332, y bien pudo á los ocho años gustar ya de que le leyesen el Amadís. El Dr. Braunfels se apoya en que Ayala dice que *oía* y no que *leía* para conjeturar que no sabía leer, aun cuando ya gustaba de oír la lectura de la famosa novela.

Otros muchos textos trae también el Dr. Braunfels en prueba de la existencia y fama del Amadís en el siglo xiv; pero ningunos dan derecho á conceder á la novela mayor antigüedad que los ya citados de Pero Ferrus y de Ayala.

Fijemos, pues, la existencia del Amadís en 1350. El crítico francés Baret, en sus *Estudios sobre la redacción española del Amadís*, da como probable que la novela se compuso á principios del siglo xiv ó fines del siglo xiii; pero el Dr. Braunfels no necesita para su propósito darle tan larga vida.

La cuestión importante está en decidir si el Amadís fué ó no invención del portugués Vasco de Lobeira, y si primitivamente fué escrito en portugués ó en castellano.

Si fué escrito por Vasco de Lobeira, en el reinado de D. Fernando, el Amadís debió de aparecer del año 1367 al año de 1387, duración de dicho reinado. Es así que se prueba que el Amadís existía ya bastante tiempo antes de 1367, luego no le escribió Vasco de Lobeira.

Este argumento bastaría para decidir la cuestión; pero sobre la validez ó no validez de las premisas se aducen mil razones. Así es que el asunto, después de lo mucho que habían escrito ya tantos autores, todavía se ha prestado á que el Dr. Braunfels escriba un tomo de cerca de 200 páginas, donde no se ha de negar que hay no poco de curioso y algo de nuevo. El asunto queda apurado y dilucidado del todo.

Gayangos le dejó ya casi resuelto en su *Introducción á los Libros de caballerías*. El doctor Braunfels completa el trabajo de Gayangos.

Expongamos primero la conclusión del crítico español: el estado en que dejó el asunto antes de que el Dr. Braunfels le tratase.

En una crónica portuguesa, escrita por Gómez Eannes de Azurara, á mediados del siglo xv, se dice que Vasco de Lobeira, hidalgo portugués, que fué armado caballero en 1385, en el punto en que iba á darse la batalla de Aljubarrota, fué quien compuso el Amadís. No es probable que Vasco de Lobeira tuviese más de treinta años cuando recibió la orden de caballería. Demos que fué precoz en producir su obra literaria, y afirmemos que de edad de veinte años ya la tenía escrita. Resulta, pues, inventado y escrito el Amadís en 1375. Pero como Ayala, que, ya viejo, se halló también en Aljubarrota, donde por segunda vez cayó prisionero, escribió probablemente durante su primera cautividad entre los ingleses, en el *Rimado de Palacio*, que siendo mozo perdía su tiempo oyendo leer el Amadís, es menester afir-

mar que el Amadís estaba ya escrito mucho antes de 1375. Luego Vasco de Lobeira no le inventó ni le escribió por vez primera. Lo que pudo suceder, y á esto se inclina el Sr. Gayangos, es que Vasco de Lobeira tradujese ó refundiese un libro que andaba ya escrito en castellano muchos años antes.

Corrobora esta opinión el Sr. Gayangos con un argumento poderoso, tomado de sir Walter Scott, en un artículo que sobre el Amadís escribió aquel ilustre novelista. Se funda el argumento en un pasaje curiosísimo del Amadís de Montalvo. Para entenderlo todo bien, importa poner en los antecedentes al lector que no esté versado en estas historias.

La de Amadís, en brevísimo resumen, es como sigue. El rey Perión de Gaula llegó buscando aventuras á la corte del rey Garantir, quien le hospedó en su palacio. La infanta Elisena, hija de dicho rey, enamorada perdida é irresistiblemente de Perión, fué á su cámara por la noche, y de esta cita nocturna nació Amadís. Para evitar la muerte de Elisena, á quien condenaban las leyes de aquel reino, si se hubiese sabido que era madre, la confidenta y criada Darioleta puso á Amadís en una caja bien acondicionada, y le echó al río. Del río salió á la mar la caja, donde ocurrió que Gandales, caballero escocés, la recogiese. Gandales crió con su hijo Gandalín al niño expósito y le apellidó *El Doncel del mar*. Éste tuvo además y desde luego una sobrenatural y poderosa protectora, en una hada llamada Urganda la



desconocida. Los cielos, que le destinaban á ser un vivo ejemplo de toda virtud caballeresca, le hicieron hermoso, valiente, discreto, amable, enamorado y constante. Como estas excelencias resplandecieron con precocidad en Amadís, el rey Langines, de Escocia, se aficionó á él y se le llevó á su palacio. Allí conoció Amadís, siendo niño aún, á Oriana, hija de Lisuarte, rey de la Gran Bretaña. Prendado de Oriana, fué modelo de fieles y constantes amadores. En gloria y servicio de esta señora hizo Amadís las más extraordinarias proezas, y no hubo aventura peligrosa que no acometiese y á que no diese cima, socorriendo siempre á los desvalidos y menesterosos, amparando á las huérfanas y doncellas, volviendo por la justicia, descabezando endriagos como el de la Ínsula del Diablo, matando ó venciendo gigantes descomedidos como Madanfábul y Balán, señores de la Ínsula de Torre-Bermeja, y Famongomacán, príncipe del Lago Ferviente, y humillando al más tremendo y diabólico de los encantadores, como era Arcalaus. Pero estos prodigios de valor y otros no menores, de que la historia de Amadís está llena, como derrotar ejércitos, libertar ciudades, fracasar armadas, etc., etc., se diría que nada valen en comparación de la gran virtud empleada por Amadís en defender su castidad en todas ocasiones y conservarse fiel y sin mácula para su señora Oriana. En este punto es en el que más se esmera Garci-Ordóñez de Montalvo ó quien quiera que haya sido el autor del libro de que vamos hablando.

En efecto, era ardua empresa el conservar la fe jurada, cuando el caballero que la quería conservar tenía las raras prendas de Amadís, quien, sobre ser hermoso como un ángel del cielo, y bien criado y suave y dulce, y de muy ameno trato y conversación, iba precedido por donde quiera de la fama de sus increíbles hazañas. Nada de extraño y mucho de disculpable tenía, pues, que las más recatadas y ariscas doncellas, algunas de las cuales aborrecían hasta el nombre de amor terrenal y para monjas ó poco menos se criaban, se sintiesen heridas de muerte á la sola presencia de caballeros tales como Amadís, y atropellando respetos, y saltando por cima de toda honrada consideración, buscasen al caballero durante la noche, á furto de sus padres ó de las dueñas que las guardaban, y se rindiesen á todo el talante del andante dichoso.

Menester era la singular entereza de Amadís para resistir semejantes tentaciones. No era común que otros caballeros las resistiesen. El rey Perión, su padre, verdad es que no estaba comprometido, cedió á Elisena en la Pequeña Bretaña, y cedió también á la hija del conde de Selandia, de quien tuvo á D. Florestán. Ambos hechos merecen disculpa. La hija del conde era de lo más lindo que puede imaginarse, y el rey Perión hizo cuanto pudo por resistirse; pues, como se despertase, sintiéndose abrazado por aquella doncella y su boca juntada á la de él, todavía la apartó de sí dándole buenos consejos; pero ella tomó la espada del rey y trató de matarse viéndose desdeñada,

y entonces el rey, porque no muriese, se ablandó y le dió los amores que ella pedía. Y en cuanto á la infanta Elisena, no fué sino mayor la tentación, porque era la doncella más hermosa que entonces se sabía que hubiese en el mundo, de suerte que con razón Darioleta, cuando la llevaba á la cita, abriéndole el manto y catándole el cuerpo, á la luz de la luna, que era aquella noche muy clara, díjole riendo: «Señora, en buen hora nació el caballero que vos esta noche habrá.»

Mas cuanto mayores sean las razones que hay para disculpar al rey Perión en haber cedido, mayores son y serán siempre las razones que hay para celebrar y magnificar á Amadís, que tan bella y heroicamente supo resistirse y salir triunfante é incontaminado.

El propósito fundamental del Amadís está en esto: la unidad de su acción, el enlace y la armonía de la obra, de esto dependen. Gigantes, encantadores, doncellas andariegas, caballeros aventureros, huestes ó fuerzas de mar y tierra, batallas y triunfos, todo sirve de cuadro y adorno al asunto principal, que es el mutuo amor de Amadís y Oriana, y la constancia, firmeza, dulzura y fidelidad de ambos.

Como término y coronación de todo hay algo á modo de apoteosis, preparada más de cien años antes por el sabio griego Apolidón en la Ínsula Firme. Antes de partir D. Apolidón á ser emperador de Constantinopla, dispuso un encantado palacio, circundado de deleitosos jardines, á donde sólo se podía entrar por un arco, sobre el cual

se parecía cierta *extraña* estatua de cobre, la cual tenía una trompa en la boca como que quería tañer. Y allí cerca había un padrón que decía: «De aquí adelante no pasará ningún hombre ni mujer si hobieren errado á aquéllos que primero comenzaron á amar, porque la imagen que vedes tañerá aquella trompa con son tan espantoso é fumo é llamas de fuego, que los fará ser tollidos, é así como muertos serán de este sitio lanzados; pero si tal caballero ó dueña ó doncella aquí vinieren que sean dignos de acabar esta aventura por la gran lealtad suya, entrarán sin ningún entrevalo, é la imagen hará tan dulce son que muy sabroso será de oír á los que le oyeren, etc.»

Este y otros encantos venció primero Amadís, como más tarde Oriana, demostrando que eran las más excelentes y nobles personas que vivían entonces sobre la tierra, por lo cual fueron señores de la Ínsula Firme, como Apolidón lo tenía dispuesto. Así probó Amadís ser tal caballero, que pasó de bondad á todos los del mundo presentes entonces é cien años á zaga.

Pero la señora Oriana, por habladurías y chismes del enano Ardián, que procedió en ello con ligereza y no con malicia, llegó á persuadirse de que Amadís le era infiel; y de resultas le escribió aquella desconsolada carta en que lamenta su mal pagado amor por el cual desamó todas las demás cosas, en que asegura que plañirá con lágrimas su desastrada ventura hasta dar fin á su vida, y en que le manda que no parezca jamás donde ella se encuentre.

Esta carta, que llevó á Amadís el doncel Durín, decía además en el sobrescrito: «Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazón, é vos sois el que me ferísteis.» Con lo cual no pudo menos Amadís de hacer todo aquel llanto que hizo, y de tomar la triste resolución que tomó de dejar sus altas caballerías, de cambiar su nombre por el de Beltenebrós, y de irse á hacer dura penitencia en la Peña Pobre.

Ahora bien: siendo esto así, como lo es, veamos ya la demostración de que el autor portugués no inventó el Amadís, sino que le sacó de otro más antiguo, traduciéndole, desarreglándole ó corrompiéndole.

La infanta Briolanja tiene á Amadís en un castillo enteramente á sus órdenes. Desposeída la infanta por su tío Abiseas del reino de Sobradisa, va á deber á Amadís que la restaure en su trono; pero la pobre infanta está tan prendada, tan ciega, tan muerta de amor por Amadís, que prefiere, á trono y á todo, que Amadís le dé remedio para el mal que padece. Como Amadís está sometido á la infanta, la obedece dejándose morir de hambre en una estancia del castillo, pero no es infiel á su señora Oriana. Así lo afirma y atestigua Garcí-Ordóñez de Montalvo, «aunque el señor infante D. Alfonso de Portugal, habiendo piedad de esta hermosa doncella, de otra guisa lo mandase poner.» En lo cual, añade Montalvo, el señor infante «hizo lo que su merced fué, mas no aquello que en efecto de sus amores se escribía.»

Claro se ve, pues, que el traductor ó arreglador

ó nuevo editor del libro, para dar gusto al infante que tan compasivo se mostraba de la apasionada Briolanja, escribió que Amadís, hasta con licencia de Oriana, que no quería que él muriese ó faltase á su palabra, «tomó por su amiga á aquella famosa reina é hobo en ella un hijo é una hija de un vientre.» Contra lo cual protesta de nuevo Montalvo, asegurando que no fué así. ¿Cómo hubiera pasado Amadís el arco y acabado la gloriosa aventura de la Ínsula Firme, si tal cosa hubiese sucedido? ¿Cómo su propio hermano D. Galaor se hubiera casado como se casó, con la reina de Sobradisa después de aquel lance?

De aquí se infiere que el autor ó traductor portugués alteró y vició el texto primitivo. De otra suerte, no hubiera dicho Montalvo que el infante hizo «lo que su merced fué y no aquello que en efecto de los amores de Amadís se escribía.» Había, por consiguiente, un texto anterior al cambio introducido por el infante D. Alfonso de Portugal.

En confirmación de lo mismo, aún reitera Montalvo sus protestas, al terminar las aventuras y victorias que trajeron la restauración de Briolanja en el trono, añadiendo que «todo lo que más desto en este libro primero se dice de los amores de Amadís é desta hermosa reina fué *acrecentado*, como ya se os dijo, é por eso, como *supérfluo* é vano, se deja de recontar, pues que no hace al caso; antes esto no verdadero contradiría é dañaría lo que con más razón esta grande historia adelante os contará.»

En vista de tales testimonios, Walter Scott di-

jo: «Á nosotros nos parece claro y evidente que la obra en que Vasco de Lobeira trabajaba, bajo los auspicios de su patrono el infante D. Alfonso de Portugal, debió de ser traducción más ó menos libre de otra historia más antigua. Si Amadís es una nueva creación de la fantasía de Lobeira el autor pudo muy bien, conformándose con la singular compasión manifestada por aquel príncipe en favor de la linda Briolanja, violar la imagen de perfección ideal representada por su héroe, uno de cuyos principales atributos había de ser necesariamente la fidelidad á su señora; pero de ningún modo se pudo exigir de él que interpolase lo anteriormente escrito, á no ser que tomase su historia de fuentes conocidas é independientes de los recursos de su propia imaginación.»

Después de este fallo de Walter Scott, citaremos la sentencia con que termina por su parte este pleito el Sr. D. Pascual Gayangos. Éste dice: «Sin negar, pues, el derecho de Vasco de Lobeira á una refundición del Amadís en lengua portuguesa, seguida luego de otra más importante y radical, como fué la de Montalvo, persistimos en creer, mientras no se aleguen razones en contrario, que, antes del tiempo en que floreció aquel autor, corría ya en Castilla otra redacción del Amadís en tres libros.»

Puestas en este punto las cosas, pasamos á examinar lo que de nuevo trae en contra el doctor Braunfels, así como los nuevos argumentos y datos con que procura probar que el Amadís es un libro que nos pertenece.

Digno es el asunto de que nos detengamos en él, ya que se trata de un libro bellísimo, y de un personaje poético, cuya mente y cuyo corazón pone Cervantes en su *Don Quijote*, produciendo lo cómico y melancólico á la vez de su obra divina el que esa mente y ese corazón no están ya encerrados en un príncipe, heredero de un trono, bello y joven y robusto, á quien todo le sonrío, y cuyas fuerzas físicas y cuya destreza en las armas se hallan en consonancia con lo grande del ánimo, sino en un pobre hidalgo, feo, viejo, flaco y endeble; de donde provienen zafias y rústicas aldeanas en vez de reinas y emperatrices; Dulcineas y Maritornes en vez de Orianas y Briolanjas; molinos de viento en vez de gigantes; palos, coces y puñadas en vez de victorias, y Toboso y ventas en vez de Londres y Miraflores. Mas no por eso vale menos que Amadís el héroe manchego. Lo que le fallece no es el *yo*, como dicen ahora los filósofos, sino el *no yo*: esto es, su propio cuerpo, sus circunstancias exteriores y el mundo que le rodea. Por lo demás, casi y sin casi supera Don Quijote á Amadís, ya que no es tan llorón como él, y es no menos valiente, discreto y leal enamorado.

## II.

El autor de la obra que vamos examinando justifica la minuciosidad y detenimiento con que trata de poner en claro el origen del Amadís, encareciendo los méritos y alta significación de dicha novela en la historia del espíritu humano. El



Amadís, para él, está á la entrada de la edad moderna, cual monumento elevado y brillante, que refleja en dicha edad, y proyecta, aun á través de larga serie de generaciones, los más puros y hermosos destellos de todo el resplandor y de toda la poesía de la edad que antecede.

Cuando inventadas ya y difundidas las armas de fuego, el brío personal y la destreza y pujanza de los caballeros iban perdiendo estimación é importancia; cuando estaba próxima la invención del arte que divulga el saber y multiplica los medios de adquirirle; cuando se acercaba á grandes pasos el turco, que venía á destruir el imperio de Bizancio y á impulsar sobre el Occidente de Europa á los sabios griegos que trajeron el renacimiento de la clásica cultura; y cuando, por último, iban á abrir por completo una era nueva, ensanchando el concepto de las cosas creadas y los límites de la historia de la humanidad, yendo Gama á la cuna de las antiguas civilizaciones, Colón descubriendo un mundo, y los españoles y portugueses explorándole y conquistándole, por donde pudo decir el más épico de nuestros poetas peninsulares:

«Cesse tudo o que a Musa antiga canta  
Que outro valor mais alto se alevanta;»

fué justo que en esta misma Península Ibérica, cuya gente acabó de abrir la edad moderna, naciese la hermosa obra de arte ó de poesía que describe y traza con más esmero el ideal de perfección de la edad pasada, y que, al describirle y trazarle, está llena de presentimientos y vaticinios

de la nueva civilización y de los futuros ideales.

Si no existiese el *Quijote*, que es tan grande, aun siendo una parodia, bien podría afirmarse del Amadís que era la última de las epopeyas y la primera de las novelas en el orden cronológico; que en él relucen con mayor viveza que nunca todos los sueños de los antiguos caballeros, todas las sombras de un mundo sobrenatural y fantástico, al ir á disiparse á la luz de la aurora de la nueva civilización, mientras que algo de los nuevos y más sólidos pensamientos y sentimientos animan el libro y le dan vida inmortal, conservándole como solitario monumento en medio de tanta ruína, salvándole del fuego en el escrutinio del cura, y haciendo de él el hechizo y el solaz de generaciones empleadas en más positivos propósitos, y ocupadas en acometer y acabar más determinadas y útiles aventuras.

Parece providencial, ó dígase sabiamente ajustada á las leyes de la historia, la redacción definitiva del Amadís, la forma perfecta en que le conservamos, la que supo darle Montalvo, al terminar el siglo xv, en los días en que Granada caía en poder de los Reyes Católicos y Colón descubría la América. Tan grandes hechos reales abrían de un modo digno la edad de la razón; y la edad de los ensueños terminaba también dignamente, legándonos en el Amadís lo más bello y perfecto, en el sentido meramente humano, de cuanto había acertado á soñar ó fantasear.

La gloria de Montalvo es grande, aunque sólo sea corrector del Amadís. Su Amadís es el que vi-

ve. Las otras redacciones anteriores existieron sin duda, pero ninguna se conserva: todas han desaparecido.

De la existencia anterior del Amadís en España hemos presentado ya testimonios que prueban de un modo irrecusable que el Amadís se conocía entre nosotros desde mediados del siglo xiv.

Si ahora vemos que el Amadís no se conoció ó al menos no quedan testimonios de que se conociera hasta mucho después en el resto de Europa, tendremos, si no prueba plena, indicio vehemente de que el Amadís es español.

En efecto: ni Petrarca ni Bocaccio, que vivieron hasta el año de 1374, hablan del Amadís. No se cita tampoco autor francés que hable de él hasta mucho más tarde. Y los mismos autores portugueses, en cuya patria se dice que el Amadís nació, no mientan esta novela, ni se refieren, ni aluden á ella, que sepamos, sino mucho después que los autores españoles.

Casi puede afirmarse que el más antiguo escritor portugués que mienta el Amadís es el ya citado cronista Gómez Eannes de Zurara, el cual vivía aún en 1472, mucho más de cien años después de la época en que con razón podemos fijar la aparición del Amadís en forma de libro.

No es esto decir que no puedan hallarse textos de alusiones al Amadís en autores portugueses más antiguos, sino que el Dr. Braunfels no los trae ni sabemos que modernos literatos de Portugal los traigan tampoco.

Según el Dr. Braunfels, los más antiguos trova-

dores portugueses que citan el Amadís, son Nuño Pereira y Francisco de Silveira, cuyas composiciones se hallan en el *Cancionero de Resende*. Pero los versos de Silveira son en contestación á los de Pereira, y los de Pereira son relativamente muy modernos, ya que en ellos se habla de Macías el Enamorado.

Como el propósito de quien escribe estos artículos es dar cuenta del libro del Dr. Braunfels y á la vez noticia de la cuestión que dicho libro dilucida, sin ninguna previa inclinación á sacar triunfantes á los que creen el Amadís español, no se extrañará que pongamos aquí, con toda sinceridad, un argumento que se nos ocurre en favor de los portugueses, y del cual extrañamos que no se haya hecho cargo el Dr. Braunfels.

Puede citarse un texto portugués, por el cual, si le creyésemos auténtico, sería lícito conjeturar que la historia de Amadís era conocida en Portugal en el siglo xi. Verdad es que quien prueba demasiado no prueba nada. De ser auténtico el texto á que aludimos, el Amadís sería español por otra razón: esto es, porque tendríamos que suponerle escrito antes de que hubiera reino de Portugal en el mundo.

Gonzalo Hermínguez fué compañero del primer rey de Portugal D. Alfonso Enríquez. De él se cuentan grandes y novelescas hazañas, entre otras, las motivadas por sus amores con una hermosa mora llamada Fátima, que vivía en Alcázar de Sal, de donde Hermínguez la robó matando á muchos moros, por lo cual le dieron por apodo Tragamo-

ros. La doncella robada se hizo cristiana y se casó con el héroe, quien, por ser también poeta al par que guerrero, la celebra en sus cantares con el nombre de Oriana.

Tenemos, pues, que cuando se compusieron los versos atribuidos á Hermínguez, el nombre de la hija del rey Lisuarte era ya entre los portugueses bastante popular. Luego también era conocida la historia de Amadís. No parece razonable suponer coincidencia casual que la enamorada del Caballero de la ardiente Espada y la enamorada del contemporáneo de Alfonso Enríquez tuviesen el mismo nombre. No es verosímil tampoco que el autor del Amadís robase á Hermínguez el nombre de su dama para dárselo á la nuera del rey Perión y de la bella Elisena. En nuestro sentir, por lo tanto, el nombre de Oriana, dado á la mora Fátima, es en recuerdo de la señora de Miraflores. Antes, pues, de que los versos se escribiesen, debía de andar escrita la historia de Amadís, que es menester suponer entonces ya muy conocida y divulgada.

La cuestión está, por consiguiente, en determinar en qué época se inventaron los versos y la leyenda de Gonzalo Hermínguez, quien se supone que, después de arrebatarse la muerte á su señora Oriana, lamentó en sus versos tamaña desgracia, regó con lágrimas el sepulcro de su querida esposa, y, desengañado por fin del mundo, huyó de los amigos y de las glorias, y acabó su vida de ermitaño penitente, hecho otro Beltenebrós en su Peña Pobre. En los anteriores rasgos se ve clara la imitación del Amadís, á no ser que se quiera

decir que las verdaderas aventuras de Hermínguez han servido de modelo á las imaginarias del sol de los caballeros andantes.

Nosotros, en prueba de nuestra imparcialidad, traemos aquí esta nueva cuestión; pero no vamos más adelante en resolverla. Nos faltan datos para calcular el siglo en que los versos atribuídos á Hermínguez se escribieron. El lenguaje raya en ininteligible de puro rudo; pero esta misma extremada rudeza infunde la sospecha de que es fingida adrede, á fin de aparentar antigüedad. Hay en los versos, en medio del exagerado desorden, algunos endecasílabos, lo cual corrobora nuestra sospecha de que se inventaron en el siglo xv.

Hubo épocas en que los portugueses fueron muy dados á estas ficciones, remedando antiguallas literarias, como el Poema de la Cava y los versos de Goesto Ansures y de Egas Moniz, y haciendo creer, gracias á la carencia de crítica de otros tiempos, que había poesías portuguesas, en portugués, contemporáneas del feudo de las Cien Doncellas y hasta de Muza y D. Rodrigo.

Como quiera que sea, ni Pero López de Ayala, ni los otros poetas ó trovadores españoles más antiguos, ni los versos de Gonzalo Hermínguez, dicen palabra de la nacionalidad del Amadís primitivo y de quién fuese su autor. Sólo prueban la existencia del Amadís desde mediados del siglo xiv, y su divulgación por Castilla con más seguridad que nada.

Hasta ahora no es, pues, evidente sino que el Amadís de Montalvo fué precedido por más de un

siglo de otro Amadís que en Castilla era muy celebrado y leído. ¿Quién le compuso y en qué lengua?

El primer testimonio en favor de que se escribió en portugués, y de que fué el autor Vasco de Lobeira, está en la Crónica de Zurara ó Azurara, compuesta en la segunda mitad del siglo xv, conservada en manuscrito, y no impresa hasta el año de 1792, en Lisboa, por orden de la Academia de Ciencias. Á lo que parece, cuantos autores han dicho después en prosa ó en verso que Vasco de Lobeira compuso el Amadís, no se han apoyado en otra autoridad que en la de Zurara.

Su afirmación es como sigue: «O libro d'Amadís, como quer que soamente este fosse feito a prazer de hum homen que se chamaba Vasco Lobeira em tempo del rey dom Fernando, sendo todas as cousas do dito livro fingidas do autor.»

El principal esfuerzo y trabajo del Dr. Braunsfels tira á demostrar que todo el pasaje ó párrafo en que dicha noticia va incluída, fué nota marginal en algún códice de la Crónica de Zurara, interpolada luego, ó adrede, ó por descuido, en el texto de la obra.

Las pruebas que da el Dr. Braunsfels de que dicho párrafo es interpolado y apócrifo, tienen mucha fuerza. Zurara habla siempre de sí en primera persona: dice siempre *eu ajuntei, eu escrepvi, eu me quizerá escuzar*. Cuando habla de un autor en tercera persona, se refiere claramente á otro que no él. Así dice, por ejemplo: «Conta o autor que escreveo os feitos que se pasarom em este

cerco que...» donde se ve con evidencia que se refiere á un escrito que ha consultado y que aduce por testimonio. Hablando de sí, siempre habla en primera persona, ya en singular, ya en plural: «Como melhor podemos aprender... nom usamos em esta nossa obra de comtar os annos... proseguia eu minha istoria con algunas cousas de menos sustancia... bem he que tremetamos entre os feitos do mar, alguma cousa da terra.» En suma, el Dr. Braunfels, con paciencia y prolijidad verdaderamente alemanas, trae varias citas de diversas partes de la Crónica, donde Zurara habla siempre de sí con los pronombres *eu* ó *nos*. Sólo en el párrafo donde se pone la noticia de que Vasco de Lobeira compuso el Amadís, se dice hablando de Zurara: «Diz o Comendador que primeiramente esta istoria ajuntou o escrepveo.»

La interpolación por esto sólo parece demostrada. El *diz o Comendador* tiene toda la traza de estar escrito por otro que por el Comendador mismo, tanto más cuanto que, en efecto, el Comendador se disculpa en primera persona, en otros pasajes de la Crónica, de lo mismo á que aquí se refiere quien puso el *diz o Comendador* y lo que sigue: esto es, de tratar de fiestas, juegos y otras cosas de poca substancia, como en los libros de caballerías. Así, por ejemplo, dice el texto poco antes de la con fundamento presunta interpolación: «Por ventura alguns dos que leren esta nossa istoria averam por sobejo contarmos algumas cosas miudas, etc.»

Por el estilo y por el lenguaje, oscuros y con-



fusos, se inclina también el Dr. Braunfels á declarar apócrifo el párrafo mencionado. Su inclusión en la Crónica, pasando de nota marginal á formar parte del texto, debe de ser de fines del siglo xv ó principios del xvi, época á que pertenece el más antiguo manuscrito que, según afirma el editor de la Crónica de Azurara, se conservaba de dicha Crónica.

Una vez declarado en ella Vasco de Lobeira autor del Amadís, las afirmaciones de lo mismo menudean en los escritores portugueses, que no hacen sino copiar y repetir lo dicho por el interpolador de Azurara. Así sucesivamente, Juan de Barros, en el siglo xvi; Faria y Sousa y Sousa de Macedo, en el xvii, y Barbosa y Machado, autor de la *Bibliotheca Lusitana*, en el xviii.

Varios escritores españoles se dejaron llevar de la corriente y concedieron á Vasco de Lobeira ó á otro autor portugués la gloria de haber compuesto el Amadís. Algunos hasta inventan razones, más ingeniosas que valederas, en pro de los portugueses. Así, por ejemplo, Mayans y Siscar observa que *Amadís de Gaula* es casi perfecto anagrama de *Vida de Gama*. En efecto, sólo sobra la s; pero esto probaría que el autor del Amadís estuvo dotado de espíritu profético y compuso su novela en favor del famoso navegante que aún no había nacido.

Nicolás Antonio, fundador de nuestra historia literaria, no se deja, sin embargo, engañar por las apariencias, y pone en duda que sea Vasco de Lobeira autor del Amadís. Porque, si bien en la *Bi-*

*bibliotheca Vetustas* dice *Vascus Lobeira lusitanus portuensis, primus auctor, ut fama est, prosaici poematis de Amadís de Gaula*, en lo cual sólo conviene en que era fama, en que se afirmaba que Vasco de Lobeira había compuesto la novela famosa, todavía en la *Biblioteca Nova*, en un apéndice (tomo II, pág. 394), añade: *Lusitani tamen nescio quo nomine Vascum Lobeiram auctorem credunt*.

Sin duda Nicolás Antonio no se decide en la *Bibliotheca Vetustas* en contra de la pretensión portuguesa, como se decide en el apéndice de la *Nova*, por no atreverse á negar lo que se afirmaba de que el antiguo Amadís, de Lobeira, se hallaba manuscrito en la biblioteca de los Duques de Aveiro; pero tal manuscrito no ha sido visto jamás por nadie. Miguel Ferreira se limita á decir que el tal manuscrito *anda na casa d'Aveiro*, y no afirma que le vió; y más tarde, en 1726, el Conde de Ericeira supone aún la existencia de dicho manuscrito en casa del Conde de Vimieiro, si bien sin afirmar que él le viese, á no ser citado en el catálogo de libros pertenecientes á dicho Conde.

Otro testimonio hay también en pro del primitivo Amadís portugués, que se ha aducido mucho y que tiene poca fuerza. Los dos sonetos XXXIV y XXXV del libro II de Antonio Ferreira. Pero en el soneto XXXIV es sólo donde se habla de Vasco de Lobeira, pues á él va dirigido. En el XXXV nada de Vasco de Lobeira se dice: sólo se refiere que Briolanja, desdeñada por Amadís, se encontró á Amor, el cual con su madre y varias

ninfas venía jugando por el campo, sin curar del arco y de las flechas. Queriendo Briolanja vengarse de Amor, que por los desdenes de Amadís tan ofendida la tenía, se apoderó de las armas y disparó contra el mismo dios, quien, herido mortalmente, pide compasión á la bella reina de Sobradisa. Tanto este soneto como el XXXIV, remedan la antigua lengua portuguesa y se divulgaron como si los hubiese compuesto el infante Don Alfonso, primogénito del rey D. Dionís. Así es que, en el soneto XXXIV, manda el Infante á Vasco de Lobeira que cambie en blandura y condescendencia los desdenes de Amadís, á fin de que Briolanja satisfaga su deseo,

«Ca eu hei gra dó da aver queixosa,  
Por sa gram fremosura e sa bondade.»

De esta suerte, si bien entrando en curiosísimos pormenores, donde no le seguimos por no pecar de prolijos, va deshaciendo el Dr. Braunfels todas las razones que se alegan en pro del Amadís portugués, y en virtud de las cuales, críticos é historiadores de literatura tan notables como Southey, Bouterwek, Clemencín, Wolf, Clarus y Ticknor, atribuyen á Portugal esta gloria, que en realidad parece ser de España.

La intervención del infante D. Alfonso, movido á piedad de la reina Briolanja, se refiere por vez primera en el Amadís de Montalvo. Después, en el soneto de Antonio Ferreira, poeta clásico portugués que floreció en la primera mitad del siglo xvi. Esto ha dado ocasión á que se cavile mu-

cho sobre cuál era el piadoso Infante. Según Miguel Ferreira, en nota á los sonetos de su padre, éstos están escritos «na linguagem que se costumaba neste Reino no tempo del Rei Don Deniz que he a mesma en que foi composta a historia de Amadís de Gaula por Vasco de Lobeira... Divulgarao-se em nome do Infante dom Affonso, filho primogénito del Rey Don Deniz.» Pero de aquí nace una dificultad cronológica. Dicho Infante sucedió á su padre en el trono en 1325. Sólo, pues, hasta dicho año pudo ser mencionado como Infante; Zurara, ó dígase el interpolador, dice que Vasco de Lobeira escribió el Amadís mucho tiempo después, reinando D. Fernando; luego no pudo ser el primogénito de D. Dionís el infante Don Alfonso compadecido de Briolanja. No siendo dicho D. Alfonso el Infante compadecido, no hay otro Infante que pueda serlo, sino un hijo bastardo del Maestre de Avís, que reinó con el nombre de D. Juan I. El Maestre de Avís nació en 1357. Lo más pronto que se puede suponer que tuvo un hijo, fué á los diez y seis años, esto es, en 1373. Añadamos ahora otros diez y seis años, á fin de hacer capaz á dicho Infante de compadecerse de Briolanja y de ordenar á Vasco de Lobeira que variase el Amadís, y tendremos que dicha orden no pudo darse antes de 1389.

Resulta, por lo tanto, que, si atribuimos al primogénito de D. Dionís la piedad por Briolanja, el Amadís hubo de escribirse antes de 1325; y si la atribuimos al hijo del Maestre de Avís, el Amadís se compuso después de 1389. La diferencia es

de sesenta y cuatro años entre una y otra fecha. Y la segunda, que está más de acuerdo con la interpolación de Zurara, no viene bien al propósito de dar á los portugueses la gloria del Amadís, ya que, antes de 1389, hemos probado que se conocía el Amadís y alcanzaba gran popularidad en España.

Nuestro Dr. Braunfels, que apura por completo el asunto y nada deja ya que decir sobre él, discurre también sutilmente sobre Vasco de Lobeira. ¿Quién era? ¿En qué tiempo vivió? ¿Por qué se le atribuye la gloria de haber compuesto la famosa novela?

Lo cierto es que en un principio se atribuyó el Amadís á otro autor ó autores, aun en Portugal mismo. D. Luis Zapata, embajador español en el tiempo en que Ferreira atribuía á Vasco de Lobeira dicha obra, afirmaba que la infanta Doña Catalina decía que el autor de Amadís había sido su bisabuelo, D. Fernando, segundo duque de Braganza. Posteriormente, Lope de Vega, en el prólogo á su novela *Las fortunas de Diana*, impresa en 1621, asegura que el Amadís le compuso una dama portuguesa. Y Cardoso, en su *Agiologio* (Lisboa, 1652), supone que el infante D. Pedro, duque de Coimbra, mandó traducir el Amadís, de la lengua francesa en que estaba escrito, á un tal Pedro ó Pero Lobeira, escribano de Yelves, y no Vasco, guerrero y caballero de Oporto.

Siguiendo, pues, la opinión de Cardoso, la traducción portuguesa del Amadís, hecha por su Lobeira, no pudo ser hasta bien entrado el siglo xv,

pues el duque de Coimbra nació en 1392, y es de suponer que por lo menos tendría veinte años cuando mandó traducir el libro.

Fuerza, es, pues, á fin de concordar las fechas, quitar la gloria al escribano Pedro y concedérsela al guerrero Vasco, de cuya vida tampoco se sabe más antiguo que lo que dice Azurara ó su interpolador. Sólo ya en la *Crónica del Rey Dom Joao*, de Duarte Núñez de León (publicada por vez primera en Lisboa en 1643), se nombra á un Vasco de Lobeira, entre varios, *dos quaes e de outros foi el Rey naquella batalha bem servido*. ¿Citará Núñez de León á Vasco de Lobeira apoyándose en algún otro documento histórico, ó sólo por haber visto su nombre en la Crónica de Zurara? Sea como sea, ya hemos dicho cuán dificultoso es de concertar que el Lobeira armado caballero en Aljubarrota (1385) fuese el autor de un libro escrito treinta años antes lo menos.

Á fin de allanar esta dificultad, J. F. de Silva, siguiendo las huellas de Faria y Sousa, insinúa la idea de que el Lobeira de Aljubarrota no fué el mismo que el autor del Amadís. El conde de Puymaigre va más allá y sospecha que el autor del Amadís fué padre ó abuelo del de Aljubarrota.

Todos estos argumentos y suposiciones los va refutando el Dr. Braunfels con erudición y tino extraordinarios, y sacando siempre triunfante la nacionalidad española del Amadís primitivo.

El último campeón de la causa portuguesa es Teófilo Braga, contra quien combate valerosamente nuestro abogado alemán.

Carece de fundamento la suposición de que Zurara, que fué bibliotecario de Alfonso V, hubo de ver en Palacio el manuscrito portugués del Amadís, que sólo un Príncipe podía poseer entonces. Á lo cual el Dr. Braunfels contesta que ¿cómo pudieron ver el manuscrito español del Amadís primitivo, en tres libros, Pero Ferrus, Villasandino, Juan Alfonso de Baena y otros autores castellanos, que no eran bibliotecarios ni príncipes?

Defiende también el alemán á Montalvo contra Braga, quien le acusa de retórico, de afectado y de absurdo; en suma, de haber echado á perder el Amadís portugués que tradujo.

Braga, por último, lleva su amor propio nacional hasta el extremo de sostener que el cuarto libro del Amadís es también portugués.

Pedro Ferrus declara que el Amadís tenía sólo tres libros:

«Amadys el muy fermoso,  
 .....  
 sus proezas fallaredes  
*en tres lybros.....;* »

pero Braga supone que Ferrus vió sólo una copia de los tres primeros libros, mientras que había otras que contenían los cuatro, compuestos por Vasco de Lobeira; suposiciones todas que carecen de fundamento.

No es, por último, menos infundada la acusación del Sr. Braga contra Montalvo, al sostener que éste hace que Briolanja declare á Oriana, hablando con ella en el castillo de Miraflores, que

había tenido dos hijos de Amadís. El Dr. Braunsfels no ha hallado tan insolente declaración en toda la obra. Nosotros también la hemos buscado y no la hemos hallado. Por el contrario, en el capítulo XV del libro II, Briolanja da testimonio á Oriana de la virtud, honestidad y fidelidad de Amadís, cuando preguntándole Oriana que por qué no le tomó por marido, ella responde: «Amiga, señora, bien creo yo que aunque muchas veces lo vísteis, no lo conocéis. ¿Pensáis vos que no me ternía yo por la más bienaventurada mujer del mundo si eso que decís yo pudiese alcanzar? Mas quiero que sepáis lo que en esto me aconteció é guardadlo en poridad, como tal señora guardarlo debe: que yo le acometí esto que agora dijistes, é probé de lo haber para mí en casamiento, de que siempre me ocurre vergüenza cuando á la memoria me torna, y él me dió bien á entender que de mí ni de otra alguna poco se curaba; y esto tengo creído, porque en tanto que conmigo aquella temporada moró, nunca de ninguna mujer le oí hablar, como todos los otros caballeros lo hacen; mas tanto vos digo que él es el hombre del mundo por quien antes perdería mi reino é aventuraría mi persona. Oriana fué muy leda desto que le oyó é más segura de su amigo, mirando con la grande afición que Briolanja lo dijo que con ninguna de las otras pruebas, é dijo: Maravillada soy desto que me decís que si Amadís alguna no amase no pudiera entrar so el arco de los leales amadores, donde dicen que por él se hicieron mayores señales de leal enamorado que por otro ninguno



que allí fuese. Él bien puede amar, dijo la reina; pero es lo más encubierto que nunca lo fué caballero.» Por donde se ve que Amadís, no sólo fué desdeñoso con Briolanja, sino que ni siquiera para disculpase le declaró sus relaciones amorosas con Oriana, compitiendo así en él las virtudes de la castidad y de la fidelidad con el recato y el sigilo. Y no sólo supo resistir Amadís á Briolanja, sino también á otras hermosísimas damas, como á Grasinda, sobrina de Tabinor, rey de Bohemia, la cual le tuvo con tanto regalo hospedado en su casa, y le iba á buscar á su cámara para holgar conversando con él, y le dió una nave para que le llevase á Constantinopla y al maestro Elisabat para que le acompañase. Grasinda, cuando en el libro IV encuentra á Oriana y á Briolanja, se confiesa enamorada y desdeñada de Amadís, y refiere cómo buscó á Gandalín, á ver si por su medio se entendía con el caballero de la Verde Espada y remediaba su cuita; lo cual no fué posible, por lo muy fiel que Amadís era. Con este motivo, Briolanja da nuevo testimonio de que Amadís la había desdeñado, diciendo á Oriana: «Mi señora: paréceme que este caballero por más partes que yo pensaba anda sembrando esta dolencia, é acuérdeselos lo que os hobe dicho en este caso en el castillo de Miraflores.—Bien se me acuerda, dijo Oriana.»

Así queda probado, contra Braga, que Montalvo nada ha dicho que obscurezca en lo más mínimo la limpieza y fidelidad de los amores de Amadís con Oriana.

En resolución, la atenta lectura de la erudita obra del Dr. Braunfels no puede menos de llevar al ánimo el más completo convencimiento de que el Amadís primitivo fué un libro castellano, y, sobre todo, de que la gloria de Montalvo es indestructible, aunque tomase de otros autores todo el Amadís. En este caso se cumpliría como nunca el dicho del crítico, que sostenía que en literatura no era disculpable sino glorioso el robo, si iba acompañado de asesinato. Si Montalvo robó, mató también á los robados en la memoria de las gentes.

Su Amadís quedó solo, y fué por espacio de siglo y medio la delicia de todos los hombres de gusto, el Manual en que aprendían elegancia y cortesanía los bien nacidos, el espejo en que se miraban los caballeros valerosos, y el modelo de toda buena crianza, fineza de amor y acatamiento para con las damas.

Los hombres más discretos le llevaban consigo en sus viajes, como, por ejemplo, D. Diego Hurtado de Mendoza. Del castellano fué traducido é imitado en casi todas las lenguas europeas. De él nacieron multitud de libros nuevos, en el mismo género, aunque nunca ninguno se le igualó. Y él fué, por último, la transición de la epopeya objetiva á la subjetiva ó psicológica novela moderna.

El Dr. Braunfels consagra un extenso é interesante capítulo á los antecedentes y orígenes del Amadís.

Nicolás de Herberay, señor des Essarts, embajador de Francisco I cerca de Carlos V, que por

orden del Rey, su amo, llevó á Francia y tradujo en francés nuestra novela, supone que hubo un libro, *en langage picard*, del cual quedaban restos, que había sido el original del Amadís castellano; pero este Amadís francés es tan fantástico ó más que el Amadís de los portugueses.

Lo que sí debe tenerse por cierto es que al Amadís español hubo de servir de fundamento alguna leyenda ó historia, traída á Aragón ó á Navarra por los *trouvères* del Norte de Francia, ó por tantos trovadores del Sur como vinieron á España, sobre todo después de que, derrotados los albigeneses en 1229, buscaron refugio en la corte de los monarcas aragoneses.

Pero, si la leyenda ó historia fué, á no dudarlo, como otras muchas del ciclo bretón, de ella se perdió hasta el rastro. El ingenio español y el entusiasmo propio de nuestra patria entonces prestaron á la leyenda, al ampliarla y hermosearla, el superior hechizo que la ha hecho imperecedera y gloriosa; el delicado y finísimo amor de Amadís más que todo.

Las huellas de la leyenda primitiva se ven aún en los nombres propios de personas y lugares. Sin duda que de los nombres Garinter, Lisuarte, Elisena, Brisena, Falangriz, etc., sacará fácilmente la etimología cualquier conocedor de las lenguas célticas. En otros nombres se ve el origen francés ó inglés. Gaula no es Galia ó Francia, sino Wales ó Gales; Norgales, el Norte de Gales ó Northwales; Vindilisora, Windsor; Gravisanda, Gravesend; el puerto de Mostrol, Montreil-sur mer; el castillo de

Valderin, el castillo de *Val-du-Rhin*; el mismo Amadís, *Ame-Deus* ó *Ame-Dex*; Angriote de Estravaus, *Andrieux des Travaux*; Brian de Monjaste, *Brian de Mongast*; Androin de Serolís, *Andouin de Charolais*; Briolanja, *Brion l'ange*; Bruneo de Bonamar, *Bruneau de Bonnemer*; Guilan, *Guillaume*, y Mabilia, *Mabille*.

Esta condición peregrina de nombres propios y de lugares no debe, sin embargo, llevar muy lejos al crítico en sus afirmaciones de que hay en el Amadís mucho elemento extranjero. Los novelistas de entonces procuraban candorosamente que las ficciones extraordinarias y las proezas increíbles que referían no apareciesen como mero ensueño ó creación de la fantasía, sino como casos reales, por donde tenían que fingirlos en remotos países; y al referir los sucesos, tenían que notar los puntos en que iban ocurriendo, no atreviéndose siempre á que fuesen estos puntos de los no señalados en mapa alguno.

Asimismo era costumbre suponer que el libro de mera invención y pasatiempo era traducción ó arreglo de una crónica ó historia, compuesta en griego, en árabe ó en otra lengua recóndita por algún singular sabio, testigo ocular las más veces y amigo á menudo del héroe de cuyas hazañas daba fe y dejaba al mundo documento eterno. Todavía Cervantes atribuye á Cide Hamete Benengeli el primitivo manuscrito arábigo de su *Quijote*. Y el honrado y virtuoso caballero Garci-Ordóñez de Montalvo, que inventó sin duda el libro IV del Amadís con *Las Sergas de Esplandián*, de-

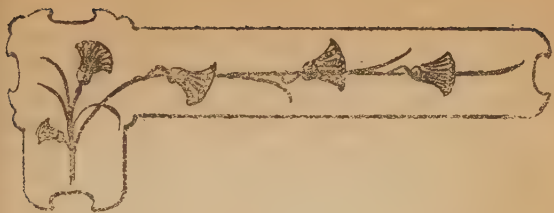
seando, como lo consiguió mucho más de lo que pensaba, que de él *alguna sombra de memoria quedase*, atribuye dicho trabajo propio, que *hasta aquí no es memoria de ninguno ser visto*, á la habilidad de gente extraña, cuyos escritos él se limita á trasladar y á enmendar. Así es que *Las Sergas*, τᾶς πῆγας, los hechos, fueron escritos en griego por la mano de aquel gran maestro Elisabat, que vió y oyó muchos de ellos, ya que, por el grande amor que tenía á Amadís, quiso ponerse en el gran cuidado de seguir á su hijo Esplandián y de socorrerle con su sabiduría.

En resolución, repetiremos, para terminar, que el Dr. Braunfels ha apurado el asunto, y que merece el aplauso de todos los amantes de nuestras glorias literarias.

Al hacer nosotros este breve extracto de su trabajo, deseamos que dicho trabajo se traduzca pronto á la lengua castellana, á fin de que por completo puedan leerle los que ignoran la lengua en que está escrito.

El libro del Dr. Braunfels es todo lo agradable y ameno que puede ser un libro de tan prolija erudición y detenida crítica.





## LAS CANTIGAS DEL REY SABIO (1).

### I.

**E**NCARGADO por la Real Academia de dar una breve noticia de los códices que llevan por título el de este escrito, empezaré por reconocer mi incompetencia para examinar y juzgar el valor artístico de la música y aun de las preciosas miniaturas y primores caligráficos que contienen. Quede esto al cuidado de hábiles y entendidos artistas, paleógrafos y anticuarios, los cuales sabrán poner en su punto, estimar y tasar todo el valor y el mérito de tan magníficos y curiosos documentos de la civilización española en el siglo XIII.

Aun limitándome yo á estudiar y hablar de la parte meramente poética, todavía es grande y prolija mi tarea por las muchas consideraciones y observaciones que sugiere el asunto. Trataré,

(1) Esta disertación fué leída el jueves 12 de febrero de 1872, ante la Academia Española, en una junta que honró con su presencia el Emperador del Brasil.

pues, de exponerlas aquí en muy sucinto resumen, dejando para más adelante el ampliarlas, como conviene á mi ver, á fin de no molestar ahora largo tiempo vuestra atención ni abusar de vuestra indulgencia.

Á tres géneros de interesantes consideraciones se presta esta obra. Unas son filológicas sobre el idioma, estilo y forma de las *Cantigas*<sup>(1)</sup>; otras, estético-religiosas, sobre el asunto; y otras, por último, de historia general literaria sobre el enlace y relación de este mismo asunto, de las leyendas y narraciones devotas y del espíritu de que están animadas, con lo que se conoce por el estilo en las demás literaturas de Europa durante los siglos medios.

De todo esto me creo obligado á decir algo; pero he de procurar que sea con cierta concisión que no dañe mucho á la claridad y al orden.

La lengua gallega y la lengua portuguesa fueron indudablemente el mismo idioma, desde su origen hasta más de mediado el siglo xv. En cierto modo puede afirmarse que el portugués dimana del dialecto gallego, pues antes de que hubiera verdaderamente Portugal, esto es, antes del siglo xi, el dialecto gallego se hablaba.

El origen de este dialecto, así como el origen del habla castellana, se pierde en el seno obscuro de nuestra historia de la Edad Media, y es difícil, si no imposible, señalar el momento en que am-

(1) Algo se ha disputado sobre la prosodia de esta palabra; pero todos convienen ya en que se ha de decir *Cantigas* y no *Cán-tigas*.

bos idiomas aparecen. El despertar colectivo de una nacionalidad, que á esto equivale la creación de un nuevo lenguaje, es un fenómeno misterioso, un hecho que pasa sin que tenga conciencia de él, ni mucho menos le observe, el mismo por quien pasa; así como no hay individuo que, por mucha atención y por grandes esfuerzos que emplee, pueda ni siquiera percibir el momento singular, el tránsito tenebrosamente inexplorado del sueño á la vigilia ó de la vigilia al sueño.

Lo posible, por lo tanto, y lo que conduce á nuestro propósito, es señalar un documento de alguna extensión y valor, donde, si bien rudamente, el idioma aparezca formado, y conteniendo en germen todos sus futuros desenvolvimientos y excelencias. Este documento es, para el habla castellana, el *Poema del Cid*. En mi sentir, el libro de las *Cantigas del rey D. Alfonso el Sabio* puede aspirar á la gloria de ser este documento con respecto á la lengua portuguesa. Veamos hasta qué punto es sostenible el aserto.

Si hemos de creer á los autores de una época anterior á la nuestra, cuando la crítica no era tan severa ni tan sutil como ahora, el gallego ó portugués primitivo tiene una remotísima antigüedad; es más antiguo que el castellano. No hay documento alguno en nuestra lengua que se remonte á la época de no pocos documentos portugueses que se citan; pero su autenticidad se desvanece á la luz de la crítica moderna.

Es el primero de estos documentos un romance informe, en el cual aparece, como trovador y



actor á la vez, un héroe contemporáneo del rey Mauregato, cuyo nombre es Guesto Ansures. Seis de las doncellas que dicho rey enviaba en feudo ó tributo al Emir-al-mumenin iban conducidas por una escolta de moros para surtir el regío harem de Córdoba, y acertaron á descansar en una casa que había en un bosque, cerca del castillo de Guesto Ansures. Éste, por una casualidad dichosa, pasó por allí á la sazón, bien armado, á caballo, y con algunos pajes y escuderos. Las doncellas estaban en una ventana, lamentando su mala ventura. Oyó el héroe aquella lastimera vocería y aquel desconsolado llanto; acercóse á ver é inquirir lo que era, y las doncellas le enteraron de todo. Guesto Ansures se enamoró, como por ensalmo, de una de ellas, cuya hermosura y discreción eran extremadas. Su repentino amor, la orden de caballería que había recibido, y además sus buenos sentimientos cristianos, le movieron entonces á aventurar la vida por salvar á aquellas infelices. Llegaron en esto los moros, y, dicho y hecho, Guesto Ansures embrazó la adarga, se caló la celada, espoleó su bridón, y arremetiendo con su gente contra los moros, tantos de ellos hirió y mató, que hubo de quebrársele la espada. En tal apuro, como era hombre recio y de pujanza descomunal, corrió á una higuera, desgajó una rama enorme, y blandiéndola y esgrimiéndola acabó de matar á todos los moros, machucándolos como cibera ó esparto. Llevóse luego á las doncellas á su castillo, donde las agasajó y regaló espléndidamente, casándose por último con aquélla

que le había enamorado. De allí adelante añadió á su nombre de Guesto Ansures la alcuña ó apellido de Figueiredo, que significa bosque de higueras, dando origen á la ilustre familia de Portugal, en cuyo escudo de armas resplandecen seis hojas de higuera en memoria de tan noble hazaña y de las seis libertadas doncellas. El romance que lo relata todo tal vez sea antiguo; pero no debe suponerse anterior al siglo xiii. Lo más probable es que le escribiera, en el siglo xv, ó en el xvi, algún curioso erudito, procurando remedar el habla antigua, ó fingir una habla antigua con palabras portuguesas y castellanas entreveradas. No creo que se cite este romance en documentos mucho más antiguos que la *Monarquía lusitana* de Fr. Bernardo de Brito, impresa en 1590. La rudeza del lenguaje, más que de natural, da indicios de afectada, contraponiéndose á ella algunos juegos de palabras ó equívocos por estilo culto, como, por ejemplo, cuando dice Guesto Ansures:

Ca olhos de esa *cara*  
*Caros* los comprarei.

Menos inverosimilitud de ser antiguos hay en los cantares de Gonzalo Hermingues y de Egas Monis, caballeros ambos de la corte de D. Alfonso Henríquez, y ambos tan enamorados y discretos poetas, como valientes adalides. Prendóse el primero de una mora llamada Fátima, la cual vivía en Alcázar do Sal. Una mañana de San Juan, y ya es sabido cuántas cosas novelescas ocurren la mañana de San Juan en todos los antiguos ro-

mances, Gonzalo Hermingues sorprendió á los moros de Alcázar, que habían salido al campo á solazarse; los puso en fuga, y les robó á su querida Fátima, con quien se casó, después de bautizada, tomando ella el nombre de Oriana. Los amores, el rapto y la temprana muerte de esta tocaya de la dama de Amadís, fueron cantados por aquel Petrarca del siglo xi. Con todo, los versos que se le atribuyen son tan rudos y tan pocos, que, más que invalidan, corroboran mi afirmación de que no hubo poesía portuguesa que mereciera este nombre antes del siglo xiii.

Lo mismo puede asegurarse de los versos de Egas Monis. Una dama de la reina Doña Mafalda, llamada Doña Violante, era señora de los pensamientos de aquel trovador guerrero; pero la ingrata le abandonó por un castellano, con quien se casó y se fué á Castilla. Loco de celos el amante abandonado, compuso cantares melancólicos, buscó en balde la muerte militando contra los moros, procuró consolarse y no pudo, y murió al cabo de mal de amores por aquella ingrata. No falta quien añada que, arrepentida esta señora de su infidelidad, y llena de *saudades* del difunto, puso fin á su vida con veneno.

El ir unidos los nombres y las historias de Gonzalo Hermingues y de Egas Monis, quejándose uno, en verso, de la muerte, y el otro de la infidelidad de su amada, hace recelar que todo sea imaginario y supuesto, á modo de tema ó asunto, semejante al de la primera égloga de Garcilaso.

Por otra parte, la leyenda poética de Egas Mo-

nis, trovador abandonado de su dama, la cual se va á extrañas tierras, parece estar fundada sobre los más reales posteriores sucesos de Bernardín Riveiro y de la infanta Doña Beatriz, hija del rey D. Manuel y mujer del Duque de Saboya. En suma, Egas Monis, como trovador, tiene trazas de personaje fantástico, en quien han querido prefigurar á Bernardín Riveiro, y quizás también á nuestro Macías, contado por los portugueses en el número de sus poetas.

Hay, por último, un fragmento de un poema épico sobre la Cava y pérdida de España, que ha habido la pretensión de hacer contemporáneo del mismo suceso que relata. Faria y Sousa publicó dicho fragmento en su *Europa portuguesa*; y aunque hombre de ingenio y de erudición no común, era tal entonces la falta de crítica histórica, que sostuvo con seriedad que dicho poema era contemporáneo de aquella linda y mal aventurada mujer, por cuyos pecados se perdió la cristianidad en nuestro suelo. El fragmento, sin embargo, está en coplas de arte mayor, por el estilo del *Laberinto* de Juan de Mena, y bien puede creerse que no es más antiguo que dicho poeta cordobés. Creemos en la buena fe de Faria y Sousa; pero quizás alguien, menos escrupuloso, compuso el fragmento en su época.

Después de estas sospechosas antiguallas de que hemos hablado, nos parece que no hay rastro ni noticia en las historias literarias de Portugal de documento alguno de valer y extensión, en prosa ó verso, hasta el famoso *Cancionero del rey Don*

*Dionís*, el cual debe de ser bastante posterior á las *Cantigas* (1). Sin entrar aquí en prolijas investigaciones, basta para probar la superior antigüedad de las *Cantigas* con confrontar algunas fechas. El Rey Sabio fundó en 1279 una orden militar y religiosa en honor de la Virgen, en cuya alabanza es probable que hubiese ya compuesto muchos de sus versos, puesto que tanta admiración, amor y devoción le tenía. Una de las cantigas parece, además, estar escrita poco tiempo después de la conquista de Jerez, ocurrida en 1263, época, por lo tanto, á que debe remontarse por lo menos el principio de aquella gran colección de composiciones poéticas. En 1263 sólo tenía dos años de edad el rey D. Dionís, y en 1279, cuando es probable que estuviesen ya escritas casi todas las cantigas, pues el rey D. Alonso murió cinco años después, en 1284, el rey D. Dionís empezó á reinar de edad de diez y ocho años. Cuando mu-

(1) En *La Academia, Revista de la cultura hispano-portuguesa*, publiqué el año pasado, 1877, un artículo sobre este cancionero, con motivo de haberle impreso por completo, por primera vez, en Halle, año de 1875, el Sr. Ernesto Monaci. Antes habían impreso y publicado los Sres. Moura y Varnaghen hasta 202 composiciones de dicha colección. La edición completa del Sr. Monaci contiene más de mil.

Es esta edición nimiamente fiel y escrupulosa, y casi fotográficamente exacta. Con posterioridad á la publicación de mi artículo, sé que el Sr. Teófilo Braga ha hecho en Portugal una hermosa edición crítica del citado cancionero, ilustrada con notas y comentarios, á lo que parece. Aunque yo no he tenido aún el gusto de leerlos, no creo que basten á invalidar mis afirmaciones sobre el gran valer histórico de dicho monumento literario y sobre su escasisimo valer estético.

rió D. Alonso contaba D. Dionís veintitrés años solamente, y su reinado y su vida se dilataron hasta el año de 1325.

Todas estas pruebas tienen menos valor aún que una que podemos dar aceptando la afirmación del Sr. Amador de los Ríos, quien juzga el código de las *Cantigas* de la biblioteca toledana escrito en el año de 1255. Si esto es exacto, gran parte de las *Cantigas* del rey D. Alonso, y una colección de ellas de más de ciento, existían cinco ó seis años antes de que el rey D. Dionís naciera. Esto no obsta para que el rey D. Alonso, fervorosamente devoto de la Virgen, y su constante trovador durante toda su vida mortal, siguiera escribiendo nuevas cantigas, añadiéndolas á las antiguas, y formando posteriormente códigos con colecciones más completas, como el del Escorial, que conservamos, y donde las cantigas pasan de cuatrocientas (1).

El código de Toledo es probable que sea de 1255; pero el del Escorial es, sin duda, posterior

(1) La Real Academia Española está haciendo, años hace, una hermosa edición de las *Cantigas*. El autor de este artículo se había lisonjeado con alcanzar la gloria de escribir la introducción, para lo cual le serviría como bosquejo ó primera traza este ligero trabajo; pero sus muchas y varias ocupaciones, su poca aptitud y ninguna paciencia para las investigaciones bibliográficas, y la persuasión en que está de que el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, hará esto con todo el esmero, detención y estudio convenientes, le han hecho desistir de lograr su deseo. Transforma, pues, este germen de introducción en sencillo artículo, el cual puede servir como de batidor y nuncio al extenso trabajo del Sr. Cueto.

al 1281, ya que en una de las cantigas se refiere un milagro de la Virgen, ocurrido en dicho año. Reunidas las Cortes en Sevilla, el Rey convidó á comer á los procuradores y magnates, apurando mucho á sus dispenseros el ser día de vigilia y no tener pescado; pero el Rey se encomendó á la Virgen, que le proporcionó una abundantísima y milagrosa pesca. La cantiga que cuenta y celebra este milagro es la CCCLXXXVI, una de las últimas. Por donde se puede afirmar que el código que las contiene todas no es anterior al año 1281. Repetimos, sin embargo, que no es esto contradecir la existencia de otros códigos muy anteriores y menos completos. D. Alonso X no dejó, durante toda su vida, de cantar los milagros de la Virgen, y consta que siempre llevaba consigo el libro de estos cantares, atribuyendo al mismo libro una virtud prodigiosa para la salud del alma y para la del cuerpo. En la cantiga CCIX cuenta el Rey que, estando mortalmente enfermo en Vitoria, sanó completamente al sagrado contacto del libro de las *Cantigas*, que le aplicaron al costado.

El *Cancionero* del rey D. Dionís, que corre impreso, así como otro *Cancionero* del mismo Rey, titulado de Nuestra Señora, sin duda en loor de la Virgen, y que se supone ha de existir aún perdido entre el polvo de alguna biblioteca, son posteriores á las *Cantigas*. Claro está que con más razón aún lo son los versos de D. Pedro, Conde de Barcellos, que deben atribuirse á los últimos años del primer tercio del siglo xiv ó al segundo tercio del mismo

siglo, ya que la dama, principal inspiradora del Conde, fué su sobrina Doña María, que casó en 1328 con Alfonso XI de Castilla, el del Salado.

Es, pues, evidente que las *Cantigas* de D. Alfonso el Sabio son anteriores á toda otra poesía portuguesa; son el primer monumento de la riquísima literatura y de la lengua de Camoens, Fray Luis de Sousa, Barros, Garrett y Herculano.

No es esto decir que D. Alonso X fuera único poeta portugués de su tiempo y que cantase en medio de un silencio ó mutismo general. Esto es decir sólo que las *Cantigas* son el más antiguo monumento de poesía portuguesa; pero en las mismas *Cantigas* puede haber, y habrá sin duda, versos de otros trovadores, siendo D. Alonso X autor á veces, y á veces colector, de todas aquellas composiciones.

Ello es que en la lengua portuguesa ó gallega hubo un gran florecimiento en aquella época primera, florecimiento cuya duración puede extenderse por toda la segunda mitad del siglo xiii y por casi todo el siglo xiv. Así se explica aquel famoso pasaje del Marqués de Santillana, tantas veces citado, donde afirma que «el ejercicio de estas ciencias (de la poesía), en los reinos de Galicia é Portugal más que en ningunas otras regiones ni provincias de la España, se acostumbrió, en tanto grado, que non há mucho tiempo cualesquier decidores ó trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluces ó de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega ó portuguesa.» Testimonio de esta verdad viene á dar el *Cancionero* del rey



D. Dionís, ya citado, el cual no fué publicado por completo por López de Moura, sino sólo aquellos versos que son del rey D. Dionís ó se le atribuyen. El *Cancionero* contiene además otra multitud de composiciones de poetas, así portugueses como castellanos. El Sr. Wolf (en su *Disertación sobre la historia de la literatura portuguesa en la Edad Media*) nos ha dado una lista de los nombres de los poetas de que hay alguna composición en el *Cancionero* del rey D. Dionís. La lista consta de 127 nombres, entre los cuales el de nuestro Don Alfonso X, el Sabio, quien también compuso en gallego versos profanos; pero como asimismo entre los poetas del *Cancionero* del rey D. Dionís aparece D. Alfonso XI, «que venceu el rey de bela marin com o poder dalem mar apar de Tarifa,» se ve á las claras otra prueba más de que dicho *Cancionero* no pudo ser coleccionado antes del año de 1340.

En el *Cancionero* del rey D. Dionís hay otros nombres y composiciones de otros trovadores castellanos, además de los dos reyes mencionados: tales son Pero García de Burgos; Alonso Anés de Córdoba; Gómez García, abad de Valladolid; Juan, juglar de León, y Pedro Amigo, de Sevilla. En nuestro *Cancionero* de Baena no faltan tampoco poetas cuyas composiciones están en portugués. Y todavía, en el siglo xv, el mismo Marqués de Santillana, aunque en una sola canción, y Macías el enamorado, *trovaron* en lengua portuguesa-gallega. En vista de esto, no debe causarnos extrañeza, como parece sentirla Ticknor, que D. Alon-

so el Sabio, manejando tan hábilmente el habla castellana, eligiese para sus composiciones devotas la gallega, ni que dispusiese en su testamento que las *Cantigas* fuesen cantadas sobre su tumba, en Murcia, donde jamás pudo ser lenguaje vulgar el referido dialecto. Este dialecto hubo de estar en moda en el siglo XIII, y ser en la corte de Castilla el habla elegante y de buen tono. Milá y Romey citan una antigua crónica castellana donde se ponen en boca de D. Alonso VI estas palabras: «¡Ay meu filho! Alegria do meu corazon e lume dos meus olhos, solaz de minha velhez! ¡Ay meu espelho!» Lo que no demuestra que D. Alonso VI hablase en portugués, sino que en el siglo XIII, época en que se escribió la *Crónica*, nada parecía más natural que el hablar portugués un monarca de Castilla.

Sin duda que el grande influjo que ejercieron en España los trovadores provenzales, sobre todo en el siglo XIII, contribuyó indirecta, aunque poderosamente, á esta preferencia que se dió en Castilla al dialecto gallego-portugués para la poesía trovadoresca, cortesana, y sobre todo cantable. En Aragón hubo tantos trovadores españoles que escribieron en provenzal, que sólo Milá trae noticias y composiciones de 32 en su eruditísimo libro. En Castilla tal vez no faltó tampoco quien escribiese en provenzal, aun suponiendo que no escribió el mismo D. Alonso X la célebre respuesta á Geraldo Riquier de Narbona sobre el nombre de juglar, sino que la dió oralmente y el poeta provenzal la tradujo en verso en su propio idioma; pero de

ningún modo podía prevalecer en Castilla aquel dialecto extraño. Por el contrario, el gallego, que era propio de gran parte de estos reinos, y que era más adaptable que el castellano al gusto y estilo de la poesía provenzal que procuraban imitar los poetas, fué preferido naturalmente para la poesía lírica y cortesana. El más frecuente trato de los naturales de Galicia con los extranjeros que peregrinaban á Santiago, pulió y perfeccionó su lengua, y tal vez los mismos cantos que oyeron en boca de los romeros de allende el Pirineo, fueron traducidos ó imitados por ellos en el habla nativa. De este modo se comprende cómo habiendo sido Galicia y Portugal mucho menos visitados que Castilla por los trovadores provenzales, prevaleciese más el gusto provenzal en la poesía gallego-portuguesa que en la castellana.

Para dar una idea general de esta poesía gallego-portuguesa nos valdremos aquí de las propias palabras del Sr. Milá, quien con gran acierto y juicio la define. «El empleo, dice, de versos de nueve y once sílabas, la construcción de las estrofas, la correspondencia de las rimas, el uso de la tornada ó envío, y algunas palabras aplicadas en el mismo sentido que en las poesías de la lengua de oc, prueban cumplidamente la influencia provenzal en la escuela portuguesa. Por la época en que ésta empezó á florecer y por el tono que en ella domina, por la ausencia de erudición escolástica, y aun por la jerarquía de la mayor parte de los que la cultivaron, es, entre las poesías líricas de España, la que con más exactitud puede denomi-

narse escuela de trovadores; y si sus composiciones ofrecen especial analogía con las de los provenzales que más se distinguen por la naturalidad y el carácter afectivo, la esfera de las ideas es en aquéllos todavía más limitada y el estilo más sencillo y menos ambicioso, lo que, al paso que gran monotonía, no deja de ofrecer cierto atractivo.»

Á este género, tan bien definido por el Sr. Milá, pertenecen las *Cantigas*; pero así como están á la cabeza de él, son en cierto modo una excepción. La influencia provenzal no se nota en ellas tan decididamente, y en la forma imitan más á la poesía eclesiástica y á la popular.

## II.

Muchos escritores han tratado ya de las *Cantigas*, y han publicado algunos trozos de ellas; entre estos escritores citaremos á Castro, Bellerman, Wolf, Ticknor, Morayta, Milá y Amador de los Ríos. Sin embargo, como la obra permanece inédita, es dable aún decir algo nuevo, á pesar de lo mucho y atinado que han dicho críticos tan discretos.

Dos clases de composiciones comprende la colección: los loores ó cánticos propiamente, donde todo es poesía lírica, llena de devoción y entusiasmo, y los milagros ó narraciones. Hablaré primero de estas últimas, no por mero capricho, sino porque en realidad la parte épica, legendaria ó

narrativa, precede á la lírica en el orden cronológico.

La Academia me ha de permitir que me extienda aquí un poco en algunas consideraciones que me parecen convenientes para fijar el concepto que tengo de nuestro papel é importancia literaria con respecto á las demás naciones europeas.

El siglo XIII puede afirmarse que fué como la aurora de una nueva civilización, y al mismo tiempo el punto culminante, el fin, término y total crecimiento de la civilización singular de la Edad Media. El siglo de los Minnesinger en Alemania, que llevan la lírica y la épica á una gran perfección; el siglo de Santo Tomás de Aquino, de San Buenaventura, de Rogerio Bacon y Alberto Magno; el siglo en que se construyeron las más hermosas catedrales góticas; el siglo en que se fundaron propiamente las universidades, poniendo en ellas cátedras de todas las ciencias; el siglo en que renació la pintura en Italia; el siglo en que perfeccionaron y hermosearon la lengua y la poesía italianas San Francisco de Asís y su escuela, haciéndolas dignas del Dante, y el siglo en que éste nació al cabo para coronar toda la obra con su poema divino, fué una época decisiva y grande para la humanidad. En el gran movimiento de aquel siglo no dejó de tomar, por cierto, activa y fecunda parte nuestra Península. Basta para prueba recordar los nombres de cinco reyes en quienes pueden cifrarse todas nuestras glorias de entonces: D. Dionís de Portugal, San Fernando, D. Alonso el Sabio, D. Jaime el Conquistador y D. Pedro III

el Grande. Sin embargo, como los pueblos del Norte tenían algo parecido á una cultura propia, creencias, lengua é historia, al menos tradicional, se nos adelantaron en mucho antes del siglo XIII. Cuando apareció en España el *Poema del Cid*, ya había informes epopeyas en casi todos los pueblos europeos. Los anglo-sajones, aun antes del florecimiento de su cultura en el reinado de Alfredo, tuvieron poemas, de los cuales es el más famoso el de Beowulfo; los bohemios tuvieron el canto de Zaboï; los escandinavos, sin contar los Eddas que contienen su mitología, tuvieron el canto de Ragnar, uno de los más terribles entre sus héroes piratas, que fueron á Rusia con Ruric, á Alemania con Hasting, y con Rolf á Normandía; que colonizaron la Islandia con Ingolf, y con Leif Eric descubrieron el Norte de América. Trabajos modernos han hecho renacer el Kalewala de los filandeses. Y aunque sea falso Osian, no pueden negarse poemas y leyendas galeses de gran antigüedad, que se difunden en los siglos XI y XII por toda Europa, abriendo un venero riquísimo de poesía épica con el ciclo portentoso de Merlín y del rey Arturo. Los alemanes, ó dígase los pueblos germánicos de diversas tribus y castas, tuvieron siempre cantos guerreros y rudas epopeyas en elogio de sus héroes, según testimonio de Tácito, Jornandes y Casiodoro. Desde el fragmento del poema de Hildebrando hasta la aparición de los Nibelungen, la tradición épica no se rompe.

Cuando los pueblos de Europa, después de sus emigraciones y nuevos Estados, vinieron á mez-

clarse, y la civilización romana, al difundirse entre los bárbaros, perdió mucho de su antiguo esplendor, adquiriendo nuevos elementos que habían de desenvolverse con los siglos y crear otra civilización superior y más completa y rica que la antigua, podemos entender que los pueblos donde la cultura propia é indígena se perdió menos al fundirse con la latina fueron Alemania, Francia é Inglaterra. Allí los dos elementos se combinaron y trataron de elevarse desde luego á una civilización mixta. El momento de esta tentativa, que, si por prematura no tuvo éxito feliz, no dejó de dar algunos excelentes resultados, fué en Francia y Alemania con Carlomagno, y con Alfredo el Grande en Inglaterra. Entre tanto, Italia y España, más penetradas de la civilización latina, no pudieron tener la misma originalidad al despertar como nuevas naciones. Su destino fué otro, más elevado sin duda. Italia guardó, como ningún otro pueblo, el fuego sagrado de la antigua civilización, y, conservando además la energía dominadora, siguió por medio del pensamiento siendo maestra y señora de las gentes. España iba en un principio en pos de Italia, ayudándola poderosa y gloriosamente en tan alto empleo. De ello dan prueba los Isídoros, Ildefonsos, Osios y Orosios. Ningún poeta, en aquella época de transición, rayó tan alto como el divino Aurelio Prudencio. Pero la invasión de los árabes y su dominio nos apartaron, como pueblos cristianos, de la corriente civilizadora europea. En cierto modo puede afirmarse que la civilización cristiana de España,

hasta el siglo XIII, fué á remolque de la civilización cristiana de las otras naciones de Europa.

Nuestra gran misión, durante aquellos siglos (del VIII al XIII), fué traer á la civilización moderna europea el elemento oriental, con más brío, eficacia é íntimo enlace que las cruzadas; así porque éstas fueron relativamente momentáneos choques, si se comparan á la larga duración del dominio árabe entre nosotros, como porque, no sólo los árabes, sino también los judíos, refinaron y acrisolaron su civilización entre nuestros naturales, mezclándose con ellos, y produciendo, en este suelo fecundo, sabios, filósofos y poetas, así musulmes como israelitas, tal vez superiores á los de Oriente, y que tuvieron inmenso influjo en el desenvolvimiento del espíritu humano en Europa. Tales fueron Jehuda-ben-Leví de Toledo, Maimónides, Ibn-Gebirol, los Aben-Ezrá, Averroes y muchos otros.

Y es de notar que de la cultura judaico-española é hispano-árabe no tomamos aquellos elementos fantásticos que tomaron por medio de las cruzadas los demás pueblos europeos, sino algo de más sólido, fundamental y científico, viniendo á ser por ello nuestras escuelas de Toledo y de otras ciudades focos de luz y de ciencia para los hombres del Norte.

El genio español cristiano renació depurado y exento de toda mezcla de ensueños y de mitos. Así es que, si en el primer vagido de nuestra poesía seguimos por la forma el influjo francés, imitando acaso la rima, el metro y otros pormenores



técnicos, y hasta el lenguaje y el estilo de las canciones de *gesta de los trouvères*, en el fondo hay una verdad, un brío de sentimientos, una tan serena representación de las cosas reales, y tan poco de lo fantástico y sofístico, que críticos como Southey en Inglaterra y el ilustre Hegel en Alemania convienen en que el *Poema del Cid* y el héroe mismo del poema no tienen semejantes en ninguna literatura, desde Homero y sus héroes, por la firmeza de los contornos y la viviente realidad de las pasiones, sentimientos y caracteres.

De este modo llegaron España y Portugal al siglo XIII: detrás, sin duda, como civilización cristiana, de otros pueblos; pero con la gloria de haber tenido una civilización superior oriental, y con un carácter propio, por más que en formas y accidentes nos pareciésemos y remedásemos á otras civilizaciones de Europa, y sobre todo á la francesa.

La materia épica, ó sea los asuntos, los solíamos tomar de otras literaturas, y casi siempre llegaban á España con retraso. Sirva de ejemplo el *Alejandro*, que ya se había escrito en casi todos los idiomas cuando se escribió en español. Lo mismo puede decirse de la parte épico-devota; de las leyendas de santos en general, y de los loores y milagros de la Virgen singularmente. Aquellos cuentos devotos, aquellas piadosas tradiciones que se escribieron en latín por el clero, que no eran de interés local, sino de interés general, y que recorrieron todos los países donde se creía en Cristo, llegaron á España después de pasar por todas partes.

Ha dicho Ozanán que los españoles de la Edad Media fueron menos dados que otros pueblos europeos, no sólo á lo sobrenatural profano ó heterodoxo, tomado de mitologías antiguas ó de recientes ensueños del vulgo, sino también á los prodigios y leyendas de santos, á los viajes extáticos al otro mundo, á las apariciones y milagrerías. Los héroes de la reconquista andaban muy afanados en asuntos de importancia real, tenían demasiado que hacer con los vivos, y el continuo batallar con un fin y propósito marcados les dejaba poco vagar y reposo para irse por los espacios imaginarios. No solían ir en busca de los santos, sino que los santos los visitaban de priesa, y casi siempre con un propósito útil; como Santiago, que peleaba contra los moros. En el plan de nuestros héroes había siempre algo de consistente y provechoso hablando mundanamente; algo de positivista, como diríamos ahora. El Cid, no sólo quiere que un Rodrigo gane á España, ya que otro Rodrigo la perdió, sino allegar mucha riqueza para formar buenos dotes y casar lucidamente á sus hijas. Esto vale mil veces más que la falta de finalidad, y lo quimérico y extravagante de muchos héroes de otros poemas extranjeros. Así es que la poesía épico-religiosa, con todos sus milagros, puede afirmarse que vino á España más tarde que á otros países.

Muchas leyendas de las *Cantigas* están antes en Gonzalo Berceo, y antes de Gonzalo Berceo están en otras literaturas populares. Bien puede decirse también que la mayor parte de estas leyendas,

antes de pasar á la literatura popular, estuvo consignada en algún escrito latino, en verso ó en prosa, de algún erudito ó letrado, sacerdote por lo común. Ni podía ser de otra manera. El poeta no se hubiera atrevido á inventarla. Refiere al pueblo un milagro no imaginado, sino verdadero, y siempre se apoya en un escrito anterior, como autoridad, como testimonio de que es cierto lo que relata. Así en las *Cantigas* tiene buen cuidado de decir *como ouví, como entendí, como leí ó como está escrito*. Berceo hace lo mismo, y casi siempre cita al autor de la leyenda que narra para que no se tenga por mera invención.

Un monge la escripso omne bien verdadero  
De San Miguel era de la Clusa claustero,

dice en una.

Dum clerigo otro nos diz la escriptura  
Que de Santa Maria amaba su figura,

dice al comenzar otra leyenda. Y á veces trae el testimonio ó autoridad al terminar la leyenda, como en la XIV, donde pone:

El precioso miraclo non cadíó en oblido,  
Fué luego bien dictado, en escripto metido,  
Mientras el mundo sea, será él retraido.

Curiosísimo sería seguir la peregrinación de estos milagros, y cómo fueron pasando por todas las lenguas y literaturas, y aun en el día, bajo otras formas y con otro espíritu, dan origen á maravillosos poemas.

El Sr. Amador de los Ríos da como fuente de no pocas cantigas un libro titulado *Demiraculis Beatæ Mariæ Virginis*, y otro de Fr. Vicente de Beauvais titulado *Speculum historiale*, regalo de San Luis al Rey de Castilla. Sin duda que sería así; pero siendo tantos y tantos los libros en loor de la Virgen, no hay para qué fijar uno ó dos sólo como origen. Las mismas *Cantigas* citan á veces libros diversos. La cantiga LXI, por ejemplo, habla de *un livro todo cheno de milagres*, existente en Soissons, del cual libro se toma el asunto ó caso que allí refiere. Claro está que el poeta no siempre ha leído el libro que cita, sino que ha oído referir el caso á otra persona que le leyó. Es en el día y hubo de ser tan grande entonces el número de estos libros en loor de la Virgen, que Augusto Nicolás dice que ha visto un catálogo, incompleto aún, en el cual se ponen más de 40.000 volúmenes, la mayor parte en folio y en cuarto. Ni mi poca erudición, ni la necesidad que tengo de no dilatar me demasiado, consienten que yo me engolfe por esta inmensa y fecunda literatura inspirada por la Madre del Verbo, y busque la relación de unas leyendas con otras, y su origen y difusión en varias épocas y por diversas naciones. Citaré, con todo, á la ligera algunos ejemplos.

La cantiga CIII refiere de un monje que no alcanzando bien á comprender cómo serán los deleites del Paraíso, donde los siglos volarán como minutos, porque el arrobamiento de las potencias del alma no ha de consentir que se forme idea del tiempo, se internó por una selva hermosa, y á orillas

de una clara fuente púsose á meditar, quedando absorbido en tan altas especulaciones. Entonces oyó cantar una *passarinha* con pasmosa dulzura; y, cuando la *passarinha* se fué, se volvió el monje á su monasterio. Todo estaba mudado: nadie le conoció. Había permanecido trescientos años oyendo cantar la *passarinha*. Este cuento lindísimo está en la *Leyenda áurea*. Arbiol le refiere en los *Desengaños místicos*. Longfellow, poeta americano, ha hecho de él una preciosa leyenda en verso.

Las visiones en que se describen el infierno, el purgatorio y el cielo son muchas en la Edad Media. Ozanán hace de ellas una larga enumeración como antecedentes, como origen y fuente de inspiración del gran poema del Dante. Los viajes al Paraíso terrenal no fueron menos frecuentes, y siempre el peregrino encontraba al volver de su viaje que habían pasado muchos años y aun siglos, como en la historia de la *passarinha*. En cierta leyenda italiana del siglo xiv sobre el Paraíso terrenal, los monjes peregrinos creen haber pasado ocho días en aquella mansión de bienandanza, y luego resulta que han pasado setecientos años. En la leyenda española de Sant-Amaro, impresa en Burgos en 1552, el santo pasó en el Paraíso doscientos sesenta y seis años. Esta fantasía poética sobre el tiempo fué tan popular, que Cervantes, con su escepticismo instintivo y su gracia inimitable, se burla de ella en la famosa aventura de la Cueva de Montesinos.

En otra cantiga se refiere la historia de Teófilo,

que hizo pacto con el demonio para satisfacer su ambición. La Virgen arrancó al demonio el pergamino en que Teófilo había puesto su firma con sangre de sus venas, y Teófilo quedó libre. La *Leyenda áurea* trae esta historia tomada de Fulberto Carnotense, y dice que ocurrió en Sicilia el año 537; Gonzalo Berceo la cuenta por extenso en el milagro XXIV. La historia de Teófilo corrió también escrita en griego. La monja Roswitha, á fines del siglo x, compuso sobre ella un poema. La leyenda de Fausto, y por lo tanto los dos célebres dramas de Goethe que llevan dicho título, tuvieron su fundamento en dicha historia, como tal vez el drama de Calderón titulado *El Mágico prodigioso*. (1)

Con más tiempo y paciencia sería fácil hallar los antecedentes de otras muchas historias que hay en las *Cantigas*. Citaremos sólo algunas que están también en Berceo y en la *Leyenda áurea*, donde Jacobo a Voragine recopiló cuantos milagros, visiones é historias piadosamente maravillosas pudo hallar en su tiempo, las cuales iban por el mundo de boca en boca ó estaban en los libros en prosa y verso de todas las literaturas.

(1) Muchas de estas historias son de origen helénico. Así la de *Cipriano y Justina*, que es asunto, entre otros, de un poema de la Emperatriz Eudoxia (Atenais), compuesto á mediados del siglo v.

Gregorovius, en su vida de Atenais, ha publicado la traducción en verso alemán de un canto de este poema, cuyo asunto bien puede afirmarse que jamás sospechó Calderón que hubiese inspirado á una Princesa bizantina, doce siglos antes de que él escribiese su drama.

Ahorcan á un ladrón devoto de la Virgen, y la Virgen le salva, levantándole con sus hermosas manos por las plantas de los pies.

Un clérigo no sabía decir más misa que la de Santa María, y el Obispo le quita la licencia. La Virgen entonces se aparece al Obispo, le reprende fuertemente, y le amenaza de que morirá dentro de un mes si no deja decir misa á su capellán. El clérigo vuelve á decir misa con licencia del Obispo, y aun con la promesa de éste de que

Si algo le menguase en vestir ó en calzar,  
El gelo mandarie del suyo mesmo dar.

En otras cantigas hay ciertas variantes; pero el fondo de la historia es el mismo. Así, por ejemplo, la cantiga CXXII, que responde al milagro XV de Berceo y á la historia VI del capítulo CXXXI de la *Leyenda áurea*, trata en substancia de un joven letrado, muy devoto de la Virgen, y que rezaba las horas con grande amor. Heredó este mozo, y sus parientes le persuadieron á que se casase. Entonces se le apareció la Virgen y le dijo: «Oh stulte et infidelis, cur me amicam et sponsam tuam relinquis, et mihi feminam aliam anteponis?» En Berceo las quejas de la Virgen están expresadas con más candor y sencillez aún:

Don fol, malasdrugado, torpe é enloquido,  
En qué roidos andas, en qué eres caido?

.....

Assaz eres varon bien casado conmigo,  
Yo mucho te quería como á buen amigo,  
etc.

El joven entonces abandona á su amada terrenal y se retira á un monasterio, donde se consagra devotamente al amor místico de la Virgen.

No puede expresarse de un modo más candoroso y popular que en esta leyenda el más profundo y ascético de los sentimientos cristianos. Así como Cristo es el esposo de las que huyen del mundo, de las mujeres penitentes y de las mártires, la Virgen se presenta como esposa de los varones piadosos, de los solitarios y de los eremitas. Á veces interviene un anillo en estos matrimonios místicos, como en el de Santa Catalina de Siena. Un joven sacerdote, que servía en la iglesia de Santa Inés, según cuenta la *Leyenda áurea*, sintió el estímulo de la concupiscencia; pero no queriendo ofender á Dios, pidió al Papa permiso para casarse. Considerando el Papa su sencillez y bondad, le dió un anillo de esmeraldas y le dijo que se le pusiese en el dedo á la imagen de Santa Inés, que estaba en su iglesia. Hízolo así el joven sacerdote; la imagen recibió el anillo, y al punto desapareció del alma del joven sacerdote todo pensamiento liviano. Acaso sea esta historia el antecedente de otra no muy diversa que se refiere en una cantiga. Cierta mancebo, que jugaba con otros á la pelota, se quita, para más comodidad, un anillo que le había dado su enamorada, y se le pone en el dedo á una imagen de la Virgen. La



imagen juntó los dedos, y ya no fué posible extraer de allí el anillo. El mancebo abandona á su novia y se consagra al servicio de la Virgen María. El profano novelista Merimée ha hecho de esto una novela fantástica, atribuyendo el prodigio á una estatua de Venus.

Tal vez se diga que Merimée tenía razón; que este casamiento de la imagen de un Dios ó de una Diosa, de un Santo ó de una Santa con un hombre ó una mujer, sea creación poética más pagana que cristiana. Hay, en verdad, mil leyendas del gentilismo equivalentes (1). La consagración de la

(1) Aun en la Edad Media, Venus sigue figurando como diablo-hembra y casándose con los mortales. El mismo milagro del anillo que en la cantiga retiene la Virgen, oponiéndose luego á que el mancebo se casase con una mujer, está referido, atribuyéndosele á Venus, en las *Disquisiciones mágicas* del célebre jesuita Martín del Río (lib. III, Pars. I, Quest. IV, secc. VIII. *De maleficio ligaminis*). El caso ocurrió en Roma, en tiempo del Emperador Enrique III. El mozo que se iba á casar salió al campo á jugar á la pelota, y para que no le estorbases el anillo de su novia, se le puso en el dedo á una estatua de bronce de Venus. Cuando volvió á tomar el anillo, *ecce videt digitum statuæ usque ad volam manus recurvatum, et quantumvis annulum recuperare, nec digitum inflectere nec annulum valuit extrahere*. Casado ya el mancebo, *cum thorum genialem ingresus, sponsæ se jungere vellet sensit impediri sese et quiddam nebulosum ac densum inter suum conjugisque corpus volutari sentiebat id tactu, videre tamen nequibat. Hoc obstaculo ab amplexu prohibebatur*. Oía también una voz que le decía: «Soy tuya y eres mío, ya que hoy te desposaste conmigo. Soy Venus, á quien diste el anillo y no te le volveré.» En suma, el mancebo no pudo cumplir como debía, y acudió á un presbítero llamado Palumbo, que era gran nigromántico, el cual hizo de modo que unos cuantos demonios, de los que tenía á su servicio, arrancasen á Venus el anillo, no sin gran dificultad. Así desapareció el impedimento para el matrimonio; pero al presbítero nigromántico le cos-

castidad, las horribles mutilaciones de los coribantes, y hasta los mismos sacrificios humanos eran llamados por eufemismo un desposorio; pero en nuestra religión desecha este amor de los mortales hacia lo sobrenatural é inmortal todo carácter feroz y cruento, y adquiere una dulzura mística y una santidad y pureza inefables, lo cual resplandece hasta en las narraciones más rudas de la Edad Media. Si hay una cantiga donde un romero se mutila como Orígenes, el diablo es quien se lo aconseja y le engaña. La misma circunstancia del anillo aparece del modo más poético y delicado en la cantiga CCLXXXIII. Don Alonso X ha erigido un sepulcro suntuoso en Sevilla á su padre San Fernando. Sobre el sepulcro está la estatua del santo y heróico monarca con un riquísimo anillo en el dedo; pero San Fernando se muestra á la vez en sueños al artífice Maese Jorge y al tesorero, y les manda que quiten el anillo á su estatua y le pongan en el dedo de la imagen de María, como en efecto se hace.

En la cantiga LXXXIV resalta con dulzura y candor extraordinario el amor de la Virgen María. Un caballero muy devoto suyo va á orar ante su imagen todas las noches. La esposa del caballero nota su ausencia y se llena de celos. Un día pregunta á su marido si hay alguna dama á quien

tó muy caro el hecho, pues Venus se vengó de él, dándole muerte de una manera horrible. Palumbo, antes de morir, confesó todas sus maldades y magias negras delante del pueblo romano. Varios historiadores graves, citados por Martín del Río, dan fe de esta historia.

ame más que á ella, y el caballero, ajeno de todo recelo de cuán apasionada y celosa está su mujer, le dice que adora á una dama bellísima, muy superior á ella en todo. La mujer celosa se mata, y la Santa Virgen, no sólo la resucita, sino que la satisface y desengaña, y hace que viva feliz con su devoto y excelente marido.

Ciertos regalos y favores que hace la Virgen pueden ser tildados de harto materiales en nuestro siglo de poca fe, en el cual se propende á hacer del espíritu materia; pero entonces la materia purificada, ó por la gracia ó por la penitencia, solía elevarse hasta lo espiritual y hasta lo divino. La Virgen, en la cantiga LIV, vierte leche de sus pechos en la boca y cara de un santo monje, y le cura las llagas de que estaba lleno. Así también vertió leche en los labios de San Bernardo, poniendo en ellos aquella suave y conmovedora elocuencia con que hace la paráfrasis de la Salve, y la otra elegantísima oración donde dice que la fuente de vida eterna brota del seno de la Virgen, y que no hay lengua entre las naciones que viven bajo el cielo que baste á explicar y á ensalzar por completo la grandeza y amplitud de su gloria.

No siempre se opone la Virgen en las *Cantigas* á los amores terrenales; antes bien los favorece cuando son virtuosos. La cantiga CXXXV cuenta un caso ocurrido en Bretaña de un mancebo y una doncella que mucho se amaban, pero los padres de la doncella la casaron con un rico y desdénaron al novio pobre. El rico

Despois que anoiteceu  
Con ella seu gasallado  
Quis aver, mas faleceu  
Y, ca logo adormeceu  
Ben ate no sol levado.

El rico se desespera de este importuno dormir, se descasa, y él mismo lleva á la doncella al verdadero y legítimo esposo, que no se duerme, ya que

E pois ouveron iantado  
O novio fez como faz  
Novio á novia en solaz.

Esto, sin embargo, no invalida la moral ascética expresada en el estribillo de la ya citada cantiga CXXII:

Quen leixar Santa Maria  
Por outra fará folia.  
Quen leixa la gloriosa  
Por molher que seia nada,  
Macar seia mui fermosa,  
E rica é abondada,  
Nen mansa, nen amorosa,  
Fara locura provada  
Que maior non podería  
Quen leixar Santa María.

En cada una de las cantigas hay un estribillo, cuyos últimos versos contienen una sentencia que se repite al fin de cada estrofa, conforme se desen-

vuelve la narración. En una cantiga que lleva por sentencia:

Tan muit é con Jesu-Cristo  
Santa María juntada,

no puede ser más bella ni más poética la historia que comprueba y patentiza materialmente esta verdad religiosa. Un villano, por consejo de una hechicera, se lleva la Hostia consagrada en la boca y la pone en una de sus colmenas para que produzca mejor y más sabrosa miel. Cuando, pasado algún tiempo, va á abrir su colmena, se la encuentra convertida en una preciosa capilla con la imagen de la Virgen y del Niño Jesús. Confesó el villano su pecado, y refirió á todos el prodigio.

Logo foran alá todos  
E viran en como estaba  
Na colmena a muy santa  
Vírgen é com abraçava  
A seu filho Jesu-Cristo  
E mui melhor odor dava  
Que lirios nen violetas  
Non dan, nen agua rosada:  
Tan muit é con Jesu-Cristo  
Santa María juntada.

La milagrosa imagen fué llevada á la iglesia en muy devota procesión, y el villano hizo penitencia de su culpa.

Sin duda los magos y hechiceros creían entonces que con la Hostia se podía hacer algún malefi-

cio. En la cantiga CIV toma una mujer la Hostia con este fin y se la pone debajo de la toca. La Hostia vierte sangre, que cubre el rostro de la mujer, y hace patente su hurto sacrílego.

No pocos milagros más hay en las *Cantigas* relativos á la Hostia consagrada, casi todos de origen extranjero. Así el de la cantiga CXLVIII sobre un preste alemán que duda de la presencia real de Cristo, tiene una visión, y muere. Alguna vez degenera en extravagante lo milagroso, como, por ejemplo, en la cantiga CCXXV, donde se cuenta que un sacerdote se traga, al consumir, una enorme araña; la araña le corre viva por el cuerpo entre cuero y carne; se encomienda á la Virgen para que le libre de aquella molestia, y la araña le sale por una uña. La machaca y hace polvo; se la vuelve á tragar así, cuando consume otra vez, y le sabe á un manjar delicioso.

En cambio las historias de otras cantigas son de una delicadeza y de una profundidad admirables. Sirvan de muestra las siguientes:

CLV. Un gran pecador de Alejandría va á confesarse, y el sacerdote le da un vaso y le dice que no bien le llene de agua le serán perdonadas todas sus culpas. El pecador nada cree más fácil que llenar el vaso; pero cuando le aproxima al agua, el agua huye y no logra llenarle jamás. Entonces vierte dos lágrimas de contrición y arrepentimiento, y el vaso se llena. Sin duda que esta leyenda piadosa inspiró á Tomás Moore el pensamiento capital de su lindo poema titulado *El Paraíso y La Peri*.

CLXXXVIII. Muere una doncella, consumida de amor sobrenatural y divino. Sus padres creen que ha muerto envenenada; le abren el pecho, y descubren grabada en su corazón la imagen de la Virgen.

CXCVI. Un sacerdote gentil en Constantino-  
pla echa bronce en un molde para fundir un ídolo, y saca del molde una imagen de la Virgen con el Niño Jesús.

CLIII. Un tahir, desesperado porque ha perdido al juego, dispara contra el cielo una saeta, pretendiendo herir á la Virgen María. La saeta vuelve á caer sobre él ensangrentada.

El vicio del juego hubo de estar entonces tanto ó más difundido que ahora. El famoso *ordenamiento en razón de las tafurerías* da testimonio de ello. Los tahures, cuando perdían, caían con frecuencia en blasfemos é impíos, y esto da origen á no pocas historias de milagros que las *Cantigas* refieren. La Virgen de Salas devuelve el habla, en la cantiga CLXII, á un jugador que la pierde por blasfemar, y en la cantiga LXXII mata el demonio á otro tahir por denostador de la Virgen.

CXLI. Un virtuosísimo monje, postrado ya por los años y las penitencias, no deja de orar fervorosamente puesto de hinojos ante el altar de María. En cierta ocasión es tal su debilidad y abatimiento, que no tiene fuerza para levantarse. La misma Virgen acude entonces; le sostiene en sus hermosos brazos, á fin de que se levante, y le vuelve mozo como de veinte años.

En muchas cantigas la Santísima Virgen, tesoro

inexhausto de pureza y fuente de castidad, aparece curando milagrosamente las pasiones amorosas desordenadas. Así son las cantigas CXXXVII, CLI, CLIII y otras, donde se pintan con tal viveza y desnudez los estragos del mencionado vicio, que en nuestro siglo, si no más moral, más refinado, no se sufre tal libertad, en asunto místico al menos.

Para pintar las malas pasiones de un clérigo lujurioso, aunque devoto de la Virgen, dice el poeta:

Sempre con maas molleres  
E casadas e solteiras,  
Nen virgenes non queria leixar  
Nen monias nen freiras.

La sencillez y la fe viva con que muchas de estas cosas están escritas, para el que en nuestro siglo no acierta á penetrarse de ellas, aparecen como grosería. Así el milagro CCCXII, donde un caballero, devoto de la Virgen, no puede gozar del amor de su amiga en una estancia en que un hábil artífice había hecho por orden suya una imagen de Nuestra Señora.

La Virgen se muestra también en las *Cantigas* con mucha frecuencia como refugio de pecadores y consuelo de afligidos, haciendo milagros, en los cuales, merced á su intercesión, resplandece la infinita bondad divina, que templá el atributo de la justicia, y da ocasión á los que han pecado para que se arrepientan y enmienden. En este género



de cantigas hay una que tiene por asunto el que trata también Avellaneda en su *Quijote*, y en el día es muy popular, merced á la Margarita la tornera de los *Cantos del trovador*, de Zorrilla.

En la cantiga LV, el caso de la tornera es idéntico á como Avellaneda le refiere. La monja vive en Lisboa con su querido, mientras la Virgen, tomando su figura, asiste por ella en el convento. En la cantiga LIX hay otro caso parecido, pero la monja no llega á fugarse con su amante. Aunque la Virgen llora, ella persiste en huir, y entonces Cristo crucificado desprende la diestra de la cruz en que está clavada y hiere á la monja en la mejilla, donde le deja impresa la señal del clavo.

La cantiga LXVII trae el caso de un caballero á quien sirve de paje ó lacayo el diablo, como Mefistófeles á Fausto. Hay, además, en esta cantiga una circunstancia curiosa. El diablo no toma un cuerpo fantástico ó formado por él, sino que se introduce en un cadáver que anima. Esta imaginación se ve renovada en Dante de un modo terrible. El poeta halla en el infierno el alma de Juan Doria; y mostrando pasmo de verle allí cuando le juzgaba vivo, Doria le dice que en efecto murió, pero que no bien su alma se apartó de su cuerpo y bajó al infierno en castigo de sus pecados, un diablo perverso se introdujo en su cadáver para seguir atormentando á los hombres. En los cuentos orientales (como, por ejemplo, en uno de los *Mil y un días*) hay genios á veces, y aun grandes magos y hechiceros, que introducen su espíritu en los cuerpos muertos y los animan.

La Virgen se presenta, además, para dar testimonio, como en la cantiga XXXVIII, milagro XXIII de Berceo, que ha inspirado sin duda á Zorrilla su leyenda *Á buen juez mejor testigo*. En otras ocasiones la Virgen sale por fiadora de un préstamo, como en otro milagro de Berceo y en la cantiga CCXXXVIII. Esto de poner á un Santo, á la Virgen ó al mismo Cristo por fiador ó por prenda de las deudas que se contraen, se repite á cada paso en las leyendas piadosas, y estaba en las costumbres de entonces. Todavía el beato Francisco del Niño Jesús, en tiempo de Felipe II, tomaba cuanto quería en las casas, diciendo que Jesús lo pagaría, y á una imagen del Niño Divino que tenía de talla, la llamaba *El Empeñadico*.

Es muy singular, entre estas leyendas de préstamos, la de San Nicolás, que inspiró sin duda uno de los más chistosos juicios del gran gobernador Sancho Panza. Escrito el milagro en versos latinos antes del siglo XII, y publicado por Du Ménil, refiere que un deudor de mala fe, para jurar haber pagado lo que debía,

*Aurum includit concavo quod debebat in baculo.*

El Santo le castiga con gran severidad, haciendo que se quede dormido en medio de la vía pública, por donde pasa un carro, le mata, rompe el báculo, y descubre las monedas y el engaño. Conon, narrador griego del siglo de Augusto, trae ya recopilada, como cuento milesio, esta misma aventura.

La cantiga CCLV trae el caso de la señora que

hace matar á su yerno, tal como le refieren también Gonzalo Berceo y la *Leyenda áurea*. La Virgen, más piadosa que San Nicolás, procura siempre el arrepentimiento y la salvación de las almas; y á menudo, si un desalmado ó un tremendo criminal ó pecador, devoto suyo, muere de muerte violenta, sin confesión é impenitente, cuando ya se le llevan los diablos, la Virgen acude, ahuyenta á los espíritus infernales y resucita al pecador, el cual hace penitencia en su segunda vida y se salva al cabo. Á veces llega á tal extremo el deseo de la Santísima Virgen por salvar á algún pecador, devoto suyo, que casi se empeña en lo imposible. De un modo sencillo y popular resalta entonces á los ojos del que procura leer estas *Cantigas* con la fe del siglo en que se escribieron, toda la magnificencia y sublimidad de la Madre del Verbo, de la Reina de los ángeles, de los profetas y de todos los santos, de la que es complemento de la Santísima Trinidad y está por cima de todos los seres creados, entre Dios mismo y cuanto hizo nacer su palabra fecunda y omnipotente, así en el mundo visible como en el invisible.

### III.

Aunque, según hemos dicho, y es fuerza confesar, los más bellos milagros de las *Cantigas* han peregrinado por todas las literaturas y son propios de toda la cristiandad, hay no pocos exclusivamente españoles. El Rey Sabio ponía á contribu-

ción todos los libros y todas las tradiciones, así nacionales como extranjeras, para ensalzar á la Santísima Virgen, mística Señora de sus pensamientos. Ya refiere de un monasterio que la tierra se tragó en la Gran Bretaña, y donde vivieron los monjes, mejor aún que sobre la tierra, con sol y luna y árboles y frutos expresamente creados para ellos, durante un año, al cabo del cual vuelven á salir á la superficie de nuestro globo; ya otros milagros acaecidos en Sicilia en una erupción del Etna; ya otros ocurridos en Constantinopla ó más lejos, y ya, por último, no pocos prodigios obrados por la Virgen en favor de la nación ó de la familia, ó de la propia persona del Rey-Poeta.

Las imágenes de María Santísima en los más famosos y frecuentados santuarios de España, tienen en D. Alonso X su encomiador. De nuestra Señora de Atocha cuenta dos milagros, y de las Vírgenes de Terena, Laredo, Salamanca, Salas, Castrojeriz, Montserrate, Villasirga, Toledo y Lugo, infinitos. Ya resucitan los muertos, ya andan los cojos y tullidos, ya ven los ciegos, ya sanan los enfermos, ya se halla lo que se pierde y ya llueve cuando hay sequía.

Un rico-hombre impone tributo á los monjes de Montserrate por el agua que bebían: la Virgen hace brotar una fuente mejor y más abundante en el monasterio; las cabras monteses acuden además á la puerta para que los monjes tomen y beban su leche.

La Virgen de Salas, enojada una vez, da un grito y hace temblar la tierra.

El Rey-Poeta tuvo sin duda, en los últimos años de su vida, mayor devoción que á ninguna otra imagen á la Virgen del Puerto de Santa María, pues á ella dedica muchos cantares y de ella refiere los mayores portentos. Encomendándose á esta Virgen sanó de una gravísima enfermedad. Al edificar su santuario se obraron estupendos prodigios. La imagen de la Virgen apareció pintada en los peñascos que se rompieron; las piedras talladas vinieron á colocarse en el edificio; las vigas, que hacían falta para la fábrica, bajaron sin intervención humana por el río. El puerto mismo, que se llamaba antes Alcanate, quiso la Virgen que se llamase de Santa María, á pesar de las reclamaciones de los moros, é hizo para ello no pocas cosas sobrenaturales.

En las guerras contra los moros también se muestra la Virgen gran valedora de D. Alonso y de sus súbditos: ya liberta cautivos, ya defiende ciudades, ya ahuyenta á los infieles, ya mata moros por medio de un fantasma que toma la forma de un caballero, mientras éste oye varias misas.

La misma imagen de la Virgen se salva á veces de los insultos por medios milagrosos. Cerca de Martos, según la cantiga CCXV, toman los moros una imagen de la Virgen. Procuran hierirla y se hieren ellos mismos; la apedrean y se vuelven las piedras contra ellos; quieren quemarla y no arde; la echan al río y sobrenada. La imagen fué llevada entonces por los mismos moros al Rey, quien la recibió en Segovia, donde está aún.

La Santa Virgen da la salud á los enfermos. Don

Alonso X declara que la Virgen le curó varias veces: en Vitoria, en Valladolid y en Sevilla.

También la vida del Rey San Fernando se salvó milagrosamente en Oña, merced á la Virgen, cuando San Fernando era niño aún, como cuenta la cantiga CCXXI.

El Rey da las gracias á la Virgen por los grandes favores que le dispensa, siendo su amparo y consuelo en todas las cuitas y tribulaciones, hasta cuando los ricos-hombres y magnates, y su propio hijo,

Se juraron contra ele,  
Todos que non fosse rey  
Sendo os mais seus parentes.

Creemos que con lo dicho hasta aquí se formará una idea aproximada del gran valer del contenido épico en las *Cantigas*.

Al merecimiento de la parte lírica no se puede ni se debe dar imparcialmente tanta alabanza. Sin ponernos ahora á investigar las causas, es lo cierto que la lírica, al menos entre los pueblos indo-europeos, florece de un modo más espontáneo, bello y hermoso en las épocas de gran refinamiento y cultura, siendo por contraposición más natural y sencilla entonces; mientras que en las edades semi-bárbaras, cuando en las costumbres no hay refinamiento, sino rudeza, el refinamiento suele refugiarse en la poesía lírica con tal empeño, abundancia é ímpetu, que la transforma en pedantesca y amanerada.

¿Por qué negarlo? La gran poesía lírica es pro-

pia de los más brillantes momentos de las civilizaciones: del siglo de Pericles, del de Augusto, y más aún de la edad en que vivimos. ¿Por qué no confesar, además, con franqueza que, prescindiendo del interés y de la curiosidad que nos inspiran los sentimientos, las ideas, las creencias y los nobles afectos, aunque ruda á par que alambicadamente expresados por nuestros mayores, apenas pueden sufrirse las poesías líricas de la Edad Media en el lenguaje vulgar? El anticuario, el filósofo, el filólogo, el historiador hallan en ellas sin duda un tesoro inagotable de noticias y de revelaciones; pero al hombre de buen gusto, que no pretende desentrañar lo pasado, le cansan y hastían. La misma rudeza del lenguaje, apenas formado, en combinación con cierto rebuscamiento artificioso, fatiga sobremanera.

Pocas, muy pocas, poesías líricas antiguas castellanas donde no haya nada de narrativo, pueden leerse con placer por quien busca sólo poesía en los versos, salvo las coplas de Jorge Manrique. El mayor elogio que debe hacerse y que hacemos de las cantigas meramente líricas, que no pasan de la décima parte en número y que son casi todas mucho más cortas que las narraciones, es decir que son sencillas y llenas de candor, como inspiradas por un verdadero sentimiento religioso, y que todavía se leen con más amor que los discretos prosáicos, aunque rimados, de los *Cancioneros* de Estúñiga, Baena, rey D. Dionís y Resende; curiosísimos documentos por otra parte y abundantes tesoros para los que estudian el habla, las

costumbres, las ideas y los afectos de las edades en que se escribieron.

En cambio, repetimos, es de amena, de apacible, de deleitosa lectura cuanto hay de épico en las *Cantigas*. La misma rudeza del idioma, las mismas dificultades de expresión con que lucha el poeta, la sencillez rápida y pintoresca con que todo lo refiere, y la viveza enérgica de colorido y de contornos con que lo pinta todo, como si lo viera y tocara, tal es la fuerza de su fe, dan á las *Cantigas* un encanto superior á cualquiera otra narración de casos sobrehumanos que reflexiva y siempre algo artificiosamente pueda escribir el más singular poeta de nuestros días; días tan diferentes de aquéllos en que, cuando no la mayor virtud y pureza de costumbres, la mayor vitalidad de las creencias hacía que lo inmortal y lo divino viviesen familiar y constantemente mezclados con los indignos mortales en esta baja tierra, sirviendo, si no de freno eficaz á sus malas pasiones, de dulcísimo é irreemplazable consuelo para sus miserias é infortunios.

Si el poeta gentil, en un siglo de escepticismo, lamentaba la pérdida de aquella piedad, por quien los dioses se hacían visibles á los hombres y vivían con ellos y no desdeñaban su trato, con harta más razon podemos nosotros, en medio de las innegables ventajas de la civilización presente y de los milagros de la ciencia y de la industria, lamentar la pérdida de aquella fe profunda y poderosa que obraba mayores y más hermosos milagros, y por quien los moradores del cielo se complacían en



habitar entre nosotros y mostrarnos el soberano resplandor de su gloria, mientras que en el día

*... nec tales dignantur visere cætus,  
Nec se contingi patiuntur lumine claro. (1)*

(1) Diez y ocho años después de escrita esta ligerísima disertación, tan desprovista de doctrina que sólo pudo agradar á tal cual semi-literato, las *Cantigas* fueron al cabo publicadas por la Real Academia Española. Los laboriosos y largamente meditados estudios del Marqués de Valmar, que preceden y suceden á la obra del Rey Sabio, quitan á mi disertación el valer temporal que tal vez tuvo, y que fué tan corto que no llegó á merecer que el Marqués la citase, á pesar de lo mucho que cita, y aunque habla varias veces de la junta de la Academia en que yo la leí, asistiendo el Emperador del Brasil, D. Pedro II. Esto me descorazona; mas no por eso dejo de reimprimir mi disertación, porque quizás entretenga aún ó interese á los indoctos, y porque no me resuelvo á imitar á los descastados esparciatas que mataban á sus hijos enclenques.





## ÍNDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO.....	7
Sobre el <i>Quijote</i> y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle.....	9
La libertad en el arte.....	71
Sobre la ciencia del lenguaje.....	99
Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en la decadencia de la literatura española.....	153
La originalidad y el plagio. ....	189
Vida de Lord Byron por Emilio Castelar. ....	227
De la perversión moral de la España de nuestros días.....	253
De la filosofía española.....	291
Poesía lírica. ....	333
Estudios sobre la Edad Media.....	369
Obras de D. Antonio Aparisi y Guijarro.....	413
Sobre el Amadís de Gaula.....	447
Las <i>Cantigas</i> del Rey Sabio.....	491







